
NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR
J.D. BARKER
RICHARD BAILEY
LAS
MENTIRAS
QUE
DECIMOS
NOVELA
TEKTIME

J. D. Barker

Las mentiras que decimos

Traducido por Arturo Juan Rodríguez Sevilla

Publicado por Tektime

© Copyright 2024 -
Todos los derechos reservados.

El contenido de este libro no puede ser reproducido, duplicado o transmitido sin el permiso directo por escrito del autor o del editor.

Bajo ninguna circunstancia se imputará culpa o responsabilidad legal al editor o al autor por daños, reparaciones o pérdidas monetarias debidas a la información contenida en este libro, ya sea directa o indirectamente.

Aviso legal:

Este libro está protegido por derechos de autor. Es solo para uso personal. No puede modificar, distribuir, vender, usar, citar o parafrasear ninguna parte, o el contenido de este libro, sin el consentimiento del autor o editor.

Aviso de exención de responsabilidad:

Tenga en cuenta que la información contenida en este documento es solo para fines educativos y de entretenimiento. Se ha hecho todo lo posible para presentar información precisa, actualizada, fiable y completa. No se declaran ni implican garantías de ningún tipo. Los lectores reconocen que el autor no se dedica a prestar asesoramiento legal, financiero, médico o profesional. El contenido de este libro se

ha obtenido de diversas fuentes. Consulte a un profesional autorizado antes de intentar cualquier técnica descrita en este libro.

Al leer este documento, el lector acepta que bajo ninguna circunstancia el autor es responsable de las pérdidas, directas o indirectas, que se produzcan como resultado del uso de la información contenida en este documento, incluyendo, pero no limitado a, errores, omisiones o inexactitudes.

Índice

Capítulo 1: Coma 1

Capítulo 2: Rubia 7

Capítulo 3: Choque 13

Capítulo 4: El enfermero 19

Capítulo 5: Social 25

Capítulo 6: Mamá 30

Capítulo 7: Marido cariñoso 36

Capítulo 8: El gran día 42

Capítulo 9: Papá 48

Capítulo 10: Ónix negro 54

Capítulo 11: Hidden Valley 60

Capítulo 12: El trato 66

Capítulo 13 Preguntas 71

Capítulo 14: Coletas 77

Capítulo 15: Redshoot 83

Capítulo 16: Partida 89

Capítulo 17: Cita para cenar 95

Capítulo 18: Encuentro casual 100

Capítulo 19: Enfrentamiento 107

Capítulo 20: Engancharse 113

Capítulo 21: Sueños 120

Capítulo 22: Embestida 125

Capítulo 23: SR22 132

Capítulo 24: Facebook 139

Capítulo 25: Paseando al perro 144

Capítulo 26: Mystic Spring 150

Capítulo 27: Knockout 155

Capítulo 28: Rescate 160

Capítulo 29: Pieza a pieza 166

Capítulo 30: Karaoke 171

Capítulo 31: Negación 176

Capítulo 32: Conexión 183

Capítulo 33: Doble traición 188

Capítulo 34. Arma de fuego 193

Capítulo 35: Concejal 199

Capítulo 36: Sangre 204

Capítulo 37: Asalto 209

Capítulo 38: Susurros 213

Capítulo 39: Teléfono móvil 218

Capítulo 40: Buzón de voz 222

Capítulo 41: Frenético 226

Capítulo 42: Detenida 231

Capítulo 43: Sospechas 238

Capítulo 44: Confusión 245

Capítulo 45: Hospital 253

Capítulo 46: Furia 259

Capítulo 47: Cita 265

Capítulo 48: Secuestro 270

Capítulo 49: Llamada 275

Capítulo 50: La cabaña 282

Capítulo 51: Confesión 288

Capítulo 52: Reencuentro 295

Capítulo 53: Recuerdos 300

Capítulo 54: Intruso 305

Capítulo 55: Persecución 311

Capítulo 56: Disparo 317

Capítulo 57: Rendición 323

Capítulo 58: Venganza 329

Epílogo 339

CAPÍTULO 1: COMA

Una luz tan brillante que me aturde. Un destello de color. Un dolor terrible detrás de los ojos y en el cráneo. Es como si alguien intentara salir de mí a golpes. Tengo náuseas. Jadeo en busca de aire, pero me estremezco, con la boca tan seca como la ceniza y la garganta llena de cuchillas de afeitar. Siento los dedos de las manos y los pies, pero de alguna manera se sienten desprendidos, como si mis extremidades estuvieran desconectadas. ¿A quién pertenecen estas extremidades? Es como si me sacaran de un agujero oscuro con una cuerda delgada, mi agarre a la realidad es un vínculo tenue en el mejor de los casos. Anhelo agua, algo fresco en mi frente. Quiero deslizarme de nuevo en la oscuridad, volver a donde quiera que haya estado. No estoy segura de quién soy ni dónde estoy.

Sobre mí hay un techo, blanco como la tiza, con luces brillantes incrustadas en su interior como brasas resplandecientes. Unas marionetas de sombras se mueven más allá de una ventana incrustada en la puerta. Me pregunto quiénes son esas personas. Me pregunto quién está aquí. Quiero llorar y gritar al mismo tiempo. Estoy desesperada, pero no sé por qué. ¿Dónde estoy? ¿Qué me ha pasado?

Un tubo sobresale de mi brazo como una vena larga y sinuosa. Está conectado a una bolsa llena de líquido transparente. ¿Qué es? ¿Veneno? ¿Agua azucarada? ¿Alcohol?

Una máquina emite un pitido a mi lado, una línea irregular y parpadeante sube y baja mientras el altavoz metálico emite gritos agudos y entrecortados. Los números parpadean rápidamente. Son

digitales y van en aumento. Mi corazón es como una explosión en mi pecho, detonando repetidamente. Mi cavidad podría estallar en cualquier momento, vomitándome por todas las paredes y el suelo.

Quiero levantarme, pero es como si estuviera clavada a la cama. Nada responde. Algo malo ha sucedido, puedo sentirlo.

—Hola, Supernova, dice alguien. —Vaya, cómo he echado de menos esos hermosos y brillantes ojos.

Mi cabeza se vuelve hacia la fuente de esta extraña voz. Hay un hombre sentado en un taburete. No lo había notado antes. ¿Cómo no lo había notado? Está justo delante de mí. Es alto y fornido, atlético, de hombros anchos; parece que podría defenderse. Estoy un poco asustada. Lleva el pelo peinado, castaño claro, hacia un lado. Tiene lo que parecen unos días de crecimiento en la barbilla y las mejillas. Tiene los ojos oscuros y estrechos, oscuros. Se abren cuando me mira. No puedo imaginarme lo que se esconde detrás de ellos.

Intento hablar, pero emito un chirrido áspero y gorgoteante como si me hubieran estrangulado. También me duele el pecho, como si me hubieran dado un puñetazo. Empiezo a sentirme claustrofóbica, encerrada. Intento recordar cosas, cualquier cosa, pero mi mente es un mar de nada. Mi historia es un vacío vacuo. Soy como un recién nacido, como si el mundo fuera algo nuevo y maravilloso para mí, excepto que entiendo las cosas. Sé lo que es una lámpara, lo que es una cama, la silla en la esquina de la habitación, las baldosas del techo, las cortinas. Pero no tengo ni idea de quién es este hombre ni por qué está aquí.

—No intentes hablar, dice, acercándose a mí con las palmas extendidas, un gesto de paz. —No te muevas. Has sufrido un accidente horrible.

¿Accidente? ¿Qué accidente? Miro mi cuerpo, temiendo lo que pueda faltarme. Me alivia que mis brazos estén donde deberían estar, mis manos, ambas piernas. Mis pies están ocultos por largos calcetines blancos. Parezco una momia.

—Llevas aquí casi cuatro días. Estaba muy preocupado por ti. Todos lo estábamos.

Su mano se desliza sobre la mía. Sus dedos están calientes pero callosos. Es alguien que trabaja la tierra. Lo sé por su fuerza, su piel endurecida. Noto la curva de sus bíceps bajo la camisa, su pecho ancho. Podría aplastarme si quisiera, y no hay una maldita cosa que yo pueda hacer al respecto.

Me pregunto si estoy paralizada, si alguna vez podré volver a moverme. Me concentro mucho y, finalmente, los dedos de los pies se mueven bajo los calcetines y los dedos de las manos también. Es una victoria, pero superficial.

Quiero llorar, dejarlo salir todo. Me siento tan sola, tan desnuda. Es como si mi piel me fuera ajena, mis huesos un duro armazón de nada. Le tengo pánico a este hombre, a las sombras que acechan detrás de la puerta. El silencio se ve interrumpido por un ruido en el pasillo, y todo dentro de mí me impulsa a levantarme y salir corriendo, a saltar por la ventana si es necesario. No tengo ni idea de en qué piso estoy; podría estar en lo alto de un edificio, pero no me

importa. Cualquier cosa es mejor que esto. El no saber. El no recordar.

¿Este hombre va a llevarme lejos? ¿A encerrarme en una habitación? ¿A examinarme? ¿Es por él por lo que estoy aquí? ¿Me han secuestrado? ¿Las personas del pasillo son como él?

Un anillo de oro blanco brilla en su dedo anular, grabado. Miro el mío. Mis dedos están desnudos.

—Tus anillos ya no están, Sierra, dice. —Los médicos tuvieron que cortártelos. Tenías las manos muy hinchadas.

Así que ese es mi nombre. Sierra. Me gusta, pero no me evoca nada. Ningún recuerdo, ningún recuerdo. Pensé que podría, pero no. Mi memoria es una hoja de papel en blanco. Ni siquiera una mancha de tinta.

—¿Quién soy?, me las arreglo, pero me duele hablar. Mi lengua, mi garganta, mi pecho, todos gritan de agonía. Mi voz me resulta extraña, más grave de lo que imaginaba. Estoy tan ronca.

—Eres Sierra Coleman, responde él, con el rostro enmascarado por la ansiedad. —Y estamos en el Hospital St. Margaret, en Thousand Oaks, California.

—¿Por qué estoy aquí?.

—Como te dije, tuviste un accidente. Un accidente de coche. Eras la única que iba dentro. Nadie más resultó herido. Te desmayaste, estabas completamente inconsciente. Tía, no sabía qué hacer cuando te vi tirada en la carretera. El coche estaba hecho trizas. Pensé que estabas muerta.

La forma en que dice la última palabra me hace encogerme. Le hago la pregunta que me ha estado atormentando desde que lo vi, aunque no estoy segura de querer la respuesta.

—Y... ¿quién... quién eres?

Una sonrisa se extiende por sus labios. Tiene una sonrisa hermosa, encantadora, pero no confío en él. ¿Cómo podría? No tengo ningún recuerdo de él. Es un extraño para mí. Diablos, soy una extraña para mí misma.

—No te acuerdas, dice. —Pero no pasa nada. Puedo ponértelo al día cuando estés mejor.

—Estoy bien. De verdad, solo dímelo. Por favor.

Se sienta en el borde de la cama, se inclina hacia mí como si fuera a darme un mordisco. Me aparto. Se da cuenta de mi reacción, pero no parece molestarle.

—Soy Wesley, Sierra. El hombre del que te enamoraste hace poco más de tres años. La persona con la que has pasado todos los días desde aquel fin de semana en Cabo San Lucas, el fin de semana más importante y mágico de nuestras vidas.

—No entiendo, digo. —¿Qué estás diciendo?

Me coge la cara con la mano y me besa. Intento apartarme, pero es muy fuerte.

—Soy tu marido.

CAPÍTULO 2: RUBIA

Estoy tan confundida, tan desorientada. ¿Cómo puede este hombre ser mi marido? ¿Cómo podemos estar casados? No tengo ningún recuerdo de él, ningún sentimiento. Mi corazón no palpita cuando se acerca. En todo caso, late con fuerza. Mi cuerpo grita que me retire. No puedo creerle. No lo haré. Todo esto es un gran error. Una mentira. Necesito descubrir quién soy en realidad. No soy Sierra Coleman. No lo soy. Me niego a creerlo.

—Estás sorprendida, dice él, poniéndose de pie. —Lo noto. Es comprensible. Los médicos explicaron la posibilidad de pérdida de memoria, pero esto es mucho peor de lo que temía. ¿Puedes... puedes recordar algo?

Me concentro, volcando toda mi energía en la parte de mi cerebro donde se almacena el pasado. Al no encontrar nada, sacudo la cabeza. La puerta de esa cámara en particular está cerrada con llave y no tengo ni idea de dónde está la llave. Una nube de frustración me cubre como una gruesa manta. Estoy muy enfadada conmigo misma. ¿Por qué es tan difícil?

—Te ayudaré, añade. —No te preocupes. Podemos trabajar en esto juntos. Tú y yo. Te ayudaré a superarlo.

Algo en sus ojos me inquieta. Son como pequeños discos de cristal, pantallas de ordenador. Su sonrisa nunca pasa de sus mejillas.

Intento sentarme, pero pequeños fragmentos de corriente eléctrica me atraviesan las sienes. Jadeo y entrecierro los ojos.

—Agua, digo. —Necesito agua.

—Por supuesto. Él se inclina hacia mí y toma una jarra de agua, vertiendo un poco en un vaso de plástico. Coloca una pajita de papel dentro y me la acerca a los labios. Chupo con avidez. El líquido frío es como oro helado en mi lengua y garganta. Lo saboreo mientras se desliza por mi garganta y se extiende por mi abdomen. Intento beber un poco más, pero él me lo quita.

—El médico dice que bebas poco a poco. No queremos que vomites, ¿verdad?.

Es la primera vez que siento algo más que miedo, ansiedad. Quitarme la jarra hace que no me guste. No es consciente de lo que se siente al ser nadie, al no ser nada. Quiero decírselo, explicárselo, pero aún no he decidido si confío en él.

La puerta se abre y el corazón me da un vuelco en el pecho. Es una de las personas del pasillo. Una de las marionetas de sombras. Mide alrededor de 1,70 m, pelo rojo entrecortado, teñido recientemente, piel pálida como la leche, pecas, delgada como un rastrillo, pechos pequeños. Sus ojos están en llamas, sus pies golpean el suelo. Parece tan emocionada que creo que se va a desmayar.

—Oh, Sierra, grita, dejando caer su bolso al suelo y prácticamente corriendo hacia mí. Encuentro la capacidad de sentarme, a pesar de los golpes en la cabeza, y me acurruco contra la cama, tratando de escapar de ella. Fracaso. Sus manos me encuentran, seguidas de sus brazos, su torso delgado. Estoy inmovilizada debajo de ella como un luchador. Algo húmedo está en mi cara, cálido. Me doy cuenta de que está llorando, sollozando. Sus emociones son demasiado fuertes, exageradas.

—Estaba tan preocupada, dice entre lágrimas y hombros temblorosos. —Pensé que nunca volverías con nosotros.

Wesley, el hombre que dice ser mi marido, la aparta con delicadeza.

—Vamos, Mary Elisabeth, dice. —Tenemos que dejar a Sierra tranquila. Hace poco que ha vuelto con nosotros.

—Por supuesto, dice Mary Elisabeth, mirándolo a él y luego volviéndose hacia mí. —No parpadea. Lo siento. Estoy muy feliz.

—No recuerdo quién eres, digo, y luego me doy cuenta de cómo suena, como si no me importara. Quizás no me importe.

Mary Elisabeth parece herida, ofendida. —Soy tu mejor amiga, Sierra. Hemos estado unidas desde que éramos niñas.

Su reacción me hace pensar dos veces, cuestionarme a mí misma. La culpa me quema el estómago. —Lo siento, digo, sacudiendo la cabeza. —Es solo que… no recuerdo nada en absoluto.

—Oh, Sea, dice, supongo que es su forma de llamarme. —No pasa nada. Lo entiendo. No es culpa tuya. Estás enferma, pero no te preocupes. Wesley y yo te ayudaremos a recuperarte. Estaremos contigo en todo momento.

Ella va a buscar su bolso, mete la mano y saca unas uvas y una Pepsi. Nunca he deseado tanto algo en mi vida.

—Vaya, dice Wesley mientras me trae los artículos. —No estoy seguro de que sea una buena idea.

Una vez más, quiero darle un puñetazo al hombre que dice ser mi marido. ¿Por qué sigue intentando quitarme las cosas?

—Claro que sí, responde Mary Elisabeth. —Lleva días sin comer y debe de tener mucha sed.

—Tienes razón. En ambos aspectos.

Me como tres uvas seguidas, saboreando el gusto. Las acompaño con un trago de bebida gaseosa. No recuerdo si me gustaban estas cosas antes del accidente, pero ahora sí.

Cierro los ojos, apago la luz, trato de ignorar los sonidos que me rodean. Quiero recordar. Quiero recordar quiénes son estas personas. Quiero confiar en ellas, pero es difícil cuando no hay nada en absoluto, simplemente un muro impenetrable de oscuridad.

Una imagen aparece ante mis ojos. Una niña pequeña. Quizá de diez u once años. Coletas rubias. Ojos tristes. Está articulando algo, pero no puedo leer sus labios. Recuerdo su rostro. Creo que estuvo conmigo mientras estaba inconsciente. La conozco. Estoy segura de que sí, pero no recuerdo cómo. Me suplica con lágrimas en los ojos y los labios temblorosos. Me acerco a ella, pero se aleja de mí, y entonces la oscuridad comienza a apoderarse de ella, y aunque corro tras ella, se ha ido antes de que pueda acercarme.

—Sierra, dice Wesley, con la mano sobre mis hombros. —¿Estás bien?

Abro los ojos y estoy de vuelta en mi cama de hospital, de vuelta con mi supuesto marido y mejor amigo.

Las sombras chinas han vuelto detrás de la puerta. Se abre una rendija y alguien mira a través de ella. El ruido de un portapapeles, el

murmullo de voces y movimiento. Un hombre con una bata blanca entra y me mira de arriba abajo. Sonríe, con dientes blancos.

—Ah, señora Coleman, dice. Aunque ha confirmado el nombre que Wesley me dio, no significa que sea cierto. —Está despierta. Eso es bueno. Mira a los demás. —Me temo que tendremos que examinar a la señora Coleman, así que tal vez pueda dejarnos un rato.

—Por supuesto, dice Wesley. No te preocupes, Supernova. Estaremos justo fuera.

No puedo decidir si me alegra su partida o si tengo más miedo que antes. Conozco a este médico incluso menos que a ellos dos, y la idea me aterra.

Mientras el recién llegado se cierne sobre mí, con su portapapeles en la mano y el estetoscopio extendido como una daga, pienso en la niña y en sus ojos tristes. Es como si me hubieran quitado algo, algo más que mi memoria y mi sentido de identidad. La niña es importante para mí. Estoy segura de ello. Solo tengo que averiguar por qué.

CAPÍTULO 3: CHOQUE

La noche está llena de ruidos de hospital, incomodidad y ansiedad paralizante. Es como si estuviera en un capullo, pero a diferencia de una mariposa, no espero salir de él con alas coloridas y una sensación de libertad. Estoy prisionera en una celda, pero no tengo idea de qué crimen he cometido. Estoy despierta, mirando al techo, tratando de concentrarme en los recuerdos, pero son tan etéreos que nunca se me muestran.

Mi recién declarado marido y mi mejor amiga se fueron juntos poco después de las 8 de la tarde. No estaba triste cuando se fueron, pero tampoco estaba contenta. Aunque no puedo recordarlos, es evidente que están cerca de mí, lo que los convierte en el único vínculo con una vida que está dolorosamente fuera de mi alcance. Quiero volver a unir las piezas del rompecabezas. Lo necesito más que a nada. Me aferro a los pequeños fragmentos que me han dado como a trozos de madera a la deriva en el océano. Quiero cuidarlos, hacerlos crecer. Quizá si entendiese más, entendería más; entonces mi memoria volverá lentamente como alguien que mueve las cortinas del escenario.

Ahora puedo sentarme completamente. El médico me dio analgésicos para el dolor de cabeza y los moretones. Cuando me levantó la bata, vi el negro y el morado en el abdomen, el pecho y las piernas. Parece como si hubiera estado en una pelea.

Balanceo los pies sobre el borde de la cama y me pongo de pie por primera vez. El aturdimiento me golpea como un martillo, así que vuelvo a sentarme. Lucho contra las ganas de vomitar. Soy

plenamente consciente de que son simplemente los efectos persistentes de la conmoción cerebral. Me doy un momento, espero a que desaparezca la sensación de náuseas y lo intento de nuevo. Esta vez el mareo es solo la mitad de fuerte, pero es lo suficientemente nauseabundo como para obligarme a volver a tumbarme. No tengo ni idea de si soy de los que abandonan, aún no me he presentado a mí misma, pero decido que no quiero ser ese tipo de persona.

Me pongo de pie de nuevo, más despacio esta vez, esperando que vuelva a llegar el golpe del martillo, pero esta vez apenas lo siento. Estoy de pie. Mis pies y piernas son lo suficientemente fuertes como para sostenerme. Reprimo un pequeño grito de júbilo, pero estoy eufórica de todos modos.

Me acerco a la ventana que da al pasillo y tiro de las persianas. Hay un gran ajetreo. Es por la mañana temprano, así que las luces están tenues, pero observo las otras habitaciones: un anciano con un vendaje en un ojo, una joven con una pierna rota, un hombre de mediana edad con un pesado vendaje en el pecho. Es un hospital. ¿Qué esperaba? La enfermera jefe levanta la vista de su escritorio, me ve de pie en la puerta y levanta una mano. Levanté la mía y le hice un gesto con los dedos. Ella sonrió.

Pienso en la chica de mi visión. No pregunté a Wesley ni a Mary Elisabeth por ella. No quería parecer que estoy perdiendo lo que queda de mi mente. Es posible que sea producto de mil recuerdos diferentes, pegados como un plato roto. Podría ser una persona o cien personas. Todavía no he apreciado del todo lo que queda de mí,

así que ¿cómo puedo entender realmente si mi cerebro funciona correctamente?

Decido que necesito un poco de aire, así que me acerco a la ventana. Da al aparcamiento y a una gran zona verde un poco más allá. Los corredores ya están fuera, vestidos con pantalones cortos ajustados y camisetas holgadas. Abro la ventana y dejo entrar el aire de la mañana. Es refrescante. Dejo que me entre en el pelo, que me doy cuenta de que aún no he visto.

Un espejo en la pared sobre el lavabo me devuelve la mirada y me acerco a él. No estoy tan mal como pensaba. Aparte de las bolsas bajo los ojos y de que los labios se ven más secos que el Sáhara, estoy pasable. Mi aspecto no me sorprende tanto como temía. Quizás me recuerdo a mí misma más de lo que pensaba. Tengo el pelo oscuro, hasta los hombros, bastante liso, aunque ahora mismo está más grasiento que el demonio. Soy delgada, lo cual es bueno, supongo que tengo unos treinta y cinco años, ojos oscuros, alrededor de un metro setenta. Si hay que creer a Wesley, mi marido, una mujer llamada Sierra Coleman me está mirando desde el espejo emborronado. Me alegro de conocerla.

La puerta se abre, sobresaltándome.

—Hola. ¿La señora Coleman, verdad?.

—Puede llamarme Sierra, digo, saboreando el sonido de mi nombre en mi lengua. Es lo único que me resulta remotamente real.

—Soy la enfermera Rodríguez, dice. Es de mi altura, con mejillas anchas y sonrientes. —He venido a ver cómo estás. Sé que es temprano, pero te vi despierta, así que….

—Está bien, digo. Me alegra la compañía.

—El médico dice que sufres de pérdida de memoria aguda.

Asiento. Las palabras suenan horribles cuando se dicen en voz alta.

—Tiene razón.

—Siento oírlo. Pero la buena noticia es que cree que es a corto plazo.

Sonrío, pero es un poco forzado. El médico me dijo lo mismo, pero ¿cómo puede estar segura? Ahora mismo, mi memoria está encerrada en una caja en una isla situada a mil millas de distancia. Claro, podría intentar cruzar el océano a nado, pero lo más probable es que me ahogue en el intento.

—Estás un poco pálida. ¿Quieres que te traiga algo?, pregunta. —¿Quizá un agua?.

—Todavía tengo náuseas, así que declino agradecida. Quiero dormir, pero sospecho que no puedo. En su lugar, decido buscar respuestas. Quizás esta enfermera sepa algo.

—¿Puede decirme cómo estaba?, le pregunto, sonando como un niño hablando con su profesor de clase. —Cuando llegué, quiero decir. ¿Estaba usted aquí?.

La enfermera niega con la cabeza y la decepción me asfixia. Necesito saber qué pasó. Necesito escucharlo de alguien que no sea el tipo que dice ser mi marido y la mujer que afirma ser mi amiga de toda la vida.

—Le trajeron en ambulancia, dice, sorprendiéndome. —Yo no estaba aquí, pero he leído el informe. Estaba mal, sangrando e inconsciente.

Me aferro a sus palabras como si fueran monedas en un frasco.

—¿Estaba... estaba mi marido conmigo?.

La enfermera niega con la cabeza. —No. Llegó unos diez minutos después. El informe dice que condujo hasta aquí.

Sus palabras me resultan extrañas, un acertijo extraño. ¿Por qué estaba sola? Si Wesley es realmente mi amado esposo, ¿no debería haber estado conmigo?

—Parece preocupada, dice.

—Estoy confundida, eso es todo.

—Es comprensible. Escribe algo en su cuaderno. —Pero no se preocupe. Su marido es un gran tipo.

Mis ojos se clavan en ella. —¿Por qué dice eso?.

Ella sonríe de oreja a oreja. —Como he dicho, he leído el informe. Su marido es un héroe. Se acercó a usted muy rápido, vio que estaba atrapada en el coche y ayudó a la policía a sacarle. Estuvo cerca, también. Podrían haberles matado a los dos.

Sacudo la cabeza. —No sé a qué se refiere.

La enfermera se estremece. No debería sorprenderme. Lo que dice a continuación también me hace estremecer. —En cuanto le sacaron del coche, todo explotó como una bengala.

CAPÍTULO 4: EL ENFERMERO

El día va y viene. Es como si estuviera en un estado de sueño, ni realmente aquí, ni realmente en ningún sitio. Todo es un caos en mi cabeza. Me toco la cara con los dedos entumecidos. Mi piel es como de plástico, mi cuerpo funciona a cámara lenta.

El médico regresa y me dice que planean darme el alta por la mañana. Debería alegrarme. Debería estar feliz de que mi estado haya llegado a un punto en el que el equipo médico me considere lo suficientemente bien como para irme. El problema es que no tengo ni idea de adónde iré. No recuerdo haber tenido una casa, haber vivido en otro lugar que no sea esta cama de hospital. Todavía no he puesto un pie fuera. No recuerdo cómo es el exterior. El miedo se apodera de mí, siento un nudo en el estómago, me zarandea.

Wesley está más eufórico. —Son noticias fantásticas, Sierra. Puedo cuidarte, curarte hasta que recuperes la salud.

Ojalá compartiera su optimismo. Sigo sin tener ni idea de quién es. Me doy cuenta de que tendré que volver a aprenderlo todo día a día. La enfermera dijo que mi marido es un héroe, ¿y quién soy yo para discutir? Después de todo, me sacó de un vehículo en llamas. Podría haber muerto. Arriesgó su vida por mí. Debería quererle, pero no es así. Aún no.

Mary Elisabeth no aparece hoy. Wesley dice que tenía que ocuparse de un asunto urgente. *Menuda mejor amiga*, pienso para mis adentros, pero luego me doy cuenta de que estoy siendo grosera. Los demás también tienen vida. No soy el único espectáculo de la ciudad.

—Te arreglaré la casa, dice Wesley, aunque apenas le presto atención. —Asegúrate de que esté ordenada y de que tengas todo lo que necesitas. No te presiones. Todo está arreglado. No tienes que preocuparte por ello.

¿Arreglado? Sus palabras suenan extrañas. Si no hubiera chocado el coche, no necesitaría que se ocuparan de mí. Me pregunto qué causó el accidente. ¿Iba a una velocidad excesiva? ¿Tal vez había bebido? Nadie ha mencionado que se haya cometido un delito ni que la policía quiera hablar conmigo. Supongo que eso significa que realmente fue un accidente, pero si no hubo otros coches involucrados, ¿por qué salí de la carretera de una manera tan violenta? Todo es un poco extraño, demasiado perfecto.

Cuando Wesley se va, lo despido con una sonrisa, pero no estoy contenta. Mi emoción predominante es la confusión. Y la ansiedad. No puedo deshacerme de ninguna de las dos. Es todo lo que he sentido desde que desperté en esta habitación. Tengo la sospecha de que aquí está pasando algo más de lo que parece, aunque nadie ha hecho nada para causar estas sospechas tan fuertes. Todos han sido amables conmigo, incluidos Wesley y Mary Elisabeth.

Ceno una ensalada de pollo con salsa extra y la acompaño con agua helada. No me canso de beberla. Mi cuerpo la ansía continuamente. Atribuyo mi creciente sed al ambiente cargado de la habitación del hospital, pero no tengo ni idea de si eso es cierto. Tal vez me pase algo, alguna afección médica que aún no han detectado.

Decido ir a dar un paseo. Apenas he salido más de seis metros de mi habitación hasta ahora, y necesito estirar las piernas. Me han

desconectado de la solución salina y del monitor cardíaco, así que puedo caminar libremente sin tener que arrastrar media docena de artilugios detrás de mí como si estuviera paseando a una especie de cachorro mecanizado. He oído a las enfermeras hablar de la cafetería del personal y de las máquinas expendedoras que sirven tabletas de chocolate, así que decido que allí es donde voy. Cojo mi bolso, que Wesley me entregó antes de irse, y me pongo en marcha.

No tardo mucho en agotarme. No me había dado cuenta de lo lejos que estaba la cafetería. Además, estoy bastante segura de que estoy perdida. Pensé que era una a la derecha y luego dos a la izquierda, pero tal vez lo recordé al revés. Estoy en un pasillo que se extiende por kilómetros, sin un alma a la vista. Me pregunto si, sin querer, he entrado en un universo paralelo donde el chocolate está prohibido y casi no hay gente.

El terror comienza a apoderarse de mí y siento que voy a desmayarme. No sé qué será peor: el dolor al caer al suelo o la vergüenza al despertar. Esto ha sido un error. Debería haberme quedado en mi habitación y esperar a que Wesley viniera a recogerme por la mañana. Quizá mi marido tenga razón. Tal vez sí que necesito tomármelo con calma.

Me doy la vuelta, pero no tengo ni idea de cómo volver y apenas me queda energía para el viaje.

—Hey, ¿qué haces por aquí tan lejos? pregunta una voz amistosa.

Me doy la vuelta con las piernas temblorosas y me encuentro cara a cara con un hombre al que no reconozco. No es de extrañar.

—¿Te conozco? le pregunto.

—No. Creo que no, responde, rodeándome con un brazo, lo que hace que mi cuerpo se ponga rígido. —Pero no me voy a quedar aquí parado y ver cómo te desmayas.

—¿Deberías estar tocándome así? Su colonia es agradable. Huele a almizcle y especias.

—Probablemente no. Sonríe, divertido. Extiende la otra mano y la tomo. —Soy el enfermero Kaiden Marshall, a su servicio. Fui el primero en llegar cuando llegaste.

El corazón me da un vuelco. Nada menos que un ángel de la guarda, y alguien que podría darme respuestas.

Me acompaña a una zona de asientos y me sienta. Se posa a mi lado. Tiene los ojos sonrientes, el pelo corto y castaño y una pequeña cicatriz en el lado izquierdo de la barbilla. Me doy cuenta de que confío en él más que en mi propio marido.

—¿Puedes decirme qué ha pasado? Le pregunto. —Sé que tuve un accidente y que por poco muero.

—Todo eso es cierto, responde él, asintiendo con la cabeza. Probablemente ahora no lo parezca, pero tuviste mucha suerte.

—Sí, me lo han dicho muchas veces. Tiene el rostro de alguien que conoce la verdad y no tiene miedo de decirla. Me lleno de esperanza. —Pero, ¿cómo estaba yo? Cuando llegué, quiero decir. ¿Qué aspecto tenía?

Se encoge de hombros. —Estabas bastante maltrecha. Te dieron un golpe tremendo. Intenté hablar contigo, pero no estabas en condiciones de mantener una conversación.

Sus palabras me dejan atónita. ¿Cómo pudo mantener una conversación con una mujer que estaba inconsciente? —¿Intentas decirme que estaba despierta cuando me trajeron?

Asiente. —Entre la inconsciencia y la vigilia, pero sí. Estabas despierta. Y animada.

Estoy tan sorprendida que apenas puedo formar una frase. —¿Por qué nadie me ha mencionado esto antes? ¿Por qué no estaba esto en el informe? ¿Te dije algo? ¿Cualquier cosa?

Hace una pausa y, por un momento, creo que me va a decepcionar. Pero entonces levanta la cabeza y me dice algo que hace que mi confusión se acelere.

—"Mystic Spring", dice. Estaba diciendo esas dos palabras una y otra vez. Estaba tratando de decirme algo sobre Mystic Spring.

CAPÍTULO 5: SOCIAL

Mi cabeza da vueltas. No tengo ni idea de lo que significan las palabras *Mystic Spring*, ni si guardan relación entre sí. Las repito una y otra vez en mi cabeza, tratando de desenterrar algo del desordenado y polvoriento desván de mi cerebro. El enfermero, Kaiden, parecía bastante sincero. La preocupación en sus ojos era evidente. Quería que recordara. Quería ayudarme. Estoy tan segura de ello que me duele. Es bueno tener a alguien de mi lado. Alguien en quien confiar.

Me ayuda a volver a mi habitación y me mira desde la puerta. Hay algo en él que no puedo ubicar. No lo recuerdo, pero siento compasión en él. Me siento más cerca de casa que desde que desperté. Me pregunto si es raro que tenga afinidad con un extraño en lugar de con el hombre que dice ser mi marido.

—Nos vemos, dice mientras empieza a irse.

No quiero que se vaya, pero no tengo motivos para pedirle que se quede.

—Gracias por tu ayuda, le ofrezco, sonando débil.

—No hay de qué. Me alegro de haberlo hecho. Se detiene, con un pie dentro y otro fuera de la puerta. ¿Te devolvieron tus cosas?

Sacudo la cabeza. ¿Tengo cosas? Supongo que tiene sentido. Debo de haber entrado con algo. —No lo creo.

—Haré que alguien te las traiga, dice. Quiero preguntarte si puede ser él quien me las dé, pero luego añade: —Mi turno empezó hace unos cinco minutos, así que debería irme.

Sonríe y mi corazón se rompe un poco. Tengo la sensación de que es inapropiado de nuevo. Soy una mujer casada, por el amor de Dios.

La puerta se cierra y me desplomo sobre la almohada. De repente, estoy agotada. Nunca llegué a la cafetería, pero tal vez fue lo mejor. Descubrí algo sobre mi llegada, algo nuevo, aunque no tuviera ningún sentido. Las palabras *Mystic spring*, podían significar cualquier cosa. Apenas estaba consciente. Podría haber estado recitando la letra de una canción o el nombre de una marca de jabón que había visto recientemente en la tele. Decido no darle demasiada importancia a lo que me ha dicho Kaiden. A falta de algo convincente, podría estar malgastando mi energía.

Entro y salgo del sueño. Sueño con un arroyo poco profundo y agua fresca y burbujeante; fantasmas flotando sobre él como una niebla matutina.

Cuando vuelvo en mí, veo una bolsa en el interior de mi puerta. Sonrío. Kaiden ha conseguido hacérmela llegar. Me incorporo, dejo que el sueño se disipe un poco y luego recojo la bolsa. No pesa mucho. Solo unas pocas cosas. Un reloj de seguimiento de la actividad física, un collar con un colgante de pluma plateada, un par de pendientes y un teléfono.

¡Un teléfono! No había pensado en si tenía uno de esos.

Lo agarro, se me cae por la emoción, pero lo recojo. Vuelvo a mi cama tambaleándome, me siento en el borde. Rezo para que la batería esté cargada. Pulso un botón en el lateral y, por suerte, la pantalla se ilumina. Mi foto de portada es una imagen de una puesta de sol en un lugar que no recuerdo. Las palmeras bordean una playa

dorada. A mi teléfono solo le queda un quince por ciento de batería, así que tengo que darme prisa. La pantalla me pide un número pin, pero no tengo ni idea de cuál podría ser. Me lo pongo en la cara, esperando que el Samsung tenga un software de reconocimiento facial.

Por un momento, la pantalla me devuelve la mirada, desafiándome a hacer algo precipitado, pero luego parpadea y, de repente, entro. Estoy tan eufórica, tan llena de energía. Esto es un vínculo. Una atadura con lo que era antes. Lo agarro como si fuera una cuerda de salvamento. Quiero besarlo.

Me dirijo directamente a la galería de fotos. Está en blanco. Sacudo la cabeza. ¿Quién hace eso? Yo, supongo. Intento acceder a mis correos electrónicos, pero no parece que tenga una cuenta de correo electrónico, lo que me asusta. Empiezo a sospechar. ¿Alguien ha borrado mi teléfono? Me queda una última oportunidad. Mis redes sociales. Abro Facebook y veo una foto mía con un aspecto mucho más glamuroso que con mi atuendo de hospital. Llevo el pelo peinado hacia atrás, pintalabios y delineador de ojos. Llevo una camiseta blanca y unos vaqueros ajustados. Me desplazo por mis publicaciones. Encuentro una foto mía de pie con Wesley. Estamos en un jardín, bebiendo cócteles. Otra foto muestra a Wesley sin camiseta limpiando una piscina. Tenía razón sobre su físico. Está claro que se cuida. Encuentro una fotografía mía de pie con un grupo de personas que no recuerdo. Parezco fuera de lugar, como si no perteneciera a ese grupo.

Sigo desplazándome. Encuentro una imagen de una casa, de Wesley cortando una gran cinta roja con un lazo enorme en el exterior. ¿Es esta nuestra casa? ¿La compró Wesley para nosotros? Es un edificio impresionante con grandes ventanales, un amplio balcón, una arquitectura moderna y nítida. Parece sacado de un folleto.

Una vez más, espero a que lleguen los recuerdos, a que las imágenes vuelvan a mí. No pasa nada.

Encuentro más fotos, esta vez de Mary Elisabeth y yo en algún tipo de reunión social. Parece que estamos en una galería rodeados de arte moderno y canapés interminables. Yo bebo vino blanco, Mary Elisabeth, tinto. Ella se ríe, yo parezco distraída. En otra, tiene el brazo alrededor de un hombre un poco mayor con el pelo entrecano. Estoy picando la comida y charlando con un grupo de mujeres que son mucho más glamurosas que yo. No puedo evitar pensar que hay algo falso en lo que estoy viendo, como si a todo el mundo le hubieran pedido que se pusiera de una manera concreta y pintara la misma sonrisa falsa. Probablemente esté siendo paranoica, ilusa, lo que sea. No puedo evitar cómo me siento.

No encuentro nada que contradiga la historia que me contó Wesley. Todo encaja perfectamente. La casa que comparto con él. Nuestro matrimonio. Mi amistad con Mary Elisabeth. Todo está demasiado limpio, demasiado ordenado, como si todo se hubiera limpiado a la perfección. Esta versión desinfectada de mi vida es como una película en la que nunca he actuado, un programa de televisión que nunca he visto.

Tiro el teléfono a la cama, frustrada. No sé si estoy enfadada porque mi vida perfecta se ha visto interrumpida por un acontecimiento tan absurdo y aleatorio, o si estoy cabreada porque la vida que casi pierdo es tan aburrida y monótona como me habían hecho creer. ¿Es esta una existencia que quiero recordar, una que puedo aprender a apreciar? Me maldigo por ser tan egocéntrica, tan creída. ¿Qué espero encontrar? Sigo pensando en Kaiden, al igual que en la niña de las coletas rubias.

Acerco las rodillas al pecho, aprieto las manos en puños y me obligo a dormir.

CAPÍTULO 6: MAMÁ

Me he duchado y vestido. Me siento en el borde de la cama con unos vaqueros y un top negro de tirantes y espero a que llegue mi marido. Hoy no he visto a Kaiden. Me doy cuenta de que probablemente no sea su turno. ¿Por qué vendría al hospital en su día libre para visitarme, a alguien a quien literalmente acaba de conocer, y se iría?

Hago a un lado mi decepción. No es útil. Tengo que acostumbrarme al hecho de que estoy casada. Tengo que aprender a amar a Wesley de nuevo, suponiendo que alguna vez lo haya hecho.

—Hola, Supernova, dice, usando de nuevo su molesto apodo cariñoso para mí. —Tienes buen aspecto.

—No llevo maquillaje, digo, sonando como una adolescente enfurruñada.

—Joder, no lo necesitas. Eres muy guapa sin él.

Me encojo de hombros, me quedo de pie mientras me abraza. Sus brazos son tan grandes que podría aplastarme en cualquier momento. Espero que nunca tenga ganas.

—Me alegro mucho de sacarte de aquí, Sierra. Estoy muy feliz.

Lo miro. Parece que está a punto de llorar. Debería estar encantada, eufórica. Aquí hay un hombre que dice que me ama, que se ha conmovido hasta las lágrimas porque he conseguido evitar a la parca, y, sin embargo, siento algo ambivalente hacia él. Me avergüenzo de mí misma, como si me hubiera convertido en una socialité narcisista que espera que los demás la amen sin nada a cambio.

—Yo también estoy feliz, digo. —De verdad.

Me besa en la frente, lo cual me parece un poco extraño. Toma mi mano y me guía hacia la puerta. Saludo a las enfermeras, buscando con la mirada a Kaiden por todo el pasillo. Es una esperanza remota y obtengo lo que merezco, que es nada.

—¿Esperas a alguien? Dice Wesley, dándose cuenta de mi comportamiento.

Sacudo la cabeza. —Por supuesto que no. No conozco a nadie más.

Sonríe. —Lo harás, dice. —Tienes muchos amigos en casa.

Ojalá supiera dónde está *mi casa*.

Nos dirigimos al aparcamiento. Es la primera vez que salgo. Hace un día precioso. El tipo de día que te hace recordar que estás viva, excepto que yo siento todo menos eso. Todavía tengo la ridícula sensación de que estoy soñando. Nada parece real. Me pregunto si voy a despertar en cualquier momento, encontrarme en mi vida real, en mi casa real, con un marido al que realmente pueda recordar. En el fondo, tal vez eso es lo que quiero. Estar en cualquier lugar que no sea aquí.

—Esta es nuestra, dice Wesley, mostrándome una Ford F-Series azul cielo. Las palabras *Coleman Construction* están pintadas en letras rojas y blancas brillantes en el lateral, las palabras inclinadas en cursiva, supongo que para significar velocidad. Creo que parece egoísta y llamativo, pero tal vez así es como Wesley lo quiere. Para ser visto. Para ser notado.

—¿Está lejos? Pregunto.

—¿La casa?.

Asiento, acomodándome en el asiento del copiloto.

Él sonríe, mostrándome todos sus dientes. Están espaciados uniformemente y bien cuidados. Me pregunto una vez más por qué no puedo aceptar a este hombre como la persona con la que se supone que debo estar. Tal vez lo haga con el tiempo, pero la duda me muerde como un gatito hambriento. Ojalá pudiera estar más segura.

—No está lejos, Tiger, dice él, masticando un chicle. —No está lejos.

***

Entramos en un largo camino de entrada, el perímetro bordeado por media docena de cornejos. La grava cruje bajo las ruedas. Suena como si estuvieran introduciendo huesos en una trituradora. Nos detenemos frente a la casa. Es la de las fotografías. Es aún más impresionante en la vida real. La piscina de delante es lo suficientemente grande como para un equipo de fútbol. Quiero saltar directamente, dejar que el agua me envuelva, que mi cuerpo se hunda hasta el fondo para poder esconderme de todo el mundo.

—¿Y bien? Dice Wesley, ayudándome a salir de la camioneta. —¿Qué te parece?.

—Es preciosa—, digo, sonando más convincente de lo que esperaba.

—¿No es fantástica? La compramos hace solo un año. Costó una pequeña fortuna, pero valió cada maldito centavo. Cada maldito centavo.

Camino hacia el edificio, paso la mano por el estuco. Supongo que estoy tratando de conectar con la casa de alguna manera física y

táctil, si es posible. La pared está fría, rígida. Tengo una sensación predominante de vacío. La casa podría pertenecer a cualquiera. Desde luego, no siento que me pertenezca.

—¡Sierra, querida! Grita alguien.

Vuelvo a sentirme transportada al momento. Me giro para encontrarme con una mujer mayor y recatada que viene hacia mí desde el jardín. Lleva pantalones, una blusa de flores y su cabello plateado está peinado y pulcro.

Miro a Wesley, que está mirando a la otra mujer como si fuera una estrella de Hollywood.

—Lo siento, digo mientras ella toma mi mano con la suya. Sus uñas están cuidadas y tienen la punta roja. —Pero no te recuerdo.

Su sonrisa no flaquea, ni un poco. —Me doy cuenta, querida. Tu marido me lo contó todo, pero no pasa nada. Lo único que importa es que estés sana y salva. Has vuelto a casa con tu familia, que es donde debes estar.

Quiero creerle, pero sigo sin saber si pertenezco a algún lugar, y mucho menos a este.

—Soy tu madre, cariño, dice, lo que me deja en un estado de confusión.

—¿Mi qué?.

—Tu madre. La persona que te concibió y te dio a luz.

—No lo entiendo. Estoy completamente desconcertada. Esta mujer no se parece en nada a mí. Es mucho más baja y su cara es redonda. La mía es estrecha.

—¿Qué es lo que no entiendes? Responde.

—Evie ha estado viviendo con nosotros desde que tu padre murió, dice Wesley, colocando sus manos sobre las de esta mujer y las mías. —Ha sido enviada desde el cielo para cuidarnos. Para cuidar de *ti*.

¿*Enviada desde el cielo*? ¿Quién dice eso? —Lo siento mucho, digo, dándome cuenta de que estoy siendo grosera y más que un poco descortés. —Quiero recordar, de verdad, pero por alguna razón, no puedo.

La mujer, mi madre, me abraza. Estoy tan conmocionada que mi cuerpo se vuelve rígido. Si ella lo nota, no lo demuestra.

—Pobrecita, dice. —Pobrecita, pobrecita.

—Escucha, dice Wesley. —Tengo que atender una llamada en casa. No tardaré mucho, pero mientras tanto, ¿por qué no te reencuentras con tu madre y echas un vistazo por la casa? Con suerte, te ayudará a recordar. Ladea el pulgar y el índice y finge disparar. —Espero que así sea—.

Se agacha y besa a mi madre en la mejilla. La abraza un poco más de lo debido. Hay algo en su forma de actuar que me inquieta, aunque no sé muy bien qué.

Cuando desaparece en el interior, Evie me coge de la mano y me lleva a la puerta principal.

—Pues bien, dice, con el aroma a lavanda y flor de melocotonero que emana de su ropa, —vamos a hacerte la visita guiada.

CAPÍTULO 7: MARIDO CARIÑOSO

Estoy en el sofá, bebiendo una taza de café que me preparó la mujer que dice ser mi madre. El lugar es completamente diáfano, con techos altos y un segundo piso que da al primero. Es moderno y contemporáneo, pero austero y frío, sin carácter. Me pregunto si mi antigua yo habría elegido un lugar como este, o si fue la elección de Wesley. ¿Es el tipo de marido que impone su voluntad a las mujeres de su vida? No me da esa impresión, pero seamos sinceros, no lo conozco. Esta nueva yo solo lo conoció hace tres días.

Estoy tan cansada. La confusión es agotadora. La cafeína no hace nada para disminuir mi fatiga. Ojalá pudiera desenredar esta maraña, encontrar su centro de alguna manera. Quizá la verdad esté cerca, o quizá ya esté reclinada en la verdad, sentada en la casa donde todo lo que quiero recordar ya existe.

—Hola, dice Wesley, llegando a la sala de estar como un torbellino.

—¿Qué necesitas? ¿Galletas? ¿Helado? Lo tenemos todo.

—Estoy bien, respondo.

—Tonterías. Tienes que recuperar fuerzas. Has pasado por una experiencia horrible y traumática. De las peores. Tu cuerpo necesita azúcar. Necesita proteínas.

—Una galleta, entonces, digo para calmarlo, forzando una sonrisa.

—¿Qué tienes?.

—¿Te parece bien de doble chocolate?.

—Me parece genial.

Me la trago a la fuerza, aunque me siento nauseabunda. No saber es como tener la peor resaca. Me doy cuenta de que mi estómago nunca se calmará hasta que todo vuelva a mí, por doloroso que parezca. Tendré que acostumbrarme a eso.

Poco después, Wesley sale a comprar algunas cosas al pueblo. —No tardaré, dice. —¿Quieres que te traiga algo?

Sacudo la cabeza.

—De todos modos lo haré, responde riendo. —Intenta detenerme.

—No me atrevería, respondo, siguiéndole el juego, pero preguntándome por qué tengo que ser tan forzada. Quizá todo esto sea real. Quizá estoy siendo demasiado dura con el chico. Al fin y al cabo, quiere cuidar de mí. ¿Estoy siendo una zorra por resistirme a su amabilidad?

La puerta se cierra y me pregunto qué hacer conmigo misma. Mi teléfono me mira desde la mesa de café, tentándome. Lo cojo, lo desbloqueo. Quizá me perdí algo en mi primer intento. Quizá pueda encontrar algo más.

Vuelvo a examinar las imágenes que ya he visto, los “me gusta” de personas que no recuerdo, los emojis de caras felices y caras riendo. Tengo 217 amigos en mi cuenta, pero bien podrían ser extraterrestres. No tengo ninguna afinidad con ellos. Me siento como si estuviera en un partido de fútbol, hombro con hombro con docenas de personas, sin saber sus nombres ni nada sobre ellos.

Sigo desplazándome, esperando que haya algo. Tiene que haber algo.

Mi mirada se dirige a una imagen mía de pie junto a un hombre mayor, mucho mayor. Tiene arrugas profundas en la cara, el pelo blanco y fino, una gorra de béisbol de los Dodgers. Sus ojos sonríen, sus labios están levantados en las comisuras. La foto debe de haberse tomado hace bastantes años porque parezco recién salida de la universidad. Tengo el pelo brillante y largo, y la piel suave como la seda. Parezco feliz y real también. Más real de lo que parezco en cualquiera de las otras imágenes. Me pregunto quién es este hombre, el anciano del sombrero.

Lo dejo de lado y empiezo a buscar fotografías del día de mi boda. Si realmente estoy casada, seguramente habría publicado algo en mi perfil. Wesley dijo que nos casamos hace casi tres años, lo cual no es mucho tiempo. Esas publicaciones seguirían estando disponibles, mostrándose para que mis 217 amigos las admiraran. Eso es lo que hacen los recién casados, ¿no? ¿Presumir? ¿Dejar que el mundo se deleite con lo maravillosas que fueron sus nupcias?

Deslizo, deslizo, y deslizo, pero no encuentro nada. Ni un vestido blanco, ni un esmoquin, ni damas de honor ruborizadas, ni vídeos de Wesley y yo bailando toda la noche con una banda de pop cursi. Nada de eso tiene sentido. ¿Por qué no iba a estar orgullosa de esos momentos? ¿Por qué no iban a estar en primer plano en mi perfil? La novia feliz, el novio radiante.

Ahora que lo pienso, tampoco he encontrado ni una sola imagen de mi madre. Llama la atención su ausencia, lo cual me parece extraño.

Empiezo a preguntarme si nuestro matrimonio no es feliz y si mi relación con mi madre no es muy cariñosa. Quizás por eso no puedo

recordar. Tal vez mi cerebro herido ha empujado toda la infelicidad, toda la angustia, hasta el punto más lejano de mi psique, enterrándola bajo un mar de oscuridad del que nunca volverá.

De repente, me entra un fuerte escalofrío, como si me hubiera quedado a la deriva.

Sigo desplazándome, sin querer considerar esa versión de mi realidad. Quiero ser feliz, quiero ser amada, pero necesito tener algún recuerdo de las personas que dicen ser los personajes principales de mi vida. No es mucho pedir, ¿verdad?

Localizo una imagen antigua. Realmente antigua. Tengo unos nueve o diez años. Llevo el pelo recogido en un moño. Me estoy riendo tanto que tengo la cara hecha un ovillo. A mi lado hay un niño con el pelo color mandarina, y a su lado hay una niña pelirroja. Ella se ríe y señala al niño que tiene helado en las mejillas. Detrás de nosotros hay una caravana y, sentado delante de ella, está una versión más joven del hombre de la imagen anterior. En esta fotografía, su cabello es castaño rojizo, cortado al rape. Tiene un Chesterfield apagado entre los labios.

Mis ojos se dirigen a la chica pelirroja. ¿Podría ser Mary Elisabeth? El color del cabello coincide, al igual que las pecas en sus mejillas. Quizá ha estado diciendo la verdad, al igual que Wesley y Evie. Dijo que nos conocemos desde que éramos muy jóvenes, y esto es muy joven. Quizá esta sea toda la prueba que necesito para empezar a creer.

Dejo que el teléfono se deslice hasta el sofá y me recuesto, observando cómo el chico de la piscina limpia el agua.

¿Podría ser esta mi vida? ¿Es esto lo que soy? Si lo es, no está tan mal, ¿verdad? Es evidente que tengo dinero y un estilo de vida acorde. Si aprendiera a aceptarlo, me sentiría cómoda. Muy cómoda. Me cuidarían, mimarían, acicalarían como a un pura sangre de primera. ¿Por qué me resisto? ¿Por qué no puedo dejar que esta verdad sea mi verdad?

Me pellizco una uña, me muerdo el labio inferior. Entiendo por qué estoy tan dividida. Es porque para mí es como una obra de teatro, un grupo de actores que leen sus líneas y se quedan quietos donde se les dice. Hasta que no pueda superarlo, este no podrá ser mi hogar, y esta no podrá ser mi vida.

CAPÍTULO 8: EL GRAN DÍA

Me despierto con una nueva determinación. Necesito averiguar si me están mintiendo. Si esta es mi casa, mi familia, entonces tengo que encontrar pruebas. No es solo que no haya imágenes mías en esta casa; nada me vincula a ella, ningún recuerdo persistente de mí. No estoy más en casa aquí de lo que lo estaba en mi cama de hospital. Estoy tan desconectada de mi vida como lo he estado desde que abrí los ojos. Debe de haber un rastro de migas en alguna parte, un camino de regreso a la persona que soy. Tengo que creerlo.

Me ducho, subiendo el agua tan caliente que cada centímetro de mi cuerpo disfruta de la sensación de ardor. Quiero despertar algo, encender un fuego. No puedo seguir sonámbula durante el día.

Me miro en el espejo; todo mi ser. La evidencia del accidente es lo único que tiene sentido para mí. Los moretones, los restos de la hinchazón. Empujo un dedo contra el punto sensible de mis costillas, clavando la punta hasta que el dolor es casi insoportable, esperando que el agudo pulso de agonía traiga de vuelta imágenes, sonidos, olores. No funciona.

Me visto, me pongo ropa que podría ser mía, podría ser de otra persona. Pantalones negros y una blusa celeste. No tengo forma de saber ni de identificarme con ninguno de los dos. No recuerdo si son de mi gusto. ¿Cuál es mi gusto?

El olor a panqueques y café recién hecho se eleva desde la cocina. Se me revuelve el estómago al darme cuenta de que estoy hambrienta. Mi apetito, al menos, ha vuelto.

Se oyen risas desde fuera y me acerco a la ventana. Mi madre está sentada en la mesa del jardín, divirtiéndose con algo que le ha dicho mi marido. Me resulta extraña su cercanía, la forma en que se sienten tan cómodos el uno con el otro. Me pregunto si eso es normal, pero me doy cuenta de que no tengo forma de saber qué es normal. Estoy reaprendiendo todo. Ya no puedo dar nada por sentado, porque cada acontecimiento es otra pista, otro bocado en mi camino de migas de pan.

Bajo las escaleras y saboreo el olor de la comida. Si pudiera coger mi plato y volver a mi habitación, lo haría, pero soy consciente de que una acción tan grosera se consideraría descortés. Wesley ha cocinado para mí, y ese es un acto de bondad que debo devolver con mi presencia. De todos modos, tengo preguntas para él.

—Buenos días, Supernova, dice. —¿Has dormido bien?.

Anoche no dormimos en la misma cama. Incluso él se dio cuenta de que sería raro, sabiendo que, al menos en mi cabeza, acabamos de conocernos.

—Como un tronco, miento. Apenas dormí. —Algo huele bien.

—Tortitas y arándanos, tal y como te gustan.

—Suena genial.

Mi madre se levanta y me abraza. Es una extraña en mis brazos. Me agarra la mano y me sonríe. Es una sonrisa que dice que quiere gustarme. No sé si eso es bueno o malo.

—Siéntate. Come, dice Wesley. —La única forma de reparar tu cuerpo es darle la energía que necesita.

Pongo cuatro panqueues en mi plato, dos grandes raciones de arándanos y suficiente sirope de arce como para llenar un pequeño lago. No pierdo el tiempo. Saboreo el dulzor, la suave almohada de la masa de los panqueques, la textura crujiente de la fruta. Cierro los ojos mientras como. Emito un pequeño gemido.

—¿Ves? Dice Wesley, volviéndose hacia mi madre. —¿No te lo dije, Evie? Una buena noche de sueño y ahora le ha vuelto el apetito. Pasos pequeños, Sierra. Pequeñas victorias.

Sonrío y me seco los labios almibarados con una servilleta. Aquí no encuentro ninguna victoria. Ningún paso, pequeño o de otro tipo.

—Háblame de nosotros, digo, forzando mi primera pregunta a salir de mis labios antes de que tenga la oportunidad de cambiar de opinión. —Háblame de cómo nos conocimos, nuestro primer beso, nuestros momentos íntimos.

—¡Vaya! Declara, levantando las manos. —¿Con tu madre aquí?.

—Vamos, Wes, dice mi madre, sorbiendo su café. —No es nada que no haya oído antes.

—Cierto, pero no los detalles.

—¿Cómo nos conocimos entonces? Replico. —¿Me invitaste a salir o yo te lo pedí?.

Él se ríe, le da otro mordisco a su panqueque y mira hacia abajo, a la mesa. Percibo incertidumbre.

—Te lo pedí, si quieres saberlo, responde. —En aquel entonces trabajabas en una panadería del pueblo, un lugar al que solía ir todos los días a tomar café.

—¿Y simplemente te acercaste a mí y me invitaste a tomar una copa?

—No, al principio no, dice. —Tengo que admitir que no creía que te gustara, así que esperé, intenté entablar una relación contigo. ¿Sabes? Usar ese viejo encanto de Coleman.

Su lenguaje corporal es extraño, inquietante. Sus ojos se mueven de manera errática, parpadeando.

—Y al final cedí, ¿verdad?.

—¿Sierra? Exclama mi madre. —¿Qué es esto? ¿Una inquisición?

—Quiero saber, respondo. —No recuerdo nada de esto. Todavía no.

Quizá escuchar detalles sobre los momentos más importantes de mi vida acelere el proceso de curación.

Wesley me mira. Sospecho que está tratando de averiguar adónde quiero llegar con esto.

—Lo hiciste, dice finalmente. —Ceder, quiero decir. Te llevé a cenar. Tú pediste pescado, yo pedí filete. Bebimos vino tinto y hablamos. Fue una velada mágica, al menos para mí. Hice lo mismo la semana siguiente y la otra, una y otra vez hasta que, al final, te enamoraste de mí. Al igual que yo te amaba, excepto que, en mi caso, mi corazón fue tuyo desde el principio, desde el primer momento en que te vi. Tenías los ojos de cierva e inocentes, pero tu rostro era tan hermoso que podía iluminar la noche más oscura.

Me sonrojo. No sé cómo reaccionar ante los cumplidos de un hombre al que apenas reconozco.

—¿Y por qué no hay fotos? Le espeto. Reconozco que es un mecanismo de defensa. Estoy desviando la atención. —El día de

nuestra boda. No encuentro nada. Ni rastro de que haya tenido lugar. ¿Por qué será? Si fue uno de los días más felices de nuestras vidas, ¿por qué nunca lo inmortalizamos? ¿No crees que es un poco extraño?

Mi madre tira su servilleta. —¡Sierra! Estás siendo grosera.

Wesley parece herido, lo cual es una expresión extraña en un hombre tan grande y fuerte. Su rostro se pone pálido, como si todo el color se le hubiera ido. Me pregunto si este es el momento en que la mentira se desmorona. Siento la emoción ardiendo en mis entrañas. Se revuelve con los restos persistentes de los dulces y el café.

Se levanta y se dirige al interior. Me pregunto si se está retirando, huyendo del caos, pero en unos momentos vuelve a la mesa con un álbum en las manos. Lo coloca sobre la mesa frente a mí. Lo miro como si no tuviera ni idea de lo que es, pero en realidad estoy bastante segura de que sí.

Lo abre y ahí estoy yo, en todo mi esplendor, cubierta de satén blanco y gasa. Él está de pie a mi lado con un esmoquin azul marino y una sonrisa tan grande como el pastel junto al que estamos.

—Están todos aquí, dice, pasando página tras página, revelando el hotel, la ceremonia, la multitud de asistentes. —Tómate tu tiempo. Créeme, hay mucho que ver.

CAPÍTULO 9: PAPÁ

Con ese pequeño episodio terminado, estoy emocionalmente agotada. Quizás nos casamos después de todo. Él es mi esposo. No puedo negar ese pequeño hecho ahora. No estoy ni aliviada ni desanimada. Este hombre que ha sido tan amable conmigo es el hombre con el que decidí casarme. Eso es algo positivo, algo por lo que debería estar feliz. El único problema es que no lo estoy y no tengo idea de por qué.

—Ese hombre te ama, ¿sabes?, dice mi madre. —Haría cualquier cosa por ti. Estuvo contigo en el hospital todos los días mientras estabas en coma. Nunca se apartó de tu lado.

¿Me está dando datos o tratando de convencerme de algo? En cualquier caso, es obvio que es el tipo de mujer que es inquebrantable en sus convicciones. Al menos puedo admirarla por eso.

—Ojalá pudiera recordar más. Algo que me conectara con él. Y contigo también.

Me pone una mano en la cara, acariciándome la mejilla como si fuera de seda exótica. Su palma es suave, su piel tersa. Es evidente que se cuida.

—Lo harás, dice, —te lo prometo. Solo tienes que darle tiempo.

Tiene razón, pero es la naturaleza indefinida de la cosa lo que me aterra. ¿Cuánto tiempo es suficiente? ¿Cuánto tiempo tendré que esperar hasta que regresen los primeros treinta y tantos años de mi vida? Habrían pasado tantas cosas en esas décadas que me formaron, y sin esos recuerdos, soy una mujer sin rumbo, sin un

propósito. Necesito anclarme a algo, a un momento de mi pasado que le dé sentido a todo. Busco en mi cerebro, rebuscando en una bóveda oscura de nada infinita.

—Vamos de compras, declara mi madre de repente. —Tú y yo. Te daré algo por lo que sonreír.

—Oh, tartamudeo. —No sé si eso...

—Tonterías. Vamos. Será divertido.

Se levanta y empieza a organizar las cosas antes de que tenga otra oportunidad de objetar. Antes de que me dé cuenta, me he puesto los zapatos, llevo un bolso en el brazo y me meten apresuradamente en el coche. Mientras nos alejamos, me quedo con la clara impresión de que me están llevando a rastras.

Las casas pasan como atunes, nadando a toda velocidad mientras Evie circula por las sinuosas calles de Lake Sherwood. Es una zona exclusiva; es obvio por los coches en los caminos de entrada, las piscinas olímpicas, las canchas de tenis. Aquí vive el dinero. Mucho. Supongo que soy una mujer rica, pero no tengo ni idea de cuánto hay en mi cuenta bancaria.

Reviso mi bolso y echo un vistazo a todos los plásticos. American Express, Platinum, doscientos dólares en efectivo. El dinero parece falso, como si no fuera mío. En cierto modo, no lo es. Ya no tengo ni idea de quién soy, así que, ¿cómo puede ser mío? Quiero tirarlo por la ventana y dárselo a alguien que realmente lo necesite.

—No has preguntado por tu padre, dice mi madre. —Desde que volviste a casa, no lo has mencionado ni una sola vez.

Recuerdo que Wesley dijo algo sobre él, que me contó que mi madre se mudó a casa después de su muerte.

—¿Era un buen hombre?.

Ella sonríe, con lágrimas brillando como diamantes en las comisuras de los ojos. —El mejor. Sus manos agarran el volante. —Eras una niña de papá. Siempre a su lado. Persiguiéndolo por la casa como si estuvieras apegada a él.

Sonrío ante eso. Es un recuerdo que no tengo, pero que espero volver a tener. —Así que tuve una infancia feliz.

Mi madre sonríe. —Nuestro hogar siempre fue un lugar seguro, Sierra. Tú tuviste el tipo de infancia por la que otras personas morirían.

Me parece un poco inquietante su elección de palabras. —¿Fue doloroso? Me refiero a su muerte.

Soporté un momento de silencio mientras mi madre se recomponía. Puedo decir que este recuerdo en particular aún está reciente en ella, como una herida sin curar. —Cáncer. Escupió las palabras como veneno. —No quedaba mucho de él que amar cuando lo metieron en esa caja. La maldita enfermedad lo fue carcomiendo poco a poco. Nunca se lo mereció. Ninguno de nosotros se lo merecía.

El pensamiento me hiela hasta los huesos. Un hombre al que no recuerdo, pero al que mi antiguo yo adoraba. Me pregunto si podré seleccionar los recuerdos que vuelven, elegir los momentos que quiero saborear y desechar los que no quiero que vuelvan nunca. ¿De

qué serviría recordar a mi padre si la última interacción significativa que tuvimos me causara un dolor inconmensurable?

Mamá conduce el coche hasta el aparcamiento del centro comercial. El lugar está más de medio lleno. Miro los otros vehículos. Teslas, BMW, Mercedes. Aquí hay suficiente aristocracia automovilística como para llevar a la bancarrota la economía de un país pequeño. La culpa me consume. Yo formé parte de esto. Supongo que todavía lo soy.

—Este es él, dice mi madre, sacando una fotografía hecha jirones de su bolso. Está doblada por los bordes, como si la hubieran dejado demasiado tiempo al sol. El aspecto desgastado de la foto contrasta con sus manos perfectamente cuidadas y su piel bronceada. Me pregunto si siempre fue así. Inmaculada. ¿Cambió cuando se mudó con Wesley y conmigo? ¿O la transformación ocurrió mucho antes?

Le quito la fotografía. El papel ha perdido su brillo. Es como piel vieja. La sostengo a contraluz. Es tan vieja como parece. Miro la foto de un hombre vestido con franela y pana. El pelo le cuelga liso sobre la frente, los brazos parecen pistones. Es un hombre de campo. Sujeta una pala, como si significara algo para él.

Al fondo hay una casa. No se parece a los edificios de Lake Sherwood, ni de lejos. Tengo razón. Mi madre no viene de una familia rica. Lo adquirió en algún momento de su pasado. Me pregunto si lo ganó o se lo quitaron. Este hombre no se parece al de mis fotos en las redes sociales. Es más alto, más grueso. Me confunde verlo. Quizá el hombre que vi en mi teléfono es un tío, un amigo de la familia.

—¿En qué piensas?, me pregunta mi madre, mientras observa cómo un camión se detiene en el sitio de enfrente.

Sacudo la cabeza, con ganas de hacerle tantas preguntas, pero sin confiar en mí misma para decir las cosas correctas. No estoy segura. Quizá estoy un poco abrumada.

Empiezo a llorar. La brusquedad de la situación me sorprende, haciéndome llorar más. No es que esté triste porque mi padre haya muerto. ¿Cómo podría estarlo? El hombre de la fotografía podría ser cualquiera, un modelo de revista, un actor de cine. Me doy cuenta de que mi aumento de confusión emocional está siendo causado por el hecho de que ni siquiera este evento, esta trágica muerte, la pérdida de alguien tan querido para mí, puede encender el más mínimo recuerdo en mí. Es como si no tuviera esperanza, como si estuviera condenada a pasar el resto de mis días como nada más que un recipiente vacío de momentos perdidos y fragmentos de sonido fuera de lugar.

—Dale tiempo, repite mi madre. —Dale todo el tiempo que haga falta.

Me seco las lágrimas de las mejillas y le devuelvo la fotografía. Me pregunto si es simbólico, si estoy regalando otra conexión más con mi juventud perdida.

CAPÍTULO 10: ÓNIX NEGRO

Caminamos de tienda en tienda, pero apenas presto atención. Tengo demasiadas cosas en la cabeza como para preocuparme por los tacones de Jimmy Choo, los suéteres de Burberry y los chinos de Ralph Lauren. Hasta ahora, lo que he aprendido solo ha servido para aumentar mi malestar. Si todo en mi vida era tan bueno, ¿por qué no puedo forjar un vínculo con ello? Debería ser lo más sencillo de hacer, y sin embargo es casi imposible de lograr.

El centro comercial está lleno de marcas de ropa de diseño, joyas que cuestan mucho más que el salario medio anual de una familia estadounidense y comida baja en calorías y en tamaño de porción. No me gusta. No me gusta nada. Quiero irme casi nada más llegar.

—Oh, dice mi madre. —Cachemira. Me prometí a mí misma que me compraría un jersey la próxima vez que estuviera en la ciudad. ¿Te importa, cariño?.

Me pregunto qué quiere decir con la pregunta. ¿Me importa que se compre un jersey de cachemira o me importa que me arrastre a otra tienda?

—Esperaré fuera, ofrezco. —Ve tú.

Me mira con los ojos entrecerrados. Me pregunto si puede leerme la mente. —¿Estarás bien?

—Es un centro comercial, digo. —Creo que sobreviviré.

Me deja abandonada en un océano de gente que claramente no me reconoce. Eso es algo que me ha estado molestando desde que comenzamos nuestro pequeño circuito por este centro comercial de riqueza gregaria. Nadie me saluda. Nadie me reconoce. Lake

Sherwood no es una comunidad grande. Menos de dos mil. El hecho de que sea anónima aquí es discordante, sobre todo porque mi madre ha hablado con innumerables personas desde que aparecimos. La conocen por su nombre, preguntan por Wesley. Es como si fuera una extraña en una tierra extraña.

Estoy de pie junto a la barandilla, exhalando aire caliente, empañada por la claustrofobia, aunque el centro comercial es grande y apenas hay gente hombro con hombro. Tengo la boca muy seca. Chasqueo la lengua detrás de los dientes, golpeo los muslos con los dedos, hago cualquier cosa para distraer mi cerebro acelerado. No recuerdo a mi familia, y nadie aquí me recuerda. Si no fuera por las fotografías de mi boda y el emotivo relato de mi madre sobre la muerte de mi padre, estaría casi segura de que no es mi vida y de que esta no es mi ciudad.

—¡Sierra! Grita alguien, corriendo desde el otro lado del vestíbulo.

—Sierra, soy yo, Max.

Observo cómo se acerca el hombre. Un metro ochenta, barba oscura y corta, corpulento. Me sonríe. Su sonrisa me pone los nervios de punta. Distingo el gran anillo plateado en el dedo índice de su mano derecha, con una ónix negra en el centro. Es el tipo de anillo que solo puede llevar un hombre que aún no ha dejado atrás la insolencia de la juventud.

—Perdona, ¿te conozco?.

—¡Vaya!, exclama, llevándose una mano al corazón como si le hubiera disparado. —¿De verdad vas a jugar así?.

—¿Jugar a qué?.

—Nunca me pareciste del tipo frío y calculador.

Lo miro fijamente a la cara, tratando de encontrar algo en mi banco de memoria que me diga si es un amigo o un enemigo.

—"O'Malley's", dice, extendiendo las manos y sonriendo. —Hace un poco más de dos semanas. Estabas con amigos, cenando. Me acerqué, te ofrecí invitarte un trago. Tus amigos se fueron, pero tú te quedaste. Oh, hombre, cómo me dolía la cabeza al día siguiente. Debimos habernos tomado toda una botella de Jack entre los dos.

Sacudo la cabeza, preguntándome de qué está hablando.

—Oh, vamos, dice. —Bailamos.

Me encojo de hombros.

—Vale, lo que sea. Si quieres mantenerlo en secreto, por mí no hay problema. Lo informal está bien. Lo informal está más que bien.

Decido no decir nada, dejar que hable. Si lo que dice es cierto, significa que mi matrimonio no es feliz. Las esposas felices no salen y se emborrachan con hombres extraños, y desde luego no bailan con ellos.

—En fin, continuó, —¿cómo has estado? ¿Has estado bien?.

Su pregunta me devuelve la concentración. Es la primera vez que alguien que no sea mi marido me pregunta eso.

—Me estoy recuperando, respondo, preguntándome si eso es cierto. —Poco a poco, pero ya casi estoy bien.

Parece confundido, como si no pudiera decidir hacia dónde llevar nuestra conversación. Me pregunto si se ha enterado del accidente. Si no es así, es otra señal de alarma. En ciudades del tamaño de Lake

Sherwood, un accidente en el que se ve involucrada la esposa del propietario de una reconocida empresa de construcción es una gran noticia.

Percibo el aroma de la lavanda y los capullos de melocotonero, y de repente mi madre me agarra del brazo.

—Ya está, dice. Sujeta una bolsa. Ha comprado más de un jersey. —Ahora, vámonos de aquí.

Me sorprende que nos vayamos. Parecía estar preparada para pasar el día. Me tira del codo, empujándome hacia delante como a un niño pequeño perdido. Mis pies se mueven con ella, pero no antes de que Max me agarre la mano y me guiñe un ojo. Antes de que me dé cuenta, se ha ido, dejándome con la sensación de que nuestra interacción nunca tuvo lugar. Tal vez fue producto de mi activa imaginación, un fantasma del centro comercial, un personaje que conjuré para reforzar mi paranoia sobre mi vida y mi familia falsas.

De vuelta en el coche, me siento en el asiento del copiloto mientras mi madre carga el maletero con sus caros beneficios. Miro la mano que Max agarró. Todavía puedo sentir sus dedos en mi palma. Es emocionante, la idea de que le había estado ocultando secretos a mi marido, de que había tenido una cita ilícita. Me pregunto si eso me convierte en una mala persona.

Doy la vuelta a mi mano y espío la tarjeta de visita que Max me deslizó. Mi madre no lo había visto, pero yo sí. Las esquinas de la tarjeta se clavaron en mi carne mientras trataba de ocultar su existencia. Necesito hacerlo. Es lo único que tengo que refuta mi teoría del amigo imaginario. Leo las palabras estampadas en el fondo

negro en cursiva plateada. *Max Cramer, arquitecto*. Esto significa que es una persona real, un ser humano real, vivo y que respira. También confirma su historia: Tuve un encuentro real en una noche real con un hombre al que nunca había visto antes. Siento que se está tirando de la cuerda, una cuerda que puede llevarme a la verdad, incluso si la verdad demuestra que soy el tipo de persona que no quiero ser, o que mi marido no es el tipo de persona con la que quería pasar el resto de mi vida.

Cuando mi madre abre la puerta del coche, me meto la tarjeta en el bolsillo y cierro los ojos, fingiendo cansancio. Aún queda más de esta historia. Mucho más.

CAPÍTULO 11: HIDDEN VALLEY

Llegamos a casa y mi madre me hace un desfile de moda, llevando el jersey de cachemira por la casa como una segunda piel. Me pregunto si se da cuenta de lo engreída que se está haciendo parecer, de lo consentida que está. Finjo estar impresionada, sonriendo y haciendo el tipo de comentarios que creo que quiere oír.

—Oh, te queda muy bien.

—Si acaso, estiliza.

—El color te queda perfecto.

—Estás estupenda, mamá.

Cuando me dice que tiene que ir a la peluquería, me quedo aliviada. No puedo seguir por ahí con esta sonrisa en la cara o estas palabras edulcoradas saliendo de mis retorcidos labios. La vanidad me está matando.

Cuando la puerta se cierra, me dirijo al baño, necesitando lavar los restos de nuestra insípida salida. Sigo pensando en Max. Bueno, no en él exactamente, sino en lo que representa el encuentro. Es una sorpresa de las grandes, un giro importante en los acontecimientos. Lo valoro. Quiero descubrir mucho más.

Me detengo en la puerta del baño, dándome cuenta de que aún no he mirado cada una de las habitaciones de la casa. Claro, me hicieron una visita guiada cuando llegué, pero en ese momento todavía estaba en estado de shock. Apenas podía respirar, y mucho menos asimilar nada. Solo recuerdo puertas y pasillos, pasillos y puertas. En la segunda planta hay cuatro dormitorios grandes, pero el único que he visto es en el que he dormido. Wesley duerme en la habitación de al

lado, con la puerta comunicada. Voy primero a esa habitación. Es casi una réplica exacta del dormitorio principal, pero sin la ropa de mujer. Wesley tampoco hizo la cama. La hendidura donde descansaba su cuerpo sigue visible, con la ropa tirada en el suelo. Me pregunto si era tan desordenado cuando compartíamos habitación. Me pregunto si le regañaba por ello o si recogía después de él como una esposa abnegada.

La siguiente es la habitación de mi madre. Huele a ella. Está limpia, inmaculada. Tiene un cuarto de baño en suite que también está impecable. Sus lociones y cremas corporales están ordenadas, dispuestas en líneas rectas y pulcras. Sus toallas están impecables y perfectamente dobladas. Su ropa cuelga en el armario, ordenada por color y estilo. Sus zapatos son iguales; la ropa de día y la de noche están separadas como si fueran de razas o especies diferentes.

La última habitación es para invitados. Me pregunto cuántas personas se han alojado en este espacio privado. Imagino el tipo de fiestas que celebran los Coleman y si soy una buena anfitriona, ingeniosa y atractiva. No me veo en ese escenario. No parece ser el tipo de cosas en las que se me daría bien, pero no sé cómo puedo llegar a esa conclusión.

Bajo las escaleras y echo un vistazo a la cocina. Es el tipo de espacio que llena las páginas de un artículo de una revista de hogar. Es obscenamente grande, con todos los electrodomésticos de cocina conocidos por la raza humana. La isla central es tan grande como una camioneta pequeña. El horno está tan limpio que me pregunto si alguna vez he cocinado algo en su interior.

Miro a través de las puertas de cristal que dan al patio trasero. El patio tiene una zona de cocina exterior; una parrilla de acero inoxidable, un ahumador de leña, sartenes y cuchillos colgados de ganchos bajo el amplio voladizo. Imagino a Wesley de pie en el exterior, volteando filetes, bebiendo una cerveza fría y conversando con sus socios. ¿Tengo un lugar en esa vida? ¿Tengo socios propios?

Una puerta más adelante en el largo pasillo me llama la atención. Me dirijo a ella, preguntándome si está cerrada con llave. Parece sospechosa; madera gris con un tirador negro. Intuyo que el peligro acecha en su interior. Casi me decepciono cuando la puerta se abre con facilidad y entro en el estudio de mi marido. Está tan desordenado como su dormitorio: archivadores con los cajones abiertos como bocas babeantes, una estantería que contiene cualquier cosa menos libros, un sándwich a medio comer en un plato junto a la ventana, el pan curvado. El escritorio está lleno de papeles. El teclado del ordenador apenas se ve.

En la pared hay una fotografía enmarcada de Wesley con la gente que trabaja para él. Están de pie en un aparcamiento, con las oficinas de Coleman Construction al fondo y las palas gigantes de dos camiones excavadores colgando por encima. Wesley está de pie en el centro, sosteniendo una pancarta que dice: «*Coleman's Construction*: *Diez años dando forma al lago*». Me pregunto si los ecologistas estarían de acuerdo con él.

Recorro con el dedo el marco polvoriento, buscando en las paredes fotos mías. Me doy cuenta de que es un pensamiento egoísta, pero aparte del álbum que mi marido me puso delante durante el

desayuno, no encuentro ningún rastro de que yo viva aquí. O Wesley se avergüenza de mí o no es un tipo al que le gusten las fotos. Decido que no es lo segundo.

Tengo la sensación de que estoy en un espacio al que no pertenezco, que si Wesley me pillara aquí no estaría nada contento. Esta conclusión me hace estar aún más decidida a fisgonear, aunque mi lógica es errónea. Si la oficina está fuera de los límites, ¿por qué no cerraría la puerta? La teoría alternativa es que es un doble engaño; que al dejar la puerta sin cerrar, de alguna manera desmitifica la habitación, haciéndola menos interesante para mí. Decido contrarrestar su doble engaño revisando los papeles de su escritorio. Me da una sensación de satisfacción engreída.

Encuentro cuentas, facturas, resúmenes de cuentas que no tienen sentido para mí. Dinero que entra, dinero que sale. No puedo decir si el negocio está ganando dinero o perdiéndolo. Por el estado de desorganización de la oficina, dudo que Wesley entienda eso tampoco. Espero que tenga un buen contable, porque aquí hay mucha actividad. Junto a los estados financieros hay una carta de las oficinas del ayuntamiento, en la que se detalla lo que parece ser un debate en curso entre Wesley y un tipo llamado Frank Duvall. El lenguaje es ligeramente amenazante, sobre todo por parte de Wesley. Me pregunto qué habrá hecho este tipo para molestar tanto a mi marido.

Dejo esas cartas a un lado y me encuentro con algo que me llama la atención. Es un folleto informativo con imágenes generadas por ordenador de una nueva urbanización en Hidden Valley, una gran

extensión de terreno al noroeste del lago. Las casas parecen lujosas, y hay un campo de golf, un centro comercial y un hotel exclusivo. Supongo que se va a destruir una gran parte del terreno para dar paso a esta urbanización de lujo. Aquí se ganará mucho dinero. Mis sentimientos están divididos. Me pregunto hasta qué punto participa Coleman Construction en la excavación y en las obras de construcción. Supongo que Wesley quiere participar, de lo contrario, ¿por qué tiene el folleto en su escritorio?

Doy la vuelta al folleto, el lustroso brillo del documento resulta algo repulsivo en mis manos. Quiero lavarme los dedos, librarlos del hedor del dinero. Casi no me fijo en el nombre de la urbanización que aparece en la parte superior del folleto.

Jadeo en voz alta. Casi había olvidado lo que el enfermero, Kaiden Marshall, me había dicho aquella noche en el hospital. Las dos palabras que había repetido una y otra vez cuando me ingresaron. Están justo aquí, impresas en una fuente azul brillante. Estoy tan conmocionada que apenas puedo recuperar el aliento. Leo las palabras de nuevo. Mi corazón late con fuerza en mi pecho mientras dibujo una línea debajo del titular con mi dedo índice.

"*Bienvenido a Mystic Spring*"

CAPÍTULO 12: EL TRATO

Esas palabras son el puente que me devuelve a mi vida anterior, estoy segura, y ahora también son un vínculo con el hombre con el que me casé. No puede ser una coincidencia. No es posible. Si Mystic Spring estaba grabado en mi cerebro conmocionado, entonces significaban algo para mí. Eran importantes. Ahora me doy cuenta de que también son importantes para Wesley. Vuelvo a estudiar el folleto, comprobando si estaba viendo cosas. No era así. Está claro como el agua. Se está planeando una urbanización y Coleman Construction está en liza para conseguirla.

Oigo el sonido de la puerta principal al abrirse, las llaves que se tiran a un lado, seguido del pisoteo de alguien que camina por el pasillo. El corazón me da un vuelco. Casi tropiezo con una silla. Los pasos se acercan. Estoy segura de que me van a pillar, como a un ciervo en la carretera, como a un camión que se abalanza sobre mí. Ahora están tan cerca, a no más de unos metros.

Miro la ventana, pero nunca llegaré a tiempo. No puedo abrirla y tirarme por el alféizar antes de que quien esté fuera me pille en el acto. Ahora estoy temblando, aterrorizada, pero me pregunto por qué.

Se oye el sonido de un teléfono que suena y luego los pasos vacilan. Es la voz de mi marido.

—¿Hola? Dice. Está justo detrás de la puerta, tan cerca que casi podría tocarlo. —Vale. Sí, dame un segundo.

Él se está retirando, dirigiéndose de nuevo hacia la parte trasera de la casa. Intuyo que este es mi momento, y después de esperar el tiempo

suficiente para que el camino se despeje, abro la puerta. Soy lenta, deliberada, no quiero delatarme. Aunque esta es mi casa, y que yo sepa, nadie ha cometido un delito aquí, tengo un ardor en la boca del estómago, que me advierte de un peligro inminente.

Me escabullo en la sala de estar y echo un vistazo a través de las ventanas que dan a la parte delantera de la casa. La camioneta de mi marido está afuera, tomando el sol de la tarde como un caimán gigante. Se oye el sonido de la puerta trasera abriéndose y cerrándose. Me dirijo a la cocina. Se oyen los lejanos tonos de la voz de Wesley. Parece animado.

Mi reacción instantánea es irme, o al menos ir a algún lugar de la casa donde mi presencia no sea una amenaza. No quiero meterme en problemas. Entonces me doy cuenta de que esta es una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar. La llamada que recibió Wesley podría ser sobre el proyecto. Necesito escuchar lo que se está diciendo.

Decido que tomar la ruta directa podría despertar sospechas, así que salgo por la puerta principal y me dirijo a la parte trasera de la casa. Paso junto a la piscina en el camino, levantando una mano al chico de la piscina, que me responde con un gesto. Parece ajeno a mi presencia. Mi madre sigue en la peluquería, lo que significa que solo estamos los tres en casa: yo, mi marido y el personal contratado.

Me deslizo por el borde del edificio y me abro paso entre una caseta de madera y el extremo este de la propiedad. La voz de Wesley aparece y desaparece. Me lo imagino paseando por el jardín, con el oído pegado al teléfono. Paso entre dos rosales y me engancho los

pantalones en unas espinas retorcidas. Me libero de mi trampa, pero los pantalones no salen ilesos. Miro hacia abajo y veo un pequeño agujero y un hilo colgando donde me atrapó la espina afilada.

Wesley está a la vuelta de la esquina. Puedo oír el sonido de su voz, pero no lo suficientemente bien como para distinguir cada palabra. Más cerca. Tengo que acercarme. El pulso me late en el cuello. Tengo sudor en la frente y en el labio superior. Es como si estuviera entrando por la fuerza, lo cual es una locura. Esta es mi casa.

Me arrodillo y miro a la vuelta de la esquina. Él está ahí. Parece agitado, desesperado. Se vuelve en mi dirección y me escondo, dándome cuenta de que me estoy arriesgando mucho espiándolo así. No me estoy comportando como una esposa, sobre todo no como una que acaba de salir del coma. Nunca he conocido esta versión de mí misma. Nunca he conocido ninguna versión de quién soy.

—Bueno, dile que lo necesito firmado, dice Wesley. —Dile que hay que hacerlo esta semana.

Sea lo que sea, hay urgencia en su voz, necesidad. Me pregunto una vez más si la viabilidad financiera del negocio de mi marido es más frágil de lo que él deja entrever.

—Me importa un bledo si necesita más gente de su lado. Dile que me dé nombres y números de teléfono y les pagaré a todos. A todos y cada uno de ellos.

Su tono se vuelve amargo ahora, desagradable. Nunca le había oído así. Aumenta mi ansiedad considerablemente. Me arriesgo a echar otro vistazo. Las venas de su grueso cuello sobresalen, el pulso de su frente se agita.

—Lo que sea necesario, reitera. —Diles que pagaré lo que sea necesario. Necesito ese contrato y no puedo permitirme esperar. Y recuérdale a ese hijo de puta que me debe. Me debe muchísimo.

Cuelga la llamada y tira su teléfono sobre la mesa. Aprieta y suelta los puños como un peleador de puños desnudos a punto de entrar en batalla. Parece que esta pelea está en pausa, y solo pensar en ello lo está matando. Su boca está torcida en una mueca de odio, con la mandíbula fuertemente apretada. Me doy cuenta de que este hombre es capaz de cualquier cosa si las circunstancias lo exigen. Me pregunto qué tan difícil será para él desempeñar un papel distinto frente a mí.

Se desploma en una silla y enciende un cigarrillo, inhalando profundamente antes de soplar humo. Me echo hacia atrás, sabiendo que tengo todo lo que vine a buscar, pero también sabiendo que sigo en la oscuridad. En realidad, nunca le oí mencionar la urbanización Mystic Spring. Podría estar sumando dos más dos y llegar a un número que se ajuste a la narrativa que estoy desarrollando en mi cabeza, pero no puedo negar la existencia del folleto en su escritorio, ni que mi marido parece estar en una situación desesperada.

¿Cuánto tiempo lleva esto sucediendo y qué tiene que ver conmigo? ¿Fue mi accidente realmente un accidente? ¿Es Wesley capaz de algo más que soborno y corrupción? ¿Tiene violencia en su interior?

No puedo encajar las piezas, no en ningún orden lógico. ¿Qué tiene que ver todo esto con algo? ¿Está relacionado de alguna manera? Lo averiguaré. Es solo cuestión de tiempo. Al final, la verdad será

revelada, y planeo ser la primera en la fila para ver el gran espectáculo.

CAPÍTULO 13 PREGUNTAS

Estoy en el dormitorio, dándole vueltas a todo en mi cabeza, cuando mi madre llega a casa. Me trae un café. Lleva el pelo igual que cuando se fue. Me pregunto si se trata de eso, de retrasar el proceso de regeneración. Me doy cuenta de que no tengo ni idea de cuántos años tiene, pero no tengo cojones para preguntárselo. No parece el tipo de mujer receptiva a una pregunta así. Sospecho que es mayor de lo que aparenta, lo cual en realidad es un cumplido para ella.

Poco después, suena el timbre y mi madre contesta. Responde una voz femenina. Es Mary Elisabeth y pregunta por mí. Me dirijo a la barandilla que da a la planta baja y la llamo.

—Estaré allí en un minuto o dos, le digo.

Lleva una bandeja de brownies y una sonrisa de oreja a oreja.

Cojo mi café y me reúno con ella en el salón. Nos sentamos en el sofá, damos sorbos a nuestras bebidas calientes y comemos tarta de chocolate. Al menos, yo lo hago. No hay pruebas de que Mary Elisabeth haya comido nada. Me pregunto si alguna vez se cocina algo para comer. Es tan dolorosamente delgada.

—Quería asegurarme de que te estabas instalando bien, dice con una sonrisa, sus dientes son tan blancos que literalmente me ciegan.

—Bueno, estoy cómoda, si eso es lo que quieres decir. Todavía estoy un poco golpeada y magullada, pero físicamente estoy bien.

—¿Y tu memoria? Pregunta, ladeando la cabeza como si yo fuera un paciente al que hay que estudiar.

—No ha cambiado. Todavía nada. Quiero decir, entiendo lo que son las cosas, no estoy completamente a oscuras, pero cuando se trata de mi vida, las cosas que realmente importan, todo es una hoja en blanco.

Suspira y me toca la mano. —Ya llegará, dice. —No te precipites. No hace falta.

Si ella lo supiera. El peso de tantas cosas sobre mis hombros, la necesidad ardiente e incesante de averiguar qué me está pasando.

—Me siento como si estuviera afuera en el frío, ¿sabes? Ahora estoy siendo honesta con ella. —Como si estuvieras a mi alrededor, pero en realidad no lo estás. Me siento sola, aislada de ti. Si no puedo recordar quién eres, ¿cómo voy a sentirme a gusto en esta ciudad, en esta casa? Ni siquiera puedo recordar a mi propia madre, y vive aquí mismo.

—Pobre conejita, responde Mary Elisabeth, dándome otro brownie. —Ojalá pudiera ayudarte de alguna manera.

Debería decirle que engordarme no es la solución, que darme problemas de autoestima corporal además de mis propias inseguridades paralizantes no ayudará en lo más mínimo, pero tomo el brownie de todos modos. Están buenos. Quizá demasiado buenos.

—He estado revisando mis redes sociales, digo, hablando con la boca llena de migas de chocolate. —Buscando algo que pueda ayudarme.

Me mira por encima del borde de su taza de café. —¿Y?

—No hay mucho. Algunas fotos de Wesley y yo, algunas en las que apareces tú.

Me pregunto si debería contarle lo de mi viaje al centro comercial con mi madre, pensando que si de verdad es mi mejor amiga, estaría al tanto de mi supuesta relación con Max Cramer. Tal vez ella sea otro eslabón de la cadena, otra forma de volver a lo que sea que me estoy perdiendo.

Decido intentarlo. ¿Qué puedo perder?

—Conocí a un tipo en la ciudad, digo, dándome cuenta de lo sórdido que suena.

La expresión de Mary Elisabeth es pasiva. —¿Un tipo? ¿Qué tipo de tío?

Me encojo de hombros. —Decía conocerme.

—Bueno, hace más de un año que vives aquí, Sierra. La gente está obligada a conocerte.

—Él no me conocía así. No como me conocería un amigo. Siento que estoy sobre hielo delgado. Se está resquebrajando y astillando bajo mis pies. No tengo ni idea de lo leal que es mi amiga a mi marido. Es un terreno peligroso, realmente traicionero. Decido ser menos directa. —¿Te he sido siempre fiel, Mary Elisabeth? ¿A Wesley, quiero decir?

Ella deja la taza y mira hacia la cocina. No sé si le preocupa que mi marido oiga su respuesta o si está pensando en cómo responder.

—¿Me estás preguntando si alguna vez tuviste una aventura? Ahora parece seria, grave.

—Supongo que eso es exactamente lo que estoy preguntando. Sí.

Se toma su tiempo para responder. Demasiado tiempo. Mi mente se acelera. ¿He revelado demasiado? ¿Debería haberme guardado estas preguntas hasta tener más pruebas?

—¿Qué es eso? Me pregunta señalándome el muslo izquierdo.

Sigo la línea de su dedo, que señala el hilo suelto que cuelga del pequeño desgarrón de mis pantalones chinos. Lo había olvidado por completo. Los restos de una espina aún cuelgan del material rasgado. Me sube el color a las mejillas. Me han pillado.

—"Maldita sea" digo sin pensar. —Debí haberlos enganchado con un arbusto cuando estaba afuera en el jardín. Llevo dos días en casa y ya estoy arruinando mi ropa.

Mary Elisabeth no se ríe. Se queda mirando el agujero. Me doy cuenta de que nunca va a responder a mi pregunta original. Quizá la esté evitando. Una parte de mí se siente aliviada. De todas formas, el intercambio no iba a salir como yo había planeado.

—Deberías tener más cuidado, dice, con la mirada firme. —Wesley gasta mucho dinero en ti. Esos pantalones son Gucci, pura lana.

Su respuesta me deja atónita. ¿Qué tiene eso que ver con ella, y por qué iba a interesarse por lo que mi marido gasta en mí?

—Sí, soy tan torpe. Me acabo el último brownie y reprimo un bostezo. Quiero que nuestro pequeño intercambio termine. —En fin, estoy un poco cansada. Quizá podamos seguir charlando en otro momento.

Vuelve a concentrarse, como si alguien hubiera cambiado el canal de la televisión. —Tonterías. Estoy aquí para ayudarte, no para que te duermas en un pozo de desesperación.

—No creo que sea eso lo que estoy sugiriendo.

—Claro que no, dice, poniéndose de pie. —Pero tú quieres recordar quién eres, y yo quiero recuperar a mi mejor amiga. Coge sus llaves y su bolso y se dirige a la puerta. —Ahora, ¿por qué no vas a cambiarte esos pantalones y nos vemos en el coche en, digamos, cinco minutos?

Me pregunto en qué me he metido. —Pero, ¿a dónde vamos?

Sonríe. —Al último sitio que visitaste antes de que tu memoria diera una vuelta a la manzana.

—Pero eso significaría...

—Así es, responde ella. —Vamos al lugar del accidente.

CAPÍTULO 14: COLETAS

No recuerdo nada del accidente. No tengo ni idea de qué lo provocó, hacia dónde me dirigía, en qué estado mental me encontraba. La policía no se ha puesto en contacto conmigo, así que supongo que no estaba drogada ni actuaba con alguna capacidad disminuida. No recuerdo haber recogido las llaves, ni haber subido al coche, ni haber arrancado el motor, ni haber pisado el acelerador, ni haber tomado la curva. Todo está en blanco. Cero. Nada. Sólo soy consciente del punto exacto en que ocurrió porque Kaiden me lo dijo.

Estaba conduciendo por la carretera de Yerba Buena a través de las montañas de Santa Mónica, muy cerca de la formación rocosa única que visitan miles de turistas y amantes de la naturaleza cada año. God's Seat. No tengo ni idea de lo que hacía en los alrededores del monumento, pero fue allí donde me encontró la policía y donde mi marido me sacó del vehículo siniestrado antes de que literalmente explotara.

También es donde Mary Elisabeth ha decidido llevarme, y por una vez, estoy de acuerdo. Me pregunto por qué no se me ocurrió a mí. Es un plan brillante. Si hay algo que me va a devolver a la normalidad, sin duda es el lugar donde casi exhalo mi último aliento.

El coche de Mary Elizabeth es un Lexus LC500 con todos los extras. Me pregunto cómo se lo ha podido permitir, a qué se dedica. Es el tipo de coche que tienen las mujeres poderosas y con medios. Parece pequeñita, diminuta, pero lo conduce como si fuera una extensión de ella. Es confiada, audaz, segura. Me pregunto si yo era como ella

antes del accidente. Si tuviera una fracción de su presencia. Si tuviera una carrera.

—Vamos a recuperar esa memoria tuya, dice con voz cantarina, como si encontrar mi pasado fuera tan sencillo como ir de compras a Sears.

—Eso espero.

—Yo también. Quiero recuperar a la antigua Sierra. La que organizaba las mejores fiestas, me hacía reír hasta que me dolían los costados y maldecía como un marinero con Tourette.

Hablamos de cosas triviales por un rato mientras ella conduce. Su actitud me va abriendo un poco. Está intentando ayudarme, eso está claro, y ahora que estoy lejos de Wesley, la sensación de fatalidad inminente ha disminuido un poco.

—He estado teniendo estos sueños, le digo, sin tener claro adónde quiero llegar.

—¿Sueños? Es bastante normal, ¿no?

—Lo es, pero este sueño, bueno, es una visión, en realidad.

—¿Como un fantasma?

Sacudo la cabeza. —No exactamente. La vi por primera vez cuando estaba inconsciente. Al menos, eso creo. Cuando volví en mí, sólo podía pensar en ella.

Los ojos de Mary Elisabeth se desvían hacia mí y luego vuelven a la carretera.

—Dices ella. ¿Sueñas con una mujer?

—Una niña pequeña. De unos once años.

—¿La conoces?

—Esa es la cuestión, digo. —No tengo ni idea. Supongo que sea quien sea, mis recuerdos de ella están enterrados junto con el resto de mi pasado, muy, muy profundo en mi subconsciente.

Mary Elisabeth agarra el volante y toma las curvas cerradas. Un camión pasa a toda velocidad y algo dentro de mí da un pequeño respingo.

—¿Qué aspecto tenía? ¿La chica de tus sueños?

Cierro los ojos y la veo de pie ante mí. Sola en la oscuridad, un único foco ilumina su joven rostro. Es como si estuviera en el coche conmigo. Casi puedo sentir su aliento en mi piel.

—Pelo rubio, digo sin abrir los ojos. —Coletas. Pecas en las mejillas. Ojos tristes, como si algo la hubiera disgustado.

—¿Y no la reconociste?

Ya me ha hecho esa pregunta, pero decido reprimir mi frustración. Sacudo la cabeza. Mary Elisabeth vuelve a guardar silencio. La miro, pero parece distraída. Enciende la radio y el coche se llena de inmediato con el sonido de una joven que canta sobre el amor perdido y los corazones rotos. Si tengo un corazón que romper, en estos momentos se mantiene en la sombra. El amor es lo último en lo que pienso.

Miro por la ventana y contemplo el valle. Me pregunto si Mystic Spring estará debajo de nosotros en algún lugar, enclavado en el paisaje ondulado, oculto bajo la salvia salvaje y los densos matorrales. Sigo tan confusa. Mis pensamientos son tan dispares. No

puedo decidir si estoy siendo intensamente paranoica, o si todo el mundo a mi alrededor me está engañando.

—Tenías el pelo rubio cuando eras más joven, dice Mary Elisabeth, bajando el volumen de la radio. —Lo sabes, ¿verdad?

La miro fijamente. —¿Qué?

—Cuando éramos niñas, tu pelo era tan rubio que la gente solía decir que estaba prácticamente besado por el sol.

Pienso en la foto que encontré en Internet. Tiene razón. Mi pelo era mucho más claro entonces. Quizá no tan rubio como la chica de mis sueños, pero casi.

—No estoy segura, continúa, —pero creo que tu madre también me dijo que solía hacerte coletas. Ya sabes, para quitártelo de la cara.

Me muerdo el labio. La observo mientras avanza por la carretera. Podría estar diciéndome la verdad o podría ser otra forma de distraerme. Hace un momento empezaba a confiar en ella, pero ahora no estoy tan segura. Todo esto suena demasiado conveniente.

—¿Crees que estoy soñando con mi yo más joven?

Ella da golpecitos al volante al ritmo tenue de un clásico del rock. —Bueno, no soy psiquiatra, Sea, pero sugeriría que un incidente traumático como un accidente de coche casi mortal podría hacer que tu subconsciente retrocediera a una época mucho más temprana. Como, digamos, cuando tenías once años.

Ella tiene sentido, aunque no me gusta la respuesta. Mi cerebro ha sido maltratado hasta la sumisión y tal vez eso ha activado un mecanismo de reinicio, enviándome de vuelta a un lugar más seguro,

a una época más segura. Quizá la chica rubia que llevo dentro intenta protegerme, evitar que caiga en un estado de delirio paranoico. Si ese es el caso, tal vez debería empezar a escucharla en lugar de sospechar que todo el mundo con el que estoy en contacto intenta engañarme.

—Es una teoría, dice. —No es más que una idea, pero creo que al menos deberías considerarla.

Asiento, pero por dentro sigo luchando conmigo misma. Supongo que este modus operandi continuará hasta que todo vuelva a su cauce, si es que alguna vez lo hace.

—En fin, dice Mary Elisabeth, desviando el coche por un camino de tierra a un lado de la carretera. Miro la curva de la autopista y las marcas negras de neumáticos y asfalto chamuscado. —Ya hemos llegado. Se vuelve y me agarra la mano. Sus dedos parecen carámbanos contra mi palma. —A ver si recuerdas algo importante.

CAPÍTULO 15: REDSHOOT

—Oh, qué vista, dice Mary Elisabeth, de pie con sus pequeñas manos en las caderas delgadas como un lápiz. —Casi nunca vengo por aquí, pero tengo que decir que has elegido un sitio precioso para destrozar tu coche.

Intento ignorar su comentario mordaz. No quiere decir nada. Salgo a la carretera. El sol de media tarde me da de lleno, el calor me calma la piel. Me doy cuenta de que tengo frío desde que salí del hospital.

Me acerco a las marcas de los neumáticos. Son erráticas, espasmódicas. Es evidente que perdí el control al doblar la esquina. A estas marcas les sigue un largo tramo de asfalto sin marcas y, más adelante, señales de que la carretera ha sido agitada por un objeto pesado que la ha golpeado a toda velocidad. Más allá hay una zona chamuscada, ampollas en la calzada y matorrales ennegrecidos. Me doy cuenta de que mi coche se ha salido de la carretera al volcar y luego se ha estrellado contra el suelo con fuerza.

Mis magulladuras me gritan como si el accidente se repitiera. No me llega suficiente oxígeno a los pulmones. Es como si me asfixiara. Caigo de rodillas y cierro los ojos.

—¡Mar, Mar!

La voz de Mary Elisabeth está en mi oído, pero no le presto atención. ¿Cómo podría? Ya no estoy en el presente. Mi mano se dirige al asfalto, tocando las marcas de los neumáticos. Ahora oigo ruidos, fuertes rasguños, como si los engranajes estuvieran rechinando. Los cristales golpean mi cara, mis manos luchan por controlar una rueda que gira violentamente alejándose de mí. Los sonidos de mi propia

respiración frenética resuenan a mi alrededor, mi voz chirriante mientras grito. Estoy aterrorizada, temo por mi vida. Intento forcejear para que el volante vuelva en mi dirección, pero es un gran error. El coche da una fuerte sacudida hacia la izquierda y entonces la gravedad se hace cargo de la situación y salgo volando. No tengo ni idea de qué es arriba o abajo, ni de por qué el mundo exterior gira alrededor del coche como una noria. Me golpea el fuerte viento en la cara y los cristales en los ojos, y entonces algo se estrella contra la carretera, algo enorme, y se desploma sobre mí, sacudiéndome el cuello hacia un lado. Mucho ruido, una fuerte cacofonía metálica de sonido que me hace daño en los oídos. La rueda está contra mi pecho, aplastándome, y algo se clava en mis costillas y brazos. Todo se vuelve negro.

Me despierto con olor a gasolina. Me pican los ojos y la nariz. Tengo algo pegajoso en la cara. Todo está borroso. Es un mosaico de colores y luces, pero nada parece real. Siento mucho dolor en el cuerpo, pero no sé de dónde viene. Me duele todo. Lo peor es la cabeza. Es como si tuviera una roca caliente sobre los hombros. Estoy desesperadamente cansada.

Todo se vuelve negro de nuevo, pero esta vez, cuando vuelvo en mí, estoy rodeada de un mar rojo y azul que se arremolina y baila frente a mí. Un ruido fuerte también me lastima los oídos, un sonido agudo como una sirena de alarma. Quiero dormir. Quiero desaparecer.

Hay gente que me grita. Alguien me toca el cuerpo, intenta atraerme hacia sí. Me resisto a ese intruso. No quiero irme. Quiero cerrar los ojos. El hedor a gas es insoportable. El aire es sofocante. Viene de

algún lugar cercano a mí. Otra mano me rodea. Alguien me dice: —Esto puede doler un poco, y entonces caigo de cabeza, haciéndome un ovillo mientras mi cuerpo se pliega a mi alrededor. Ahora me duele todo. Duele de verdad. Es como si alguien me diera varias patadas en la cabeza. Si pudiera desaparecer, lo haría. Quiero que deje de dolerme.

Espío un poco a través de mis párpados entrecerrados. Duele aún más. Me encuentro con dos caras, una que no reconozco y otra que sí. Están en el suelo, con los brazos extendidos hacia mí. No sé si intentan apartarme o atraerme hacia ellos. Mi duda se resuelve rápidamente. Me deslizo por lo que una vez fue una ventana. El cristal me roza el vientre y el costado, pero una brisa fresca me da de repente en la cara y el cuello y los labios del hombre conocido están en mi mejilla. Intento apartarme de él, pero todo me da vueltas y vueltas. Un fuerte estruendo resuena en un lugar detrás de mí, seguido de un calor feroz y de muchos gritos y carreras. El dolor se hace tan insoportable que la oscuridad se cierne sobre mí. En un instante, la negrura ha vuelto y el dolor es empujado a algún lugar donde ya no puede llegarme. Al menos durante un rato.

Abro los ojos y vuelvo a estar bajo el sol, mirando las marcas de quemaduras en la carretera mientras el sol me quema poco a poco la nuca. Me doy cuenta de que acabo de recordar por primera vez desde que volví en mí. Es una pequeña victoria, pero la saboreo. El accidente ocurrió, sin duda, y Wesley dijo la verdad cuando dijo que había ayudado a la policía a sacarme del accidente. Supongo que debería estarle agradecida por lo que hizo, pero ¿por qué giro la cabeza cuando me besa en la mejilla? Es ese pequeño momento

inocuo el que suena como una campana de iglesia en mi cabeza. Quizás me estoy centrando demasiado en lo negativo.

—Sea, ¿estás bien? Mary Elisabeth se agacha a mi lado y me abraza.

—Sólo tuve un momento, le digo.

—¿Un momento?

—Hiciste bien en traerme aquí. Vi el accidente. Incluso vi cómo me rescataban.

Uno de sus ojos se tuerce. Es un movimiento sutil, pero en mi elevado estado de autoconciencia, no me pierdo nada. —¿Ah, sí?

Asiento con la cabeza.

—Bueno, exclama, poniéndose en pie. —Son noticias fantásticas. Te lo dije, ¿no? Dije que si no te presionabas, todo volvería a ti.

—Oh, allí, digo, siguiéndola. —No nos adelantemos. Sólo recordé un fragmento.

—Pero un fragmento es un fragmento, ¿no? Algo es algo.

Ella tiene razón. Tal vez por eso somos amigas. Ella es lo positivo de lo negativo, la luz de mi sombra. Suena su teléfono y levanta un dedo. —Tengo que cogerlo. ¿Te parece bien?

Asiento con la cabeza. Me estoy acostumbrando a que las personas de mi vida atiendan llamadas urgentes.

Estoy de pie al costado de la carretera, preguntándome si mi pequeño momento de recuerdo es precursor de la apertura de las compuertas. Si es así, pronto descubriré quiénes son los verdaderos héroes y villanos. Será entonces cuando tenga que tomar decisiones. Sólo espero ser lo bastante fuerte para tomarlas.

El sol refleja algo entre los matorrales chamuscados y mis ojos se desvían hacia allí. Está a unos tres metros del costado de la carretera. Me abro paso entre los helechos secos que arañan mis piernas y tobillos, y me agacho. Extiendo la mano hacia el objeto metálico que está medio dentro y medio fuera de la maleza. Lo recojo en la palma y lo acerco para examinarlo. Es una sola llave con un llavero de plástico duro. Hay una palabra escrita en tinta negra: *Redshoot*.

—Lo siento, dice Mary Elisabeth desde el otro lado de su coche.

Me meto la llave en el bolsillo y me levanto bruscamente. Mi mejor amiga no necesita cargar con esto. Nadie lo necesita. Existe una cerradura en alguna parte que coincide con esta llave, y tengo la intención de encontrarla.

CAPÍTULO 16: PARTIDA

Nos detenemos frente a la casa. La camioneta de mi marido y el coche de mi madre siguen en la puerta. Ya es por la tarde y el sol empieza a ocultarse por el oeste. Ha sido un día lleno de acontecimientos, pero aún no estoy cerca de comprender realmente quién soy. Claro que he dado pasos en la dirección correcta, pero apenas son de bebé, pequeños tropiezos.

—Vamos a celebrarlo, dice Mary Elisabeth.

—¿Qué estamos celebrando?

—Que has recuperado la memoria, tonta. Me empuja hacia la casa. —Hago un buen margarita. Claro que si recuperaras todos tus recuerdos lo sabrías, pero qué más da.

Cuando cruzamos el umbral, Wesley viene hacia nosotros. Su cara es una bola de ira, su piel del color de la carne cruda. Nunca lo había visto así. Parece tan diferente.

—¿Dónde demonios has estado? Tardo un momento en darme cuenta de que la pregunta va dirigida a mí.

—Mary Elisabeth y yo fuimos al lugar del accidente para ver si podía ayudarme a recordar cosas.

—¿El lugar del accidente? Prácticamente me escupe. Sus ojos pasan de mí a Mary Elisabeth y viceversa.

—El lugar donde estrellé el coche. El lugar donde estrellé el coche. Me doy cuenta de que estoy siendo maleducada, pero su comportamiento me está cabreando.

—¿Y no se te ocurrió decírmelo?

Me ofende la inquisición. —¿Ese es el tipo de relación que tenemos, Wesley? ¿Tengo que pedirte permiso para salir?

Se vuelve hacia Mary Elisabeth. —¿Y esto fue idea tuya?

Ella se retrae de él como un perro apaleado. —Bueno, yo...

—No, fue mía, miento. —Estoy harta de no saber quién soy.

—Pero sí sabes quién eres. Eres mi mujer.

—Eso me dices, pero no me acuerdo de ti, respondo. —No recuerdo ni a mi propia madre.

—¡Pero lo harás!

—¿Cuándo?

Vuelve a hacer lo de los puños. Por un momento creo que va a golpearnos a una de las dos o a las dos, pero luego se aleja, respirando por la nariz como un toro.

—Mary Elisabeth, me gustaría que te fueras, dice, apenas intentando controlar su tono.

Ella me mira, con los labios apretados en una fina línea. —Será mejor que me vaya.

—No hace falta.

Ella se desliza hacia la puerta. —Sí. Creo que sí. Te veré mañana.

Cuando la puerta se cierra, la tensión en la habitación se vuelve casi insoportable. Quiero huir de ella, pero soy plenamente consciente de que tengo que afrontar esta situación. ¿Es esto lo que estaba viviendo? ¿Una relación controladora? ¿Aceptaba las cosas como eran? Si era así, quizá no quiera recordarlo.

—¿Qué diablos fue eso? Le grito, pero me rodea como un tigre. De repente tengo miedo. Me doy cuenta de que no sé quién es este hombre ni de lo que es capaz. Está bajo presión en el trabajo, eso está claro, y mi experiencia cercana a la muerte habría sido una carga adicional para él. ¿Es eso lo que es, o algo más siniestro está pasando aquí?

—¡Ella no tenía derecho! Grita. —¡No tenía derecho!

—¿Qué? ¿A salir? ¿A pasar tiempo con una amiga?

—A dejarme aquí, preguntándome dónde demonios estás, o si siquiera estás bien. ¿No te das cuenta de que el accidente casi te mata, Sierra? ¿Casi te perdemos?

—¿Y crees que saldría corriendo y nunca volvería a casa? ¿A dónde iría?

—Nunca dije eso.

—Pero lo insinuaste.

Sus puños siguen apretados, los músculos de sus antebrazos abultados. —Mary Elisabeth sabe lo duro que ha sido esto para tu madre y para mí. Debería haber sabido avisarme.

Estoy que hecho humo. Cómo se atreve este hombre a intentar manipularme de esta manera, a hacerme sentir culpable por haber tenido la osadía de salir de casa.

—Así que tú puedes salir a la mínima, pero yo no. ¿Es eso lo que estás diciendo? ¿Que existen dos tipos de reglas para la gente que vive aquí? ¿Una para ti y mi madre, y otra para mí?

—Sólo mientras te recuperas, ofrece. —Sólo mientras te recuperas.

Extiendo los brazos. —¿Eres consciente del tiempo que puede llevar eso, Wesley? ¿Acaso entiendes por lo que estoy pasando? Podría estar así durante meses, años, se me quiebra la voz, “para siempre”.

—Eso no lo sabes.

Me acerco a él, me pongo frente a frente, inclino la cabeza hacia atrás y le miro a los ojos. Me doy cuenta de que es una jugada atrevida, peligrosa, pero estoy indignada. Este hombre no puede decirme cómo vivir mi vida ni cómo comportarme. No está en mi cabeza, caminando en mis zapatos, descubriendo pedacito a pedacito qué clase de persona era yo antes de que todo mi cuerpo fuera arrojado a una máquina trituradora y escupido en pedacitos masticados.

—Sé lo suficiente, siseo. —Y no me voy a quedar prisionera en esta casa ni ser cuidada por ti y mi mamá mientras espero que se disipe la niebla. Si mis recuerdos viejos no van a regresar pronto, entonces planeo crear algunos nuevos.

Sigue respirando con dificultad, con las mejillas hinchadas y los dientes apretados. No tengo ni idea de por dónde van a caer las fichas, pero no tengo intención de cederle terreno. Si gana ahora, ganará para siempre, y no puedo permitirlo. Si es el amor de mi vida, tiene que volver a ganarse su insignia. Por ahora, no es más que otro tipo con el ego herido.

Nos quedamos en silencio, codo con codo, esperando a que el otro dé el primer paso. Yo casi me quiebro primero, pero luego veo cómo sus ojos se crispan y los músculos de su cuello se relajan un poco. Percibo que su ira se disipa. O eso, o se da cuenta de que esta actitud no le va a llevar a ninguna parte. Me pregunto si me he ganado su

respeto o si se ha dado cuenta de que soy así. Supongo que no, porque yo tampoco me di cuenta.

Sus hombros caen y sus manos se abren, y entonces están sobre mí, apoyadas en mis hombros. Me mira y sonríe. Si quisiera, podría tirarme por la ventana, pisotearme contra la grava.

—Tienes razón, acaba diciendo. —Claro que la tienes.

Entrecierro los ojos mientras espero a saber si está jugando conmigo.

—Exageré, continúa. —Y lo siento.

—Tendrás que disculparte también con Mary Elisabeth.

Parece reaccionar, pero se contiene. —Por supuesto.

Dejo que me abrace. Su pecho es como acero y hormigón contra mi mejilla.

—Tengo una idea, dice mientras me acaricia el pelo. —Una forma de compensarte.

No quiero que él se disculpe conmigo. Ahora estoy más ansiosa que nunca. Podría pulverizarme en sus fuertes brazos y no tendría forma de escapar. No puedo separarme de él ahora. Si lo hago, él percibirá debilidad. Estamos atrapados en este abrazo tanto tiempo como él quiera que lo estemos.

—La cena, dice, soltándome y cogiendo su teléfono. —Prepárate. Nos vamos a la ciudad.

CAPÍTULO 17: CITA PARA CENAR

Acepto a regañadientes. Quizá él lo sienta de verdad, y quizá yo haya sido injusta, pero sigo nerviosa con él, y no puedo olvidar el folleto que tenía sobre la mesa ni la forma en que le habló a Mary Elisabeth. Una cena romántica en un restaurante italiano de la ciudad no es una restitución justa.

Me visto, me pongo un vestido negro hasta los muslos que él me eligió. Me pongo lápiz de labios, un toque de brillo y algo de perfume. No quiero exagerar y darle ideas a Wesley, pero disfruto de mi aspecto. Es la primera vez que me siento algo más que carne de cañón.

—Mírate, dice mientras bajo la escalera. —Tía, estás que te sales.

La adulación no pasa desapercibida, pero no es más que eso. Quiero tener un aspecto atractivo, ser algo mejor que la persona que me mira por la mañana.

Conducimos hasta Thousand Oaks. No es un viaje largo, quince minutos, pero él no deja de mirarme. Intento no darme cuenta, intento apartar la mirada. Observo cómo el tráfico pasa a toda velocidad en dirección contraria, pero siento su mirada en mis piernas, mis caderas, mi cuerpo. De repente, desearía haberme puesto otra cosa, algo menos revelador. Estoy prácticamente desnuda a su lado.

Pienso en la mirada de Mary Elisabeth cuando él prácticamente la echó de casa. Parecía desconcertada, herida. Supongo que esto no le había pasado antes. Me pregunto si estará bien. Hasta ahora ha sido una buena amiga. Es la única que me ha ayudado a recordar, aunque

el recuerdo fuera doloroso. Aún puedo recordar el roce del cristal en mi estómago y el crujido del volante contra mi pecho.

—Te va a encantar este sitio, dice Wesley. —Te encanta. Bueno, a tu antiguo yo le encantaba.

Esbozo una sonrisa, preguntándome a dónde quiere llegar con esto.

—Cada vez que venías aquí, alababas los linguini de marisco. A mí me daba igual, pero a ti... Tía, te encantaba ese plato.

Está hablando de cosas triviales, lo cual está bien. Las conversaciones triviales las puedo soportar. Lo que no puedo soportar es el lado de Wesley que se mostró en la casa. La versión del Sr. Hyde de él es aterradora.

—Sabes, vinimos aquí en nuestra primera cita, añade, sin esperar a que yo hable. —Una vez que te convencí de que te arriesgaras conmigo, claro. Tía, estaba tan nervioso. No quería meter la pata. Estabas tan guapa esa noche, como lo estás esta noche. No podía hablar en toda la noche, derramaba la bebida, hacía el ridículo. Pensé que lo había arruinado, que nunca volverías a salir conmigo, pero algo hice bien, porque lo hiciste. Seguiste viniendo.

Intento imaginarme enamorándome de este hombre, de quedar tan impresionada por él que literalmente estallaría por volver a quedar con él. No puedo. No es real. Si existe algo entre nosotros, algo de química, o se ha ido o está enterrado muy, muy abajo.

—Tal vez fue el linguini, digo, en broma, pero me doy cuenta, mientras las palabras salen de mi boca, de que sueno como una perra.

—Sí, puede, se ríe, encajando el golpe. —Te gusta la pasta.

Nos sentamos en silencio durante el resto del viaje. Me pregunto si le he hecho daño y, de repente, me siento culpable. Estaba intentando expresar sus sentimientos por mí y he reventado su burbuja de amor. Quizá el problema soy yo, no él. Quizá el problema siempre he sido yo.

Cierro los ojos ante las luces que pasan a toda velocidad junto a nosotros. Todo es tan brillante, tan ruidoso, tan abrumador.

Me imagino la cara de Max, la sonrisa en sus labios, la tarjeta de visita que deslizó en mi palma como un billete de cinco dólares. Me dijo que habíamos ligado. ¿Por qué mentiría sobre eso? No tiene nada que ganar convenciéndome de que habíamos salido a tomar algo. Mary Elisabeth no parecía darse cuenta, lo que me parece extraño. Las amigas se lo cuentan todo. Es el código no escrito. O no tuve tiempo de ponerme al día con ella después de la cita y antes del accidente, o se lo oculté. No sé por qué haría eso. Si mi matrimonio tuviera dificultades, seguramente ella sería la primera persona con la que hablaría.

Pienso en Mystic Spring y en la llamada de Wesley. Tiene que existir un vínculo entre eso y mi accidente, estoy segura. Wesley estaba tan animado en la llamada, tan desesperado. Ojalá hubiera dedicado más tiempo a investigar sus cuentas, porque podría haber respaldado mi teoría. Max es arquitecto. ¿Está involucrado de alguna manera? Quizá sea una especie de red compleja e intrincada en la que estoy atrapada. ¿Puedo confiar en alguien?

Y entonces recuerdo la llave. *Redshoot*. Lo único que quedó en el lugar del accidente. Venía del coche; estoy absolutamente segura. Estaba justo al lado de la maleza chamuscada, en un lugar donde podría haber sido arrojada fácilmente desde los restos. No tengo ni idea de qué es Redshoot, ni de dónde está la cerradura que coincide, pero está relacionado con todo esto. Tiene que estarlo.

—Estás muy pensativa, dice Wesley, tocándome la pierna. —¿Quieres contármelo?.

Le miro con furia la mano. Lucho contra las ganas de apartarla.

—Solo intento recordar cosas, digo. —Intento recordar algo de nuestra primera cita.

Sus dedos se tensan contra mi muslo. —¿He dicho algo que le haya inquietado?

Me pregunto si me apretará la pierna hasta que me duela, clavándome los dedos, tal vez rompiéndome la piel.

—Ya vendrá, dice, apartando la mano. —Claro que sí.

Salimos de la autopista y nos dirigimos al centro. Es un lugar bullicioso y animado. Me pregunto cuántas noches he venido aquí con amigos, cuántas aventuras habría vivido de joven. Docenas de restaurantes y bares se alinean en las calles, un centro comercial de planta abierta se alza sobre una colina. Suena música country en la calle. La gente se agolpa alrededor de los puestos de donuts, pizzerías y hamburgueserías. Una pandilla de moteros pasa a nuestro lado, todos con chaquetas de cuero y pañuelos brillantes. Un grupo de

chicos de fraternidad se para en la esquina, mirando cómo pasan las universitarias. Los envidio, su juventud, su libertad.

Nos detenemos en un aparcamiento. Más adelante hay un letrero de neón rojo que dice *Vincenzo's*.

—Este es el lugar, dice Wesley, volviéndose hacia mí. —Lo siento, ¿sabes? Por lo que pasó antes.

—Sí, yo también, respondo, abriendo la puerta, saliendo y dejándolo atrás. No estoy de humor para sus disculpas. Si Thousand Oaks significa libertad, quiero un poco de ella.

CAPÍTULO 18: ENCUENTRO CASUAL

Wesley hace los pedidos por nosotros. Me parece bien. A estas alturas, él conoce mis gustos mejor que yo. Mucho mejor. Empezamos con antipasti, una copa de Malbec para mí, una cerveza para él. Es la primera bebida alcohólica que tomo desde que salí del hospital y se me sube directamente a la cabeza. Estoy deseando que llegue el plato principal. Necesito que me ayude a absorber un poco del alcohol. El restaurante está lleno. Todas las mesas están ocupadas. Wesley me dice que un restaurante lleno es señal de buena comida, y tiene razón. La pasta de marisco está deliciosa. Langostinos, almejas, un par de pinzas de cangrejo. Me pregunto cuánto va a costar todo esto.

—¿Te gusta?, me pregunta, devorando un calzone.

—Sí, digo, secándome los labios con una servilleta, intentando no derramar salsa de pasta por mi vestido.

—Te lo dije.

Doy otro sorbo de vino, sin estar segura de si es una buena idea. Voy por mi segunda copa y cada vez estoy más borracha. No quiero decir nada que no deba. Intento ser sensata, vuelvo a colocar la copa sobre la mesa y, sin querer, casi la vuelco.

—Vaya, dice Wesley. —Casi lo pierdes todo.

—Necesito ir al baño, digo, poniéndome de pie, con cuidado de no chocar contra la mesa.

—Vale. ¿Sabes dónde está?.

—No, pero estoy bastante segura de que puedo encontrarlo.

Me dirijo hacia el guardarropa, pensando que tiene que estar en algún lugar cercano. Me equivoco. Me encuentro en una zona de comedor separada con otra media docena de mesas. Todas las miradas están puestas en mí, la mujer ligeramente borracha con el vestido inapropiado.

—Lo siento, digo, retrocediendo. —Me equivoqué de camino.

Me doy cuenta de que me estoy sonrojando y acelero el paso. Es mi primera noche fuera y ya estoy haciendo el ridículo.

—Sierra, ¿estás bien?

Me doy la vuelta, esperando ver a mi esposo mirándome desde arriba con esos ojos medio condescendientes, pero no es él en absoluto. Es mi enfermero amable. Kaiden. Su sonrisa me duele en el corazón. Y también en la cabeza.

—Hola, tartamudeo, más borracha que nunca. —Solo... buscaba el baño.

—Claro. Está ahí, al lado de la barra.

Sigo el gesto que me hace y, en un segundo o dos, veo el letrero. No tengo ni idea de cómo se me pasó antes. No es precisamente discreto.

—Lo siento, todavía estoy... acostumbrándome a las cosas.

Se acerca a mí y vuelvo a percibir el aroma de su loción de afeitado. Me resulta misteriosamente seductora. Tal vez sea el efecto del vino tinto, pero el corazón me late con fuerza en el pecho.

—No tienes que disculparte, continúa. —Tuviste un accidente grave, Sierra. Va a llevarte algún tiempo volver a la normalidad.

—Empiezo a creer que la normalidad está muy lejos.

Sus ojos no se apartan de los míos. Percibo la compasión, la preocupación genuina por mi situación. Me pregunto por qué esa noción me parece tan extraña.

—No deberías presionarte.

—Es curioso, respondo. —No eres la primera persona que me dice eso.

—¿Tu marido?

Asiento con la cabeza y aparto la mirada. Desde mi pelea con Wesley, cada vez que estoy cerca de él, siento una presión intensa.

Kaiden mira en dirección a una mesa para dos contra la pared del fondo. Allí está sentada una mujer guapa. Levanta la vista del teléfono y levanta una mano en nuestra dirección. Kaiden le devuelve el saludo. Me doy cuenta de que estoy metiéndome en algo.

—Es Ruth, dice. —Trabajamos juntos.

—Lo siento, digo. Estoy interrumpiendo.

—No, en absoluto. Ella estará bien. Nos conocemos desde siempre.

En ese momento, quiero ser Ruth. No quiero nada más de esta vida que alguna vez tuve. Quiero la vida que tiene la amiga de toda la vida de Kaiden. Esa en la que puede ir a cenar con este apuesto enfermero sin complicaciones añadidas, sin pérdida de memoria y sin enigmas irresolubles que se ciernen sobre su cabeza.

—¿Con quién has venido? Pregunta él, y por un momento no puedo recordarlo. Ni siquiera estoy segura de dónde estoy.

—Mi esposo, digo, recordando que Wesley me espera en la mesa. Me doy cuenta de que he tardado demasiado. Si me guío por lo que ocurrió antes, debe estar hirviendo lentamente en su propia ira

—¿Te está cuidando bien?

—Claro, respondo. —Muy bien.

—Eso es genial.

Entonces, la situación se vuelve incómoda entre nosotros, como si algo no se estuviera diciendo que debería decirse. Me pongo nerviosa, paso de un lado a otro, todavía con ganas de hacer pis.

—Probablemente deberías ir a donde tienes que ir, dice él, sonriendo.

—Sí, probablemente debería.

—Me ha encantado verte, Sierra.

—Igualmente, Kaiden.

Me doy la vuelta hacia la barra, pero noto movimiento detrás de mí.

—Espera, dice él, girándose mientras agarra un bolígrafo y un trozo de papel de un camarero. Escribe algo. —Toma.

Lo cojo, miro el garabato apresurado y me pregunto qué diablos está pasando.

—Por si necesitas hablar, dice, rozando mis dedos con los suyos. —Sobre cualquier cosa. Cualquier cosa.

Aguanto una sonrisa. Es la segunda persona que me da su número hoy, pero este número es uno que realmente quiero.

—Gracias.

Nuestras miradas se cruzan y siento algo entre nosotros. Soy consciente de que estoy casada, pero por alguna razón, no me importa. ¿Por qué mi marido no me mira así? ¿Por qué no me siento así cuando estoy con él? Tal vez sea la reacción natural de una superviviente de un accidente, encariñarse emocionalmente con el enfermero que me atendió por primera vez. Tal vez sea una enfermedad con nombre, como el síndrome de Munchausen o el de Estocolmo.

—Cuídate, Sierra.

Vuelve a su mesa y siento una punzada de decepción en el abdomen. Me tambaleo hacia el baño, me dirijo a la cabina, cierro la puerta con llave y me siento. La habitación da vueltas un poco, pero trato de concentrarme en la nota que me ha dado Kaiden. Tiene su número con una pequeña nota escrita a mano.

No te pierdas. xx.

Dos besos. ¿*Dos besos*? ¿Qué quiere decir con eso? ¿Quiere que lo llame? ¿Quiere que me reúna con él a espaldas de mi marido?

Recuerdo la cara de Wesley cuando volvimos de God's Seat, y cómo se puso con Mary Elisabeth. No puedo arriesgarme a eso con Kaiden. No puedo hacerle pasar por eso. Doblé la nota por la mitad y la metí en mi sujetador. Es un movimiento de mal gusto, pero es el único lugar donde puedo esconderlo en este maldito vestido. Wesley no puede descubrir que mi enfermero me dio su número. Eso solo terminaría mal para todos nosotros.

Me doy cuenta de que si voy a resolver este acertijo, tendré que hacerlo por mi cuenta, sin la ayuda de Kaiden Marshall ni de nadie

más.

CAPÍTULO 19: ENFRENTAMIENTO

Me aliso el vestido, me sirvo un vaso de agua de la jarra de la barra y vuelvo a la mesa. Wesley me observa. Sus ojos siguen todos mis movimientos. Me doy cuenta de que no parpadea, de que apenas respira. Mi ansiedad se dispara de nuevo.

Cojo la silla, me siento y bebo un trago de agua.

—¿Dónde has estado?

—Ya te lo he dicho. En el baño.

—Has estado veinte minutos.

—Necesitaba ir.

No me gusta el tono de su voz. No está tan alterado como antes, pero va en la misma dirección. Me doy cuenta de que se ha pedido otra cerveza, una grande. A su lado hay un vaso de whisky vacío, con el borde todavía húmedo.

—Te vi hablando con ese tipo.

Vale, pienso para mis adentros. *Aquí viene*. —¿Ah, sí?

—Sí, Sierra. El tipo junto al guardarropa. Parecíais muy amigos.

Su cara vuelve a cambiar de color. Tomo otro gran trago de agua. Necesito despejarme rápido. No puedo arriesgarme a otro estallido. No aquí. No en público.

—Es Kaiden, el enfermero que me ingresó en el hospital.

—¿Y simplemente decidió acercarse a ti en un restaurante mientras tenías una cena romántica con tu marido?

Me burlo. Mi reacción inmediata y sarcástica le molesta claramente. —Esto no es nada romántico.

—¿Entonces, qué es?

—Es sólo una cena, Wesley. Un poco de pasta.

Los músculos de su cuello vuelven a sobresalir. —Sólo un poco de pasta. Sólo un poco de pasta. Tira la servilleta sobre la mesa y se levanta. —Bueno, ya veremos.

Cruza el restaurante, pasa el guardarropa y entra en el segundo comedor. Corro tras él, casi tropezando con mi propia silla en el proceso. Está en la mesa de Kaiden antes de que yo pueda detenerlo. Sus puños se abren y se cierran, se abren y se cierran.

—¿Eres el enfermero? Brama, tan cerca de la mesa que sus pies prácticamente tocan las patas. Todo el mundo le mira. Los comensales de alrededor nos lanzan miradas nerviosas, seguidas de un murmullo.

Kaiden se levanta. —Soy yo. Me llamo Kaiden Marshall.

Le tiende la mano. Wesley la mira como si fuera lo más vil que ha visto en su vida.

—¿Y sabes quién soy yo?

—Lo siento, señor. No lo sé.

—Pues deberías, viendo que eres tan amigo de mi mujer.

Los dos hombres se miran con un descontento latente. —Tengo la persistente sensación de que está pasando algo que no veo.

La mujer sentada frente a Kaiden deja su vaso. —Kaiden, ¿qué está

pasando aquí?

—No tengo ni la menor idea, dice, con la mandíbula apretada. —Quizá el señor Coleman pueda iluminarnos.

—Oh, dice Wesley. —Así que sí sabes quién soy.

Kaiden me mira, pero yo desvío la mirada. Me avergüenzo de lo que está pasando. Si no fuera por mí, este enfrentamiento no estaría ocurriendo. El papelito que contiene el número de teléfono de Kaiden y su cariñoso mensaje, —No desaparezcas. xx, me quema en la piel.

—Bueno, como Sierra está detrás de ti, y dado que ella y yo hemos hablado antes, voy a suponer que eres su marido.

—Así que eres un listillo, replica Wesley. —Bueno, escucha esto, sabelotodo. Mi mujer ha sufrido un grave accidente que ha puesto en peligro su vida, lo que significa que es vulnerable, sobre todo a los profesionales de la salud que cobran el salario mínimo como tú, que al parecer se aprovechan de las mujeres vulnerables.

—¿Qué demonios se supone que significa eso?

—Lo que tú quieras.

Kaiden se aleja de la mesa, acortando la distancia entre él y mi marido. Es más bajo y menos corpulento, así que sólo habrá un ganador en esta pelea. Sin embargo, se coloca pecho con pecho con él, sin inmutarse. El pánico sube por mi gaznate. No puedo permitirlo.

—Quieres hacer un movimiento… Kaiden, escupe Wesley.

Los labios del enfermero se curvan en las comisuras. Parece un perro viejo al que le queda un último bocado. —Dímelo tú... Wesley.

Un camarero entra corriendo en la habitación, interponiéndose entre la pareja. —Señores. No queremos problemas aquí. Este no es ese tipo de establecimiento.

Ninguno de los dos pestañea, no habla. Se podría cortar la atmósfera con un cuchillo de mantequilla. Me debato entre separarlos o salir corriendo del restaurante. Si soy la causa de todo esto, quizá no debería estar aquí.

—Wesley, digo, mi voz como pequeñas campanas. —Por favor, no lo hagas.

Se muerde el labio, exhala. —Aléjate de mi mujer, gruñe.

Miro a Kaiden por encima del hombro. Parece aliviado. No creo que él quisiera esto más que yo. Si no hubiera ido al lugar del accidente con Mary Elisabeth, y si no hubiera enfadado a Wesley al no decirle adónde iba, nunca habríamos estado en este restaurante. Nunca habríamos estado en este restaurante al mismo tiempo que Kaiden, lo que significaría que todo esto se habría evitado.

Es como si mi accidente hubiera desencadenado una cadena de acontecimientos que conducen inexorablemente a algún tipo de catástrofe. El único problema es que no tengo ni idea de cómo se puede evitar.

—De todos modos, dice Kaiden, visiblemente conmocionado: —Ha sido un placer conocerte, Sr. Coleman.

—Ojalá sintiera lo mismo, dice Wesley, tomando mi mano entre las suyas. —Pero no es así.

Salimos, dejando a Kaiden para que arregle las cosas con su cita. La culpa me corroe por dentro. Si estaba intentando causar una buena impresión, yo me he asegurado de que fracasara. Mientras Wesley tira de mí hacia la puerta, me pregunto por qué se ha calentado todo tan rápido. La mirada de Kaiden, el rencor de Wesley. Era casi como si los dos hombres se conocieran, lo cual supongo que es posible. Es un pueblo pequeño, después de todo. Pero si eso fuera cierto, ¿por qué habían dicho que se veían por primera vez?

—Espera aquí, dice Wesley mientras estamos en la acera. —Voy a por el coche.

Mientras se marcha, saco la nota de Kaiden de su escondite y la estudio. Me doy cuenta de que estoy paranoica. Tengo que confiar en alguien. No todo el mundo está en mi contra. Decido que mi enfermero de brillante armadura es el que menos probabilidades tiene de ser una amenaza, lo que le convierte en la única persona en la que puedo confiar plenamente. Saco el teléfono del bolso e introduzco su número con un nombre falso, *Kara*. Algo me dice que lo llamaré en algún momento en un futuro muy cercano.

CAPÍTULO 20: ENGANCHARSE

Estoy de pie afuera, con mi vestido ridículo, observando cómo los jóvenes juerguistas pasan riendo y gritando, sintiéndome mucho mayor de lo que en realidad soy. Lo peor es que no puedo recordar haber sido tan joven; no porque haya pasado mucho tiempo, sino porque no recuerdo nada en absoluto. Al menos si tuviera recuerdos, podría perderme en la nostalgia de todo aquello. Pero ni siquiera tengo eso.

Wesley está demorándose. No recuerdo que aparcáramos el coche tan lejos. Empiezo a preguntarme si me ha dejado sola como castigo por atreverme a hablar con otro hombre. Me pregunto cómo han cambiado las cosas tan deprisa. Hasta esta tarde, había sido la personificación de un marido cariñoso, que satisfacía todos mis caprichos, aunque yo no me atreviera a confiar plenamente en sus intenciones. Ahora se ha convertido en un controlador celoso y posesivo.

Intento planear mi próximo movimiento, pero es como si ya no me quedaran opciones. A menos que pueda encontrar una conexión con Mystic Spring o localizar la cerradura para mi llave, el enigma seguirá sin resolverse.

Me rodeo con los brazos, intentando alejar el frío aire nocturno. Todavía estoy un poco embriagada por el vino tinto y la pasta.

Veo acercarse a una pareja y retrocedo para dejarla pasar. El hombre pulsa el mando de su llavero y un Ford Taurus al otro lado del aparcamiento enciende las luces. La mujer se ríe. Reconozco al hombre y él me reconoce a mí.

—Vaya, pero si es Sierra. Dos veces en un día, ¿no?

Es Max, mi amigo arquitecto del centro comercial.

—Oye, ¿cuáles son las posibilidades?

La cita de Max -un pavo real alto con el pelo corto y un piercing en la fosa nasal derecha- me mira de arriba abajo. Se le dibuja una sonrisa en los labios. Supongo que piensa que mi vestido me queda un poco estúpido. Yo también empiezo a pensar lo mismo.

—Iba a llamarte, le digo.

—Vale, responde Max, pero es evidente que el intercambio le resulta incómodo. Aquí está él, en una cita con una joven atractiva, y aquí estoy yo, de mediana edad y desesperada, actuando como si fuéramos viejos amigos.

—Quería hablarte de lo que mencionaste esta mañana. Lo de las copas.

—Claro, dice, mirando a su cita. —¿Puedes esperar?

—Sólo quería que supieras que antes no estaba siendo grosero intencionadamente. Es sólo que he tenido un accidente, un grave accidente de coche, y, el caso es que he perdido la memoria. Sueno como una loca.

—Ya. Parece aliviado, como si su ego hubiera recibido un impulso doble. —Así que no soy tan olvidable como pensaba.

—No, en absoluto, me río. —Estoy segura de que si no hubiera tenido el accidente, habría recordado cada sórdido detalle.

Me arrepiento de las palabras en cuanto salen de mi boca. Al pavo real del piercing tampoco parecen gustarle demasiado.

—Max, sisea. —Me estoy enfriando. ¿Podemos…?

—Oh, claro, dice él, señalando hacia el Taurus. —El coche está justo ahí. Será sólo un minuto.

No le sienta nada bien que la despida así, y se marcha con un suspiro y un gesto elegante de su mano, de dedos largos y uñas perfectamente arregladas.

—Lo siento, le digo con una sonrisa de disculpa.

—No pasa nada. Es la primera cita y no estoy seguro de que vaya a ir a ninguna parte.

—Aun así. Parece que tengo la costumbre de entrometerme.

Me lanza una mirada comprensiva que me coge por sorpresa. ¿En esto me estoy convirtiendo? ¿En un caso triste? ¿En alguien que necesita compasión?

—¿Querías preguntarme algo?

Está consiguiendo que me dé prisa, lo que significa que aún no ha perdido la esperanza en su cita. Supongo que eso es bueno.

—Sobre esa noche, le digo. —Si hay algo que puedas contarme, algo que dijera o algo peculiar sobre mi forma de comportarme, sería de gran ayuda.

Sus ojos se entrecierran mientras considera mi pregunta. —No particularmente. Sólo fue una noche divertida. Lo pasamos muy bien, créeme. Esperaba que durara un poco más, pero parecías tener prisa por llegar a algún sitio.

—¿Alguna idea de dónde?

Se encoge de hombros. —No tengo ni idea. Fuiste bastante reservada sobre tu vida personal.

El pavo real toca el claxon del coche y casi salto a los brazos de Max.

—Creo que quiere que me dé prisa, dice sonriendo.

—Sí, será mejor que te vayas.

Esperaba más, esperaba alguna gran revelación. Con todos los demás caminos que conducen al mismo callejón sin salida, esto era una especie de mi última gran oportunidad.

—Supongo que había algo, sin embargo, añade. —Aunque probablemente no sea nada.

—Continúa, le insto. —Cualquier cosa que tengas es mejor que lo que yo tengo, te lo aseguro.

Frunce los labios mientras intenta recordar los detalles. —Dijiste algo sobre un gran proyecto en el que estabas trabajando con unos amigos. Algo que te hacía mucha ilusión.

Un agudo pinchazo de emoción me perfora las costillas. —¿Alguna idea de lo que era?

—No exactamente. Dijiste algo sobre la vida salvaje del condado de Ventura y la necesidad de preservar lo que tenemos. Parecías el tipo de persona que se preocupa por cosas así.

—¿Sobre el medio ambiente?

—Sí.

Tal vez eso era quien era yo. Tal vez esa era mi pasión. El pensamiento enciende algo dentro de mí. Tal vez yo no soy la egoísta,

rica de la alta sociedad que estaba empezando a creer que podría ser.

Otro sonido agudo de la bocina del coche pone a Max en acción.

—Mira, esto ha sido divertido, Sierra, pero tengo que irme.

—Lo entiendo, respondo. —Espero que el resto de la noche sea como tú quieres.

Sonríe. —Puede que sí, puede que no. Se da la vuelta para irse y luego se vuelve. —Llámame. Cuéntame cómo te va con lo de la pérdida de memoria.

Le devuelvo la sonrisa. —Será mejor que lo creas.

Mientras desaparece, me quedo de pie en la acera, preguntándome qué significa esta nueva revelación. Si estaba trabajando en un proyecto, seguro que tiene que haber algún registro, y si lo hay, lo encontraré, aunque tenga que hacerlo a espaldas de mi marido.

***

Wesley se sienta en el coche, observando cómo ella charla con el tipo de la barba y la perra increíblemente alta que tiene en su brazo. Dos hombres en una noche. ¿Quién demonios se cree que es? Y ahí estaba él, intentando hacerla sentir como en casa gastándose una cantidad escandalosa de dinero en una cena que apenas podía permitirse, y ella, en lugar de estar agradecida, se va y se ofrece a todos los hombres que le prestan la más mínima atención. Bueno, ella no se saldrá con la suya, y el arquitecto tampoco. Nadie deja en ridículo a Wesley Coleman y se sale con la suya. *Nadie*.

CAPÍTULO 21: SUEÑOS

Wesley nos lleva a casa y apenas dice una palabra. Me imagino que sigue enfadado por lo de Kaiden, lo cual es francamente ridículo. Solo hablamos unos minutos. No puede haberse dado cuenta de cómo me ha hecho sentir el enfermero. Intenté contener esas emociones, enterrarlas en un lugar donde no pudieran ser encontradas. Sin embargo, él me había hecho sentir esas cosas. Me había hecho sentir muchas cosas.

Entramos y Wesley se dirige a su oficina dando grandes pasos. Se oye el fuerte golpe de la puerta al cerrarse. Supongo que hay cierta seguridad en que mi esposo esté en otra habitación, aunque solo sea temporal.

Mi madre está viendo la tele, algún programa antiguo de policías. Me mira al pasar.

—¿Buena noche? Me pregunta.

Decido mentir. —Sí. Fue genial.

—Wes parece disgustado.

—Creo que tiene asuntos urgentes que atender.

Me sorprendo de lo fácil que se me ocurren estas historias. Es como si fuera una vieja profesional.

Le deseo buenas noches a mi madre y subo. Aunque no tengo ninguna afinidad con esta casa, aprecio la idea de estar tras la puerta cerrada de mi dormitorio. Estoy agotada. Ha sido un día largo en el que se han desvelado muchas preguntas. Ojalá hubiera más respuestas.

Me dirijo a la cómoda y abro el cajón. La llave Redshoot me mira, desafiándome a que haga algo con ella. Está encima de la tarjeta de Max Cramer. Me saco la nota de Kaiden del sujetador y la coloco junto a los dos objetos. Vuelvo a leerla. —*No desaparezcas*. *xx*. La única pista que no he conseguido recoger es el folleto de Mystic Spring. He pensado que sacarlo del despacho de Wesley habría sido ir demasiado lejos. No importa. Ya lo he visto. Está a no más de quince metros de donde estoy parada.

Me quito el vestido. Juro en silencio que no volveré a ponérmelo y me pongo un camisón mucho más adecuado. Estiro los brazos y bostezo. Podría dormir una semana, lo cual es irónico, teniendo en cuenta que acabo de estar cuatro días en coma.

Me miro en el espejo. Me pregunto quién me estará mirando. La cara no me resulta familiar, aunque empiezo a conocer mejor la determinación interior de esta mujer. Empieza a gustarme eso de ella, su fuerza. Pase lo que pase, juro aferrarme a eso.

Retiro las sábanas y caigo sobre el colchón. La manta de sueño me cubre en un instante y, antes de que pueda resistirme, me consume.

***

Vuelvo a rodar. El mundo gira a mi alrededor como una especie de extraño dibujo animado en stop-motion. Mis oídos son asaltados de nuevo por ese ruido, el horrible sonido de raspado, rotura y chirrido. Me doy cuenta de que vuelvo a estar en el coche después de que volcara y de que la gravedad intenta absorberme una vez más. Es como si estuviera reviviendo el horror una y otra vez, como si esto fuera el purgatorio y alguna entidad de otro mundo me estuviera

obligando a arrepentirme. Lo haría voluntariamente si pudiera recordar por qué tengo que pedir perdón.

El coche se detiene y el policía vuelve a estar a mi lado. Wesley está con él. La única diferencia es que esta vez presto atención a la mirada de Wesley. Es la misma mirada que le dirigió a Mary Elisabeth cuando volvimos del lugar del accidente y a Kaiden cuando se enfrentó a él en el restaurante. Es odiosa, rencorosa. Resentida. Intento alejarme de él, escapar por la otra puerta, pero me agarra del brazo y tira de mí con tanta fuerza que me duele. Le grito que me suelte, pero se ríe de mí, con un sonido cruel y burlón.

Cuando salgo del vehículo, todos han desaparecido. El policía, Wesley, la ambulancia. Estoy a oscuras. Es aterrador. Tengo tanto frío, como si todo el oxígeno de la noche se hubiera esfumado. Me pregunto si esto es todo, si realmente he muerto después de todo. Tal vez sería lo mejor. No he causado más que problemas desde que salí del hospital.

Una niña me habla desde algún lugar fuera de mi conciencia. Me doy la vuelta, pero todo está cubierto por un manto de niebla tan espeso como el algodón. La atravieso sin saber dónde pongo los pies ni hacia dónde me dirijo. Podría estar metiéndome en más problemas o, peor aún, cayendo por un precipicio. Ya no tengo frío. Tengo calor. El sudor brilla en mis mejillas y mi frente. Miro hacia abajo pero no puedo, mi propio cuerpo es invisible para mí. Podría estar flotando en el espacio, a la deriva en la oscuridad.

Me encuentro con su cara. Emerge de la nube que gira. Podría confundirse con un ángel si no fuera por su vestimenta. Lleva un

vestido naranja y zapatillas blancas. Su pelo es amarillo como los ranúnculos de un prado. Sus coletas descansan sobre sus hombros. Su largo flequillo cuelga justo por encima de sus ojos azul oscuro. Brillan de lágrimas. Es la chica con la que he soñado desde el accidente, y ahora está delante de mí, con los brazos extendidos, haciéndome señas.

—No sé lo que quieres, le digo.

Su dedo se curva hacia arriba y me atrae hacia ella. Es como si estuviéramos unidas por un hilo invisible, porque floto entre la niebla, acercándome cada vez más.

Levanto la vista. Hay algo detrás de ella, una oscuridad en la niebla, con el corazón negro como el carbón. El miedo se retuerce en mi pecho como una serpiente enroscada. Quiero agarrar las manos de la chica y salir de esta oscuridad, pero no controlo mis piernas. Ahora estoy justo delante de ella, casi tan cerca como para agarrarla. Alargo la mano, pero me falta un centímetro. La oscuridad se desliza sobre sus hombros y le acaricia la garganta. Suelta un grito insonoro. Grito con ella, le digo que corra, que se aleje, pero la oscuridad no la deja ir. La está consumiendo, succionándola hacia un pozo negro, con un espeso alquitrán cubriéndole el torso mientras desaparece bajo su burbujeante superficie. Lo último que desaparece es su pelo. Mechones amarillos brillantes permanecen visibles hasta que el alquitrán se desliza por ellos, succionándolos hacia abajo.

Caigo de rodillas, con las manos extendidas, estirándome, buscando. Las lágrimas me empapan las mejillas y la barbilla. La negrura emite un sonido burbujeante, como un escupitajo, mientras la busco. El

alquitrán burbujea como agua hirviendo. Algo emerge a la superficie. Algo metálico. Flota hasta arriba y queda reposando en la masa negra. Me doy cuenta de que es una llave con un llavero de plástico azul. En letras negras y gruesas se lee la palabra *Redshoot*.

CAPÍTULO 22: EMBESTIDA

Abro los ojos. Tengo en la boca el sabor salado de las lágrimas frescas. He estado llorando. La cara de la niña sigue pintada en mi mente. Me estremece lo que he presenciado. Aunque soy consciente de que lo que he visto no es más que un producto de mi agotado cerebro, sigue siendo tan real como las sábanas que me cubren de cintura para abajo o la almohada en la que he hundido la cabeza.

Un sonido de pasos arrastrados emana de la puerta y mi cabeza se dirige hacia ella. Hay alguien en mi habitación. Me froto los ojos con los dedos empapados en sudor y espero a verlo todo. Es mi madre. Evie. Está tan impecable como siempre, con un top de flores, pantalones plisados y el pintalabios cuidadosamente aplicado.

—Estás despierta, dice.

—Apenas.

—Tienes visita.

Me pongo en posición sentada y me cubro con las sábanas. Miro el reloj. Son las ocho de la mañana. —¿A estas horas?

—Es un agente de policía. Tiene algunas preguntas que hacerte.

No dice nada más y desaparece. Salto de la cama, me lavo los dientes y me pongo lo más presentable que puedo. Estoy nerviosa, aunque no he hecho nada malo. Tiene que ser algo rutinario. Unas cuantas preguntas estándar, nada más. Estoy segura, más o menos.

Salgo al pasillo y miro la puerta de la habitación de Wesley. Está entreabierta, lo que me permite ver bien el interior. No se le ve por ninguna parte, solo su desorden habitual de ropa desordenada y

basura variada. Me alegro. No estoy segura de poder volver a enfrentarme a él esta mañana. No es el Wesley que conocí ayer.

Abajo, mi madre lee las noticias del día y bebe café. Me mira al pasar y levanta una mano. Hoy está extrañamente callada, lo que me parece raro. No me pregunta cómo estoy.

—Está atrás, me dice, arrugando la nariz. —Está fumando.

Paso por la cocina. Él está de pie en el patio. Es alto, con el cabello corto y rojo. Lleva pantalones grises claros, una camisa de franela azul y una camiseta blanca. Eso significa que no lleva uniforme, lo que aumenta mi ansiedad. Tiene un par de días de barba incipiente en las mejillas y la barbilla. Da una calada al cigarrillo y exhala el humo.

—Hola, le digo al salir, pillándole desprevenido. Levanta la cabeza.

—¿Señora Coleman?

—La misma.

Le tiendo la mano. Él apaga el cigarrillo y la estrecha con firmeza, dos veces.

—Detective Brady Wilson, dice. —Oficina de Delitos Mayores del Condado de Ventura.

Esas cinco palabras agudizan mi enfoque al instante. Es la primera vez que alguien menciona la palabra "crimen" en relación con mi accidente. Claro, suponiendo que esto sea sobre eso.

—¿Cómo... cómo puedo ayudarle? Digo, sonando nerviosa. Se da cuenta. Me doy cuenta por la forma en que se mueven sus ojos.

—En primer lugar, dice, señalando una silla. Nos sentamos los dos. —¿Cómo se encuentra?

—Mi cuerpo se está curando bien, le digo. —Mi mente, no tanto.

Él asiente. —Los médicos me dijeron que su memoria podría tardar un poco en regresar, pero que debería hacerlo. Regresar, quiero decir.

Sonrío, notando su incomodidad. —Gracias. Agradezco el voto de confianza.

Se cruza de brazos y mira la casa. —Bonito lugar.

—Sí, supongo que lo es.

—Supongo que tampoco recuerda mucho de su casa.

—Nada de nada. Me río y él se ríe conmigo. —¿Le traigo un café?

—No. Gracias de todos modos. Ya tuve suficiente en la comisaría. No es exactamente de nivel de cafetería, pero es gratis, así que...

Me pregunto qué es lo que el detective está intentando conseguir. Una parte de mí espera que termine rápido. Arrancar de un tirón, como una tirita. La otra parte de mí quiere quedarme aquí y hablar. Es agradable charlar con alguien que es real y que no espera que recuerde quién es.

—Quería preguntarle sobre el choque dice, y su expresión adopta un aire profesional. Noto que utiliza la palabra "choque" en lugar de "accidente".

—Por supuesto. Me pregunto por qué es la primera vez que me pregunta, pero enseguida pienso en mi marido. Tal vez mantuvo a la policía alejada de mí.

—Su madre dice que ayer fue al lugar del accidente.

—Fui.

—God's Seat.

—Así es.

—¿Le ayudó a recordar?

Pienso en el ruido chirriante, el metal retorcido y los cristales rotos.
—Un poco.

—¿Algo útil?

Sacudo la cabeza. —Recuerdo que el coche estaba fuera de control y luego volcó. Cuando volví en mí, recuerdo al policía y a mi marido sacándome del coche antes de que ardiera en llamas. Eso es todo.

—Debió de ser traumático.

—Por lo que recuerdo, sí, lo fue.

Vuelve a asentir y mira a lo lejos. Me pregunto si es una táctica detectivesca: hacer una pregunta y hacer una pausa, hacer otra pregunta y volver a hacer una pausa. Hacerlo varias veces antes de dar el golpe mortal. No caigo en la trampa. Soy consciente de que va a llegar, aunque no sé desde qué dirección llegará el gancho.

—Hicimos que nuestros chicos revisaran los restos, dice finalmente.
—Tía, ha tenido suerte de salir de esa.

Quiero decir que, en realidad, no salí caminando, sino que me arrastraron, pero no quiero parecer demasiado pedante. De todos modos, necesito escuchar lo que tiene que decir. Sospecho que esto va a algún sitio importante.

—Me dicen que encontraron algo inusual en el guardabarros trasero.

Ahora estoy interesada. Súper interesada.

—¿Qué quiere decir con inusual?

Saca un paquete de cigarrillos del bolsillo, lo mira y luego se lo piensa mejor. —¿Tiene algún enemigo, Sra. Coleman?

La pregunta es como el vinagre. Pica. —Yo... yo no lo sé. Espero que no.

—¿Alguien la ha hecho sentir incómoda desde que salió del hospital? ¿Alguien le ha amenazado?

—¿Quiere decir, aparte de mi marido?

Se ríe de mi broma. Cree que estoy bromeando. —En serio, ¿ha ocurrido algo fuera de lo normal?

Niego con la cabeza, no quiero echar en cara a Wesley lo que básicamente ha sido una discusión sin importancia.

—¿Puedo preguntar a dónde quiere llegar con esto? Pregunto. —Empiezo a tener la impresión de que aquí pasa algo. Algo que no me está contando.

Se inclina hacia delante. El sol de la mañana resalta la afilada línea de su mandíbula, las ligeras cicatrices de su frente. —La policía local pensó inicialmente que se trataba de un accidente común y corriente, Sra. Coleman. Eso es lo que pensaron. Esas carreteras pueden ser traicioneras, y en un coche como ese, conduciendo tan tarde por la noche... sucede.

Estoy literalmente a punto de estallar. Está alargando esto mucho más de lo necesario.

—Excepto, que los tipos que miran este tipo de cosas, saben lo que están buscando. Gracias a Dios por ellos, ¿verdad?

Quiero arrastrarlo por la mesa y literalmente exprimirle la información. —¿Qué han encontrado? Pregunto con toda la calma que puedo, pero por dentro le estoy gritando.

—Señora Coleman dice, con un tono más bajo y contenido, —tenemos motivos para creer que alguien embistió su vehículo para hacerlo salir de la carretera.

CAPÍTULO 23: SR22

El impacto de sus palabras me cala como perdigones calientes en el cerebro.

¿Alguien ha chocado contra mi coche? ¿Por qué haría alguien eso?

—¿Qué significa eso? Pregunto, con voz temblorosa.

—Aún no estamos seguros.

—¿Cómo que no están seguros?

—No estamos sacando conclusiones precipitadas. Es posible que el autor del delito chocara con usted por accidente y luego se marchara.

—¿Quiere decir, como un atropello y fuga?

Él asiente. —Es una posibilidad.

—Pero no una certeza.

Él se rasca la barba incipiente. —Aún no.

—¿Y la teoría alternativa es...?

Mi pregunta le hace detenerse. Me pregunto si esta es otra técnica de la escuela de interrogatorios de detectives.

—La teoría alternativa es un poco más oscura, dice finalmente. De ahí que le pregunte si se le ocurre alguien que pudiera querer hacerle daño.

Me aferro a la mesa, con los nudillos blancos. —¿Está sugiriendo que es posible que alguien haya intentado matarme deliberadamente?

Asiente de nuevo, esta vez mucho más en serio. —Mentiría si dijera que no es uno de los escenarios que estamos considerando.

¿Asesinato? Alguien puede haber intentado asesinarme. No puedo creer lo que estoy oyendo. Si eso es realmente cierto, ¿puedo confiar en alguien? ¿No es todo el mundo sospechoso hasta que se descarta a través de todas las pruebas disponibles?

—No tengo ni idea de cómo procesar eso, digo.

—Me doy cuenta de que esto es un golpe, pero como he dicho, no debemos sacar conclusiones precipitadas. La investigación aún tiene un largo camino por recorrer.

Ahora estoy temblando literalmente. Miro hacia la casa, preguntándome dónde está mi marido. —¿Y si no me queda mucho tiempo?.

Me mira, saca un cuaderno del bolsillo. —¿Hay algo que quiera decirme, señora Coleman?

Lo pienso. Por supuesto que hay cosas. Hay muchas cosas que quiero contarle. El proyecto en Mystic Spring, mi esposo intentando comprar el contrato ilegalmente, la llave que encontré cerca del lugar del accidente, el cambio en el comportamiento de Wesley después de mi viaje a God's Seat. Nada de eso le sirve, nada de eso es una prueba. No puedo volcar el contenido de mi mente paranoica en nuestra conversación. Parecería aún más loca de lo que ya me siento.

—No, digo. Nada que ayude a su investigación.

Me mira fijamente, sin pestañear. Observa mi forma de actuar, estudia mi lenguaje corporal.

—Hay algo más, dice, agachándose para sacar algo de su mochila. No me había dado cuenta de que llevaba una cuando bajé del

dormitorio.

—Claro, digo. —Lo que necesite.

Coge una bolsa de plástico transparente para pruebas y la coloca sobre la mesa que hay entre nosotros. Me lleva un momento darme cuenta de lo que hay dentro. Es negro y elegante, con un asa dentada.

—¿Es eso...?

—Es un arma, señora Coleman. Una pistola. Una Ruger SR22.

Me sorprende lo cerca que está. No recuerdo haber estado tan cerca de un arma antes, aunque mi memoria solo se remonta a unos días.

—¿Por qué... por qué ha traído un arma a mi casa?

—Yo no la he traído a ningún sitio, dijo. —Nosotros la encontramos.

—¿Dónde?

Sigue mirándome fijamente, sin apartar los ojos de los míos. —Estaba en la guantera de su coche.

Ahora sí que estoy sorprendida. Un arma en mi coche. ¿Por qué iba a tener un arma en mi coche? A menos que...

—¿Es mía?

—Esperaba que pudiera responder a esa pregunta por mí.

No tengo ni idea. No tengo ni la más remota idea.

—No lo creo, digo, mirando la bolsa que contiene la pistola, incapaz de apartar los ojos de ella. —¿No pueden averiguarlo a partir del número de serie o algo así? No estoy segura de que eso sea siquiera algo que realmente puedan hacer, pero parece un enfoque lógico.

—Lo intentamos, dijo. —Pero esta pistola no está registrada. Si era suya, la tenía ilegalmente.

Me desplomo en el asiento. Es como si me hubiera atropellado un camión. Otra vez. Primero, este detective me dice que alguien puede haber intentado matarme, luego me dice que soy la potencial propietaria de un arma letal obtenida ilegalmente. No tengo ni idea de qué pensar, qué hacer. De repente me doy cuenta de que no tengo ni idea de quién soy ni de lo que soy capaz. No es la primera vez desde que salí del hospital que me pregunto si soy yo la villana aquí, si soy yo a quien debería estar sospechando, y no a cualquier otra persona viva que tenga la audacia de hablar conmigo.

—¿Estaba cargada? Pregunto, sin saber muy bien por qué es importante para mí.

—Lo estaba. El cargador estaba lleno. Había más balas en la guantera. Si es suya, se estaba preparando para defenderse, o...

—Planeando hacer daño a alguien, digo, completando una frase cuya respuesta ya conocía.

Nos quedamos sentados en silencio un momento. Entiendo lo que está haciendo el detective Wilson. Está esperando a que suelte la lengua, que revele algo que no quiero revelar. Se equivoca conmigo. No tengo nada más que decir. Soy el equivalente literal de un libro abierto. No estoy ocultando nada. Estaría loca si lo hiciera.

—¿Y ahora qué pasa? Pregunto.

—Seguimos buscando, dice. —A ver qué encontramos.

—¿Tiene alguna otra pista?

—No es apropiado que haga comentarios sobre una investigación en curso.

—Pero sí está bien que me dé un montón de información que me hace pensar que alguien cercano a mí está intentando asesinarme, ¿verdad? Sueno rencorosa, que no es lo que pretendía.

—Solo hago mi trabajo, señora Coleman.

—Lo sé. Lo siento. Es solo que ahora mismo estoy bastante vulnerable.

Asiente con la cabeza para demostrar que lo entiende, pero es obvio que no tiene nada más que decirme. Aún no. Quizá debería estar agradecida de que alguien se preocupe por mí. Es mejor que lo que tenía.

—Si encontramos algo, será la primera en saberlo, dice, poniéndose de pie. —Mientras tanto, no salga de la ciudad.

Es el tipo de cosas que la policía le dice a los sospechosos, que supongo que es lo que soy. Al fin y al cabo, yo tenía el arma.

—¿Me van a proteger? Pregunto. —¿Alguien en un coche fuera, al menos?

Él sonríe. —Esto no es un programa de televisión, señora Coleman. Ese tipo de cosas no son fáciles de conseguir, y hasta que sepamos que su vida está en peligro, me temo que las posibilidades de que lo apruebe son escasas o muy escasas.

Asiento. Sabía la respuesta antes de que la pregunta saliera de mis labios.

—Entonces dormiré con un ojo abierto.

Mientras lo veo irse, me doy cuenta de que el juego se ha vuelto real. Esto ya no es un rompecabezas, una colección de piezas que debo organizar en algún orden lógico. Este es un peligroso juego del gato y el ratón, y algo me dice que el gato no está muy lejos de casa.

CAPÍTULO 24: FACEBOOK

Vago por la casa, paseando como una loca. Mi mente es un revoltijo de ansiedad y paranoia. Tenía un arma. Una maldita pistola ilegal. Si era mía, significaba que le tenía miedo a alguien o a algo, ¿y por qué no iba a tenerle miedo? Alguien me sacó de la carretera. Aunque no fuera un intento de asesinato, el resultado final habría sido el mismo. Si no fuera por mi marido y un heroico agente de policía, estaría muerta, hecha cenizas. Tengo que encontrar algunas respuestas y rápido, porque si alguien me quería muerta, probablemente esté planeando volver para terminar el trabajo. Sin saber quién es mi posible agresor, estoy completamente expuesta, como un pargo rojo que se tambalea en un banco de barro, jadeando en busca del oxígeno que tanto necesita.

Me preparo un café, me lo bebo demasiado rápido y me quemo la lengua. Maldigo en voz alta.

—Sierra, dice mi madre. —Quizá deberías ir un poco más despacio. Vas a hacerte daño.

Si ella supiera la verdad. La verdad real.

—Sí, digo. —Lo siento, tienes razón.

—¿Va todo bien? De repente, se interesa por mí. Me pregunto por qué.

—Estoy bien.

—¿Tiene algo que ver con el detective de la policía?

—No. Quizá. No lo sé.

—¿Qué te dijo? De inmediato, empiezo a sospechar de sus preguntas, lo cual es una locura. Es mi madre. ¿Por qué iba a dudar de ella?

—Está investigando una posible causa del accidente.

—Pensé que era obvio. Te saliste de la carretera. Probablemente ibas demasiado rápido. Siempre te lo digo. Nunca has sido una conductora cuidadosa. Nunca has sido cuidadosa en nada.

Sus acusaciones solo sirven para intensificar mi paranoia. La ignoro y subo las escaleras. No puedo estar cerca de su negatividad. Ya tengo suficientes pensamientos negativos.

Me llama, pero no la escucho. Tengo que estar sola. Tengo un centenar de sospechas diferentes chocando entre sí en mi cráneo. Es como la hora feliz en la sala de pinball. Necesito encontrar una manera de calmarme, de lo contrario no podré pensar en esto lógicamente.

Me dejo caer en la cama y miro al techo. Quiero cerrar los ojos, pero eso es una pendiente resbaladiza hacia el olvido. Tengo que estar consciente. Tengo demasiadas cosas en las que pensar.

El detector de humo parpadea hacia mí. Una sola luz roja destella repetidamente. Tengo una idea. Cámaras. Vigilancia. ¿Y si alguien me está observando? La idea me consume. Tendría sentido. Si mi esposo está involucrado en esto de alguna manera, ¿no sería lógico que me estuviera espiando?

Me levanto de un salto, agarro la cubierta de plástico de la alarma y la retuerzo. Se me cae en la mano con un fuerte chasquido. Una pila de nueve voltios está conectada a dos cables finos, uno rojo y otro negro. Todo está normal. Lo miro más de cerca. Hay un pequeño

agujero en el plástico, pero sospecho que es demasiado pequeño para una cámara, aunque no entiendo nada de equipos de vigilancia en miniatura.

Me dirijo a la lámpara, al teléfono, al secador de pelo. A cualquier cosa con enchufe. Bajo las escaleras, cojo un cuchillo de un cajón de la cocina y corro de vuelta a mi habitación. No se salva nada. Lo desarmo todo, lo examino a fondo. No dejaré que me espíen en mi propia casa. Tengo que estar segura.

No encuentro nada. Claro que no. Mi marido no tiene nada que ver con esto. Después de todo, él me sacó del vehículo. ¿Por qué habría hecho eso si me quisiera muerta? A menos, claro, que estuviera jugando al doble engaño. Me río a carcajadas. Me doy cuenta de que estoy siendo ridícula. Wesley puede ser muchas cosas, pero no es un asesino.

Me siento en el borde de la cama, agotada. Mi episodio de paranoia me ha agotado toda la energía. Me recuesto y miro al techo una vez más. Algo me golpea el muslo. Meto la mano en el bolsillo y saco el teléfono. Una idea cobra vida en un punto justo detrás de mis ojos. Abro mis cuentas de redes sociales y me dirijo a Facebook. La única otra persona que ha estado contactando conmigo deliberadamente es la persona en la que nunca hubiera pensado. ¿Y si es él? ¿Y si nos siguió a mi madre y a mí al centro comercial y actuó con toda inocencia para despistarme? ¿Y si nos siguió al restaurante, trajo a una cita para el viaje y luego se tropezó accidentalmente conmigo? Quiero decir, lo vi dos veces en el mismo día. Eso es más que una coincidencia. Es deliberado. ¿Y si toda esta historia sobre mi

encuentro secreto con él es su forma de hacerme sospechar de mi propio marido? Quizás me han engañado.

Escribo su nombre en la barra de búsqueda: Max Cramer. Aparecen algunas personas con ese nombre, así que sigo desplazándome. Un cuidador de zoo, un financiero, un tipo que parece que se dedica a transportar alfombras. Al final encuentro su cara. Es una foto posada. La iluminación es perfecta. Supongo que la pagó.

Hago clic en su foto de perfil y se abre su página. No es privada. Me desplazo por sus otras fotos. Le gusta verse a sí mismo. Eso es obvio. Es un poco narcisista. Miro una foto suya en las Cataratas del Niágara, otra con un grupo de mujeres guapas. Parece que estaba en Las Vegas cuando se hizo esa. Me lo imagino. Sus publicaciones también son de autocomplacencia, una serie de frases sobre lo maravillosa que es su vida. Me doy cuenta de que empiezo a disgustarme con el tipo, aunque solo lo he conocido… otra vez.

Empiezo a pensar en nuestro encuentro de la noche anterior. Dijo que estaba trabajando en un gran proyecto que me entusiasmaba mucho. Ahora no estoy segura de si eso es cierto, pero tengo que averiguarlo. ¿Max está siendo sincero conmigo? ¿Es real este proyecto medioambiental? ¿Hay algo en él que deba temer? Dijo que era arquitecto y, según su perfil de Facebook, decía la verdad. Sus oficinas están en Casa Conejo, a tiro de piedra de Lake Sherwood.

Me incorporo, tiro el teléfono a un lado. Tengo que cruzar la ciudad. Tengo que averiguar qué diablos está pasando. De una forma u otra, Max Cramer me va a contar todo lo que sabe sobre mi vida pasada.

CAPÍTULO 25: PASEANDO AL PERRO

Bajo las escaleras y veo el Buick de mi madre aparcado en la entrada. Miro el gancho de la pared y veo sus llaves colgando junto a las mías. Cojo las botas.

—Tengo que salir, le digo. —Por un rato. ¿Te parece bien si…?

—¿Si tú qué, Sierra? Venga, escúpelo.

—¿Pedirte prestado el coche?

—¿Mi coche?

—Sí. Lo necesito por una o dos horas. No más.

Parece sorprendida. Me doy cuenta de que tengo que cerrar el trato. Me acerco a ella y le cojo la mano.

—Te prometo que no tardaré más.

Me mira, indecisa entre dejarme salirme con la mía o decepcionarme.

—A él no le va a gustar. De verdad que no.

—Él no lo sabrá.

Tomo su silencio como una aceptación tácita y cojo las llaves al salir.

Su coche huele a ella. También está igual de ordenado. Es un todoterreno con tracción a las cuatro ruedas. Me pregunto si Wesley lo compró para ella. No importa. Tiene cuatro ruedas y un motor, y eso es todo lo que necesito. Introduzco en el GPS la dirección que he encontrado en el perfil de Facebook de Max y aprieto el acelerador.

No es un viaje largo, pero sí lo suficiente para que mi cerebro empiece a jugar conmigo. Esto va a acabar de dos maneras. O Max

me va a demostrar que lo que me dijo era verdad, o voy a descubrir que estaba al volante del vehículo que me sacó de la carretera. Si es lo primero, me iré con algo más de información, algo que ayude a mi investigación. Si es lo segundo, puede que no me vaya. Creo que es un riesgo que vale la pena correr.

Tengo que encontrar algo que darle al detective Wilson. No puedo seguir viviendo mi vida con una nube de sospecha sobre todos los que conozco. Tengo que acostumbrarme a la idea de que mi memoria podría no volver en años. No puedo esperar tanto para empezar a reconstruir lo que tenía, o para empezar a construir algo nuevo.

Estoy en Casa Conejo antes de darme cuenta. He estado tan consumida por mis propios pensamientos que apenas me he dado cuenta del viaje. El negocio de Max está en la otra punta de la ciudad, así que recorro otras cinco manzanas antes de aparcar. Camino el resto del trayecto. Hace un día precioso y necesito el aire. Este podría ser el momento en que todo empieza a tener sentido para mí. El momento crucial.

Un coche de policía pasa por la calle con la sirena a todo volumen. Una anciana pasa y sonríe. Tiene el aspecto de alguien que está en paz consigo misma. Siento envidia. Un chico en monopatín me adelanta con la música a todo volumen de un altavoz portátil metido en el bolsillo de sus pantalones anchos.

El parque está más adelante. Por lo que recuerdo, está a dos manzanas de Cramer Designs. Camino hacia él, pero me doy cuenta de que el extremo más alejado está rodeado por un cordón policial. El coche patrulla con la sirena a todo volumen se para cerca y los dos

agentes que van dentro salen para unirse a un grupo de agentes, investigadores y periodistas que rodean una carpa blanca para la escena del crimen. No tengo ni idea de lo que ha pasado, pero parece grave.

Paso de largo, manteniendo las distancias. Se ha formado una gran concentración alrededor del parque. Tengo que sortear a la gente para pasar. Todos parecen preocupados, ansiosos. Todos hablan de ello.

—Qué pena.

—Sí, un tipo tan agradable.

—No puedo creer que algo así pueda pasar en este barrio.

Trato de no distraerme. Esto no tiene nada que ver conmigo. Tengo cosas más importantes de las que preocuparme; a saber, recuperar mi vida.

—Lo siento, digo, tratando de abrirme paso entre un grupo densamente poblado de gente.

—Por aquí, por favor, dice un agente, intentando dirigir a la multitud hacia un lugar un poco más alejado.

Ahora me están aplastando, entre un tipo con sobrepeso y un grupo de adolescentes. No me gusta. Es como si estuviera de nuevo en el hospital, atrapada en la cama con todos esos tubos sobresaliendo de mí, la maldita máquina pitando como loca.

—Sólo un poco más atrás, continúa el oficial. —De vuelta hacia la acera.

Intento moverme con la multitud, pero los adolescentes se niegan obstinadamente a ceder, y el tipo gordo retrocede hacia mí. Me pisa el pie, me aplasta el dedo e intento apartarlo. En lugar de eso, acabo tropezando con mi propio tobillo y cayendo al suelo mientras el grandullón retrocede. Me doy cuenta de que voy a quedar atrapada en el suelo con la multitud pisándome, presionándome contra el asfalto, asfixiándome, aplastándome los huesos.

Cuando mi mano toca el suelo, alguien me agarra y me pone en pie, arrastrándome fuera de la multitud. Ahora estoy al aire libre, con aire fresco en la cara. Miro la cara del policía. Me doy cuenta de que debe de haber salido del tumulto para ayudarme.

—Casi se mete en un lío, me dice.

Me levanto, con las manos en las caderas y la respiración agitada. Miro hacia la multitud de la que me han sacado. Están frenéticos, excitados. Parecen ratas alrededor de un animal atropellado. ¿Qué esperan encontrar aquí?

—Gracias por sacarme, digo. —No estoy tratando de interferir en lo que está haciendo. Sólo tengo que ir a un sitio.

Coge un bolígrafo y un cuaderno. —¿Adónde va?

Hago un gesto hacia nuestra izquierda. —Dos manzanas más arriba. Cramer Designs.

—¿La casa de Max Cramer?

Sonrío. ¿Cómo lo sabía?

Se acerca, su expresión cambia. —Necesito tomarle los datos, señora…

—Coleman. Sierra. ¿Puedo preguntar por qué los necesita?

—Digamos que pueden ser importantes para lo que ha pasado aquí. Estoy tan sorprendida que se los doy. Le doy todo; la dirección de mi casa, mi número de teléfono, mi pariente más cercano.

—¿Por qué necesita todo esto? Le pregunto. —¿Qué está pasando?

Hace un gesto hacia el parque. —¿El hombre con el que había quedado? ¿Max Cramer? No estará en su oficina, ni ahora ni nunca. Vuelve a su puesto. —Mantenga su teléfono con usted, ¿de acuerdo? Puede que necesitemos hablar con usted.

Sacudo la cabeza sorprendida. ¿Qué quiere decir con que Max Cramer no estará en su despacho?

El aire se llena del murmullo de las conversaciones y me giro cuando se acerca la multitud. Me hago a un lado mientras uno de los reporteros que habla con una cámara portátil empieza a hablar.

—El hombre de treinta y tres años paseaba anoche a su perro por este parque de su ciudad natal, Casa Conejo, cuando alguien le asestó ocho puñaladas en el pecho. La víctima murió instantáneamente a causa de las heridas. Max Cramer deja una hermana y una madre anciana.

Me tiemblan las rodillas. Max, muerto. ¿Cómo puede ser verdad? ¿Qué demonios está pasando aquí?

Mi visión se convierte en un túnel oscuro mientras todo se entumece. Mis piernas se convierten en gelatina, mis brazos en espuma de poliestireno. No me doy cuenta de que estoy cayendo hasta que mi cuerpo golpea el suelo.

CAPÍTULO 26: MYSTIC SPRING

Cuando vuelvo en mí, estoy en casa, tumbada en el sofá. Mi madre está conmigo. Me acerca un vaso de agua a los labios. No tengo ni idea de cómo llegué aquí, ni de lo que pasó después de enterarme de que Max había muerto.

—Ese detective tan amable te trajo a casa, dice. Al parecer, la policía local lo llamó, y como es el oficial asignado a tu caso, pensó que lo correcto era ser él quien te entregara personalmente. Por suerte, también trajo de vuelta mi auto.

Bebo otro sorbo de agua. No puedo creer que Max se haya ido. No puedo creer que me haya desmayado. No puedo creer que todo esto me esté pasando a mí. ¿Puede ser otra coincidencia en una larga lista de ellas? No lo creo. Todo es demasiado conveniente. La misma noche que Max me habla de un gran proyecto en el que estoy trabajando, acaba con un cuchillo clavado en el pecho.

—¿Qué hacías ahí fuera? Pregunta mi madre. —¿Qué era tan urgente que tenías que llevar mi coche a Casa Conejo?

—Había quedado con alguien, le digo. —Un amigo mío.

—Sierra, no me mientas. No puedes recordar quiénes son tus amigos. ¿Cómo esperas que me crea que habías quedado con uno de ellos?

No intento contestarle. ¿Qué sentido tiene? No estoy en condiciones de ganar una discusión. Max era mi única conexión con quien era antes, y ahora se ha ido. Alguien me está cerrando deliberadamente todas las puertas. Estoy encerrada, aprisionada. Mis próximos pasos se me escapan como un sueño olvidado. Mi memoria no da señales

de volver, y cada vez que creo que tengo una ruta para descifrar toda esta locura, me encuentro con un obstáculo.

Aparte de una llave sin cerradura, lo único que me queda es Mystic Spring. Esa es la única pista que no he perseguido todavía. Reviso mi teléfono y encuentro la ubicación en Hidden Valley. Está muy cerca, al sur de Thousand Oaks y al norte de God's Seat. He estado dando vueltas a su alrededor sin darme cuenta. Todo este tiempo, ha estado escondida a plena vista. He sido una tonta.

—Mamá, digo, intentando sonar lo más patéticamente necesitada posible. —¿Me prestas el coche otra vez?

***

Conduzco hacia el valle y sigo el camino de tierra. Las tierras de cultivo se extienden kilómetros a ambos lados. Bajo las colinas hay un rancho con una docena de caballos que corren libres por la amplia extensión de tierra. La carretera es áspera bajo las ruedas y levanta un polvo anaranjado mientras serpenteo entre los matorrales. Hace calor, demasiado calor. Tengo el aire acondicionado a tope, pero aun así, el sudor caliente se me acumula en la nuca.

Un cartel a mi derecha dice "Mystic Spring", y giro hacia otro sendero, este un poco más estrecho, un poco más irregular. Espero que la suspensión del auto no ceda. Ya he perdido el auto de mi mamá una vez hoy. Dos veces sería imprudente. Las ramas retorcidas de los robles californianos se extienden sobre el sendero, atacando el techo del vehículo. Trato de evitarlas, pero el camino adelante está cubierto y salvaje. Decido aparcar y caminar.

Salgo a campo abierto. Voy vestida con unos vaqueros ajustados y un chaleco negro. No llevo sombrero. Con el sol dándome de lleno, tengo el cuello como un filete en una parrilla caliente. Un estrecho arroyo serpentea perezosamente junto al sendero y lo sigo, pensando que si estoy buscando un lugar llamado Mystic Spring, seguir el agua no sería la peor idea del mundo.

Camino durante veinte minutos o más, manteniéndome a la sombra lo mejor que puedo. Es una gran parcela de tierra con mucho potencial. Lilas, alforfón, arbusto quebradizo e incluso salvia cubren el suelo. La tierra es fértil, aunque un poco seca. El arroyo está ayudando, me doy cuenta. Mantiene la tierra irrigada.

Se oye un ruido a mi izquierda y levanto la vista. Un ciervo sale al sendero. Inclina la cabeza hacia mí y mastica la hierba. No me muevo, no quiero asustarlo. Parece tan tranquilo, tan sereno. Lo observo comer un poco más. Se detiene, mira hacia arriba y hacia abajo por el sendero y luego vuelve a mirarme. Vuelve a inclinar la cabeza y desaparece entre los robles. Me permito una sonrisa. Con todo lo demás yéndose al infierno a mi alrededor, puedo apreciar algo tan tranquilo como un ciervo comiendo algo.

Dos voces masculinas me llegan con la ligera brisa y me dirijo hacia ellas. Alguien más está aquí. Camino en paralelo al arroyo mientras éste se ensancha. El burbujeo del agua amenaza con ahogar el sonido inconfundible de la conversación, despistándome, pero los sonidos son lo bastante claros como para hacerme saber que voy en la dirección correcta. Ahora estoy mucho más cerca, a no más de veinte metros. Sigo adelante, me mantengo oculta entre las sombras,

esperando que mi intento decididamente amateur de vigilancia no me juegue en contra. Una cosa es segura, no fui investigador privado en mi antigua vida. Apenas puedo dar dos pasos sin pisar una ramita o un montón de hojas secas.

Las voces suenan más urgentes ahora. Parecen dos hombres. Uno de ellos está agitado, levanta la voz, el otro es más pasivo, como si intentara calmar una situación que va en aumento. Me doy prisa. Tengo la sospecha de que lo que voy a presenciar es importante. Las cosas empiezan a encajar, aunque la imagen que se está creando sigue siendo confusa y desordenada.

Cruzo el arroyo, me mojo los pies y los tobillos y trepo por la orilla del lado opuesto. Subo por la pendiente con cuidado de no tocar ninguna roca o piedra, nada que pueda delatarme. Me doy cuenta de que mi creciente ansiedad es ridícula. No veo ninguna señal de peligro, ninguna amenaza inmediata, pero hay algo en la situación que me pone nerviosa.

Las voces son más fuertes, mucho más fuertes. Alguien dice: —¿Cómo que no puedes garantizarlo? Te pago por certezas, amigo, no por tus mejores esfuerzos.

Puedo imaginar quién es, incluso antes de asomarme por encima de la orilla. Dos camiones están estacionados en el medio de una amplia extensión de tierra. Dos hombres están hablando, cara a cara, uno de ellos un poco más bajo, con una panza cervecera colgando de un cuerpo delgado, el otro más grande, tipo toro, todo alterado. Me tenso y resbalo sobre un montón de piedras. La cabeza del tipo más

grande se gira en mi dirección. Me agacho justo a tiempo para esquivarlo.

Me tumbo de espaldas, esperando que no me descubran. No hay duda de que me costaría explicárselo. Si lo hiciera, nunca creería mi historia.

No reconozco al hombre más pequeño, pero el más grande me resulta mucho más familiar. Debería serlo. Estoy con él todos los días. Estamos casados, después de todo.

CAPÍTULO 27: KNOCKOUT

Esto es. Esto es lo que he estado buscando. Sabía que este lugar era importante, pero no tenía idea de por qué. Esto podría ser el pegamento que une todo. No sólo he visto el folleto de la urbanización Mystic Spring en el despacho de mi marido, entre los montones de basura que cubren su caótico escritorio, sino que ahora lo tengo justo en el centro del lugar, hablando con el hombre al que supongo que le he oído intentar sobornar.

Busco mi teléfono y lo saco del bolsillo. Si pudiera grabar lo que decían, tendría algo. Claro, no vincula a nadie con mi supuesto accidente, ni con el asesinato de Max Cramer, pero podría darme ventaja.

Me muevo a lo largo de la orilla, manteniendo el arroyo a mi derecha y luego a mi izquierda y adelante. Me doy cuenta de que no me va a acercar lo suficiente, pero más adelante hay un bosquecillo de arbustos que podría hacerlo. Tendré que romper mi cobertura para acercarme, pero si lo hago en el momento adecuado, estoy segura de que lo lograré.

Empiezo a sudar de nuevo. Es un día caluroso sin sombra en esta parte del valle. Empiezo a desear haber traído un sombrero o, al menos, crema solar. Lo último que necesito es ir al hospital por una insolación.

Los dos hombres se están gritando. Sea lo que sea por lo que discuten, la cosa se calienta. Acelero el paso y me dirijo a la curva del arroyo. Cuando llego a mi destino, subo de nuevo a la orilla. Ahora estoy mucho más cerca. Los camiones están a menos de seis metros.

Voy ligeramente por detrás y a la izquierda de mi marido. Me doy cuenta de que tendré que esperar a que el otro tipo se distraiga antes de hacer mi movimiento hacia el grupo de follaje. En este momento tiene una línea de visión clara hacia mi posición.

Veo cómo mi marido señala el terreno que les rodea y levanta la mano. Dice: —Esta urbanización le va a reportar muchos beneficios políticos, pero el otro hombre replica: —Y usted va a ganar mucho dinero. De hecho, si no me falla la memoria, este proyecto le convertirá en uno de los promotores inmobiliarios más ricos del condado de Ventura.

Estas son todas las cosas que conozco. Nada de esto es información nueva. Lo que necesito averiguar es quién es este segundo tipo, y necesito pruebas de que mi marido planea comprar el contrato.

Me agacho en el borde de la orilla, esperando mi momento, cada vez más frustrada por lo mucho que está tardando todo esto. Tengo que acercarme más.

Mi momento llega unos segundos después de la peor manera posible. No lo predije. Demonios, el otro tipo seguramente no. Queda claro que algo está a punto de ocurrir cuando el cuello de mi marido adquiere el tono carmesí que he visto antes. Entonces, antes de que tenga tiempo de preguntarme qué significa, lanza un puñetazo y mueve el brazo en un amplio arco. El puño impacta en la mandíbula del hombre más pequeño, que se tambalea.

Lanzo un grito ahogado y me tapo la boca con una mano. Es la primera vez que veo a Wesley ser violento, aunque ha estado al borde

del precipicio un par de veces. Lanza otro puñetazo, y éste rebota en la sien del otro tipo, tirándolo al suelo.

Me quedo paralizada, incapaz de pensar o moverme. Estaba esperando una distracción, y ésta es una muy buena. Mi marido se adelanta. Estoy detrás de él, así que no puedo verle la cara, pero me la imagino: una retorcida bola de furia contenida, los ojos hundidos bajo pesados párpados, un gruñido en la comisura de los labios.

Algo me impulsa a actuar y atravieso corriendo los tres metros que me separan de los arbustos y me agacho detrás de ellos. Los separo y miro a través de las ramas secas. El otro hombre está de lado, apenas consciente. Mi marido se cierne sobre él como un oso, apretando y soltando los puños y manando sangre de los nudillos de la mano derecha.

Intento activar la grabadora de vídeo de mi teléfono, pero tengo las manos resbaladizas por el sudor y se me escapa de las manos. Cae sobre los matorrales espinosos. Maldigo en voz baja, pero entonces el hombre afectado grita: —¡No, por favor!, y cuando levanto la vista, Wesley le apunta con una bota a las costillas y balancea la pierna. Se oye el inconfundible sonido del aire que se escapa y un grito de dolor, y entonces Wesley vuelve a golpear con la pierna y su bota impacta con saña en el cráneo del otro hombre, dejándolo inconsciente.

Me doy cuenta de que quizá acabo de presenciar un asesinato y, lo que es más, de que mi marido es el asesino. Quiero ir a ayudar al hombre, pero estoy aterrorizada. ¿Y si me ataca? ¿Y si soy su próxima víctima?

Wesley se inclina sobre el hombre inconsciente y sonríe. Sonríe de verdad.

—Te lo merecías, dice. —Te dije lo que haría si no te portabas bien.

Se me revuelve el estómago. He estado viviendo en la misma casa que este tipo, respirando el mismo aire. Incluso mi madre vive con él.

Lo que hace a continuación me revuelca el estómago. Hace un extraño sonido con la garganta, abre la boca y descarga sobre la cara del otro tipo. Me doy la vuelta con el dorso de la mano en los labios.

—Nos vemos, Frank.

La puerta de la camioneta se abre y el motor ruge, seguido del crujido de la grava cuando Wesley gira el vehículo y vuelve a subir la colina. Miro hacia abajo y veo mi teléfono tirado en la tierra a mis pies. Me doy cuenta de que siempre lo he tenido a mano. Lo cojo y me lo meto en el bolsillo, maldiciéndome por mi propia ineptitud. Si hubiera estado más tranquila, más lista, podría haberlo grabado todo.

Miro hacia atrás, hacia el cuerpo tendido en el sendero. Hago una pausa, esperando a que la camioneta desaparezca de mi vista, sin saber qué hacer. Si el tipo está muerto, ahora estoy en la escena de un asesinato sin nada más que mi propia palabra como prueba de lo sucedido. Me doy cuenta de que es un juego peligroso. Mi marido es un tipo importante por estos lares, y yo no soy más que una mujer que no recuerda su propia historia.

Permanezco sentada, tratando de controlar mi respiración agitada, considerando en silencio mi próximo movimiento, preguntándome

cómo ha llegado todo a esto; pero entonces el hombre que está junto al vehículo destartalado empieza a tener espasmos incontrolables y, antes de darme cuenta de lo que está pasando, me levanto y corro hacia él.

CAPÍTULO 28: RESCATE

Me detengo junto al torso agitado del hombre y coloco la mano bajo su cabeza. La saliva espumosa burbujea en una mueca de su boca y sus párpados se agitan como las páginas de un libro. Tiene los dientes apretados y me doy cuenta de que podría ahogarse con su propia lengua. Le separo los labios, le meto las yemas de los dedos entre los dientes y le abro la mandíbula, intentando despejarle las vías respiratorias. Le pongo de lado, pero sus brazos se agitan y sus piernas patalean. Una de ellas me alcanza en el muslo y me hace gritar.

Forcejeo con él y hago todo lo posible para que se calme. Por lo que sé, no tengo ninguna formación médica, así que todo lo que hago proviene de algún recuerdo borroso de algo que he visto en la televisión o en una película. Le levanto la cabeza del suelo, acuno su mejilla entre las manos y espero a que cesen los espasmos.

Poco a poco, las sacudidas disminuyen y, al poco rato, vuelve a quedarse quieto.

Suelto un largo suspiro. No me había dado cuenta de que lo había estado conteniendo todo este tiempo. Me desplomo en el suelo y me sostengo con las manos sobre la grava afilada. Estoy agotada. Tengo los pantalones llenos de tierra y el antebrazo arañado por las espinas.

Compruebo el pulso del hombre. Sigue acelerado, pero al menos respira. Hace un momento creía que estaba muerto. Una cosa es segura: necesita atención médica. No puedo dejarlo aquí con el sol pegándole de lleno.

Me dirijo a su camioneta. No es tan nueva como la de Wesley. El guardabarros delantero está dañado, el arco de la rueda trasera está oxidado sin remedio. Abro la puerta del acompañante y revuelvo la guantera. Encuentro un montón de documentos, un paquete de cigarrillos, un chicle. Lo empujo todo a un lado y encuentro lo que busco. Su cartera. La saco y la abro, tanteando algunos billetes antes de encontrar su carné de conducir. El tipo se llama Frank Duvall. No tengo ni idea de quién es. Busco un poco más y encuentro un par de documentos de aspecto oficial. Tienen membrete de Thousand Oaks. Uno de ellos va dirigido al alcalde de la ciudad, en el que se le informa de la idea de forzar una urbanización en Hidden Valley, proponiendo a Coleman Construction como empresa constructora. Está firmada nada menos que por Frank Duvall, Concejal Mayor.

Me meto la carta en el bolsillo y vuelvo junto al hombre inconsciente. Tengo que hacer algo más que registrar sus pertenencias, pero no tengo ni idea de a quién puedo llamar. Me doy cuenta de que no puedo llamar a Mary Elisabeth. Ya está aterrorizada de Wesley después de su enfrentamiento, y esto la llevará al límite. Necesito a alguien que pueda conseguirle a Frank Duvall la atención médica que necesita.

Reviso mi teléfono y paso por encima de una docena de personas a las que ya no recuerdo. Un nombre salta a la vista y mentalmente me doy una palmada en la frente. *Kara*. Sí, claro. ¿Por qué no se me ocurrió antes? De todas las personas con las que me he encontrado desde que desperté en el hospital, es la única que podría conseguirme la ayuda que necesito. Pulso el dial y espero a que se

conecte la llamada. No tengo ni idea de cómo es la señal en Hidden Valley.

Por suerte, al cabo de unos instantes, oigo el sonoro zumbido de un tono de llamada. Espero impaciente a que la otra persona descuelgue, con los pies golpeando el suelo a ritmo de samba.

Cuando estoy a punto de rendirme, mis pensamientos se ven interrumpidos por una voz al otro lado de la línea.

—Hola, soy Kaiden Marshall.

—Oh, gracias a Dios, digo. —Me alegro mucho de que hayas contestado.

—¿Sierra? Responde. —¿Eres tú?

—Sí. Mira, siento molestarte. Supongo que estás ocupado con el trabajo o lo que sea, pero tengo una especie de situación aquí.

—Espera, dice. Le oigo abrir y cerrar una puerta. —Vale, soy todo oídos. ¿Qué te pasa? Pareces preocupada.

No se equivoca. Estoy aterrorizada. Le cuento lo que ha pasado, con la voz entrecortada. Le cuento que el detective Wilson sospechaba que mi accidente no había sido un accidente, que había un arma imposible de rastrear en mi coche, el asesinato de Max y mi posterior viaje a Hidden Valley. Cuando le cuento que Wesley tiró al concejal al suelo y luego lo pateó hasta dejarlo inconsciente, su tono cambia. De repente, se pone en modo médico.

—Vale, dime dónde estás.

Su decisión me pilla desprevenida. Me doy cuenta de que estoy expuesta. Ya están pasando demasiadas cosas a mi alrededor. No

puedo permitirme quedar atrapada en esto sin ninguna prueba que me respalde.

—No puedo estar aquí cuando llegues, le digo.

—Espera. ¿Por qué no?

—El detective ya me tiene en posesión de un arma de fuego imposible de rastrear, y ahora me tiene visitando la escena del asesinato de Max Cramer. Si luego se entera de que estuve aquí cuando alguien casi mata a un alto funcionario de Thousand Oaks, podría empezar a pensar que estoy implicada de alguna manera.

Kaiden deja escapar un largo suspiro. —¿Así que quieres que envíe una ambulancia a Hidden Valley, pero que no revele quién la llamó?

—Correcto. Eso es exactamente lo que pido.

Kaiden hace una pausa al otro lado de la línea. —Sabes que creo que estás siendo ridícula, ¿verdad?

—Camina una milla en mis zapatos, Kaiden, y luego vuelve y dime si sigues pensando eso.

Mis palabras surten el efecto deseado, porque cede a regañadientes. —Te diré una cosa, haré lo que me pides. Recogeré a este tipo, me aseguraré de que recibe la atención médica que necesita y te mantendré al margen.

Miro a Frank Duvall. Empieza a agitarse. —¿Por qué tengo la sensación de que hay una trampa?

—No hay trampa, responde Kaiden. —Sólo una petición.

—Continúa.

—El almuerzo.

Miro el teléfono. ¿Me está tomando el pelo? —¿Estás preguntando lo que creo que estás preguntando? Sabes que soy una mujer casada, ¿verdad?

—Oye, no te estoy invitando a una cita. Sólo algo de comer y algo de conversación.

—Kaiden, un tipo casi ha muerto aquí. No creo que sea el momento adecuado para hacerme una especie de propuesta.

Se ríe. —Como he dicho, ni proposición ni cita. Sólo queda conmigo. Mañana en el Charlotte's Café. Está en la Quinta.

Frank Duvall se mueve ahora. Me agacho detrás del vehículo, asustada de que abra los ojos y se dé cuenta de que la mujer del hombre que le atacó está a su lado. Si eso ocurre, mis posibilidades de mantenerme al margen se evaporan rápidamente.

—Vale, digo, volviendo por donde he venido. —Pero date prisa. Creo que Frank está a punto de despertarse con un tremendo dolor de cabeza.

CAPÍTULO 29: PIEZA A PIEZA

Vuelvo a casa con la cabeza en blanco. Todo está pasando demasiado rápido. Mi accidente, Mystic Spring, el asesinato de Max, y ahora esto. Estoy tratando de averiguar cómo está todo conectado, si es que está conectado. Una cosa es segura, el hombre con el que estoy casada no es quien decía ser.

Doblo hacia el camino de entrada y aparco junto a la camioneta de Wesley. Mis niveles de ansiedad alcanzan un nuevo máximo. Este hombre es capaz de una violencia horrible. No tengo ni idea de si me ha visto en el lugar o si se ha dado cuenta de que no he estado en casa en todo este tiempo.

Me escabullo dentro, abriendo y cerrando la puerta trasera lo más silenciosamente posible. Cuando finalmente entra en la cocina y me encuentra haciendo café, me mira como si fuera una intrusa.

—¿Quieres uno? Pregunto, intentando controlar el evidente temblor de mi voz.

—Estoy preparando una cafetera.

—No, estoy bien, responde, haciendo un gesto con la mano para restarle importancia. —Pero te agradecería que mantuvieras el ruido al mínimo. Tengo mucho trabajo. Esta casa no se paga sola.

Quiero responderle bruscamente, decirle que no tengo intención de ser una mujer mantenida, y menos por él, pero entonces mueve las manos y queda al descubierto el vendaje en sus nudillos. La sangre empieza a filtrarse. No se lo digo. No puedo. Dudo poder controlar lo que sale de mi boca.

Cuando sale de la habitación, la tensión se disipa lentamente. Me sirvo una taza, me siento a la mesa y miro por la ventana. Pienso en Kaiden y en Frank Duvall, me pregunto si habrá llegado a tiempo y si el concejal estará bien. Nunca me perdonaría que hubiera muerto por algo que yo hubiera hecho o dejado de hacer.

Entonces pienso en la oferta de Kaiden para comer y en lo que todo eso significa. ¿Podría realmente permitir que mi amigo se pusiera en peligro de esa manera? Si Wesley se enterara de nuestra cita, reaccionaría de la peor manera posible. Ya ha demostrado tener un temperamento incontrolable. Si estaba dispuesto a dejar inconsciente a un hombre por un contrato de construcción, ¿qué le haría a un tipo si le pillaran reuniéndose en secreto con su mujer?

Mi memoria sigue siendo un borroso mosaico de cosas intrascendentes. No estoy más cerca de recordar quién soy que de saber quién sacó mi coche de la carretera.

Decido empezar a organizar mis pensamientos, ordenando los acontecimientos de los últimos días como un confuso revoltijo de piezas de rompecabezas. Todo es una serie de hilos aparentemente inconexos. La vida rara vez es así. Todo tiene un lugar en el orden caótico y aleatorio de las cosas. Sólo hay que encontrar la secuencia correcta.

En primer lugar, tenemos mi supuesto accidente. Ha quedado claro que fue un intento de asesinato o un atropello con fuga. En cualquier caso, mi marido ayudó a sacarme de los restos, lo que le descarta como sospechoso. Además de eso, tenemos el arma en la guantera. ¿Por qué la tenía si no creía estar en peligro?

En segundo lugar, tengo que considerar a Max Cramer, ahora fallecido. Según Max, los dos tuvimos algo antes del accidente. Luego nos encontramos, no una, sino dos veces en el mismo día. Esa misma noche, Max fue apuñalado hasta morir mientras paseaba a su perro en el parque. No podía ser una coincidencia,

En tercer lugar, Mystic Spring sigue siendo un enigma que tengo que resolver. Se lo había mencionado a Kaiden en el hospital en mi estado de delirio, y luego vi el folleto en el escritorio de mi marido mencionando la ubicación. Ahora había sido testigo de cómo Wesley dejaba inconsciente a patadas a un concejal por la propuesta de contrato de construcción. Eso lo convertía en una mala persona, pero no necesariamente en un asesino.

Por último, tengo la llave del lugar del accidente. *Redshoot*. La cerradura está en alguna parte, ocultándome algo importante. Si eso no es cierto, ¿por qué estaba la llave a un lado de la carretera? Tal vez estoy llegando a la conclusión de que fue arrojada desde mi coche durante el accidente. En realidad, podría haberla tirado cualquiera en cualquier momento.

Repaso una y otra vez estas piezas del rompecabezas, consumiendo una taza de café tras otra mientras intento encontrarle sentido a todo. ¿Coincide la llave con alguna cerradura de la casa, posiblemente con algún armario del estudio de mi marido? ¿Están Max y Wesley relacionados de algún modo? Max era arquitecto y Wesley trabaja en la construcción. ¿Trabajaban juntos? ¿Estaba Max pujando por el mismo trabajo? ¿Por qué llevaba un arma cuando ocurrió el accidente? ¿De quién tenía miedo?

Una idea empieza a formarse en mi mente. ¿Y si me hubiera enterado de los planes de Wesley para sobornar a un funcionario del ayuntamiento y me hubiera enfrentado a él? Al mismo tiempo, ¿y si Wesley se hubiera enterado de mi noche de borrachera con Max, provocándole un ataque de celos? Él es ciertamente capaz. ¿Era su comportamiento tan imprudente como para que temiera por mi vida? Si era así, ¿por eso tenía la pistola? Esa noche, ¿estaba conduciendo por las montañas porque intentaba escapar de mi marido asesino? ¿Le dije que iría a la policía por su participación ilegal en el desarrollo de Mystic Spring si no dejaba en paz a Max? ¿De eso se trataba todo esto? ¿Intentó matarme y luego, al darse cuenta de que no estaba muerta, intentó salvar las apariencias ayudando a la policía a sacarme del vehículo en llamas? Era una posibilidad, aunque no del todo creíble. Para empezar, no me daba ninguna respuesta con respecto a la misteriosa llave Redshoot, pero tal vez eso es una pista falsa, sin ánimo de hacer un juego de palabras.

Me empieza a doler la cabeza. No sé si es la cafeína o la confusión de pensamientos que tengo en la cabeza.

Decido que probablemente sean ambas cosas. Cierro los ojos, pero la chica rubia me devuelve la mirada. Ella es la otra parte del misterio que aún no he podido descifrar. ¿Quién es y por qué parece tan triste? Estoy tan confusa que me tumbo con la cabeza sobre la mesa e intento borrarlo todo.

No espero las manos en mi espalda, ni los dedos presionando mis hombros.

—¿Te sientes bien? Pregunta Wesley, girando los pulgares hasta que chocan con un duro nudo muscular en la base de mi cuello. —Estás un poco tensa. Te he estado descuidando, y lo siento.

Tengo tanto miedo que apenas puedo pensar con claridad. Quiero escabullirme de debajo de él, abrir la puerta de atrás y correr hasta que la casa desaparezca de mi vista y el sonido de su voz sarcástica y furtiva sea un recuerdo lejano.

—Recuerda, dice, señalando hacia el pasillo de arriba, hacia una puerta entreabierta. —Si esta noche te sientes sola, estoy aquí al lado. Tengo mucho espacio en mi cama.

CAPÍTULO 30: KARAOKE

El masaje se hace eterno. Intento caer en un estado de inconsciencia, rezando para que vuelva la relativa comodidad del coma. Al menos, nadie puede hacerme daño cuando estoy en ese estado, y si pudieran, no me consumiría el tipo de miedo que me aturde la mente y que me está asfixiando ahora mismo. Gritaría, pero nadie salvo mi madre vendría corriendo; y Wesley no dudaría en hacerle daño a ella también.

Cuando termina, me pasa la mano por el pelo. Espero que sus dedos se aprieten, a que me tire de la cabeza hacia atrás, a que me grite en la cara descubierta, pero deja que se deslicen, sus duros callos rozándome el cuero cabelludo hasta que se va.

Espero un momento, con la cabeza apoyada en la mesa y las manos debajo de la cara, hasta estar segura de que ha salido de la habitación. Incluso entonces, me lo imagino abalanzándose sobre mí, con los puños en alto y los ojos como carbones encendidos.

Exhalo y me rodeo el cuerpo con los brazos. Tengo que ver cómo está mi madre. No sé si está a salvo.

Al principio, no puedo moverme. Es como si estuviera pegada a la silla, con los pies clavados en el suelo. Me doy cuenta de que no tengo ni idea de a dónde ha ido Wesley, pero entonces me doy cuenta de que su camioneta ya no está en la entrada. Estoy a salvo, al menos por ahora. No tengo ni idea de cuánto durará. No puede enterarse de mi visita a Mystic Spring ni de que le vi darle una paliza a Frank Duvall. Si se está portando bien, tengo que asegurarme de que las cosas sigan así, al menos hasta que pueda demostrar mi teoría.

Subo a ver a mi madre, temiendo lo que pueda encontrarme. Afortunadamente, está en su habitación, leyendo una novela romántica barata, uno de esos libros de bolsillo con portadas subidas de tono.

—¿Todo bien, cariño? Me pregunta.

Niego con la cabeza, incapaz de hablar sin revelar mis emociones. No, no estoy bien. Nada está bien. Quiero hacerme un ovillo y esperar a que todo vuelva a ser como antes de que el coche se saliera de control. Espero que fuera una existencia mejor, porque esto no es divertido.

Por alguna razón, decido que mi dormitorio es un espacio seguro. Tengo que pensar en la puerta contigua al dormitorio de mi marido, pero por suerte tiene cerradura. La giro y me siento en la cómoda. Me veo en el espejo. Me quedo con la boca abierta. Hay manchas de suciedad en mi blusa, la mancha de polvo rojo. No es evidente, pero sí visible. ¿Y si Wesley lo hubiera visto? No es del mismo color que el suelo del Lake Sherwood. De hecho, es idéntico al del polvo de Hidden Valley.

Ahora tengo más miedo que nunca. Necesito descifrar este misterio antes de acabar muerta. Aunque hace veinticuatro horas pudiera parecer una locura, ahora es más real que nunca. Si no llego pronto al final de este feo y ennegrecido arco iris, tengo la sensación de que las cosas se descontrolarán peligrosamente. No puedo dejar que eso ocurra. Tengo que adelantarme a ello.

Abro mi teléfono. Mi pasado tiene que tener algo más de lo que he podido averiguar hasta ahora. Por lo que sé desde que he vuelto en

mí, la gente vive su vida en las redes sociales en detrimento de su existencia en el mundo real. Mis publicaciones son infrecuentes y sin carácter. Podría ser una máquina publicando fotos de archivo y cortando y pegando palabras de otros sitios.

Decido volver a las fotografías de la fiesta a la que, al parecer, asistí con Mary Elisabeth. Hay algo en ellas que no encaja. No parezco real en esas fotos, como si me hubieran transportado desde otro lugar. Mary Elisabeth, en cambio, parecía el alma de la fiesta.

En la primera imagen estoy de pie en el balcón con las luces de colores del centro de Thousand Oaks a mi espalda. Mary Elisabeth está a mi lado, sosteniendo lo que parece una margarita. En la siguiente imagen, estoy hablando con alguien que no reconozco, pero miro a lo lejos, como si quisiera estar en otro lugar. Estudio estas fotografías como si fueran artefactos raros, tratando de entender qué es lo que me hace sentir tan indiferente ante ellas. Ninguna de ellas me despierta un recuerdo, ninguna me hace *sentir*.

Pulso el botón de vídeo y encuentro tres archivos. Uno de ellos es de mí haciendo footing por las colinas. Estoy sola. No tengo ni idea de quién ha grabado el vídeo, pero parece que tengo amistad con él. Más que amistoso. La película dura poco más de un minuto. Un hombre se ríe. No parece Wesley. La voz es ligeramente más aguda, un poco más limpia. Vuelvo a desplazarme por el archivo y dejo que se reproduzca de nuevo. No encuentro nada más que sea útil.

En el segundo archivo, estoy sentada en un jardín, bebiendo té y viendo la puesta de sol. No reconozco el jardín ni los muebles. Parece que no soy consciente de que me están filmando. Este vídeo es un

poco más largo, pero una vez más, no encuentro nada más. A menos que encuentre el jardín, no tengo forma de saber qué significa todo esto.

Tengo esperanzas en el tercer archivo, rezando para que contenga algo revelador. Hago clic y contengo la respiración. Al cabo de un momento, el vídeo cobra vida. La imagen estalla en un desenfoque de colores y actividad. Parece tomada en una especie de bar. La iluminación es tenue y el sonido de mala calidad. Decenas de personas desparramadas por la pista, algunas de pie junto a la barra, otras en la pista de baile. Mary Elisabeth pasa corriendo junto a la cámara y agarra a alguien de la mano. Me doy cuenta de que soy yo. Llevo un vestido ceñido y tacones. Nos dirigimos a un pequeño escenario donde un tipo con grandes gafas y pelo de punta nos da un micrófono a cada una. Mary Elisabeth y yo estallamos en carcajadas cuando suena la música. *Man! I Feel Like A Woman!* de Shania Twain. Hacemos nuestras mejores imitaciones de Shania, intentando dominar el escenario y cantar a tono; no es tarea fácil. Apenas estamos a la altura. En un momento, casi tropiezo y caigo del escenario, pero Mary Elisabeth me atrapa y me da vueltas. Parece que estamos pasando el mejor momento de nuestras vidas. La gente está gritando y vitoreando. Un tipo me da un choca los cinco.

Me doy cuenta de que estoy sonriendo, disfrutando de un recuerdo que no es mío, pero en el que al menos he participado. Ojalá pudiera recordarlo.

Mi disfrute se interrumpe cuando veo al tipo que está de pie al fondo. Está un poco apartado de los demás, tomando una cerveza y

observando la torpe actuación. Me doy cuenta de que me está mirando. Sus ojos apenas se apartan de mí. De repente me siento cohibida, avergonzada. Quiero apagar el vídeo y olvidarme de que lo he visto. Entonces miro un poco más de cerca. El tipo me resulta familiar. Hablé con él esta tarde. Fue la primera persona que llegó al hospital y con la que me he sentido más cómoda desde que desperté de aquel maldito coma.

El tipo que me mira como si yo fuera un premio que simplemente tiene que tener es Kaiden Marshall.

CAPÍTULO 31: NEGACIÓN

Al día siguiente me despierto con un vigor renovado. Estoy más decidida que nunca a unir los puntos de este confuso y cambiante rompecabezas. Primera parada: comer con Kaiden.

Anoche me tumbé en la cama, temerosa de que Wesley volviera a casa y se dirigiera a mi habitación, quizá colándose en mi cama mientras yo dormía. Todas las puertas de la casa tienen cerradura, así que eché el pestillo y puse una silla bajo el picaporte para asegurarme. No iba a correr ningún riesgo. Ya había decidido que al día siguiente iría al Charlotte's Café y que iba a enfrentar a mi enfermero. Me ocultaba cosas y no tenía ni idea de por qué.

Wesley me dijo que un coche de cortesía venía en camino, y, efectivamente, cuando bajo a desayunar, un Chevrolet reluciente está aparcado en la entrada. Eso está bien. Tener que estar pidiéndole prestado el SUV impecablemente limpio de mi madre se está volviendo un poco agotador. Vivo con el temor de dejarlo sucio o, peor aún, de dañarlo.

Me como los cereales y leo el periódico mientras Wesley se prepara para ir a trabajar.

Me lanza una mirada superficial al pasar y apenas me da los buenos días. Me pregunto si se avergüenza de haberme maltratado como lo hizo la noche anterior, pero entonces me doy cuenta de que fue un masaje, no una agresión. Es muy cuidadoso con lo que hace. Me doy cuenta de que es mucho más listo de lo que pensaba.

Cuando se va, lavo los platos y me ducho y visto. Aunque mi almuerzo con Kaiden no es una cita, quiero estar presentable. A

pesar de que me oculta cosas, cosas importantes, ha sido un buen amigo. Un amigo con el que me gusta estar.

Me pongo una falda larga y una blusa color crema, que complemento con un collar plateado y brazaletes plateados. Me miro en el espejo, me veo pasable y cojo las llaves del coche. El Camaro es blanco brillante y tiene un exterior elegante. También huele a coche nuevo. Me meto dentro y respiro hondo. Tengo que sacarle algunas verdades duras a Kaiden, pero pienso abordarlas con tacto. No quiero alejarlo. Le necesito. Es mi ancla a una especie de cordura.

Conduzco hasta la ciudad y aparco a una manzana de la cafetería. Es un local pequeño que da a la plaza. Tiene dos grandes ventanas y un par de puertas dobles. Las mesas y sillas de fuera están medio llenas, pero decido entrar en el edificio. No puedo arriesgarme a que me vea mi marido, así que tomo un reservado al fondo y pido un café a una camarera joven y guapa.

Los olores de la canela, el chocolate y la cafeína asaltan mis sentidos; los tres ingredientes básicos de una buena cafetería. Me miro el maquillaje en un espejo de mano, sin saber por qué soy tan consciente de mí misma. Miro el reloj. Llego un poco pronto, pero no importa. Tengo tiempo para prepararme.

Aún tengo la sensación tóxica de las manos de Wesley en la base de mi cuello, sus pulgares girando contra los duros músculos bajo mis hombros. Me lo imagino apuntando con una pesada bota al vientre de Frank Duvall, con el cuerpo del concejal dando espasmos y sacudidas. Los dos recuerdos me producen náuseas por motivos muy distintos. No estoy segura de cuánto tiempo podré quedarme en esa

casa con mi marido, pero una cosa es segura: no puedo dejar a mi madre sola mucho más tiempo. Es demasiado peligroso.

Alguien tapa la luz de las ventanas y alzo la vista para ver a Kaiden de pie, mirándome y sonriendo.

—Parece que estás sumida en tus pensamientos.

—Algo así, digo, haciéndole un gesto para que se siente. —Llegas a tiempo.

—Y tú llegas pronto. ¿Ya has pedido?

—Sólo café.

—Bien, porque el sándwich New York Delhi de aquí es de otro mundo.

Miro por encima del borde de mi taza. —Kaiden, estamos en California. ¿Qué tan bueno puede ser?

Me guiña un ojo. —Créeme, no te decepcionará.

Creo en su palabra y pido su recomendación. No se equivoca. Probablemente es el mejor sándwich que he probado, lo cual es una baja referencia, ya que tengo poca o ninguna memoria.

—Gracias por reunirte conmigo aquí, dice, limpiándose la mayonesa de la boca.

—Oye, no hay problema. Quería saber cómo está Frank.

Si está decepcionado por mi motivo oculto, no lo demuestra. —Está muy bien. Está despierto y come.

Asiento y sonrío. Estoy contenta y nerviosa a partes iguales. —¿Recuerda lo que pasó?.

Sacude la cabeza. —Todavía no. Supongo que tiene un poco de lo que tienes tú.

Hago una mueca de ironía. Me pregunto secretamente si Frank Duvall realmente no puede recordar, o si simplemente no quiere. —Me alegro de que esté bien.

—Sí, yo también. Le da otro mordisco a su sándwich. —¿Crees que es seguro para ti estar cerca de ese tipo? Me refiero a Wesley.

Asiento con la cabeza. —Por ahora.

—Podría haberlo matado. Si no vas a la policía, podrían arrestarte por ser su cómplice.

—Esa idea ha pasado por mi mente, pero mi búsqueda de la verdad es demasiado importante como para que las legalidades la frenen.

—No tengo ninguna evidencia de que hizo lo que hizo. Yo perdería.

Mira fijamente a la mesa. —Me preocupas.

Tengo que estar de acuerdo. Yo también estoy preocupada por mí.

—Tengo una pregunta para ti, digo, recordando por qué acepté esta reunión en primer lugar.

—Claro, adelante.

Doy un sorbo a mi café. —¿Nos... habíamos conocido antes de mi accidente?

Se lo piensa un segundo y, por un momento, creo que va a decir que sí. Al final responde casi con indiferencia: —No, la primera vez que te vi fue en el hospital hace unos días. ¿Por qué lo preguntas?

Me encojo de hombros, despreocupada, pero la decepción me corroe por dentro. —Sólo me lo preguntaba, supongo. Me resultas familiar.

—Eh, dice, extendiendo las manos. ¿Qué puedo decir? Tengo una cara que se ve familiar.

Me río, pero suena agudo y forzado. Arranco una tira de pastrami, pepinillo y pan de centeno. Voy directa al grano. —Una cosa más. Mi amiga, Mary Elisabeth…

—¿La mujer del hospital? ¿Delgada, pelirroja?

—Claro, mastico el bocado, trago como si fuera mi última comida. —En fin, sigue intentando que vaya con ella a un bar de Thousand Oaks llamado The Blind Pony. No estoy segura de querer ir sin tener una idea de cómo es. ¿Has oído hablar de él?

Vuelve a hacer una pausa, arruga la nariz como si hubiera cogido un mal olor.

—La verdad es que no bebo. Esas cosas no me sientan bien. Ladea la cabeza.

—Lo siento, supongo que no soy el tipo de hombre que pensabas que era.

No, no lo eres, pienso, preguntándome si alguien en esta maldita ciudad es de fiar.

Mi teléfono suena en el bolsillo y rompe el silencio. Lo cojo y me doy cuenta de que es Mary Elisabeth.

—¿Hola? Digo, agradecida por la distracción.

—¿Sierra? Suena acosada. —¿Dónde estás?

—Estoy en la ciudad… con una amiga. ¿Qué te pasa? Pareces disgustada.

—Necesito reunirme contigo. El pánico es evidente en su voz. —¿Puedes venir aquí? ¿Tan pronto como puedas? Di que lo harás.

—Por supuesto, digo, pero antes de que pueda preguntar por qué, la línea se corta. Sé dónde vive. Está a una manzana de la casa que comparto con Wesley. Puedo llegar en treinta minutos como mucho.

Kaiden se inclina sobre la mesa y me coge la mano. Es un acto inocuo, pero me acelera el pulso. —¿Va todo bien?

No, creo que *no*. *Nada va bien*.

Intento bloquear todo. Me levanto y cojo mi bolso.

—Tengo que irme.

CAPÍTULO 32: CONEXIÓN

Me dirijo hacia la puerta, mis emociones son una mezcla embriagadora de ira, decepción y miedo. Extiendo la mano hacia el picaporte. Ya tengo la puerta medio abierta cuando Kaiden me llama.

—Sierra, puedes quedarte, al menos un rato.

Me vuelvo hacia él. Ahora también está de pie. Me tiende la mano, como si esperara que la cogiera. No puedo hacerlo. Mary Elisabeth me necesita, y ahora mismo no me atrevo a hablar con él. Me está mintiendo, fingiendo ser alguien que no es. Me dijo que nunca me había visto antes, que nunca había oído hablar de The Blind Pony, pero tengo pruebas de vídeo de él de pie en el bar, viéndome cantar como si yo fuera una especie de estrella country de fama mundial.

—Era mi amiga al teléfono. Necesita que vaya allí, urgentemente.

Vuelve a ladear la cabeza, de una forma que empiezo a encontrar cada vez más atractiva. —No tardaré mucho, lo prometo.

Hago una pausa, queriendo irme, pero cada vez me resulta más difícil.

—Dos minutos, digo, cediendo. —Es todo lo que tengo.

Me siento, le observo mientras se prepara. Me pregunto si va a confesarlo todo, a decirme por qué me ha estado engañando. Quiero que lo haga. Quiero que sea la clase de persona que creo que es. No sé si podré soportar la decepción de que otra persona más en mi vida me defraude.

—Yo... no estoy seguro de cómo decir esto.

Ahora es mi turno de agarrarle la mano. —Si tienes algo que decirme, Kaiden, hazlo. Te prometo que no te juzgaré.

Él estudia mis manos, entrelaza sus dedos entre los míos. Levanta la mirada, y la esperanza es como una luz ardiente en sus ojos. Me pregunto si es ahora, si es el momento en que se convierte en la persona que siempre esperé que fuera. —Sé que no hace mucho que nos conocemos, y esto va a sonar tan loco como suena en mi cabeza, pero desde que te conocí, Sierra, no puedo sacarte de mi mente. Estás ahí cuando me acuesto por la noche, persigues mis sueños, y cuando me despierto, sigues conmigo, consumiendo mis pensamientos. Yo... creo que me estoy enamorando de ti.

Sus palabras me desconciertan por completo. Esto no es lo que esperaba en absoluto. ¿Se está enamorando de mí? ¿Por qué? ¿Cómo? Apenas nos conocemos. —Kaiden, estoy casada.

Me agarra las manos un poco más fuerte y me pasa el dedo por la palma. No lo detengo. —No puedes confiar en Wesley. No es bueno para ti. Es... es peligroso.

Estoy tan sorprendida que apenas puedo mirarle. Aunque me ha estado mintiendo, lo que dice de mi marido es cierto. Es peligroso. No se puede negar. Frank Duvall es prueba de ello.

—No puedo escuchar esto, digo, intentando ponerme en pie. —Ahora no. Tengo demasiadas cosas en mi vida. Todavía estoy intentando recordar quién soy. Esto es otra cosa con la que voy a tener que lidiar, y simplemente no puedo.

No me suelta. —Sé que tú también lo sientes, Sierra. Puedo verlo en ti. Esto no viene sólo de mí. Lo sé desde que nos conocimos, desde

que nos encontramos en el pasillo del hospital. Dime que me equivoco.

Le quito las manos de encima y me paso los dedos por el pelo. Miro alrededor de la cafetería, preguntándome si alguien está escuchando esto. Estoy muy confusa. Kaiden me importa. De verdad. Llevo días pensando en él, pero creía que era porque era un buen amigo, alguien en quien podía confiar. Ahora que ha confesado sus sentimientos por mí, me está haciendo dudar. ¿Me he estado enamorando de él también? ¿Es eso lo que está pasando? ¿Es esa la clase de persona que soy?

Entonces recuerdo su engaño, la forma en que me mintió a la cara sin pestañear. No puedo confiar en él, igual que no puedo confiar en mi marido. Los dos son iguales, dos hombres que quieren algo que no pueden tener pero que están dispuestos a hacer lo que haga falta para conseguirlo.

—Esto es una locura, digo, dirigiéndome a la puerta una vez más.

La camarera levanta la vista, medio sonriendo, preguntándose si está presenciando una película romántica de Hollywood en la vida real.

Lo siento, hermana, quiero decirle. *La vida real no es así.*

—¡Sierra, espera!

Kaiden viene detrás de mí, pero yo ya estoy en la calle, buscando una vía de escape. Mi vida se está volviendo más loca cada minuto. Todo es demasiado. Es como si las paredes se cerraran a mi alrededor.

—Piénsalo, me dice mientras me alejo. —Piensa en lo que te dije.

Estoy pensando en ello. Me estoy distrayendo. Primero descubro que me enrollé con Max en un bar a espaldas de mi marido y ahora, de alguna manera, le he dado a Kaiden un montón de señales de las que no era consciente. ¿Tiene razón Wesley en no confiar en mí? ¿Puedo confiar en mí misma? Me gusta Kaiden. Tengo que ser honesta conmigo misma sobre eso. Tiene razón. Desde ese primer encuentro, he estado pensando en él. Claro, he estado pensando en muchas cosas, sobre todo en quién soy, pero Kaiden ha sido el pegamento que me ha mantenido unida.

Una cosa es cierta, aunque estoy casada, no siento amor por mi marido. Le tengo terror. Si Kaiden no me hubiera mentido, quizá le pediría que me ayudara, a deshacer este ovillo que me envuelve. Soy un amasijo de emociones enredadas, tan confusa. Ya nada es real. Camino por un reino de fantasía, saltando de una aventura loca a otra, sin encontrar nunca mi verdadero norte.

No me fijo en el Toyota cuando salgo de la acera ni oigo el fuerte sonido del claxon hasta que el vehículo me golpea y caigo al asfalto.

CAPÍTULO 33: DOBLE TRAICIÓN

Estoy tan aturdida que la voz del conductor es un revoltijo de consonantes y vocales. Su sombra se cierne sobre mí.

—¿Está loca, señora? Ni siquiera ha mirado. Se ha puesto delante de mí.

Me levanto, pero el moratón ya empieza a formarse en mi cadera. He tenido suerte. No iba rápido. Si lo hubiera hecho, ahora estaría muerta. Muerta por segunda vez. Tal vez soy como un gato. Si eso es cierto, aún me quedan siete vidas.

—Lo siento, digo, mirando al tipo. Tiene razón al enfadarse.

—Podría estar muerta en la carretera ahora mismo. Es consciente de ello, ¿verdad?

Asiento con la cabeza. Tiene razón en muchos aspectos.

Se le pasa el enfado al ver lo alterada que estoy. Soy una idiota. Me merezco todo lo que me están echando encima. No merezco haber salido del coma. La vida de todos habría sido mucho más fácil si me hubiera ido.

—¿Está bien? Pregunta, mirándome de arriba abajo.

—Estoy bien, respondo, pero en realidad no lo estoy. Al menos, no en mi cabeza. Tengo la cabeza hecha un lío.

—¿Quiere que le lleve al hospital?

Ese es el último lugar al que quiero ir.

—No. En serio. Estoy más avergonzado que otra cosa. Perdón por casi arruinarte el día.

Sonríe. —No lo hizo, y tal vez debería haber prestado más atención. ¿Seguro que está bien?

Asiento con la cabeza. —De verdad. Gracias por preocuparse.

Mientras él sube a su coche, yo me apresuro por la calle. Ya no puedo estar aquí. No puedo estar en público. Es obvio que soy un peligro para la gente.

Encuentro mi coche aparcado entre dos vehículos más grandes. Me subo, feliz de estar fuera de la vista del público y lejos de Kaiden. Me ha dado demasiado en qué pensar. Me duele la cadera, pero lo peor es que la cabeza me da vueltas, y no por el accidente. Me alejo a toda velocidad, sabiendo que el lugar al que me dirijo no es más reconfortante que el lugar del que parto.

De camino a casa, intento asimilar lo que he aprendido. Kaiden me dijo que empezó a enamorarse de mí cuando nos conocimos, citando nuestro encuentro como el momento exacto en el que empezaron a desarrollarse sus sentimientos. El problema es que no puedo olvidar que fue Kaiden quien estuvo en el bar con Mary Elisabeth y conmigo mucho antes de mi accidente. ¿Significa eso que ya nos conocíamos? Y si es así, ¿siempre ha sentido eso por mí? ¿Sentía algo por él antes de acabar en una cama de hospital, conectada a monitores cardíacos y sueros? Si eso fuera cierto, ¿por qué no me lo reveló? ¿Por qué me lo ocultó?

Antes de darme cuenta estoy de vuelta en Lake Sherwood y paso por delante de mi casa de camino a casa de Mary Elisabeth. Veo el coche aparcado junto a la camioneta de mi marido y lo reconozco. Ha

estado antes en nuestra casa. Me sobresalto al verlo. Decido aparcar en la calle e investigar.

Mary Elisabeth dijo que me necesitaba, así que no puedo tardar, pero tengo que averiguar qué es esto. El coche pertenece al detective Brady Wilson, lo que sólo puede significar una cosa; Frank Duvall debe de haber recordado lo que ocurrió en Mystic Spring y lo ha denunciado. Si eso es verdad, mi marido está en agua caliente. Hirviendo. Si Duvall decidió denunciar el asalto, supongo que también denunció el intento de soborno. Ese tipo de cosas significan tiempo en la cárcel. Wesley no puede salirse con la suya. Aunque no es lo que buscaba, quizá sea una solución parcial a mis problemas. Con Wesley fuera de mi vista, mi vida será mucho menos complicada.

Me acerco a la casa con precaución, no quiero que me vean. El coche del detective no está limpio. Está lleno de cartones de comida para llevar y envases de bebidas. Es el tipo de decoración reservada a las personas que pasan demasiado tiempo en el trabajo. No me sorprende. El detective es todo negocios. Si mi marido cree que puede convencer a este tipo de que todo ha sido un gran malentendido, se equivoca.

Me acerco cada vez más a la casa. El lugar parece tranquilo, sereno. El coche de mi madre no está en la entrada. Supongo que se ha ido a la ciudad. Menos mal. No querría presenciar esto. Está cerca de Wesley. Decido que le daré la noticia suavemente cuando él esté fuera de casa y estemos solas. Será más fácil para ella aceptarlo. Han

pasado tantas cosas que ella tampoco se da cuenta. Me alegro. Ella no merece estar envuelta en esto.

Ahora estoy en la entrada. Toda la fachada de la casa es de cristal, así que tengo una vista despejada del interior. Ni Wesley ni el detective están allí. Me pregunto si estarán detrás, pero entonces veo movimiento en la parte trasera de la casa. Alguien se acerca. Me escondo detrás de una yuca y veo a los dos hombres entrar en el salón. Ambos están bebiendo café. Wesley dice algo divertido y el detective se ríe. Él dice algo divertido a su vez, y mi marido le corresponde.

No es un intercambio tenso. Aquí no se detiene a nadie. Estos dos tipos se conocen. Ríen y bromean como si fueran viejos amigos. No tengo ni idea de lo que está pasando, pero no es lo que esperaba. Tal vez me estoy perdiendo algo. Quizá Frank Duvall no denunció a Wesley a la policía, pero si es así, ¿por qué está aquí el detective Wilson? ¿Me está buscando? ¿Está metido en todo el asunto con mi marido? ¿Planea sacar provecho del desarrollo de Mystic Spring también? Si es así, ¿significa que estuvo involucrado en el atentado contra mi vida?

Algo más me llama la atención. Me fijo en ello cuando Wesley se lleva la copa a los labios. En el dedo corazón de su mano derecha lleva un anillo de plata con un ónice negro en el centro, el mismo anillo que vi llevar por última vez a Max Cramer, el mismo que ahora está en la morgue con un agujero en forma de cuchillo en el pecho.

Me tambaleo hacia atrás y casi tropiezo con una maceta. Esta gente son asesinos, asesinos a sangre fría, y han venido a por mí. Haya

hecho lo que haya hecho en mi vida pasada, sea quien sea, estas personas me están cercando. Estoy siendo castigada por pecados que no recuerdo. Tengo que escapar. Tengo que huir.

Mientras doy la vuelta y me apresuro a bajar por el camino de entrada, llego a una conclusión sobre qué hacer a continuación. Necesito un arma, y la necesito rápido.

CAPÍTULO 34. ARMA DE FUEGO

Conduzco de vuelta hacia Thousand Oaks. Había visto la tienda el día anterior. Estaba apartada de la carretera, oculta entre dos edificios más grandes, pero el logotipo de la fachada era inconfundible. Es el tipo de tienda que tiene exactamente lo que necesito. Rebusco en mi bolso y encuentro mi cartera. Sólo espero que el plástico a mi nombre tenga suficiente crédito. No quiero que Wesley descubra lo que planeo hacer. Necesito protección. Ya no confío en mi marido y ahora no puedo confiar en la policía.

Dejo el coche en el aparcamiento y me dirijo hacia la puerta. Suena al abrirse, anunciando mi llegada. No me gusta. Quería entrar sin avisar. No tengo ni idea de lo que hago ni de lo que busco.

Se acerca un tipo con un salvavidas verde y una gorra de béisbol de Jack Daniels.

—¿Puedo ayudarla, señora?

—Sí, le digo, girándome hacia él. —Quiero comprar un revólver.

Cuando se da cuenta de quién soy, su expresión cambia. —¿Sierra? Sierra, ¿eres tú?

Asiento con la cabeza. ¿Conocía a este tipo? Le tiendo la mano y la coge. —Sí. Soy Sierra.

—Tía, no pensé que volverías aquí a toda prisa.

Ahora empiezo a ponerme ansiosa. —Lo siento. Tuve un accidente de coche y tengo la memoria un poco borrosa. ¿Te conozco?

—Accidente de coche, dices, responde el tipo, dirigiéndose hacia el mostrador. —Tiene sentido.

—Lo siento.

—No lo sientas. Seguro que no ha sido culpa tuya.

No estoy seguro de si este tipo está siendo deliberadamente impreciso o si está tratando de dar a entender algo.

—Dijiste “tiene sentido”. ¿Qué quisiste decir con eso?

Sus ojos se entrecierran. Me pregunto si habré hecho algo para ofenderle. La puerta de la tienda se abre y entra una pareja de ancianos. Quiero irme, alejarme de las miradas indiscretas, pero no antes de conseguir lo que he venido a buscar.

El dueño de la tienda hace un gesto a un dependiente. —Gabe, ¿te importaría atender a esta buena gente? La señora y yo tenemos que hablar de unas cosas en la parte de atrás.

—Claro, jefe, dice un joven con el pelo trenzado, deslizando los dedos por su bigote fino como un lápiz mientras el anciano le pregunta por un rifle de caza.

Me acompañan a una puerta a la derecha del mostrador y sigo al dueño de la tienda hasta una habitación poco iluminada llena de archivadores y cajas vacías.

El tipo se vuelve hacia mí y me tiende la mano. —Lo primero es lo primero, como no me recuerdas, voy a volver a presentarme. Me llamo Bob McAllister y este pequeño y ordenado establecimiento me pertenece. Lleva en la ciudad desde el comienzo de la guerra de Corea, más o menos. Mi padre fundó McAllister's Firearms cuando la licencia era algo que se escribía a mano en el mostrador antes de coger el dinero del cliente, pero yo llevo cuidando del local desde que

el viejo empezó a olvidar dónde debía hacer sus necesidades por las mañanas.

Le cojo la mano y se la estrecho. No tengo claro hacia dónde se dirige esta conversación, pero Bob me cae bien. Parece el tipo de hombre que es sincero con la gente. Sin embargo, decido ser prudente. Ya me he equivocado antes con la gente. Muy equivocada.

—¿Así que quieres un arma? Pregunta.

—Así es. Algo ligero y fácil de usar.

Se pasa una mano por los bigotes. —¿Puedo preguntarte qué hiciste con la última que te vendí?

Sacudo la cabeza. —¿La última?

—Sí. La Ruger que me trajiste hace unas semanas.

¿Una Ruger? Igual que el arma que el detective dijo que tenía en mi guantera. —¿Quieres decir una SR22?

—La misma. Me dijiste lo mismo entonces, ligera y fácil de usar. También tenías la misma mirada, como si tuvieras miedo de tu propia sombra.

Entonces, la pistola había sido mía, y si la había comprado hace unas semanas, eso significaba que lo que fuera de lo que tenía miedo, había llegado a su punto máximo justo en el momento de mi accidente.

—Necesito que me digas todo lo que te dije entonces, le digo. —Todo. No te dejes ningún detalle.

—Vaya, señora, responde Bob. —No quiero meterme en nada aquí. Si tuviste un accidente poco después de comprarme la pistola, y este

accidente fue lo bastante grave como para que olvidaras quién eres, significa que la gente a la que temías te alcanzó, y si pueden alcanzarte, eso significa que pueden alcanzarme a mí.

Estoy empezando a temblar ahora. La racionalización lógica de Bob sobre lo que me ha pasado está sirviendo para aumentar mis temores.

—La policía me dijo que el arma era imposible de rastrear, digo. —¿Así que me vendiste un arma de fuego ilegal?

Bob empuja la mano contra la puerta para asegurarse de que está cerrada. Cuando se vuelve hacia mí, tiene el dedo apretado contra los labios. —Baja la voz. No es un servicio que ofrezca a todo el mundo.

—Bueno, eso es lo que quiero otra vez. La misma pistola, el mismo trato. Cueste lo que cueste.

—Tal vez no quiero hacerlo de nuevo.

—Entonces quizá vaya a la policía y les diga que fuiste tú quien me vendió la Ruger.

La boca de Bob se tuerce en la comisura. —No harías eso. Y aunque lo hicieras, no tienes pruebas.

—Pruébame, digo, intentando sonar lo más firme posible pero sintiendo que podría vomitar en cualquier momento.

Debo sonar convincente porque la expresión de Bob se suaviza. —Mira, no sé en qué estás metida aquí -no quiero saberlo-, pero la última vez que estuviste aquí me dijiste que sospechabas que alguien intentaba matarte, y a menos que esa persona o personas murieran de alguna manera en el accidente al que sobreviviste, eso significa

que él o ella todavía están ahí fuera, que supongo que es por lo que quieres más de lo mismo. No te culpo. Si yo estuviera en tu lugar, también querría protección. Sin embargo, déjame dejar esto tan claro como pueda. Si accedo a conseguirte la Ruger, quiero que mi nombre se ponga en el mismo lugar donde se guardan tus otros recuerdos, los que no puedes recordar, y no quiero que salga nunca de tu boca. ¿Me entiendes?

Asiento despacio, sin saber si el hecho de que Bob confirme lo que sospechaba me hace feliz o me da un miedo tremendo. —Te entiendo.

—Bien, dice acercándose a la puerta. —Entonces vuelve después de cerrar y te traeré lo que necesites. ¿Y, Sierra?

—¿Sí?

Se pone un cigarrillo liado entre los labios y busca las cerillas. —Esta vez, asegúrate de apretar el gatillo antes que ellos.

CAPÍTULO 35: CONCEJAL

Salgo y respiro hondo. La sinceridad de Bob me ha sacudido. Ahora soy consciente de que en las semanas previas al accidente temí por mi vida y de que la pistola que el detective encontró en mi guantera era mía. Claro que sospechaba ambas cosas, pero oírlas decir en voz alta con tanta franqueza me puso aún más nerviosa por mi situación. Si antes pensaba que necesitaba un arma, ahora estoy completamente segura de que sí. No estoy segura de si seré capaz de usarla cuando llegue el momento, pero no me cabe duda de que me sentiré mucho más segura con una en las manos que sin ella. Ahora mismo, soy como una gallina en un gallinero con un zorro acurrucado al otro lado de la valla. Un zorro que se parece al hombre que duerme en la habitación de al lado.

Me giro hacia mi coche y es entonces cuando un tipo al que no había visto se me echa encima.

—¿Sierra? Pregunta, con la cara magullada e hinchada. —Eres tú, ¿verdad?

No contesto. Estoy demasiado sorprendida por la repentina llegada de Frank Duvall como para hablar.

—Sí, eres tú, dice. —Sabía que lo eras.

Mi boca se abre y se vuelve a cerrar. Me pregunto si el concejal me vio a su lado en Mystic Spring. Me pregunto si piensa que estuve involucrada en la paliza que le dio mi marido. Me pregunto si piensa que me he estado beneficiando de los negocios turbios que ha estado haciendo con mi marido.

—Eres Frank Duvall, le digo. —Eres concejal de esta ciudad.

—Así es. Soy concejal. Y un tipo importante por aquí. Solía serlo.

Parece nervioso a mi alrededor, como si pensara que voy a arremeter contra él. No podría estar más lejos de la verdad. Parece tan roto, tan herido. Quiero ayudarle, pero no sé cómo.

—Tu marido es un mal hombre, dice. —Un tipo muy malo.

Quiero decirle que estoy de acuerdo con él, que estoy haciendo todo lo que puedo para detenerle y que si testifica que mi marido le pegaba, confirmaré su historia. Pero no lo hago. Me quedo de pie en la acera, mirándole el labio partido, la nariz fracturada, el globo ocular donde han estallado los vasos sanguíneos. Abro la boca para hablar, pero sólo sale aire. Es como si hubiera perdido la lengua.

—Tienes que alejarte de él antes de que te haga algo así. Lo hará, ¿sabes? Es sólo cuestión de tiempo.

—Creía que no recordabas lo que pasó, digo, encontrando de algún modo la voluntad para hablar.

—Eso es lo que le dije a la policía, pero no es la verdad. No es ni la mitad. Tu marido no acepta un no por respuesta. No quiere escuchar. Simplemente no escucha. No importa cuántas veces le diga que no puedo hacer que funcione, él sigue y sigue como un disco rayado.

Su voz se quiebra mientras lucha por serenarse. Sus ojos miran a la calle y vuelven a mirarme a mí, con movimientos espasmódicos e irregulares. Me doy cuenta de que tiene un ojo puesto en mí y el otro en la gente que pasa. Le pone nervioso saber quién puede estar escuchando. No quiere otra paliza. Creo que tiene razón al tener miedo. Vi la mirada en los ojos de mi marido. Me imagino que la

próxima vez, llamar a Kaiden para que lo lleve al hospital será una pérdida de tiempo. Será demasiado tarde para eso.

—Le quitaste dinero, le digo, acusándolo. —¿No te hace eso tan malo como él?

Se ríe, pero es una risa aguda e incómoda. —¿Crees que eso me hace como él? Claro, no soy un buen tipo, he hecho cosas de las que no estoy orgulloso, ¿pero Coleman? ¿Wes Coleman? Sopla aire a través de sus labios hinchados. —Él es otra cosa. Un sinvergüenza de nivel superior.

Un coche hace un ruido de escape a dos calles de distancia. Creo que Frank Duvall va a caer muerto de un ataque al corazón justo delante de mí. Da un brinco, y el color se le va del rostro al instante. Observa cómo se acerca un coche lentamente, pegado a la acera, con su único ocupante oculto entre las sombras.

—Mira, dice, su voz más urgente que nunca. —Hay algunas cosas que tienes que saber. Hay cosas que te están ocultando.

El corazón me da un vuelco. ¿Qué puede decirme este tipo sobre mi pasado?

—¿Como qué? Le pregunto. —Frank, si sabes algo de mi vida antes del accidente, tienes que ayudarme.

Sus ojos parpadean al mencionar mi accidente. También puede contarme algo sobre eso. Estoy segura.

Alguien grita desde algún lugar detrás de nosotros, y entonces un grupo de chicos viene corriendo, uno de ellos en patines, los otros gritándole obscenidades.

Me hago a un lado para dejarles pasar, y ahora he perdido a Frank. Está al otro lado de ellos, en algún lugar entre el grupo y la carretera. Me pregunto por el coche, por el hombre de las sombras sentado al volante. Intento abrirme paso entre la multitud, pero son demasiados. Caigo de espaldas, casi desplomada sobre la acera.

¡Eh!, grito. —¡Mira por dónde vas!

—¡Que le den, señora! Me grita uno de ellos, haciéndome un gesto con el dedo.

Decido rodearlos y averiguar qué le ha pasado al concejal, pero entonces sale de entre ellos con un trozo de papel en una mano temblorosa.

—Toma esto, me dice. —Úsalo. Haz lo que puedas, pero no me involucres. Tengo que mantenerme al margen. No puedo estar vinculado a esto.

Cojo la nota, intento hacerle preguntas, pero él retrocede entre la multitud, se retira hacia la carretera. Me abro paso a empujones, usando los brazos como arietes.

Salgo al borde de la acera, sin aliento y ansiosa. Frank se ha ido. Ha desaparecido. La puerta de un coche se cierra de golpe y el rostro de Frank aparece tras el cristal, con el cuello de la chaqueta subido hasta las mejillas. Lleva gafas de sol. Mira en mi dirección, pero es como si no me reconociera. El coche se adentra en el tráfico, sigue avanzando y, al cabo de unos segundos, desaparece.

No sé si el concejal está en apuros o si sólo quería desaparecer. Recuerdo la nota en mis manos, el agudo pliegue del papel arrugado

contra mi palma. La despliego con cuidado y echo un vistazo. Es un número de teléfono y cinco palabras:

805 654 2319 llame antes de que sea demasiado tarde

CAPÍTULO 36: SANGRE

Nuestra tensa discusión me ha puesto los pelos de punta. El concejal estaba en todas partes, a veces beligerante, otras como una rata atrapada en una trampa. La nota me intriga. Es otra miga de pan en un largo rastro por el bosque obscuro.

Decido llamar, pero entonces recuerdo la llamada que hice en el Charlotte's Café después de que Kaiden me dijera que sentía algo por mí. *Mary Elisabeth*. Quería verme urgentemente. Mi descubrimiento de que el detective Wilson está aliado con mi marido, unido a lo que me contó Bob McAllister sobre el Ruger sin licencia, ha servido para distraerme. Necesito llegar a ella, y rápido. A estas alturas, podría ser demasiado tarde.

Vuelvo al coche, me meto la misteriosa nota de Frank Duvall en el bolsillo trasero y me dirijo a Lake Sherwood. He sido una amiga de mierda, la peor. Mary Elisabeth me necesitaba, y me he dejado desviar por mi propio beneficio personal. Mi egoísmo me horroriza. ¿De verdad soy tan superficial?

Piso el acelerador, preguntándome si mi amiga se habrá metido en un buen lío. ¿Y si está herida? ¿Y si Wesley llegó a ella, o si alguien involucrado en el asesinato de Max descubrió que me estaba ayudando? No parecía que estuviera en peligro, pero ¿y si me equivoco?

No puedo pensar en eso ahora. Tengo que llegar a la casa y afrontar las consecuencias.

Paso por delante de mi propia casa sin mirar. No quiero saber si mi marido está en casa o si sigue confraternizando con el detective. No

puede ser mi prioridad ahora.

Aparco delante de la casa de Mary Elisabeth y subo rápidamente por el camino. Si está en casa, se enfadará mucho por mi tardanza. Si no está, me lo pensaré mejor. Compensarla de alguna manera. Comprarle un regalo. ¿No es eso lo que la gente hace en los suburbios? Gastar dinero para compensar sus insuficiencias personales. Casi olvido lo preocupada que estoy por ella. Hasta que me doy cuenta de que la puerta está abierta.

Me detengo fuera, preguntándome si habrá pasado algo. Llamo al timbre pero no viene nadie. Golpeo la ventana, pero obtengo la misma respuesta inexistente. La casa es una nave vacía, un barco fantasma varado en aguas desconocidas. Vuelvo a tener esa sensación de nerviosismo, como si alguien estuviera detrás de mí, mirándome por encima del hombro, observando todos mis movimientos. Miro detrás de mí, pero por suerte estoy sola. Sigo sin estar segura de mí misma. ¿Y si hay alguien en la arboleda mirándome?

Hago a un lado estos pensamientos como nociones ridículas e irracionales. Soy una mujer adulta, no una niña de parvulario. Ese tipo de miedos ilógicos deberían haberse evaporado hace años.

Me doy cuenta de que nunca he estado en casa de Mary Elisabeth, no como esta versión de mí misma. Me pregunto si estar aquí despertará un recuerdo, encenderá un fuego que hasta ahora ha estado completamente dormido. No me sorprende que no sea así.

Cruzo el umbral y observo lo que me rodea. No reconozco nada. Ni la alfombra de arpillera con motivos marroquíes que decora el pasillo,

ni la lámpara de pie con un intrincado diseño art déco. No recuerdo las paredes blancas y nítidas ni los muebles de ébano que contrastan con el amplio sofá color crema. No reconozco el bar de roble de la parte trasera de la casa ni el botellero que ocupa toda una pared de la sala de recepción. Ni siquiera recuerdo la jirafa de dos metros tallada en caoba que hay en la cocina, con vistas a una enorme isla de mármol en el centro de la habitación. Esta es la casa de una mujer que conoce su lugar en el mundo y no teme declararlo. Siento envidia de ella, del espacio que ocupa. Tal vez esa era yo antes. Sólo me queda esperar.

El hecho es que no hay nadie. Me parece extraño. Incluso en un lugar tan lujoso como éste, la gente no deja las puertas abiertas. Y con todo lo que me ha pasado en los últimos días, no voy a dejar nada al azar. Tengo que asegurarme de que está bien. Ya la abandoné una vez. No volveré a hacerlo.

Veo una puerta al otro lado del pasillo y me pregunto si Mary Elisabeth estará dentro. Me acerco con precaución. No tengo ni idea de lo que hay detrás.

Echo un vistazo fuera. La entrada está vacía. La calle está desierta. No hay sonidos, ni el alegre piar de los pájaros ni el insidioso silbido del tráfico. Es como si todo el mundo hubiera abandonado la zona. Inmediatamente pienso en zombis y películas de slasher.

Pongo la mano sobre el pomo de la puerta, me tomo un momento para recomponerme, dejo que mis dedos se deslicen por el metal liso y lo giro. La puerta se abre, revelando un despacho en casa. No se parece en nada al de mi esposo, que, en comparación, parece un

accidente en plena autopista. Este despacho está limpio, ordenado. Encima de la mesa hay un ordenador Apple con un gran monitor curvo. A su lado hay fotografías de Mary Elisabeth en cenas de premios y actos benéficos. En la pared del fondo hay una librería repleta de textos de referencia y literatura clásica variada. Todo parece estar en su sitio, en el lugar exacto donde debe estar. Todo, excepto el papeleo esparcido por el suelo. Resulta extraño, choca con el resto de la casa, tan nítida y refinada. Me doy cuenta de que aquí ha pasado algo. Algo malo.

Un armario cerrado ocupa una esquina de la habitación. Está girado hacia dentro, como si alguien le hubiera echado un vistazo. Veo una mancha de algo en uno de los cajones y se me revuelve el estómago. Miro un poco más de cerca, y es entonces cuando el dibujo queda claro: un pulgar, cuatro dedos, una palma manchada.

Una mano ha sido presionada contra ese cajón en un pasado no muy lejano. Una mano cubierta de sangre.

CAPÍTULO 37: ASALTO

Ahora empiezo a sentir pánico. Mary Elisabeth me había llamado, quería hablar conmigo urgentemente, y si no hubiera estado tan obsesionada conmigo misma, tan completamente consumida por mi propia vida, podría haber llegado antes de que ocurriera lo que sea.

Alguien ha sido atacado, eso es evidente. La pregunta es, ¿quién? ¿Alguien entró buscando lo que había en el armario y se enfrentó a Mary Elisabeth? ¿Intentó detenerlos pero fue atacada por el intruso? ¿Es la huella de su mano en el cajón? Oh Dios, ¿Mary Elisabeth está muerta?

Empiezo a pensar en posibles sospechosos. Frank Duvall es una posibilidad. Parecía medio loco, pero incluso en su estado paranoico, ¿por qué iría a por nuestra vecina? Si era violento, seguramente descargaría su ira contra el tipo que casi lo mata. Mary Elisabeth mencionó a su ex marido en el viaje a God's Seat, pero ahora está en otro estado y, por lo que recuerdo de lo que me contó, han vuelto a hablarse después de años de evitarse.

Eso sólo deja a otra persona, y es el tipo del que he sospechado todo el tiempo. El único al que he visto levantar un puño enfadado. Wesley.

Quizá Mary Elisabeth estaba escribiendo algo para la revista para la que me dijo que trabajaba, un reportaje sobre sobornos y corrupción de funcionarios del condado. Es una idea descabellada, pero más que plausible. Me imagino a Wesley viniendo, enfrentándose a Mary Elisabeth y exigiendo ver las pruebas que piensa revelar. Ella nunca se las habría dado de buena gana, aunque está claro que desconfía de

él. Se habría mantenido firme, habría defendido sus creencias. Eso sólo habría conducido a un resultado posible: el tipo de resultado que deja la huella de una mano ensangrentada en un archivador.

Mis ojos se sienten atraídos por ello. Las huellas dactilares prensadas en rojo oscuro y coagulado, la mancha de la palma, las salpicaduras carmesí debajo. Imagino el dolor de Mary Elisabeth mientras intentaba escapar, el miedo que la paralizaba. Imagino a Wesley de pie detrás de ella con un cuchillo o algún tipo de arma contundente. Imagino su boca crispada, su puño abriéndose y cerrándose. Imagino los músculos de su cuello, la presión detrás de sus ojos. Me lo imagino hablándole, gritándole, amenazándola.

Recorro el resto de la oficina en busca de una señal, algo que me diga qué ocurrió después. Si dejó inconsciente a Mary Elisabeth -o peor, oh Dios, que no sea peor-, entonces habría tenido que cargar con ella o arrastrarla fuera de la casa. No encuentro más sangre, ni señales de que hayan sacado a nadie a la fuerza de la habitación. El pasillo también está despejado. Fuera lo que fuese, ocurrió aquí y sólo aquí.

Hago una pausa. ¿Y si mi marido sigue en la casa? ¿Y si me ha visto llegar y se ha escondido? ¿Y si ahora está en el sótano con el cuerpo de Mary Elisabeth, con el puñal ensangrentado colgando de sus dedos? ¿Y si está junto a ella, preparándose para su próximo movimiento mientras el cuerpo de mi mejor amiga empieza a descomponerse a sus pies? No puedo creerlo. No me lo creo. La puerta estaba abierta. Si Wesley aún estuviera aquí, la habría cerrado. Puede que sea violento, pero no es estúpido. Ni mucho menos. Nunca me daría voluntariamente una ventaja como esta.

Mi dedo resbala contra algo en el bolsillo y entonces recuerdo la llave de Redshoot. La llevé conmigo a la cafetería, con la intención de enseñársela a Kaiden si me convencía de alguna manera de que volvía a ser una persona en la que podía confiar. Eso fue antes de que me mintiera, antes de ver al detective Wilson tomando café con mi violento marido, antes de que Frank Duvall me entregara la nota y antes de saber que había defraudado a mi mejor amiga de la peor manera posible. La cerradura del armario está a la izquierda de la huella de la mano. Parece de la misma marca que la llave.

Se me acelera el pulso. ¿Podría tener tanta suerte? ¿Podría ser esto? ¿Habré dado con algo que podría derrumbar todo el mundo alrededor de mi marido?

Sostengo la llave en mis manos, con la expectación como anfetaminas en mis venas. Paso por encima del papeleo desparramado, me deslizo por el escritorio con cuidado de no tocar nada. Ya estoy en el punto de mira del detective Wilson, y contaminar la escena sólo serviría para consolidar sus sospechas. Mary Elisabeth me mira desde una fotografía junto a su ordenador. Es una foto de nosotras dos. Estamos de pie junto a una gran cascada ondulante, abrazadas como hermanas, como si no pudiéramos soportar estar separadas. Nos reímos de algo fuera de cámara, una broma que sólo nos hace gracia a nosotras dos y al fotógrafo. Sería una imagen entrañable si no fuera por las salpicaduras de sangre que crean una línea fracturada desde la parte inferior izquierda del encuadre hasta la parte superior derecha. Tengo náuseas. Quiero vomitar.

Vuelvo a la tarea que tengo entre manos. Extiendo la llave y utilizo la otra mano para mantener firme el brazo tembloroso. Me maldigo a mí misma, enfadada por mi debilidad. La llave toca el borde de la cerradura, pero se escapa.

Frustrada conmigo misma, vuelvo a intentarlo. Esta vez la llave hace buen contacto. Empiezo a empujarla, pero noto una presencia detrás de mí. Me interrumpe el sonido de una revista al ser doblada, pero me doy cuenta, demasiado tarde, de que lo que oigo es el crujido de unos pies sobre papel arrugado.

Empiezo a girarme, pero mis reacciones son demasiado lentas. El objeto romo me golpea detrás de la oreja, y la sacudida de dolor resuena en mi cráneo y a través de mis hombros, y entonces estoy cayendo, cayendo, cayendo. La oscuridad llega como una marea negra y, en cuestión de segundos, me consume por completo.

CAPÍTULO 38: SUSURROS

Estoy en una casa que no reconozco. Fuera está un poco nublado; me envuelvo en el jersey para amortiguar el frío. Creo que va a llover, aunque las previsiones meteorológicas anuncian sol y calor.

Tengo un montón de papeles sobre la mesa, ordenados. Tengo que terminarlo pronto. Tengo que escribir un artículo para una revista y empezar a preparar un proyecto, pero ahora mismo tengo cosas más importantes en las que pensar. Las cosas se han torcido y tengo que arreglarlas. He descubierto cosas, cosas que no puedo aclarar en mi cabeza. Personas cercanas a mí han hecho cosas que no puedo perdonar.

Un coche se detiene junto a la casa. Mi humor da un vuelco en un santiamén. Me dirijo a la ventana, pero, por alguna razón, el exterior ya no es más que un borrón para mí. Necesito salir. No puedo seguir aquí. Si me quedo, corro peligro.

Alguien se acerca a la puerta principal, así que corro por el pasillo y cojo las llaves y la chaqueta. La puerta trasera está abierta y, por suerte, he tenido la precaución de aparcar el coche una manzana más allá. Puedo llegar sin que me vean, siempre que no haga ruido.

El porche trasero está delante de mí, el columpio en el jardín más allá y las nubes oscuras se ciernen sobre mí. Corro más deprisa, moviendo mis brazos y mis piernas como pistones, pero entonces la sombra pasa junto a la ventana lateral y pierdo la concentración. Mi pie izquierdo se pelea con mi tobillo derecho y caigo por los escalones del porche como si hubiera bebido demasiadas copas de vino, y las llaves del coche se desparraman por la hierba, donde

desaparecen. Me repongo, me pongo de rodillas y las busco frenéticamente.

Alguien se acerca y, cuando me doy la vuelta, veo a través de la ventanilla del coche los coches que pasan a toda velocidad por la calle y me miro las manos en el volante.

Voy rápido, demasiado rápido, pero tengo que hacerlo. Me están siguiendo. Estoy metida en un mundo de problemas, el tipo de problemas que pueden meterte en una caja. No dejaré que me cojan. De ninguna manera. Tengo demasiadas responsabilidades, demasiada gente a la que quiero. Me han quitado algo, algo importante, y necesito recuperarlo. Quiero ir al lugar donde estoy segura de que está, pero me espera el peligro. Me da igual. Arriesgaré mi vida para recuperarlo.

El camino es estrecho y sinuoso. Tengo que concentrarme mucho para tomar las curvas. A esta velocidad, si doy un paso en falso, me voy. No puedo reducir la velocidad. Si lo hago, me alcanzarán, y entonces estaré en un mundo de problemas. Les he estado plantando cara durante demasiado tiempo. Su paciencia se está agotando.

Los faros se ciernen detrás de mí y el interior de mi coche se convierte de repente en un mar de luz. Me tapo los ojos, casi me pierdo la siguiente curva, y aprieto aún más el acelerador. Tengo que escapar. Algo golpea el guardabarros trasero y la parte de atrás del coche se desliza por debajo de mí. Lucho con el volante, alternando el pie en el acelerador y el freno para volver a controlar el coche. Por un momento, creo que lo he perdido y que voy a caer por el precipicio, cayendo por la orilla en una bola de metal enredado y llamas, pero

entonces los neumáticos se afianzan y, de repente, vuelvo al asfalto. Pero no importa. Siguen detrás de mí, tan cerca que casi puedo ver el blanco de los ojos del conductor.

Si puedo volver a Thousand Oaks de una pieza, estaré bien. En la ciudad nunca vendrán a por mí. Demasiada gente, demasiadas caras amables. Estoy a menos de veinte minutos en coche, pero bien podría ser una hora, un día.

Los faros que tengo detrás se acercan aún más, y ahora estoy bañada en luz blanca, como si condujera mi coche hacia las puertas del cielo. Me preparo para el impacto, pero entonces las luces desaparecen y vuelvo a estar sola, conduciendo por las colinas hacia la ciudad sin nadie detrás. Miro por el retrovisor, pero la carretera está vacía. No tengo ni idea de dónde están. Voy a conseguirlo. Voy a salir de esta.

Entonces me fijo en el guardabarros delantero de otro coche a mi lado, con los faros apagados. No quieren ser vistos. Sus intenciones son obvias. El coche da un volantazo y viene directo hacia mí. El ruido del choque es ensordecedor. La parte trasera de mi coche se descontrola y caigo en barrena. Cuando el coche se sale de la carretera, me preparo para una muerte inminente. El cristal se rompe y me lanza fragmentos afilados a la cara, y entonces se apagan las luces.

Ahora estoy sola. Sola en una habitación sin luz ni sonido. Sólo sé que soy yo porque me pellizco y la sensación me recorre el brazo. ¿Esto es el cielo, el infierno o el purgatorio?

Soy consciente de que ella está aquí. La siento a mi lado. Sus coletas me acarician la cara. Me coge la mano y me la estrecha. Es fría como

el hielo. Mi cara se moja con sus lágrimas. Está llorando. Quiero abrazarla, pero mis brazos no se mueven. Ahora yo también lloro. Lloro porque ella llora y lloro porque quiero recordar quién es ella y quién soy yo. Su nombre baila en la punta de mi lengua, pero luego vuelve a escapárseme.

Tiemblo de rabia, tan furiosa conmigo misma por atreverme a olvidar, pero entonces una luz se asoma a través de la oscuridad, moviéndose por el suelo, besándome los pies, luego los tobillos, las rodillas, las caderas. No tardo en darme cuenta de que estoy en una gran habitación con ventanas de cristal y una escalera de caracol. La busco, la anhelo, pero ya no está. La joven esquiva de pelo rubio.

Cuando mis sentidos comienzan a regresar, recuerdo que este lugar me es familiar. Yo duermo aquí. Mi madre también. Es mi hogar. El hogar que comparto con él. Un sonido emana de algún lugar del pasillo y me doy cuenta de que está aquí conmigo. Mi marido. El hombre que mató a mi mejor amiga.

CAPÍTULO 39: TELÉFONO MÓVIL

La luz de fuera empieza a desvanecerse. Eso me asusta, no porque tenga miedo a la oscuridad, sino porque temo lo que me hará cuando el sol desaparezca tras el horizonte. Me incorporo, pero mi cabeza es un caos.

Tengo la mano apretada, algo duro y frío que se clava en la suave carne de la palma. Separo los dedos y miro la llave Redshoot. Recuerdo el golpe en la cabeza, el dolor punzante. Mi mano debe de haber sufrido un espasmo, agarrando la llave mientras caigo al suelo. Levanto la otra mano hacia la parte posterior del cráneo y toco la hinchazón en forma de huevo que se ha formado. Me estremezco al pasar el dedo por encima. Está sensible, pero viviré. Mi mano sale limpia. No hay sangre ni herida abierta. Es demasiado listo para eso.

Mi marido me pegó, me dejó inconsciente y, por alguna razón, me trajo aquí. ¿Qué clase de enfermo es? Mary Elisabeth está muerta, probablemente enterrada en algún lugar donde nadie la encontrará, y aún así él me mantuvo viva. ¿Y eso por qué? ¿Valgo algo para él? ¿Soy valiosa? ¿O es simplemente porque si me mata, su coartada no funciona? Sospecho que le dirá a la policía que tuve otro desmayo, lo que sería creíble teniendo en cuenta lo que pasó en Casa Conejo. Después de todo, ya tiene al detective principal en el bolsillo. Yo no soy más que un desastre que hay que arreglar.

Me arrastro hacia la cocina, me sirvo un vaso de agua y me tomo dos Tylenol extra fuertes. Tengo que perder este dolor de cabeza antes de que se convierta en una migraña que no pueda controlar. El dolor me nubla el juicio. Le escucho, con los oídos atentos al pasillo. Espero

que siga pensando que estoy inconsciente, que estaré como tumbada en el sofá en estado de catatonia durante unas horas.

Recuerdo el despacho de Mary Elisabeth, la sangre en el armario. Estuve frustrada, a escasos segundos de encontrar lo que había dentro. Debió de darse cuenta de eso también, y por eso le entró el pánico. Nunca habría actuado tan precipitadamente si no lo hubiera hecho. ¿Qué es lo que quiere? ¿Por qué intentar matarme? ¿Por qué no matarme cuando tuvo una segunda oportunidad?

Me siento en la encimera de la cocina, preguntándome qué debo hacer. No puedo ir a la policía, eso es seguro, y Kaiden ha demostrado no ser de fiar. Mary Elisabeth habría sido mi siguiente puerto de escala, pero Wesley también ha llegado a ella. Me he quedado sin opciones, sin ideas. A menos que me enfrente a mi marido sin rodeos, lo cual sería una locura dado que parece tener todas las cartas en la mano, no me queda ningún sitio a donde ir.

Me siento con la cabeza entre las manos, reflexionando sobre mi desesperada situación. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer yo?

Recuerdo mi sueño, las vívidas imágenes de mis últimos momentos antes del accidente. Estaba en una casa, una que me parecía familiar, pero no esta casa. Estaba claro que temía a quienquiera que estuviera en mi puerta. Pensé en el peligro al que me dirigía, pero no tenía miedo. Luego estaba en mi coche, perseguida por otro vehículo, sacado a la fuerza de la carretera, que era exactamente como lo describió el detective. Luego estaba conmigo la niña que no recuerdo, pero que estoy segura de que es importante de alguna manera. Tal vez sea esto. Tal vez el dique que ha estado reteniendo mis recuerdos

está empezando a ceder un poco, una pequeña grieta que lo abrirá todo, derramando todos mis pensamientos, mis miedos, mis momentos queridos. Si puedo hurgar un poco en ella, raspar parte del cemento mental, tal vez pueda acelerar el proceso. Tengo que intentarlo. Es todo lo que tengo.

Recuerdo la nota de Frank Duvall. Está metida en mi bolsillo trasero. El número, la pequeña frase escrita a mano.

Llama antes de que sea demasiado tarde.

¿Ya es demasiado tarde? ¿Le he dado demasiado tiempo a mi marido? Frank estaba tan decidido, tan asustado. No es un santo, me lo confesó en la cara, pero intentaba ayudarme. Estoy segura de ello.

Encuentro el papelito y lo despliego sobre la encimera. Bebo otro sorbo de agua y me froto las sienes con los dedos. Aún me duele la cabeza y la vista me da vueltas. ¿Estoy en condiciones de hacer una llamada? ¿Qué voy a decir? —Hola, soy Sierra Coleman. Creo que podría ayudarme. ¿Y si la persona al otro lado de la línea no es tan amable como espero? ¿Y si Frank me está tendiendo una trampa? ¿Y si me ha dado un número que va directamente a mi marido en un intento de aplacarle de alguna manera? Podría estar cayendo de cabeza en una trampa.

Deslizo el teléfono hacia mí y lo miro. Si no hago la llamada, nunca sabré si Duvall está mintiendo. Si hago la llamada, podría estar revelando mis intenciones. Son dos caras de una moneda cargada. Una vez más, es como si el mundo entero se cerrara sobre mí, como si estuviera en un agujero oscuro con dos escaleras que salen en direcciones opuestas.

Leo el número en voz alta, manteniendo la voz en un susurro.

805 654 2319

Es un número del condado de Ventura, lo que significa que tiene que ser local. Si esta persona realmente puede ayudarme, tiene que estar a poca distancia en coche. Ese pensamiento me da esperanza. Me da una luz en la oscuridad. Una cara amiga. Alguien que podría decirme algo sobre quién soy, sobre lo que podría haberme pasado. No puedo dejarlo pasar. Tengo que intentarlo, aunque todo pueda empeorar. El riesgo vale la recompensa. Frank Duvall me ha dado eso, un hombre que no tiene nada que ganar con esto, excepto quizá la venganza contra el hombre que lo ha estado aterrorizando.

Desbloqueo el teléfono, tecleo el número y pulso marcar.

CAPÍTULO 40: BUZÓN DE VOZ

Me siento en la oscuridad y escucho la llamada. Estoy segura de que Wesley va a descolgar y a entrar en la cocina, con el teléfono pegado a la oreja y esa mirada de rabia implacable en los ojos.

Él no contesta y no entra. Suena un tono que parece eterno y luego el buzón de voz.

—Hola, dice una mujer. Suena un poco mayor que yo, con acento de la Costa Este. —Gracias por llamar al despacho de Barbara Rashford, abogada inmobiliaria. Ahora mismo no estoy, pero no se preocupe, su llamada es muy importante para mí. Si me deja su nombre, su número y el motivo de su llamada, le prometo que le devolveré la llamada en cuanto pueda. Mientras tanto, que tengas un fabuloso día en Ventura County.

El contestador emite un pitido y me doy cuenta de que estoy respirando al teléfono. Cuelgo lo más rápido que puedo y lo alejo. Barbara Rashford, ¿abogada inmobiliaria? ¿Por qué Frank Duvall me daría el número de alguien que vende propiedades? No es como si pudiera vender esta casa a espaldas de mi marido. Estoy bastante segura de que tendría algo que decir al respecto.

Quiero golpear la pared con el puño. Quiero gritar. ¿En qué estaba pensando Frank, dándome esperanzas así? Ahora estoy en una situación aún más desesperada que antes. No tengo a nadie. Estoy completamente sola. Claro, tengo a mi madre, pero ¿qué puede hacer? No puedo meterla en esto. ¿No puedo ponerla en peligro? Hay que dejarla en la feliz ignorancia. Wesley no la lastimará mientras no sea una amenaza para él. A él le gusta ella y a ella le gusta él. Eso es

obvio. Si ella supiera lo que me ha hecho, lo que le ha hecho a Mary Elisabeth y a Max Cramer, querría hacer algo al respecto, y eso sólo puede conducir a un mal lugar.

Estoy tan enojada, tan enfurecida. Quiero escupir, patear, arañar la cara de mi marido. No me gusta esta parte de mí. Me resulta extraño. Intento apartarla, enterrarla, pero sigue saliendo a la superficie. Tengo la cara caliente, la piel enrojecida. Al menos el dolor de cabeza empieza a remitir.

Pienso en Bob, en la habitación del fondo de la tienda, en las cosas que me contó. Pienso en la Ruger, en el cargador lleno de cartuchos. Pienso en lo que haría si mi marido me atacara mientras llevo esa cosa. Apretaría el gatillo, disfrutaría del estruendo, vería cómo la bala abandona el arma. Jadeo y me llevo las manos a la boca. ¿Podría hacerlo? ¿Mataría a un hombre a sangre fría? ¿Lo llevo dentro?

Se cierra una puerta y me doy cuenta de que mi marido se está moviendo. Si se da cuenta de que estoy en la cocina con mi teléfono y un número de teléfono escrito en la mano de un desconocido, su reacción será poco positiva. Ya sabe que vi la huella ensangrentada y que sospecho que mató a Mary Elisabeth. No haría falta mucho para que se descontrole.

Se oyen pasos en el pasillo. Doblo apresuradamente el papelito, me lo meto en el bolsillo trasero y vuelvo al salón. Quizá si finjo estar inconsciente, me deje en paz. Me doy cuenta de que no tengo forma de saberlo. Tumbarme me pone en desventaja frente a él. Si ha decidido matarme, me presentaré ante él en bandeja. No. No voy a someterme a él. Voy a luchar, a resistirme a él a toda costa.

Ya viene. Está silbando algo. Algo feliz. Eso me hace odiarlo mucho más.

Me detengo en medio del salón, intentando decidir qué camino tomar. Cada paso es como una bala en mi corazón. Es como si estuviera en una jaula. Tengo la boca seca y me ha vuelto a doler la cabeza.

Fuera han empezado a salir las estrellas. Es bonito, como una escena de una película, pero la película que se está representando dentro de esta casa es cualquier cosa menos eso. Su respiración es ronca y agitada, como la de un toro con esteroides. Me aplastará. Me aniquilará.

Tomo una decisión sin saberlo. Me dirijo al armario, busco mis llaves. Por un segundo, pienso que las ha cogido y escondido. ¿No sería propio de él? Empiezo a asustarme cuando sus pasos se acercan. No puedo escapar de él. Me he desmayado, me ha atropellado un coche y me ha golpeado en la cabeza. Mi cuerpo no está preparado para la persecución. Tengo que reunirme con Bob, conseguir un arma y prepararme para lo que venga. Tanto si puedo dispararle como si no, no puedo pasar a la siguiente fase desarmada. Tengo demasiado que perder.

Busco y busco, tirando una llave tras otra, con los dedos moviéndose como palillos. Finalmente, las encuentro bajo el llavero de cordero pequeño de mi madre. No puedo creer que se me hayan pasado. Las cojo, me las meto en el bolsillo mientras Wesley se acerca a la puerta abierta del salón y me dirijo hacia la salida. Echo un último vistazo a la oscuridad que conduce a su despacho y luego me escabullo por la

puerta principal, dejando que se cierre suavemente tras de mí mientras escapo.

CAPÍTULO 41: FRENÉTICO

La puerta principal se abre cuando enciendo el motor del Camaro. Me arriesgo a echar un vistazo por el retrovisor y lo veo, de pie en la puerta, una silueta corpulenta. Estoy demasiado lejos para distinguir la expresión de su cara, pero puedo imaginármela. Me alegro de que la oscuridad cubra sus rasgos. No estoy segura de poder enfrentarme a él.

Entonces veo algo más. Algo que me hiela la sangre. Es la ventana de arriba, la habitación al final del pasillo. Se enciende la luz y veo a mi madre en bata. Mira hacia fuera, preguntándose qué está pasando. Mi marido la mira y me lo imagino sonriendo, sabiendo que si me voy, la dejo sola con él. Estará disfrutando de cómo me hace sentir. No pasa nada. No creo que le haga daño. Estoy casi segura de que no lo hará.

—No te preocupes, mamá, le digo mientras me alejo. —Voy a volver.

Me dirijo a la autopista y exhalo. No tardaré mucho. Voy a reunirme con Bob, comprar la pistola y luego volver. Estaré en un lugar mucho mejor, sabiendo que puedo defenderme, que puedo defender a mi madre.

Mi cabeza está un poco más clara. Puedo pensar mejor. Tal vez Mary Elisabeth no está muerta. Tal vez no era su sangre después de todo. No tengo pruebas que sugieran que era ella, sólo que estaba en su casa, y quien me golpeó en la cabeza no quería que husmeara. Pienso en la abogada, Barbara Rashford. Quizá no sea un callejón sin salida. A lo mejor tiene algo que en mi estado de confusión no puedo

imaginar. La volveré a llamar por la mañana, averiguaré qué tiene, si es que tiene algo.

Empiezo a sentirme un poco mejor, pero entonces oigo el estruendo de una sirena de policía detrás de mí, seguida de luces rojas y azules intermitentes.

Mi corazón se me sube a la garganta. No puede ser una coincidencia. Wesley debe de haberles llamado. Me doy cuenta de que quieren que me detenga, pero sigo adelante, preguntándome qué demonios debo hacer. ¿Y si me llevan con él? ¿Y si me ha inculpado de la agresión que tuvo lugar en casa de Mary Elisabeth? ¿Y si me está inculpando de asesinato?

Piso el acelerador y me alejo del coche de policía. El coche que viene detrás hace lo mismo, seguido por el aullido constante de la sirena. La ladera se ilumina con luces giratorias. Mi corazón late como una ametralladora en el pecho. Estoy muy asustada. ¿Estoy realmente en una persecución policial? ¿A esto ha llegado todo?

Giro a la derecha en el siguiente cruce y casi choco de frente contra un camión. Las ruedas traseras del Camaro gritan en señal de protesta, pero giro y piso a fondo. El coche de policía casi se salta el cruce y tiene que rodear la parte trasera del camión. Para entonces, estoy un poco más lejos. Giro a la izquierda y luego a la derecha, y ahora me dirijo hacia la I-23. Si consigo llegar a la autopista, tengo opciones.

El coche de policía me está alcanzando, así que piso aún más el acelerador. Todo pasa muy rápido. Mi mente apenas puede

procesarlo todo en la oscuridad. No quiero atropellar a nadie. No quiero provocar otro accidente.

Un coyote aparece de la nada y giro el volante bruscamente, casi pierdo el control, pero luego vuelvo a mi carril y el coyote ya no está, sin saber que estuvo a punto de convertirse en una mancha sangrienta en el parabrisas. Un segundo coche de policía se acerca por mi derecha. Giro a la izquierda, alejándome de ambos. No importa. Son persistentes. La noche está llena del aullido de las sirenas.

Miro el indicador de combustible. La compañía de alquiler no me ha dado el depósito lleno. Me doy cuenta de que si sigo a esta velocidad, me voy a quedar peligrosamente corta. Me da igual. No tengo elección. No puedo dejar que me detengan. No puedo permitir que me lleven de vuelta a casa, donde mi marido espera como un villano de película, esperando despreocupadamente su momento.

Doy otra vuelta a la izquierda y luego a la derecha, y ahora estoy en las colinas, con el pueblo de Thousand Oaks muy al norte y el océano al sur. Sigo adelante, pero no tengo suficiente potencia en el motor para escapar.

Ambos coches están peligrosamente cerca de mí ahora. Doy otra vuelta a la derecha, casi pierdo el control por completo en la curva, pero logro girar, esquivando bruscamente una camioneta que estaba en mi punto ciego. El conductor me grita mientras los dos autos se evitan por un pelo, y luego enderezo el volante y sigo adelante.

Uno de los coches de policía no logra tomar la curva, y el segundo patina sobre el polvo, perdiendo velocidad. Golpeo el volante con la

mano.

—¡Sí! Grito. Grito: —¡Sí, maldita sea!

Por un pequeño instante, decido que estar viva merece la pena, que despertar del coma no ha sido un completo error. He estado tan cansada, tan desesperada, pero en este momento, aquí y ahora, estoy tan viva. Si puedo aprovechar esto, usar esto, tal vez pueda encontrar una salida, una forma de hacer que las cosas funcionen.

Miro hacia arriba y veo la luna en lo alto del cielo, sonriéndome. Quizá me esté cuidando, apoyando al chico bueno, si es que existe un chico bueno. Empiezo a reírme, como si los últimos días hubieran sido una larga broma. Abro la ventana, levanto la mano y le lanzo un grito al cielo nocturno.

—Que te jodan, Wesley. Que te jodan.

La sonrisa apenas ha salido de mi rostro cuando las luces rojas y azules parpadean acercándose a toda velocidad, y otros dos coches se aproximan desde atrás. Mi corazón se hunde. No tengo a dónde ir, solo una larga carretera rodeada de colinas y matorrales. No puedo escapar de ellos y no puedo conducir a través de ellos. Tal vez este no sea mi momento después de todo. Tal vez aquí no haya victoria.

Cuando el coche de delante bloquea la carretera y los dos de detrás me rodean por ambos lados, paro el coche, abro la puerta y levanto las manos.

CAPÍTULO 42: DETENIDA

Me siento en la parte trasera del coche patrulla con las manos esposadas, como si yo hubiera sido el criminal todo el tiempo. Ni siquiera estoy segura de por qué la policía vino a por mí, aunque mis imprudentes acciones posteriores les han dado una razón bastante buena para mi arresto.

—¿Adónde me llevan? Pregunto, mirando cómo pasan las casas.

—Pronto lo sabrá.

—Prefiero saberlo ahora.

No me responden. Supongo que no tienen por qué hacerlo. Son la policía y yo apenas los he llevado a dar una vuelta divertida.

Me siento aliviada cuando el coche se desvía de Lake Sherwood y se dirige hacia Thousand Oaks. Tal vez pueda defenderme frente a los oficiales de policía que no están en la nómina de mi esposo. No puede haber comprado a todo el departamento de policía. Al menos, espero que no lo haya hecho.

Me llevan del coche a comisaría, empujándome como si fuera una ladronzuela. Me fichan, me obligan a dar mis huellas y me dejan en una habitación con una luz increíblemente brillante y una fría mesa de metal. Me quitan las esposas, pero eso no me reconforta. Esto parece serio. Mucho más de lo que esperaba.

Tengo miedo y sed. También tengo hambre. Me doy cuenta de que no he comido desde mi encuentro con Kaiden a la hora de comer, y apenas he tocado el sándwich. Han pasado tantas cosas desde entonces. Lo último en lo que he pensado es en mi falta de alimento.

Permanezco sentada en esa silla durante lo que supongo debe ser una hora o más. En un momento dado, dejo reposar la cabeza sobre la mesa, permitiendo que el frío del acero se apoye en mi mejilla. Es relajante durante un rato, pero luego se me agarrota el cuello y me duele la espalda.

Cuando se abre la puerta, es un alivio. Otra cara. Entonces me doy cuenta de quién ha entrado, y es como si estuviera atrapada otra vez.

—Hola, Sierra.

—Hola, detective Wilson.

Cierra la puerta y toma asiento. No se ha afeitado desde ayer y huele a patatas fritas grasientas y cigarrillos.

—Por favor, llámeme Brady.

No le contesto. No me salen las palabras.

—Los chicos me han dicho que se largó cuanto intentaron pararle.

Permanezco en silencio. Me pregunto si necesito un abogado, pero no quiero incriminarme.

—Sabe que resistirse a un arresto es un delito grave, ¿verdad?

—¿Por qué iban a detenerme?

Sonríe y mira hacia la puerta.

—¿Quiere un café? Quiero un café.

Se levanta y sale de la habitación. Permanezco sentada, preguntándome qué demonios está pasando. Que yo sepa, aún no me han acusado de nada. Quizá sea una forma enfermiza de Wesley de

vengarse de mí. Tenerme encerrada aquí mientras él hace lo que sea que esté planeando. La idea me pone enferma.

Por fin se abre la puerta y aparece el detective con dos vasos de espuma de poliestireno. Sigue con esa estúpida sonrisa en la cara. Coloca uno delante de mí y se sienta, sorbiendo de su bebida mientras el vapor le envuelve la cara.

—Como dije ayer, me dice haciendo una mueca, —no es tan bueno como el que sirven en su casa, pero está caliente y es gratis.

Cedo y bebo un sorbo. El amargor es agudo en mi garganta.

—¿Quiere decirme qué hacía ahí fuera?

—¿Quiere decirme por qué sus chicos querían detenerme en primer lugar?

Se ríe. —Tía, hoy estás mucho más atrevida que ayer.

—Me han pasado muchas cosas desde ayer.

Asiente, toma otro sorbo. —Podría haber hecho esto mucho más fácil si hubiera parado el coche.

Miro hacia la ventana mientras pasan dos mujeres policía. Quiero estar al otro lado del cristal. Quiero tener una conversación con alguien que no esté aliado con mi marido.

Tengo razones para creer que las personas en esta comisaría no tienen mis mejores intereses en mente.

Se inclina hacia delante. —¿Qué quiere decir?

—Me refiero a usted.

Frunce el ceño y deja la taza. —Ahora me ha confundido.

Intento decidir qué más puedo decirle. Si le dejo saber que lo vi en mi casa, riendo y bromeando con Wesley, revelaría todo el juego. Si no lo hago, no tengo nada aquí. Supongo que no fui buena jugadora de póker en mi vida antes del accidente, porque lee mi expresión como un libro.

—Me está ocultando algo.

—No confío en usted.

Él asiente. —Vale, lo entiendo. Hace poco que ha sobrevivido a un trauma, un trauma grave que le hizo perder la memoria, y eso le ha hecho desconfiar de todo el mundo. Lo entiendo perfectamente. Diablos, probablemente actuaría exactamente igual si estuviera en su lugar.

—Pero no lo está, ¿verdad?

—No, no lo estoy, y eso es bueno.

Doy otro sorbo al café amargo. —¿Cómo lo sabe?

—Porque, lo crea o no, Sierra, estoy de su parte.

Es un actor condenadamente bueno porque casi consigue que le crea entonces. De hecho, si no le hubiera visto arrimándose al hombre que sospecho que mató a mi mejor amiga y a un tipo con el que había compartido unas copas, estaría soltando todo sobre la mesa, creyéndole la respuesta a todos mis problemas.

—¿Va a decirme por qué me pararon? Porque si todo lo que vamos a hacer es sentarnos aquí y charlar con una taza de café, se me ocurren mejores sitios donde estar.

Se ríe de nuevo, pero esta vez con un matiz más serio.

—Vale, vale, dice, levantando las manos. —Me ha pillado. Debería contarle de qué va todo esto.

Me siento aliviada pero ansiosa. Este tipo es amigo de Wesley, y Wesley ha estado tratando de comprar su entrada en el desarrollo de Mystic Spring, pero no tengo pruebas de nada. Si mi marido me ha acusado de algo, no tengo forma de contrarrestarlo.

—Bob, dice. —¿Bob McAllister?

Estoy tan estupefacta que casi tiro el café caliente sobre la mesa. ¿Cómo puede saber lo de Bob? ¿Me han visto? Si es así, ¿quién me vio?

—Lo siento. No sé quién es.

Se muerde el labio inferior. —Verá, eso no es cierto.

—¿Me está llamando mentirosa?

—Bueno, ahora, yo nunca dije eso, ¿verdad? No he dicho eso. Todo lo que digo es que podría estar confundida.

Ahora estoy enfadada. Furiosa. El Departamento del Sheriff de Thousand Oaks me ha perseguido por todo el condado, casi me saca de la carretera, y aunque me reuní con Bob McAllister para comprar una pistola, lo menos que merezco es que me digan cómo lo sabe este tipo.

—No estoy confundida. Le he dicho que no conozco ese nombre, y lo decía en serio.

El detective se levanta y mira por la ventana. Coloca una mano sobre el cristal y le da golpecitos como si estuviera tocando un tambor imaginario con una melodía que nadie más puede oír.

—Entonces tendrá que decírselo a Bob, dice. —Porque hace poco más de una hora me ha llamado y me ha dicho que hoy ha estado allí intentando convencerle de que le vendiera una pistola sin licencia.

Esta vez la taza de café se cae y todo lo que hay dentro se derrama.

CAPÍTULO 43: SOSPECHAS

—Tiene que ser sincera conmigo, Sierra, dice Brady, como si fuéramos viejos amigos. No necesito hacer nada, es la palabra de Bob contra la mía.

—Lo siento, le digo. —¿Necesito un abogado?

—No si no quiere uno.

No puedo quitarme de la cabeza la imagen de Brady tomando café con mi marido. Están juntos en esto. Tienen que estarlo. Lo de la pistola es sólo otra forma de hacerme caer en la trampa. Por lo que sé, Bob también está metido en esto. Tal vez el arma que Wilson dice haber encontrado en mi auto nunca estuvo allí. Tal vez todo esto es un engaño elaborado.

—Si va a acusarme de algo, detective, por qué no lo hace.

Limpia el café derramado con una servilleta. No es un gran trabajo, y parte cae al suelo.

—No se trata de eso, continúa, intentando evitar que la cafeína manche su camisa arrugada. —Se trata de que averigüe qué le pasa.

Finge compasión, pero no me dejo engañar. —¿Y por qué querría hacer eso?

—Porque estoy preocupado por usted.

Otra vez con las palabras. Este tipo debe pensar que soy idiota. —No tiene que preocuparse por mí. Puedo cuidarme sola.

—Sierra, hace menos de dos semanas, casi le matan en lo que empiezo a pensar que fue un atentado deliberado contra su vida. Desde entonces, le han visto en la escena de un homicidio, le han

pillado intentando comprar una pistola sin licencia y ha participado en una persecución policial a alta velocidad.

Tengo que admitir que cuando lo dice así, suena un poco loco. Y eso es sólo la mitad de ello.

—¿Qué estaba haciendo hoy en mi casa, detective? Suelto la pregunta sin pensar. —¿Qué hacía reuniéndose con mi marido?

Si esperaba que el planteamiento directo lo desestabilizara, me equivoqué. Se lo quita de encima con un movimiento de cabeza. —¿Me ha visto?

—Sí.

—¿Y qué cree que estaba haciendo?

—No lo sé. Dígamelo usted.

Sonríe. —¿Siempre es así de paranoica?

Intento que su pregunta no me altere. —He tenido una semana infernal.

—Mire, dice, intuyendo que no estoy de humor para comentarios sarcásticos.

—Sólo he venido a ponerle al día de nuestra investigación. Como no estaba, se lo dije a su marido. ¿No le ha transmitido nada de esto?

—No es que estemos hablando mucho en este momento.

Se queda con la boca abierta. —Vale, no lo sabía.

—¿Por qué iba a saberlo? A menos, claro, que usted y él sean amigos.

—¿Por qué iba a ser amigo de su marido? Lo conocí en el hospital.

Parece sincero, pero he aprendido que la sinceridad es más barata que el vino de tienda de a dólar. —Se veía bastante amigable cuando la vi hoy.

—Me ofreció un café, que acepté, y tuvimos una buena y larga charla. Si le sirve de algo, me ha hablado muy bien de usted.

Estoy segura de que lo hizo, pienso. Seguro que exageró cada detalle

—Puede ser encantador. Me entretengo con un padrastro. —¿Y qué fue lo que le dijo?

Cruza los brazos y me mira fijamente durante un largo rato. —Que logramos conseguir algo de pintura del accidente, pintura que no pertenece a su vehículo. La he enviado al laboratorio para que la analicen. Deberíamos tener los resultados en cualquier momento.

Su noticia me anima. Si tiene pintura del otro vehículo, hay muchas posibilidades de que la relacione con quien embistió mi coche y lo sacó de la carretera. Pienso en la camioneta de Wesley, la pintura azul cielo, las letras rojas.

—¿De qué color?

—¿Qué color?

—La pintura, ¿de qué color es?

—Me temo que no puedo revelar ningún detalle hasta que tenga los análisis del laboratorio.

—Oh, no me venga con esa mierda, detective. Esta es mi vida aquí. ¿No merezco saber si alguien está tratando de matarme?

—Por supuesto que sí. Pero sólo cuando tengamos algo concreto.

—¿Es azul?

—Como he dicho, no puedo revelar...

Me pongo de pie, golpeando la mesa con las manos más fuerte de lo que pretendía. —¡Azul, Brady! ¿La pintura que descubrió en mi coche es azul cielo?

—¡No! Grita. —No lo es.

Vuelvo a sentarme, desinflada. Estaba segura de que esto iba a vincular a Wesley con el intento de asesinato. No significa que Wesley no estuviera al volante, pero sí que, si lo estaba, iba en otro vehículo. Pienso en el coche de mi sueño, en cómo el conductor apagó las luces delanteras.

—Lo siento, dice. —Supongo que no son las noticias que esperaba.

Sacudo la cabeza, me muerdo el labio. Nada encaja como debería.

Tengo otra pregunta para usted, continúa. —El homicidio de Casa Conejo. ¿Qué hacía allí?

—Lo conocía a él.

—¿Conocía a Max Cramer?

Asiento con la cabeza. —Lo conocí el día antes de que lo mataran. De hecho, le vi dos veces ese día.

Él reflexiona sobre esa pequeña pista. Está considerando varios escenarios en su mente, uno de ellos es que yo tenga algo que ver con la muerte de Max.

—¿Dijo él si ustedes dos se conocían antes del accidente?

No estoy segura de si debería decirle lo que digo a continuación, pero ahora que parece que no está colaborando con mi marido, empiezo a creer que puedo confiar en él después de todo. —Sí, pero no puede decirle nada de esto a Wesley.

—Lo que me diga aquí dentro, Sierra, es totalmente confidencial.

—Nos enrollamos. En un bar. Pasamos la noche bebiendo chupitos y bailando.

Él asiente. —¿Cuándo?

—Unos días antes de mi accidente.

Reflexiona sobre esa segunda granada. —¿Se enteró su marido?

Me encantaría decir que sí. Me encantaría decir que Wesley y yo discutimos sobre ello antes de que él se marchara en su camioneta, regresando poco después de que Max hubiera caído al suelo con media docena de cuchilladas en el pecho. —No lo sé. Tal vez.

Se rasca la barbilla. —Interesante.

Es interesante, pero no es una prueba. —¿Encontró algo en la escena? ¿Algo que relacione el asesinato con alguien?

—No puedo comentar eso, Sierra. Ya lo sabe.

Lo sé, pero eso no me impide preguntar. De todos modos, hay incertidumbre en sus ojos, una forma incómoda en la que se está sosteniendo. Sabe algo, pero no lo dice.

—Si esto está relacionado con mi accidente, Brady, tiene que decírmelo.

No contesta, pero no importa. Su silencio lo dice todo.

CAPÍTULO 44: CONFUSIÓN

—Hay algo más, digo, pensando que bien puedo contárselo todo al detective. He llegado tan lejos que ya no tengo nada que perder.

Su expresión es impasible. —De acuerdo.

—Se trata de mi amiga, Mary Elisabeth.

—La señora Harper. La señora que vive a dos manzanas de usted.

Asiento con la cabeza. —Ella me llamó. Hoy temprano. Estaba en la ciudad con un amigo.

—¿Qué amigo?

—¿Me jura que no se lo contará a nadie?

Él asiente. —Como dije, nada de lo que ocurre aquí se divulga fuera de estas paredes.

—Kaiden Marshall.

Sus ojos se entrecierran mientras rebusca en sus archivos mentales. —¿Debería yo saber ese nombre?

—Era el enfermero de guardia la noche que ingresé en el hospital.

—¿Y quedó con él por qué?

—Nos hicimos amigos. Fue amable conmigo en el hospital y ha estado pendiente de mí.

Intuyo que se da cuenta de que hay algo más en lo que le estoy contando que las palabras que salen de mi boca, pero lo dejo así. Esto no tiene nada que ver con el caso. —De todos modos, Mary Elisabeth me llamó y parecía alterada.

—¿Alterada como con miedo?

—No lo sé. Tal vez, tal vez no. Quería que fuera a su casa en cuanto pudiera.

—¿Y cuándo fue eso?

—Ella llamó a la hora de comer.

—¿Y qué hizo usted después?

Esta es la parte en la que no quería entrar. La parte en la que tardé varias horas en recorrer los pocos kilómetros que separaban la cafetería de Thousand Oaks de Lake Sherwood.

—Tenía algunas cosas que atender.

—¿Cómo cuáles?

Si cree que voy a admitir que me reuní con Bob, está muy equivocado. —Cosas privadas.

«Supongo que es su forma de decirme que no llegó a casa de su amiga hasta un poco más tarde.

Me ha pillado, y no en el buen sentido. —Correcto.

—Entonces a qué hora llegó.

—Un poco después de las cinco de la tarde.

No reacciona, pero puedo leer su mente. Se está preguntando qué demonios era tan importante para que tardara cinco horas en responder a una llamada urgente de alguien a quien ya había declarado ser mi mejor amiga.

—¿Y qué encontró cuando llegó?

Trago saliva. —Llamé a la puerta pero nadie contestó, y entonces me di cuenta de que la puerta estaba abierta. Entré, pero Mary Elisabeth

no estaba en casa. La casa parecía estar bien. No pude ver señales de allanamiento ni nada.

—De acuerdo. Eso está bien.

—Bien. Excepto que, cuando entré en el despacho de Mary Elisabeth, que está situado entre la cocina y la escalera, me di cuenta de que había un montón de papeles suyos esparcidos por todo el suelo del despacho.

—¿Es la señora Harper una persona desordenada?

Sacudo la cabeza. —Y eso no es todo. Hay un archivador alto en la habitación y en uno de los cajones había una huella de mano. Una huella ensangrentada.

Se inclina hacia delante, sus ojos no parpadean. —Me está diciendo que vio señales de que alguien había sido asaltado en casa de su mejor amiga.

—Creo que sí.

Ahora está animado, arremangándose. —¿Y dónde está ahora la señora Harper?

—No lo sé, le digo.

—¿No la ha llamado?

—No.

—¿Por qué no?

La hinchazón en forma de huevo en la parte posterior de mi cabeza está palpitando, y recuerdo el pesado objeto romo cuando se estrelló contra mi cráneo. —Porque alguien me dejó inconsciente.

***

Me quedo sola en la habitación mientras Brady sale a hacer unas llamadas. La forma en que me miró fue como una daga en mi corazón, como si yo fuera la peor mejor amiga del mundo. No necesita decirlo. Ya me siento bastante culpable. En mi cabeza, sólo conozco a Mary Elisabeth desde hace unos días, pero en realidad, somos amigas desde que éramos niñas. No puedo tener ninguna excusa por la forma en que la abandoné de esa manera. Sólo espero que esté bien, porque si no lo está, no estoy segura de poder soportar la culpa.

Miro el reloj. Es tarde. Llevo casi dos horas en la comisaría. Wesley se estará preguntando dónde estoy. Me da igual. Sólo espero que no pague su ira con mi madre.

Se abre la puerta y entra Brady. Parece diferente, como si le hubieran dicho que acelerara esto.

—He llamado a alguien, dice. —Ellos estarán aquí en unos minutos.

—¿A quién?

—Ya lo verá.

Su falta de transparencia me inquieta. Hasta ahora había sido todo lo abierto que podía ser. Ahora es un libro cerrado.

—Espero que no haya llamado a mi marido.

—¿Y eso por qué? Parece cáustico, agitado. —¿Qué pasa con ustedes dos, de todos modos?

No puedo decírselo. ¿Qué le diría? No tengo pruebas para respaldar mis sospechas. Cualquier cosa que diga contra Wesley es

circunstancial en el mejor de los casos.

—Digamos que no hemos congeniado exactamente.

—Pero ha estado casada con él durante tres años, ¿verdad?

—Aparentemente.

—Y le sacó de un accidente en llamas, ¿verdad?

Me doy la vuelta, intentando ocultar una mueca de desprecio. Por eso no puedo decir nada. Para los demás, Wesley es como el tipo perfecto, un héroe que salvó a su mujer de una muerte casi segura.

Alguien llama a la puerta y Brady se levanta para abrirla.

—Hola, dice. —Gracias por venir.

La abre de par en par, dejando ver a la persona que yo no esperaba. La persona que creía herida o muerta.

—¿Mary Elisabeth? Me levanto de un salto y voy hacia ella. —¿Estás bien?

Ella frunce el ceño, ríe nerviosa. —Claro, Sea. Estoy bien.

Algo en su comportamiento me desconcierta. Algo casual. —¿Pero tu casa, la oficina?

Brady le ofrece un asiento que ella toma. Va vestida con un top rojo y pantalones gris carbón. Lleva el pelo rojo recogido. Mira al detective y agita las pestañas. Me alegro de que esté aquí, de no tener su asesinato en mi conciencia. Tal vez eso me haga egoísta, pero me alegro de verdad de que esté bien.

—Lo siento, digo, cogiendo una de sus manos perfectamente cuidadas. —Siento haber tardado tanto en llegar hasta ti.

Ella mira nuestras manos y luego vuelve a mirarme. Hay algo que no entiendo.

—¿Quiere decirle a la Sra. Coleman lo que me dijo a mí, Sra. Harper? Pregunta Brady.

Mary Elisabeth asiente lentamente, hace una pausa. —El detective dice que viniste sobre las cinco de la tarde, unas horas después de que yo te llamara pidiéndote que te reunieras conmigo.

—Así es, le digo. —Por eso me disculpo. Me despisté. No me di cuenta de que tenías problemas, pero entonces vi la sangre y lo supe. Te habría buscado, pero me golpearon en la cabeza…

—Por un intruso, dice ella. —Aparentemente te dejaron inconsciente.

—Correcto.

Mary Elisabeth mira a Brady, y un momento de entendimiento pasa entre ellos que hace que parezca que soy la única lunática en el manicomio.

—¿Me estoy perdiendo algo? Pregunto, ansiosa y cansada.

Mary Elisabeth me dedica una sonrisa comprensiva.

—Pobrecita, me dice. —Todavía debes de estar sufriendo por ese terrible accidente y los efectos de la conmoción cerebral.

Estoy temblando. ¿Qué está diciendo? —¿De qué estás hablando? Vi la sangre, justo antes de que el intruso me atacara.

Mary Elisabeth se inclina hacia delante, agarrándome las manos como si intentara salvarme. —Sierra, eso no puede ser verdad porque

he estado en casa. He estado trabajando en un artículo urgente para la revista desde que te llamé esta mañana.

—No lo entiendo, digo, repentinamente insegura de mí misma. —Pero vi la sangre. Vi la huella de la mano.

—Sea, te prometo que no has vuelto por aquí. De hecho, no te he visto desde ayer.

CAPÍTULO 45: HOSPITAL

Salgo de la comisaría con la cabeza dándome vueltas. Estaba tan segura de lo que había visto en casa de Mary Elisabeth. No podía habérmelo imaginado, ¿verdad? Todo parecía tan real. Los papeles en el suelo, la sangre en el armario, el golpe en la nuca. Me paro en el aparcamiento, buscando la hinchazón en forma de huevo que ahora ya no está ahí. ¿En qué me estoy convirtiendo? No controlo mi propia mente. ¿Cómo puedo fiarme de lo que veo, de lo que oigo?

Brady me dejó ir sin advertirme. Parecía más preocupado por mi estado mental que por la persecución a la que había conducido a sus agentes, o por la acusación de Bob McAllister de que había intentado comprarle un arma de fuego sin licencia. Le dejé con Mary Elisabeth, los dos me miraban irse como si fuera un pariente anciano. Nunca había estado tan avergonzada, nunca me había avergonzado tanto de mí misma.

Mi coche está aparcado junto al de Brady, sin rastro de las curvas cerradas que trazaba antes, ni del polvo que levantaba de las sinuosas carreteras. Me había creído una especie de heroína que escapaba de las garras de las malvadas autoridades, cuando en realidad era una mujer delirante al borde de la mediana edad que ni siquiera recuerda el nombre del colegio al que asistió, o su primer enamoramiento en el instituto. Me siento tan patética, tan inútil.

Subo al coche y me golpeo lentamente la cabeza contra el volante. Es mejor que me rinda. Cada giro que tomo, cada puerta que abro, me meto en más problemas que si me hubiera quedado quieta. No es la primera vez que me pregunto si he tenido todo al revés y al derecho.

Aparte de moler a palos a Frank Duvall, ¿qué me ha hecho realmente mi marido para que desconfíe de él? Sí, nos hemos peleado, y sí, ha perdido los nervios, pero ¿no he sido yo igual de culpable de enfurecerle, de ir en busca de algo que no puedo demostrar que existe?

Considero la posibilidad de ir a casa y sincerarme con él, decirle cómo me he sentido y cómo su comportamiento me ha inquietado. Tal vez encuentre algo, algunos sentimientos que aún están enterrados en lo más profundo de mí. Tal vez mi madre tenga razón. Tal vez sea un buen hombre, y lo estoy perdiendo por centrarme en mi propia paranoia.

Algo se desliza fuera de mi bolsillo y cae al suelo del coche. Es mi teléfono. La actividad desbloquea la pantalla de inicio, revelando el último número que marqué. Era mi llamada al despacho de Barbara Rashford, la abogada inmobiliaria. Me doy cuenta de que nunca he cuadrado ese círculo. Frank Duvall lo había considerado lo bastante importante como para abordarme en plena calle.

Recojo el teléfono y lo miro con furia. Tal vez, sólo tal vez. Es casi medianoche, así que no lo cogerá, pero no pierdo nada dejando un mensaje.

Marco el número y espero a que salte el buzón de voz. Cuando lo hace, hablo lo más tranquila y racionalmente que puedo. La policía ya cree que estoy perdiendo la cabeza. No puedo permitirme que nadie más albergue las mismas sospechas.

—Hola, Barbara, digo. —Soy Sierra Coleman. El concejal Frank Duvall me dio tu número. Parecía muy interesado en que hablara

contigo, así que aquí estoy, dejándote un mensaje. Si pudieras llamarme cuando oigas esto, te estaría muy agradecida. Tengo la sensación de que sabes algo sobre mí que quizás yo también debería poner al día. Eso espero de todos modos.

Dejo mi número y cuelgo, sospechando que he cometido otro de una larga lista de errores. Vuelvo a mirar el teléfono y se me ocurre otra cosa. Quizá sea otro error de juicio, pero llamo a Kaiden. A pesar de sus mentiras de antes, sigo creyendo que es la única persona auténtica que conozco, y además siente algo por mí. Hay que tener en cuenta ese pequeño hecho. Diablos, también he estado contemplando mis propios sentimientos. Los que me dan la impresión de que no soy del tipo fiel.

Escucho mientras suena el teléfono, esperando y rezando para que conteste, para que me diga que no estoy loca, y que si digo que vi sangre en casa de Mary Elisabeth, entonces por supuesto que fue eso lo que vi. Pero no contesta. La línea se corta. Ni siquiera tengo la oportunidad de dejar un mensaje, no es que quisiera hacerlo. ¿Qué le diría?

Aun así, tengo que hablar con él. Tengo que contarle todo lo que ha pasado desde la última vez que hablamos. Necesito a alguien que racionalice mis pensamientos, mis emociones. La insistencia de Mary Elisabeth en que había estado en su despacho todo el día me ha desconcertado. ¿Por qué mentiría sobre eso? No tiene nada que ganar con ello. Tal vez me había ido directamente a casa después de mi encuentro con Frank Duvall y me había quedado dormida. Tal vez todo había sido una pesadilla loca. Pero si eso fuera cierto, ¿qué

había sido el bulto duro en mi cabeza? ¿Algo que había ganado después de ser atropellada por el coche justo después de dejar a Kaiden en la cafetería? Es una posibilidad. No puedo descartarla.

Arranco el motor y conduzco. Si Kaiden no va a coger el teléfono, tendré que ir a verle.

El hospital está a quince minutos en coche. Llego en la oscuridad, con la luna en lo alto y algunas farolas como únicas guías. Me estremezco al mirar el cartel del hospital. La última vez que lo vi, me marchaba después de haber recibido el alta. No pensé que volvería tan pronto. Al menos esta vez entro caminando.

Me dirijo a recepción y pregunto dónde trabaja Kaiden Marshall. La guapa joven me dice que suele encargarse de la sala de incidentes graves. Le doy las gracias por su tiempo y subo en ascensor hasta la tercera planta. Se sorprenderá al verme, pero no me importa. Ahora mismo, es la única persona con la que se me ocurre hablar.

Pregunto por él en recepción. Esta vez me atiende un hombre mayor. Tiene el pelo blanco y un ligero bigote. Me mira como si estuviera viendo a su hija. Parece decepcionado cuando me dice que Kaiden no ha venido hoy a trabajar.

—Es raro, dice. —Suele llamar si surge algo.

No le escucho. Estaba segura de que lo encontraría aquí. Estaba tan preparada para desahogarme con él, para quitarme todo de encima. Quería la catarsis, el respaldo que él me ofrecería.

—Tal vez vaya a visitarlo a su casa, le digo. —A ver cómo está.

—Es una buena idea, responde. —Dígale que nos llame.

Empiezo a alejarme, pero me doy cuenta de que no tengo ni idea de dónde vive Kaiden.

—Por casualidad… no tendrá su dirección, ¿verdad?

Me mira con desconfianza. Le lanzo una sonrisa ladeada, una que dice, *vamos, dale un respiro a una chica*. —Es que habíamos quedado para cenar esta noche y no ha aparecido. Estoy preocupada por él.

Mira su reloj. —Es un poco tarde para que esté comprobando el bienestar de su amigo, ¿no?

—Supongo, respondo. —Pero él haría lo mismo por mí.

Su exterior duro se ablanda.

—En realidad no debo hacer esto, dice, antes de anotar la dirección y entregármela. —No le diga a nadie que fui yo quien se la dio.

Me dirijo a la salida antes de que tenga la oportunidad de recapacitar. Si mi enfermero de brillante armadura no viene a mí, tendré que ir a buscarlo.

CAPÍTULO 46: FURIA

Vuelvo al coche. Mi teléfono suena antes de que pueda arrancar el motor. Es el número de Wesley. Me planteo no contestar, pero luego pienso en lo que me estaba planteando antes. Si el problema soy yo. Si tengo que ser menos hostil con mi marido.

—Hola, digo. —Todo bien.

—¿Dónde estás? Él suena tranquilo, monótono.

—Estoy en el coche.

—¿Dónde?

Me detengo antes de contestarle bruscamente. —El detective Wilson quería verme. Llevo dos horas en comisaría.

—No me jodas, Sierra.

Su ataque verbal deja una marca. ¿Quién demonios se cree que es? —Llámale si quieres. Seguro que estará encantado de verificarlo. ¿Por qué justifico mi ausencia?

—Tal vez lo haga. ¿Cuándo vuelves a casa?

—Dentro de un rato. Tengo que ocuparme de algo.

Oigo su respiración agitada y noto que empieza a enfadarse. —Es casi la una de la madrugada e intentas decirme que tienes algo que no puede esperar hasta mañana.

—Es cierto. No puede.

—Te quiero en casa, ahora mismo. Ahora mismo.

—Lo siento, compadre, digo, mi tono casi burlándose de él. —No se puede.

Arranco el coche y conduzco. Yo estaba equivocada, o tal vez yo tenía razón. Wesley es el babuino misógino que siempre supe que era.

—Sierra, dice. —Sea lo que sea lo que crees que está pasando aquí, te equivocas. Eres mi mujer y me quieres, aunque no lo recuerdes.

Mantengo los ojos fijos en la carretera, intentando no oír su voz. ¿Qué sabe él de lo que siento? Soy yo quien ha tenido que lidiar con una pérdida total de memoria, una paranoia incipiente y toda una serie de sorpresas.

—¿De qué estás hablando, Wesley? Estoy bien.

—No. No lo estás. Estás muy lejos de estar bien.

La contención es evidente en su voz. Trata de controlarse, de no perder la cabeza.

—Estoy haciendo un recado. Eso es todo. Estaré en casa antes de que te des cuenta.

—El detective me ha dicho que han encontrado pintura en tu coche, que sospechan que alguien intentó sacarte de la carretera.

Es la primera vez que menciona la causa del accidente. Su franqueza me sorprende.

—Por eso quiero que estés en casa, Sierra. Por eso quiero que estés a mi lado. Si alguien quiere hacerte daño, te necesito aquí, donde pueda protegerte. Su voz se quiebra. No puedo decir si es porque está emocionado, o si está luchando por mantener la compostura. —No soportaría la idea de que te hicieran daño otra vez. Simplemente no podría soportarlo.

Agarro el volante e intento concentrarme. Quizá tenga razón. Tal vez no debería vagar por las calles después de medianoche, tratando de encontrar respuestas; pero a menos que lo haga, nunca lo sabré.

—Estoy bien, le digo. —Te prometo que pronto estaré en casa. No me esperes despierto. Duerme un poco. Te veré por la mañana.

Se oye un fuerte crujido, como el sonido de una mano golpeando una pared.

—Sabes, siempre intentas presionarme, Sierra. Siempre intentas llevarme a hacer cosas que no quiero. El cambio en él es palpable. —Todo lo que quiero es que hagas lo que te pido sin cuestionarlo, pero cada vez, cada maldita vez, tienes que volver a mí, mostrarme lo independiente que eres, cómo no puedo controlarte.

—¿Y eso es lo que quieres? Pregunto. —¿Controlarme?

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo has insinuado.

—¡Maldita seas, Sierra! Ahora se oye un crujido más fuerte, como si algo se partiera por la mitad. ¡Me estás tocando las narices! ¡Estás jugando con fuego!

Aquí está el verdadero Wesley. Aquí está el tipo que conozco. —Tómate un momento, Wes. Cálmate de una maldita vez.

—¡No me digas que me calme! ¡No te atrevas a decirme que me calme!

Suena como si estuviera a punto de estallar. Pienso en mi madre, que probablemente esté durmiendo arriba. Tengo que hacer algo para apaciguarlo.

—Si no vuelves ahora mismo, entonces no te molestes en volver. ¿Me oyes? Si no vuelves a casa con tu marido, el hombre con el que te casaste, entonces hemos terminado, Sierra. No eres bienvenida aquí, ¡y eso va para tu madre también!

Ahí está, lo que me preocupaba, el momento en que mete a mi madre en nuestra pequeña confrontación.

—Déjala fuera de esto. Ella no tiene nada que ver con lo que pasa entre tú y yo.

—Oh, claro. Pero está bien que la aloje en la habitación de invitados, que la alimente, que le dé un estilo de vida que nunca tuvo cuando tu padre vivía.

—Me hierve la sangre ¡Ni se te ocurra hablar así de mi padre!

—¿Ah, sí? Estás enfadada porque he insultado a tu viejo. Entonces dime, Sierra, ¿cómo se llamaba? ¿A qué se dedicaba? ¿Cuál era su programa de televisión favorito?

Entonces vienen las lágrimas. Lágrimas de rabia, lágrimas de disgusto, lágrimas de frustración pura y dura. —Que te jodan, Wesley.

Se ríe, pero es el tipo de sonido que no lleva ningún indicio de felicidad o humor. Es una risa que dice que ha ganado, que su ataque ha dejado huella. Tiene razón, por supuesto. Puedo sentir la marca en mi corazón a un centímetro de profundidad.

—Te lo digo por última vez, Sierra: o regresas ahora mismo, o mañana tú y Evie amaneceréis sin nada, salvo la ropa puesta y el dinero que os quede en los bolsillos.

Cuelga. Estoy furiosa. Mis dientes rechinan furiosamente, mis manos golpean repetidamente el volante. No le dejaré ganar. No puede ganar. He llegado demasiado lejos y he luchado demasiado. No me dejaré imponer. No dejaré que me controlen. Soy más fuerte que eso. Soy mejor.

Mis pensamientos se vuelven hacia mi madre. Está sola en esa casa con un tipo que está al borde de la violencia. No puedo dejarla en ese lugar. No puedo. Me acerco a la señal de Sandstone Peak, que está en dirección a la cabaña de Kaiden, considero mis opciones y, a regañadientes, decido dar la vuelta. Lake Sherwood me llama.

CAPÍTULO 47: CITA

Son las dos de la madrugada y estoy merodeando por las calles como una ladrona. Si alguien se asomara a la ventana, llamaría a la policía sin dudarlo. La mujer con cara de loca toda encorvada, recorriendo los límites de la residencia Coleman.

Todas las luces están apagadas. Supongo que Wesley se ha ido a dormir. Espero que esté durmiendo bien, tranquilo. sabiendo que logró afectarme.

La ventana de mi madre da a la piscina. Me paro en el borde del agua, mirando hacia arriba, al oscuro portal de cristal que cuelga por encima. Estará dormida. He intentado llamarla, pero tiene el teléfono apagado. Sospecho que se ha quedado sin batería. Me agacho y espío los pequeños guijarros que bordean la orilla. Soy como una niña que intenta despertar a sus amigas.

Lanzo una piedra hacia el vidrio y esta rebota contra el enlucido, cayendo a la piscina. Es apenas un ruido leve, pero me doy la vuelta hacia las ventanas del piso de abajo, esperando ver a Wesley de pie tras el cristal, mirándome con furia. La oscuridad es un alivio bienvenido.

Lo intento de nuevo, y esta vez la piedra rebota en el cristal. Me quedo inmóvil, observando, esperando a que aparezca mi mamá. No pasa nada. Lo intento una vez más, esta vez con una piedra un poco más grande. Le doy directo a la ventana, haciendo un ruido mucho más fuerte. Me doy la vuelta rápidamente para mirar de nuevo la ventana de abajo, seguro de que Wesley me habrá escuchado, pero todo está en silencio.

Cuando vuelvo a dirigir mi atención a la habitación de mi madre, está de pie mirándome. Le hago un gesto para que baje. En lugar de eso, abre la ventana y se asoma.

—Sierra, ¿qué demonios estás haciendo?

—Tenemos que irnos, mamá. Coge algunas cosas y reúnete conmigo junto al coche.

Su expresión se vuelve de horror. —¿Para qué?

—Ahora no es momento de preguntas. Tendrás que confiar en mí. No es seguro que te quedes aquí.

—Sierra, suenas ridícula.

He intentado bajar la voz, pero no esperaba que mi madre fuera tan beligerante. Vuelvo a mirar hacia la ventana de abajo y luego hacia el dormitorio. Cuanto más tiempo pase, mayor será el riesgo de que alguien nos oiga.

—Mira, mamá. Wesley no es quien tú crees. Han pasado cosas, cosas malas, y a menos que salgamos de aquí ahora mismo, no puedo garantizar nuestra seguridad.

Mis palabras parecen dejar huella porque ella cierra la ventana. Se mueve, coge ropa, una maleta, unos zapatos. No deja de mirarme, quizá para comprobar si sigo aquí abajo, quizá para ver si he cambiado de opinión, si todo esto es una gran broma.

Me escondo entre las sombras, intentando ocultar mi presencia de miradas indiscretas. No tenemos mucho tiempo. Tenemos que ponernos en camino cuanto antes.

Llevaré a mi madre con Kaiden. Estará a salvo en su casa. Puedo hablar con él sobre nuestros próximos pasos. De lo único que estoy segura es de que tenemos que irnos. No puedo pasar otra noche en esta casa con ese loco hijo de puta en la habitación de al lado. Las cosas han ido más allá del punto de reconciliación.

Mi madre ha desaparecido de mi vista. Inmediatamente me siento ansiosa por ella. ¿Y si Wesley se ha acercado sigilosamente a ella? ¿Y si, ahora mismo, está atrapada en su habitación con él? ¿Y si le hace daño?

Observo el enrejado que hay pegado a la pared y me planteo trepar por él. No sé si aguantará mi peso, pero tengo que intentarlo. No puedo quedarme aquí esperando a que ocurra lo inevitable. Tengo que intervenir.

Justo cuando pongo el pie en la primera viga de madera, mi madre reaparece. Tiene su teléfono en las manos. Evidentemente, estaba cargado. Acababa de apagarlo. No tengo tiempo de pensar por qué lo ha hecho, porque marca el número.

Cojo mi propio teléfono y espero a que suene. Es lo más inteligente, la forma más segura de comunicarnos. Si seguimos llamándonos a través de una ventana abierta, al final mi marido nos pillará.

Algo se agita en mi interior mientras espero junto a la piscina a que suene mi teléfono. Vuelvo a mirar por la ventana. Mi madre está hablando con alguien, pero no puede ser. ¿A quién llamaría si no fuera a mí? Soy yo quien está aquí esperando para llevársela.

Está animada, me señala. Me encojo de hombros y la miro a los ojos. Ella aparta la mirada y entonces me doy cuenta de que ha hecho una

estupidez. Lo peor que podría haber hecho. Se me hunde el corazón en el estómago cuando se encienden las luces del salón de abajo y una sombra gigantesca se dirige hacia la puerta.

La miro y ella me devuelve la mirada. Parece apenada, llena de arrepentimiento. Me giro cuando se abre la puerta principal y Wesley sale.

—¡Sierra!

Al principio me quedo clavada en el sitio, paralizada por la traición de mi madre. ¿Por qué lo ha hecho? ¿En qué cree que me he convertido?

Wesley camina hacia mí, con una sonrisa de satisfacción.

Empiezo a moverme, mi trote se convierte en carrera. Si me pilla, me hará daño. Estoy segura de ello. Me observa mientras vuelvo al coche, pero no se da prisa. No lo necesita. Lleva las de ganar en este intercambio y lo sabe.

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que las lágrimas resbalan por mis mejillas. Mi pecho se agita. Estoy completamente sola y asustada. Me ha hecho esto. Mi marido. El mundo piensa que es el héroe, el hombre que me sacó de un naufragio humeante, pero en realidad me ha estado matando lentamente cada día desde que salí del hospital. Quizá por eso lo hizo, para darse la satisfacción de desmantelarme lentamente.

Extiendo la mano hacia la puerta de mi auto cuando Wesley aparece alrededor de la parte trasera de su camioneta. La abro y me deslizo dentro, cerrándola con llave detrás de mí. Él se queda de pie junto a la ventana, mirándome desde arriba. No intenta abrir la puerta. No

golpea con el puño la ventana ni me grita que vuelva adentro. Se queda en la oscuridad, las manos en los bolsillos, sonriendo como si hubiera ganado en grande en la mesa de blackjack. Me observa mientras lloro, disfrutando del efecto que tiene sobre mí. Eso me deja sintiéndome manchada, arruinada.

Cuando me alejo, se queda en silencio. Entonces sé que en algún momento tendré que matarlo.

CAPÍTULO 48: SECUESTRO

No tengo ni idea de adónde voy ni de lo que estoy planeando. Lo único en lo que pienso es en la sonrisa de satisfacción de Wesley y en mi madre junto a la ventana, con la oreja pegada al teléfono, mientras me traicionaba ante el hombre que ahora creo sinceramente que intentó matarme. Son casi las tres de la madrugada y estoy agotada. Siento los ojos cubiertos de arena. Me tiemblan las manos. Los restos de lágrimas cubren mis mejillas y mi labio superior. Me miro en el espejo retrovisor. Parezco una ruina, como el coche chamuscado del que me han sacado.

Instintivamente, entro en el aparcamiento del centro comercial. Está casi completamente vacío. Aparco en el centro del amplio espacio, pensando que así tendré la mejor vista de los alrededores. Aún no sé si mi marido me ha seguido. Si lo ha hecho, no quiero quedarme encerrada. Ahora sabe que pensaba dejarle. No es un acto que vaya a perdonar fácilmente.

Abro el teléfono sin pensar. Mi madre no ha llamado. No hay mensaje. No hay disculpas. Ninguna razón de por qué hizo lo que hizo. No pasa nada. Su motivo es claro. Cree que me estoy volviendo loca. Todos lo creen. La policía, Bob McAllister, Mary Elisabeth. Tal vez lo estoy. Mi mente es un revoltijo de mentiras y falsedades.

Miro mi teléfono. Instagram parpadea. Abro la aplicación, sabiendo que es una pérdida de tiempo. Ya lo he comprobado todo.

Aparte del vídeo de Kaiden en The Blind Pony, todo lo demás es una lista de fotos de archivo, sonrisas sin emoción y fondos sosos. Mi último post parece nuevo, como si lo hubiera subido hace poco, pero

la fecha es muy anterior a mi accidente. Me pilla por sorpresa. ¿Me lo he perdido? ¿Lo he pasado por alto, demasiado ansiosa por encontrar algo incriminatorio contra mi marido?

Me presiono los ojos con las palmas de las manos y vuelvo a mirar. Es una chica joven, de pelo claro y ojos color avellana. Sin dudarlo un segundo, me doy cuenta de que soy yo. Tengo unos once o doce años. Estoy de pie junto a un arroyo, con el sol a mi espalda. Miro a alguien, alguien a quien obviamente adoro. En mi cara se dibuja una amplia sonrisa. Mis pecas reflejan la luz del sol. La orilla del río a mis espaldas está salpicada de salvia silvestre. Recuerdo este lugar. La curva del arroyo, los arbustos, la tierra roja.

Es Mystic Spring. Estoy justo donde mi marido planea construir más de cien condominios. Tengo una conexión con ese lugar. Por eso murmuraba su nombre, semiinconsciente, mientras me llevaban en camilla al hospital.

La fotografía da vueltas a mis sentidos. ¿Qué significa y por qué ha aparecido de repente en mis redes sociales? Si la había publicado antes del accidente, ¿por qué no la había visto hasta ahora? Si tengo una conexión con Mystic Spring, ¿me habría disgustado que Wesley intentara comprar un contrato para construir en el terreno? Si tengo una conexión con el lugar, ¿cuál es? Mi madre no me lo ha mencionado. Tampoco mi mejor amiga.

Estoy agotada. Me pesan los párpados. Se me cierran. Los abro de golpe y miro entre las sombras. Estoy sola. No hay nadie fuera. Mis párpados vuelven a caer, pero esta vez los dejo caer. El suave abrazo de la inconsciencia me llama.

La veo. Está conmigo otra vez, pero esta vez corremos junto al arroyo. Tengo su mano entre las mías y me río. Ella también se ríe. Es un día fresco. Siento la brisa. Pasamos junto a un cartel que dice «*Mystic Spring*-The *Hidden Jewel of the Valley*» (Mystic Spring, la joya escondida del valle). La pintura está descolorida y desconchada. Parece el tipo de cartel que aparece en las películas antiguas. Pasamos por debajo y nos dirigimos hacia una manta de picnic que nos han tendido. Tenemos bocadillos y limonada. La chica de las coletas rubias llega primero a la manta. Me quedo sin aliento. Me paro al pie de la cuesta y la miro, con las manos en las caderas. Ahora que sus ojos tristes se han llenado de tanta felicidad, me doy cuenta de que es lo más bonito que he visto nunca, lo más precioso. Quiero subir la colina y cogerla en mis brazos. Abrazarla hasta que se me rompa el corazón. Ella es todo lo que me queda desde aquel trágico día, el único pedazo de él que pude conservar, la sensación persistente de él, el color de su pelo, la forma en que sonríe.

No me doy cuenta de que nos vigilan hasta que es demasiado tarde. Si hubiera albergado alguna sospecha, si hubiera tenido alguna pista de lo que estaba a punto de ocurrir, nunca habría dejado que se me adelantara tanto. No consigo llegar a ella a tiempo, aunque lo intento con todas mis fuerzas.

Una sombra oscura emerge de entre los árboles, la ropa negra, la máscara puesta sobre el rostro invisible. Ella no se da cuenta de lo que ocurre. Sigue riendo, sosteniendo un bocadillo mientras le da un gran mordisco.

Debe de ver algo en mis ojos, porque su expresión cambia. Va a girarse, pero un brazo la rodea por el pecho y la pone en pie. El bocadillo se le cae de los dedos, el queso en lonchas y las tiras de pollo cocido se desparraman por la manta. Intenta gritar, pero una mano enguantada le tapa la boca. Muerde con fuerza y rompe el guante. Su agresor grita.

Ahora estoy más cerca, pero no lo suficiente. La han arrastrado hacia el sendero, a través de los espesos arbustos y las ramas nudosas. No puedo dejar que se la lleven a la oscuridad. No puedo dejar que me la roben. Grito. Es un grito ronco y amargo de rabia y desesperación. Resuena en las colinas como una sirena. Un motor ruge seguido del crujido de los neumáticos sobre la grava.

Caigo de rodillas, bramando contra el suelo. Se ha ido. Se la han llevado. Esos cabrones se la han llevado.

Siento a alguien cerca, alguien de pie a mi lado. Un ruido como el de unas viejas tuberías de agua caliente que vuelven a la vida resuena a mi lado. Giro la cabeza hacia el sonido y, de repente, la tierra que me rodea empieza a revolotear y a desvanecerse. La luz del día irrumpe entre los árboles, desprendiendo la corteza, hirviendo el agua del arroyo. Las capas de mi memoria se despliegan como las páginas de un libro.

Cuando levanto la vista, me encuentro con un nudillo. Un nudillo detrás de un cristal, un uniforme, un salvavidas y un par de ojos oscuros. Los ojos me miran, me juzgan, me acusan. Me encierro en mí misma, esperando y rezando para que esto no sea el final.

CAPÍTULO 49: LLAMADA

—No puede aparcar aquí, señora.

La voz del guardia de seguridad me sobresalta. Sigo en un mundo en el que han secuestrado a la niña rubia y estoy sumida en mi propio dolor tortuoso.

—Lo... lo siento, digo, tratando de forzar las palabras a través de mi garganta reseca. —Debo de haberme quedado dormida.

—No le oigo, dice, haciéndome el gesto universal para que baje la ventanilla.

Obedezco.

—Le pedía perdón. No me había dado cuenta de lo cansada que estaba.

Es por la mañana. El sol acaba de asomar por encima de los árboles. Me protejo los ojos con la mano e intento parecer lo más normal posible.

—Bueno, sea como sea, señora, la señal de allí lo deja muy claro.

Sigo la línea de su brazo. Una señal amarilla brillante con letras rojas y negras está clavada en un poste de madera. Dice: «*Prohibido aparcar durante la noche. Sin excepciones. Multa de 1000 dólares.*

—Vaya, digo. —No lo había visto.

—Si le pongo una multa, tendrá que pagársela a ellos, dice.

—Me iré, digo. —Lo prometo. Me voy.

—Son mil dólares, señora.

—Lo entiendo, pero verá, no lo tengo. Mi marido me acaba de echar de casa y me ha dejado sin nada. Es una verdad a medias, pero se acerca bastante. Dejo que las lágrimas brillen en mis ojos. Es manipulador, es auto compasivo, pero no pueden multarme por aparcar ilegalmente. Ya tengo suficientes problemas.

Él mira la señal, echa un vistazo al talonario de multas que tiene en las manos y luego me mira a la cara.

—¿No lo volverá a hacer?

—De ninguna manera, señor. No sé en qué estaba pensando, pero se lo juro, esto no volverá a pasar nunca más.

Él niega con la cabeza y sisea entre dientes. —Sabe, puedo meterme en un buen lío por esto.

No respondo. Solo lo miro. No parpadeo. Solo espero.

—Oh, qué diablos. Parece una señora agradable que está en un aprieto. Venga, lárguese de aquí.

Arranco el motor.

—Muchas gracias, digo mientras me alejo. —No lo olvidaré.

Se sonroja mientras me dirijo hacia la salida. Conduzco sin rumbo fijo hacia la ciudad, intentando mantenerme despierta. El sueño sigue en mi cabeza. No puedo olvidar cómo me sentí. Fue tan real. Estoy segura de que era otro recuerdo, otro atisbo de mi pasado no muy lejano.

Suena mi teléfono. El ruido me sobresalta y casi me desvío hacia el tráfico que viene en sentido contrario. Me detengo a un lado de la

carretera y miro la pantalla. No reconozco el número. Pienso en no contestar, pero algo dentro de mí me dice que podría ser importante.

—Hola, digo. —¿Quién es?

—Hola, ¿Sierra Coleman? Soy Barbara Rashford, abogada inmobiliaria. Me llamó ayer.

Niego con la cabeza. Con todo lo que pasó anoche, me había olvidado del mensaje que había dejado.

—Sí, claro. Muchas gracias por devolverme la llamada.

—La verdad es que no sabía si hacerlo. Su mensaje era un poco confuso. Mencionó que Frank Duvall le había dado mi número.

—Así es. Me dijo que quizá tuviera algo importante para mí.

—¿Y usted dijo que se llamaba Sierra Coleman?

—Así es.

—Bueno, eso me resulta interesante, porque no tengo a ninguna Sierra Coleman en mis archivos.

Me pregunto si esto va a ser otro callejón sin salida. La abogada no parece muy dispuesta a ayudarme.

—La única razón por la que le he devuelto la llamada es porque he reconocido este número.

Me sobresalto en mi asiento. Si reconoce mi número de teléfono, eso debe significar que he estado en contacto con ella antes.

—De acuerdo, digo, con más incertidumbre de la que pretendía. —¿Y eso qué significa?

—Significa que o bien tiene el teléfono de otra persona, o bien ha cambiado de nombre recientemente, Sierra.

—¿He cambiado de nombre?

—De Sierra Medina.

Ese nombre me dice algo. Me suena muy familiar. Es el mío. Sierra Medina, no Coleman.

—Y su voz es la misma. Escuche, no sé qué está pasando aquí. ¿Le ha pasado algo?

La emoción me invade. No soy Sierra Coleman, lo que significa que no estoy casada con Wesley. Si ese es el caso, ¿en qué puedo creer? ¿Es Mary Elisabeth mi mejor amiga? ¿Es mi madre realmente mi madre?

Le cuento a Barbara el accidente, mi pérdida total de memoria. Ella escucha sin decir nada. Jadea repetidamente al otro lado del teléfono mientras le cuento lo que me ha pasado desde que desperté del coma.

—Ha pasado por mucho, dice. —Sierra, lo siento mucho.

—No lo sienta, respondo. —Solo necesito saber la verdad.

Hace una pausa. —Bueno, en primer lugar, usted es Sierra Medina, la hija de Henry Medina.

—¿Henry Medina? Una vez más, el nombre despierta algo en mi interior, una tristeza.

—Conozco ese nombre, digo. —¿Sigue vivo?

—Lamento tener que decirle esto, responde la abogada, —pero falleció hace unos meses. Un ataque al corazón. Estaba devastada.

Todos lo estábamos.

Recuerdo al hombre de la fotografía fumando un Chesterfield, la imagen de mis amigos y yo junto a la auto caravana. Me vienen más imágenes a la mente. Mi padre acompañándome al colegio, haciendo hamburguesas en la parrilla, lanzándome una pelota. Son recuerdos felices, llenos de alegría. La tristeza me envuelve como un pesado manto. Vuelvo a sentir el dolor de la pérdida.

—Escuche, Sierra, dice Barbara. —Su padre tenía un terreno. Está situado en…

—Hidden Valley, digo. —Mystic Spring.

—Lo conoce.

—Se lo mencioné a mi enfermero en el hospital. Yo también he estado allí.

—Bien, entonces sabrá que su padre le dejó ese terreno en su testamento.

—No, no tenía ni idea. Estoy aturdida por la noticia, pero al mismo tiempo siento que las cosas empiezan a encajar.

—Escuche, dice. «Tengo que ir a una reunión, pero puedo liberar mi agenda esta tarde. ¿Puede venir a las dos, por ejemplo?

—Por supuesto.

—Vale, perfecto. Genial. Respira hondo antes de añadir: —Cuídese, Sierra. Le ayudaré a superar esto. Es lo que su padre hubiera querido.

Cuelga y me quedo en estado de shock, sin palabras. Frank tenía razón. La abogada tenía información importante para mí. Es la pieza

que faltaba en el rompecabezas. Ahora tengo algo, algo que puedo usar. El único problema es que pone en tela de juicio todo lo que creía saber sobre mí misma. No puedo confiar en ninguna de las personas cercanas a mí, con una excepción. Kaiden. Tengo que ir a verle.

Salgo a la autopista y me dirijo hacia Sandstone Peak.

CAPÍTULO 50: LA CABAÑA

De camino a la cabaña de Kaiden, paso por el valle donde se encuentra Mystic Spring. Intento recordar a mi padre allí abajo, trabajando la tierra, con el sudor resbalándole por el cuello. Su rostro es lo único en lo que puedo pensar; sus ojos sonrientes, su cabello castaño rojizo. Quiero llamarlo, verlo. Él me protegería. Si tan solo no hubiera muerto. Si tan solo pudiera estar con él una última vez.

Conduzco hacia las colinas, siguiendo el GPS que me lleva a un lugar enclavado en un recoveco de las montañas. Está apartado, casi completamente oculto. Conduzco por un camino de tierra, y el coche tiembla al pasar por la grava y los baches profundos. La cabaña está más adelante, es una casa de una sola planta con un porche que la rodea. Aparco el coche y me dirijo a la puerta principal. Casi no veo el cartel escrito a mano que cuelga del buzón. Me sorprende. Me quedo paralizada. “Cabaña Redshoot”.

Saco la llave del bolsillo y la acerco al cartel. Es la misma letra. Esta llave pertenece aquí. Kaiden está involucrado en lo que me ha estado pasando. La red se está cerrando, pero yo soy más la mosca que la araña.

Me acerco a la casa con cautela. No tengo ni idea de lo que me espera dentro. Si Kaiden está involucrado en esto, eso lo convierte en mi enemigo. La idea me aterra. Kaiden, Wesley, Mary Elisabeth, mi madre. No puedo confiar en nada de lo que me han dicho. Todo ha sido un engaño elaborado, una mentira que me ha llevado por un montón de callejones sin salida.

Me quedo delante de la puerta, escuchando cualquier ruido. Se oye el ritmo constante y entrecortado de miles de cigarras y el grito inquietante de un colimbo lejano.

Intento abrir la puerta, pero está cerrada con llave. Busco la llave, pero no es la correcta. La puerta está cerrada con un cerrojo.

Pienso en volver al coche y conducir hasta la oficina de Barbara. Quizá pueda esperar fuera hasta que esté lista para recibirme. Quizá sea la opción más segura, la que no me dejará herida o muerta, pero ahora que estoy aquí, no puedo dar marcha atrás. Kaiden se suponía que era mi amigo. Me dijo que sentía algo por mí. ¿También era mentira? No sé cómo me hace sentir eso. ¿Enojada? ¿Indignada? ¿Decepcionada?

Decido probar por la puerta trasera. Me deslizo por el porche, esperando que alguien salte sobre mí en cualquier momento. Me doy cuenta de que no hay nadie en un radio de un kilómetro y medio. Si Kaiden quisiera matarme, podría hacerlo aquí mismo y nadie se enteraría. Es el lugar perfecto para un asesinato, aislado del mundo, tan remoto que mis gritos pasarían desapercibidos.

Paso por delante de la ventana de la cocina y miro dentro. Hay tazas apiladas en el fregadero y un plato con medio pan de canela abandonado sobre la mesa. Kaiden no está dentro.

Intento la puerta trasera. El pomo se mueve y la puerta cede un poco. La abro apenas, asomándome por la rendija. Más allá, un pasillo oscuro se extiende. Un par de botas embarradas está junto a una estantería. Abro la puerta completamente, teniendo cuidado de no hacer ruido. Entro. El suelo de madera cede ligeramente bajo mis

zapatos, emitiendo un pequeño quejido. Si esperaba entrar sin ser notada, esa idea se desvanece rápidamente.

—¡Kaiden! Grito. —Kaiden, soy yo, Sierra.

No obtengo respuesta. Miro dentro del salón. A mi izquierda hay un pequeño sofá, un televisor y una mesa de centro hecha con un tronco de roble cortado. A lo largo de la pared derecha hay una fila de ordenadores, monitores y un sinfín de cables.

—Kaiden, sé que estás involucrado de alguna manera. Tengo la llave, la que encontré en el lugar del accidente. Sé que es de una cerradura que se encuentra en algún lugar de esta cabaña.

De nuevo, silencio. Mis palabras resuenan en las paredes de la cabaña, respondiéndome como el susurro de cien espíritus.

—Vete, Sierra, oigo decir a mi padre. —No tienes por qué estar aquí.

—Sí que tengo que estar, papá. Tengo que saberlo.

Diviso una puerta a mi izquierda. Está debajo de la escalera. Me acerco y la abro. Un aire frío y húmedo me envuelve. Unos escalones conducen hacia abajo, a un agujero oscuro. El sótano. No quiero bajar, pero sé que debo hacerlo.

Miro atrás para asegurarme de que nadie me sigue. Tengo la boca seca. El corazón me late con fuerza en el pecho. El miedo es tan visceral que me paraliza. Miro hacia la puerta trasera. Me resulta acogedora, como la entrada a otro mundo. Niego con la cabeza. No puedo tomar el camino fácil. Llevo tanto tiempo buscando la verdad que no puedo dejarla escapar.

Entro en la oscuridad y busco a tientas un interruptor. Al final lo encuentro. Está colgado del techo, justo encima de mí. Tiro del fino cordón, esperando que no se rompa. Una pequeña bombilla se enciende. La luz apenas ilumina la escalera. Miro hacia abajo, al final. Un pequeño pasillo se extiende a la derecha y conduce a otra puerta.

Pongo el pie en el primer escalón. El crujido de la madera vieja se acompaña del sonido de movimientos al otro lado de la puerta. El corazón se me encoge. Hay alguien en esa habitación.

—¿Hola? Grito.

—¿Hola? La voz de una niña me llega a través de una rendija de la puerta. —Ayúdeme. Por favor, ayúdeme.

Corro hacia abajo, mi miedo ahora borrado por la certeza de que alguien está prisionero en el sótano.

—Estoy aquí para ayudarte, digo.

—Por favor, date prisa. Volverán pronto. Sé que lo harán.

Intento abrir la puerta, pero está cerrada con llave. Por supuesto. La golpeo con el hombro, pero no se mueve. Es sólida, gruesa.

—Tengo que encontrar una llave, digo. —Voy a buscar una.

—¡No! No me dejes aquí, grita la niña. —¡Por favor, no me dejes aquí sola! Tengo miedo.

Su voz me parte el corazón. No tengo ni idea de por qué Kaiden haría esto. ¿Por qué mantendría a alguien en su sótano? Me lo imagino de pie en las sombras del bar, mirándome en el escenario. Quizás esto es lo que es. Quizás me equivoqué con él.

—Tengo que encontrar la llave, digo. —Si no, la puerta no se abrirá.

Entonces lo recuerdo. La llave que tengo en el bolsillo. La llave de Redshoot. Para esto sirve. Es la llave de esta celda subterránea.

La saco del bolsillo y la introduzco en la cerradura. Encaja perfectamente. Estoy a punto de girarla, de abrir la puerta y liberar a quienquiera que esté cautivo, cuando alguien detrás de mí habla.

—Por favor, no lo hagas, dice una mujer. —No me obligues a hacer algo que no quiero hacer.

Me giro lentamente y allí está ella. Me apunta a la cabeza con una pistola, una Ruger SR22. Mary Elisabeth sonríe mientras entra en el pasillo.

—Tenemos que hablar, Sierra, dice. —Hay algunas cosas que tienes que entender.

CAPÍTULO 51: CONFESIÓN

—Se supone que eres mi mejor amiga, le digo. —¿O eso también es mentira?

Me apoyo contra la pared, con el cañón de la pistola apuntando directamente entre mis ojos. No tengo ni idea de lo que está pasando ni de qué tiene que ver Mary Elisabeth en todo esto.

—No, soy tu mejor amiga. O, al menos, lo era hasta hace unos meses.

La mirada en sus ojos es pura malicia. Su imagen inmaculada se ha evaporado. Parece una mujer desesperada, alguien que hará lo que sea necesario para conseguir lo que quiere. No dudo de su determinación.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Pasó todo, Sierra, dice. —Todo y nada.

Está nerviosa, como si apenas pudiera controlarse.

—Sé que mi nombre no es Sierra Coleman, digo. —Y sé que soy la propietaria de los terrenos de Mystic Spring.

—Enhorabuena, dice con sarcasmo. —Hoy te has llevado el premio gordo.

—Y también sé que no estoy casada con Wesley.

—Vaya, eso son tres aciertos seguidos. Has estado haciendo tu tarea, Sierra. Pero bueno, siempre fuiste la más inteligente de las dos.

—No me siento tan lista, digo. —Tú eres la que tiene el arma y yo soy la que está en el sótano sin poder salir.

Ella se ríe, pero su risa es fría y desalmada. —¿Sabes lo difícil que es ser yo, Sierra? ¿Sabes lo que es ser una mujer soltera en este pueblo,

sin marido y sin hijos?

—¿De eso se trata? Respondo. —¿Quieres hijos? ¿Quieres un marido? ¿Kaiden y tú estáis juntos en esto?

Vuelve a reírse. —¿Kaiden? ¿El enfermero? Se está burlando de mí y lo está disfrutando.

—Entonces, ¿qué es?

—Conocí a Wesley en la presentación de una revista. Tú también estabas allí. Claro que estabas. Siempre has sido la estrella de la empresa. Sierra Medina, periodista galardonada.

Su confesión me sorprende. No tenía ni idea de que yo tuviera una carrera tan exitosa.

—La empresa de Wesley patrocinaba el evento, así que él estaba allí, utilizando su encanto para hacer tantos contactos influyentes como pudiera. Resulta que el único contacto importante que hizo esa noche fui yo, suspira. — Ya sabes, él sabe muy bien cómo cuidar de una mujer.

Me quedo sorprendida. Mary Elisabeth y Wesley son pareja.

—Entonces, ¿por qué mintió diciendo que era mi marido?

—Fue idea mía, dice con una sonrisa burlona. —Pensé que sería irónico. Casi poético.

—¿Querías que estuviera en la misma casa que el hombre con el que te acostabas? No tiene sentido.

—Lo tiene si supieras lo que intentábamos conseguir, dice con el rostro ensombrecido. —Si supieras lo que nos espera al final del arcoíris.

Estoy empezando a perder el poco control que tengo sobre mis acciones. Esta mujer fingió ser mi amiga e intentó manipularme para que hiciera lo que ella y Wesley querían. Todo este tiempo, he estado cuestionándome a mí misma, dudando de cada sospecha que tenía, cuando en realidad la persona más cercana a mí ha sido la artífice de mi caída.

—Le dije que no funcionaría, continuó. —Todo este engaño, esta farsa. Sabía que nunca picarías. Nunca te ha gustado Wesley, así que la idea de que estuvieras enamorada de él nunca iba a cuajar.

—¿Pero tú sí? ¿Lo amas, quiero decir?

—Sí. Su boca se contrae. —Desde que nos conocimos. Intentaste advertirme que no era bueno para mí, pero ¿qué sabías tú? Tú no has tenido que preocuparte por salir con chicos, por intentar validarte a ti misma estando con un hombre de éxito. Wesley puede que no sea perfecto, pero me cuida.

—Es violento, Mary Elisabeth. Tiene mal genio.

Ella expulsa el aire entre los dientes. —No tiene miedo de hacer lo que sea necesario para conseguir lo que quiere, si es eso lo que quieres decir. Es una de las cosas que más me gustan de él.

—Le dio una paliza a un concejal de Thousand Oaks.

Ella se burla. —Frank Duvall se lo merecía. Tuvo suerte de que no fuera peor.

—Estás justificando el comportamiento de Wesley.

—Estoy justificando que alguien haga lo que dijo que haría. ¿Tienes idea de cuánto dinero le ha pagado Wes a ese tipo a lo largo de los

años?

No puedo creer que esté justificando el uso de la violencia para conseguir lo que quiere. Esta no es la Mary Elisabeth que creía conocer. Miro alrededor de la cabaña y recuerdo dónde estamos.

—¿Quién está detrás de la puerta? Pregunto. ¿Y por qué está aquí, en esta casa?

—Ja, escupe Mary Elisabeth. —Quieres saber qué tiene que ver tu amante con todo esto, ¿verdad?

—Quiero saber por qué estamos en la cabaña de Kaiden Marshall y por qué tienes a una chica joven encerrada en el sótano.

Ella inclina la cabeza. —Oh, la pobre Sierra está triste porque la persona que le gusta es en realidad un mal tipo.

Sus palabras me duelen. Es cierto que pensaba que Kaiden estaba de mi lado, que era la única persona en la que podía confiar. Ahora parece que todo era un engaño.

—Él aparecía en las noches de karaoke en *The Blind Pony*, todos los viernes, esperando vernos. Se encariñó contigo, de hecho. Tú lo rechazaste. Dijiste algo sobre no estar lista para salir con alguien de nuevo.

Me pregunto qué querrá decir con eso. ¿Salir con alguien de nuevo?

—Empecé a hablar con él, a enviarle mensajes por Facebook. Resulta que es todo un genio de la tecnología. En fin, necesitaba dinero, y Wesley y yo, bueno, digamos que necesitábamos a alguien más.

—¿Así que lo contratasteis?

—Algo así.

—Le pagasteis para que os ayudara con lo que sea que estáis haciendo.

—Como te he dicho, él necesitaba el dinero.

Es como si alguien me hubiera arrancado el corazón del pecho.

—¿Y dónde está ahora? Pregunto. —¿Por qué no está aquí?

—No volverá a molestarnos.

Recuerdo la huella de la mano en la oficina de Mary Elisabeth, las mentiras que le contó al detective Brady Wilson.

—Lo mataste.

—Quería ir a la policía y confesarlo todo. ¿Qué otra opción tenía?

Su confesión es como una patada en las costillas. Kaiden está muerto. Nunca volveré a hablar con él.

—Ay, se ríe. —Duele, ¿verdad? Bueno, si te hace sentir mejor, él solo empezó a sentir eso por todo este asunto después de conocerte en el hospital. Eso fue lo único que Wesley y yo no tuvimos en cuenta. Que él pudiera enamorarse de ti.

Ahora estoy temblando. La tristeza me atenaza como un torno. —Pero se suponía que no debía ser él quien estuviera allí. Tú me llamaste.

—Es cierto. También pensaba en matarte. Todo esto llevaba demasiado tiempo y en el lugar del accidente quedó claro que tu memoria no se perdería para siempre. Por eso te llevé allí, para ver si recordabas algo.

Intento recomponerme, controlar mis nervios destrozados. Si hubiera aparecido en su casa cuando ella quería, estaría muerta. —¿Y

cómo pensabas explicarlo todo? ¿El asesinato de Kaiden? ¿Cómo ibas a ocultar la verdad a la policía?

—Bueno, ahí estaba lo bueno. Cuando te dejé inconsciente, es posible que parte de su pelo y su sangre se te quedaran en la ropa sin querer.

—¿Ibas a culparme a mí?

—¿Por qué no? No seguías el plan A, así que improvisé.

Pienso en el detective, en cómo ya pensaba que yo estaba loca, y luego pienso en Kaiden, desangrándose cuando llegué a la casa de Mary Elisabeth. Podría haberlo salvado. Podría haber hecho algo.

—Eres malvada, le digo, pero el insulto no la perturba. En todo caso, parece halagada.

CAPÍTULO 52: REENCUENTRO

—¡Ayúdame! Es la voz de la niña otra vez. Está justo detrás de la puerta, a menos de un metro de mí.

—Voy a abrir la puerta y dejarla salir, digo. —No la necesitas. Me tienes a mí.

—No lo creo, responde Mary Elisabeth. —Tal y como yo lo veo, ahora os tengo a las dos.

—No puedes ganar, ¿lo sabes? No puedes salirte con la tuya tras un secuestro. Alguien te habrá visto. Alguien avisará a la policía.

Ella niega con la cabeza. Vuelve a aparecer esa confianza, esa mirada de desafío férreo. Me doy cuenta de que no me va a escuchar. Es lo que pensé cuando entré en su casa. Mary Elisabeth es una mujer que conoce su lugar en el mundo y no tiene miedo de defenderlo. —No vendrá nadie, Sierra. Después del pequeño incidente de anoche, el detective cree que estás a punto de perder la cabeza. Cuando registre la casa, encontrará algunas cosas en tu habitación que te incriminan de todo. No hay vuelta atrás. Has ido demasiado lejos.

Quiero llorar, gritar. ¿Qué les he hecho a estas personas? ¿Por qué quieren arruinarme así?

—Ya me han quitado mi pasado, digo. —Me han robado mis recuerdos, casi me matan. Si éramos amigos, ¿por qué me hacen esto?

Ella gira bruscamente la cabeza hacia un lado. Parece distraída por sus propios pensamientos. —Yo no tenía lo que tú tenías cuando éramos pequeñas, no tenía un sustento seguro. He tenido que luchar y robar para llegar donde estoy. No tuve la educación que tú tuviste,

ni el dinero, ni un padre cariñoso. Tuve que rogarte que me consiguieras un trabajo en la revista, aunque tú estabas en contra. Después de conseguir el puesto, me mirabas desde tu oficina como si fueras la reina sentada en lo alto de su palacio, mirando a los pobres.

—Así que esto es venganza, digo. —¿Por qué? ¿Por tener más éxito que tú? ¿Por tener una familia que me quiere?

—¡Por ser tú, Sierra! Grita. —¡Por ser tan guapa, encantadora y perfecta!

No puedo escuchar esto. Esta mujer está trastornada, delirante. No recuerdo el mundo que me está describiendo, pero ¿y qué? El hecho de que tenga un complejo de inferioridad no la excusa por lo que ha hecho. Corrupción, mentiras, asesinato.

—Voy a abrir esa puerta, repito. —Y voy a dejar que esa chica se vaya. No tienes derecho a retenerla allí.

—Si te acercas, dispararé. No creas que no lo haré.

Miro la llave. Está colgando de la cerradura, a pocos centímetros de mi mano. Podría cogerla, girarla rápidamente y dejar salir a la niña, pero si lo hago, Mary Elisabeth probablemente me disparará, y también a la niña. La única forma de que esto termine pacíficamente es si consigo el arma.

Me muevo con rapidez y golpeo a Mary Elisabeth en la mejilla antes de bajar las manos hacia su arma. Ella reacciona clavándome una rodilla en el abdomen y empujándome hacia atrás. Ahora estamos cara a cara, con mis manos agarrando el arma y su otra mano tirándome del pelo. Nos retorcemos y giramos mientras nos

golpeamos contra las paredes. Intento arrebatarle el arma, pero es mucho más fuerte de lo que parece.

—Ríndete, dice. —Nunca te dejaré ganar.

—No quiero ganar, grito. —Solo quiero vivir.

Me da una patada en el tobillo y mi pierna se dobla. La tiro al suelo conmigo y ahora estamos en el suelo, revolcándonos en el polvo y la suciedad.

Se pone encima de mí, con las rodillas clavándose dolorosamente en mis costados. Su rostro es una mueca de desprecio. El odio en sus ojos es como un abismo oscuro. No sé por qué hemos llegado a esto, por qué está tan empeñada en hacerme daño.

Giro las caderas, haciéndola perder el equilibrio, y ahora ella está en el suelo y yo encima de ella. El arma es lo único que nos separa. Intento separar su mano con los dedos, pero ella da una patada y volvemos a rodar. Estamos una al lado de la otra, con la pistola en la cintura. Ella gruñe y escupe, retorciéndose como un animal salvaje, y entonces el aire se llena con el sonido de un estruendo ensordecedor. El sonido resuena en la cabina como el golpe de un tambor.

Miro hacia abajo y veo la sangre. Hay mucha. Se extiende a nuestro alrededor, roja como el zumo de grosellas negras. Está en mi ropa, en mi pelo. Hay salpicaduras en mis brazos, en mi cuello. Me levanto de un salto y me miro. Mary Elisabeth no se mueve. Sus ojos me miran fijamente, sin parpadear. Hay un agujero en su pecho, donde debería estar su corazón.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Repito, tratando de limpiar la sangre. Ahora soy una asesina. He asesinado a mi mejor amiga.

—¡Hola!, grita la niña. —¿Estás ahí? ¿Hay alguien ahí? ¡Por favor!

Su voz me sobresalta y me impulsa a actuar. Me vuelvo hacia la puerta y agarro la llave con los dedos ensangrentados. La giro y espero a que se abra la cerradura.

La puerta comienza a abrirse, revelando una pequeña habitación con una cama individual, un inodoro y una botella de agua. La niña está de pie dentro, vestida con la misma ropa que vi en mi sueño, con el pelo recogido en las mismas coletas rubias, ahora un poco deshechas y grasientas. Me mira, ve la sangre que cubre mi cuerpo.

Por un momento, cree que estoy herida, pero luego mira el cuerpo en el suelo, la sangre que ahora corre hacia la puerta abierta. Sus ojos tristes se llenan de lágrimas, sus mejillas están sucias y manchadas, pero de repente vuelve a ser esa niña, la que corre por el arroyo, bebiendo limonada, riendo. Levanta la vista y dice la única palabra que no esperaba, pero una palabra que hace que los horrores de la última semana se desvanezcan en la nada.

—¿Mamá?

CAPÍTULO 53: RECUERDOS

Ella corre hacia mí y me rodea la cintura con los brazos. Estoy tan sorprendida que hago lo mismo. Nos abrazamos mientras las lágrimas brotan de nuestros ojos. Ella esconde la cara en mi pecho. Es como si nunca fuera a soltarme. Le beso la cabeza y huelo el dulce aroma de su cabello. Ella es la chica que ha rondado mis pensamientos desde el accidente. Nunca me ha dejado olvidarla. Es mi hija, una niña que no sabía que tenía.

Algo zumba en mi cabeza como si se hubiera puesto en marcha un motor y, de repente, puedo ver cosas que me habían estado ocultas. Recuerdo estar en el hospital, sosteniendo a este ser diminuto y precioso. Una manita se enrosca en mi dedo y dos ojitos me miran como si fuera la criatura más maravillosa y mágica del mundo. El olor de su piel, la suavidad de su pelo, la emoción que sentí en mi corazón. Nunca volveré a ser la misma, nunca seré tan importante como este pequeño y milagroso regalo. Recuerdo una tarta, una docena de piececitos corriendo por la casa, a mi hija riendo y riéndose, con glaseado de tarta en la nariz. Recuerdo cantarle «*Feliz cumpleaños*», la alegría que me embarga cuando abre sus regalos, abrazando la muñeca como si fuera un ser real y vivo. Recuerdo su primer día de colegio, vestida con el uniforme, el orgullo que me invade el pecho. Recuerdo acompañarla hasta la puerta del colegio, verla entrar en clase, los otros niños uniéndose a ella, otra niña pequeña cogida de su mano. Recuerdo cómo jugaba en el jardín, escondiéndose detrás de un árbol, haciéndome perseguirla. Recuerdo a su padre, mi marido, un hombre de pelo oscuro, con barba y ojos color chocolate. Recuerdo cómo le construía una casa en el árbol,

ayudándola a subir, espiándola por la ventana y haciéndola gritar de risa.

—No creía que fueras a venir, dice la niña, apretándome con más fuerza. —No creía que fuera a venir nadie.

—Nunca te abandonaría, le digo, pero en realidad mi mente sigue inundada de imágenes y sonidos. Busco el nombre de la niña, tratando de rescatarlo de un espacio polvoriento y plagado de polillas, enterrado bajo los restos de mi automóvil y los fragmentos ennegrecidos del asfalto quemado. El amor que siento por ella se está desvaneciendo, brotando de mi piel como sudor, empapándome en un torrente de emociones.

—Pero ha pasado tanto tiempo, dice ella. —Me mantuvieron aquí sin decirme dónde estaba ni qué iba a pasarme.

Quiero contarle sobre el intento de matarme, sobre la amnesia desgarradora que me ha tenido en un estado de paranoia desde que salí del hospital. Quiero decirle que no fue mi culpa, que jamás la habría abandonado así, pero no lo hago, porque eso no es lo importante en este momento. Ella necesita saber que estoy aquí ahora, que siempre estaré aquí.

La abrazo como si no la hubiera visto en años. En mi mente, acabamos de conocernos, pero entonces recuerdo un nombre. *Alaina*. Recuerdo haberlo elegido en un libro tres meses antes del nacimiento, cuando mi marido y yo estábamos sentados en nuestro dormitorio, comiendo palomitas de una caja, escuchando música pop cursi de los ochenta y lanzando nombres al aire como si fueran confeti. Descartamos los que no nos parecían adecuados para

nuestra futura princesa y redujimos la lista a solo dos. Él quería Alanis y yo Leonie. Debatimos las ventajas de ambos antes de llegar a un acuerdo. Alaina era el nombre que expresaba todo lo que queríamos. Lo buscamos. Significa "amanecer". No se me ocurre una descripción más acertada para este pequeño cúmulo de felicidad que se aferra a mí como si en cualquier momento alguien fuera a arrancarme de su lado.

—No te va a pasar nada, Alaina, le digo, dejando que el nombre se derrita en mi lengua como miel. —No dejaré que te vuelva a pasar nada nunca más.

En mi mente, me transporto a un momento no muy lejano del pasado, un recuerdo que mi cerebro ha estado reprimiendo, como si tuviera miedo de que resurgiera. Estoy de pie junto a mi marido cuando él recibe la llamada, cuando nos llegan las noticias que tanto temíamos. Lleva meses perdiendo peso, sus pómulos ahora son más prominentes, sus costillas sobresalen de su torso como el casco curvado de un barco hundido. He estado rezando para que nuestros temores fueran solo ideas ridículas y negativas. Se nota en su rostro, en la forma en que me mira, incapaz de sostener mi mirada. Me acerco a él, lo abrazo y le digo que no importa lo que cueste, lo que sea necesario, que lo superaremos.

El tratamiento es largo y doloroso, y pasa factura. Zack, mi marido, lo afronta como el roble que es, pero es un golpe tras otro, un golpe tras otro, y al final sucumbe. Recuerdo estar de pie junto a la cama del hospital, el mismo hospital al que me llevaron de urgencia, con su cuerpo demacrado como un esqueleto cubierto de piel. Nos cogemos

de la mano. Lo agarro con tanta fuerza, como si pudiera evitar que cayera en ese oscuro abismo. Cuando finalmente se va, me derrumbo, un montón de carne y huesos envueltos en una oscuridad de la que tardo semanas en salir.

Esa tristeza regresa a mí ahora como un muro de tormento que se me viene encima. Estoy llorando. Alaina y yo lloramos juntas. Un esposo al que amé más que a ningún otro hombre que haya conocido, una hija a la que valoraba más que a la vida misma. Es como si hubiera tomado algún tipo de droga que altera la mente. Tantas emociones chocando contra mí a toda velocidad, golpeándome. Estoy tan feliz, pero al mismo tiempo, tan profundamente triste.

—Me secuestraron, dice Alaina. Estábamos en la finca del abuelo. Alguien salió corriendo del bosque. Intenté luchar, mamá, lo intenté, pero me empujaron al coche.

Asiento con la cabeza. Lo sé. Este era mi sueño, un recuerdo que había conseguido sacar de mi subconsciente mientras estaba en estado catatónico.

—¿Quiénes eran? Pregunto.

Alaina mira el cuerpo tendido de Mary Elisabeth y señala. —¿Está muerta?

Asiento con la cabeza, todavía incapaz de procesar el hecho de que he asesinado a otro ser humano. Sus ojos ciegos me miran fijamente, sopesándome y juzgándome. La soga del verdugo se aprieta alrededor de mi garganta, pero no me importa. El odio brota en mis entrañas. Esta mujer, esta supuesta amiga, me arrebató a mi hija sabiendo lo que me haría. La única pregunta es: ¿por qué?

Se oye un crujido y un rasguño en el piso de arriba, el sonido de una puerta al abrirse. Mi cuerpo se tensa. Miro a mi hija y le susurro al oído.

—Tenemos que estar en silencio.

CAPÍTULO 54: INTRUSO

Los pasos se oyen en el pasillo. Tengo el corazón en un puño, denso como una bola de pelo. Alaina está a mi lado, agarrándome del brazo. Subimos las escaleras, moviéndonos al unísono. Me aterroriza el sonido de una tabla suelta o de que tropecemos. La casa está tan silenciosa que cualquier ruido, por pequeño que sea, revelará nuestra ubicación y entonces quedaremos atrapadas sin posibilidad de escapar. Tenemos que salir del sótano y esperar que el intruso no venga hacia nosotros.

Damos un paso tras otro. Alaina tiembla contra mí, pero se mantiene firme. Está cubierta de polvo y suciedad, con la ropa arrugada, pero es evidente que Mary Elisabeth le ha dado de comer. No ha perdido peso y aún conserva sus fuerzas. Fueran cuales fueran las intenciones de mi amiga, no era hacer daño a mi hija. Era utilizarla como moneda de cambio contra mí.

La puerta del pasillo de arriba está entreabierta. Se filtra un poco de luz por una estrecha rendija, la promesa de la salvación. La ansío. Todavía nos quedan una docena de escalones por subir, cada uno de ellos con el potencial de delatar nuestra posición.

Escucho cómo el intruso se mueve por la casa, abriendo puertas, entrando en habitaciones. Me imagino a Wesley arriba, con el rostro convertido en una máscara de traición e indignación. Estará buscando a Mary Elisabeth. Quizás llegaron juntos y él le dijo que entrara y averiguara qué estaba haciendo yo mientras él vigilaba los alrededores. Quizás, como Mary Elisabeth lleva tanto tiempo aquí, ha decidido tomar cartas en el asunto.

Quiero gritarle, decirle lo que he hecho, demostrarle que no soy la mujer sumisa y oprimida que él quiere que sea, demostrarle lo fuerte que soy, lo desafiante. Tengo una hija que proteger, una vida que recuperar, y no voy a dejar que gane.

La puerta del sótano está cerca. Hemos llegado muy lejos, avanzando paso a paso. Solo nos quedan tres pasos. Voy a poner el pie en el siguiente, pero veo que algo no va bien. Una tabla suelta.

Hago un gesto a Alaina y ella asiente con la cabeza. Ella también lo ve. Ajusto la pierna y paso por encima, ayudándome con la barandilla. Alaina me sigue. Me siento muy aliviada de haber evitado por los pelos enviar una señal clara de nuestra ubicación.

Sonrío a Alaina y ella me devuelve la sonrisa. Es una victoria compartida. Estoy tan concentrada en ello que no veo el clavo que sobresale del penúltimo escalón hasta que es demasiado tarde. Mi pie resbala, lo pisa y se clava en la suela de mis zapatos planos, atravesándome la planta del pie y desgarrándome la piel y la carne.

El dolor es insoportable. Me agarro a la barandilla e intento reprimir un grito. Se me escapa un gruñido, un silbido agudo y punzante.

Alaina me mira, con una expresión de alarma en el rostro que amenaza con desbordarse por sus labios. Miro mi pie herido, el lugar donde creía que me esperaba la seguridad. Espero un momento a que el dolor disminuya un poco. Es como si alguien me estuviera quemando la planta del pie con un hierro al rojo vivo. Tengo que levantar la pierna para sacar el pie del clavo que lo atraviesa. La idea me da ganas de vomitar.

Vuelvo a oír movimiento en el pasillo, esta vez mucho más cerca. No puedo dejar que Wesley nos encuentre así, con mi pie literalmente clavado al suelo.

El terror se apodera de mí, superando el dolor. Levanto lentamente la pierna y el dolor vuelve con toda su intensidad. Alaina me agarra la mano y me acaricia el brazo. Estoy aguantando, pero a duras penas. El acero se desliza contra mi carne, el calor de la sangre en mi zapato. Intento borrar la imagen de mi mente, sabiendo que pensar en ello solo aumentará mi creciente sensación de náuseas.

Por fin, mi pie está libre. Lo apoyo en un lugar seguro, pero sigo sintiendo ese dolor punzante y abrasador. Voy a tener que ignorarlo, apartarlo de mis pensamientos. Tengo cosas mucho más urgentes de las que preocuparme, concretamente el maníaco homicida que merodea por los pasillos de la cabaña Redshoot.

Pienso en Kaiden y en por qué hizo lo que hizo. No es mala persona, pero lo que dijo Mary Elisabeth no era mentira. Ella no tenía nada que ganar con ello. Y está la verdad indiscutible de que mi hija estaba prisionera en el sótano de su casa. Lo mire como lo mire, todo apunta a que Kaiden es uno de ellos.

Salgo al pequeño rellano que da al pasillo principal. Echo un vistazo por el hueco de la puerta, preguntándome dónde estará Wesley. Normalmente es muy ruidoso, muy agresivo. Supongo que estará en el pequeño comedor, pero no tengo forma de saberlo. El pasillo está despejado. La puerta principal está cerrada. Sospecho que la ha cerrado con llave. Es muy consciente de que sería nuestro primer punto de salida. Abro un poco más la puerta del sótano y miro hacia

el pasillo. La cocina me atrae, al igual que la salida al porche trasero. Decido que es la mejor opción.

Me giro hacia Alaina y le hago una señal con los ojos. Ella asiente con la cabeza, indicando que lo entiende.

Respiro hondo antes de salir al pasillo. Alaina me sigue de cerca. Me doy cuenta de que ahora estamos completamente expuestos. Si Wesley aparece, se abalanzará sobre nosotras inmediatamente. Lucho contra el impulso de correr por el pasillo, arrastrar a Alaina detrás de mí y arriesgarnos. No quiero darle la satisfacción de que nos tome por sorpresa. Pase lo que pase, vamos a salir de aquí. Es la única verdad que estoy dispuesta a aceptar.

Avanzamos sigilosamente junto a la pared. Mantengo un ojo en la puerta del salón y el otro en el comedor. Todo está en silencio. No tengo forma de saber dónde se esconde Wesley ni qué está pensando. Tenemos que escapar.

Entro en la cocina y echo un vistazo por la puerta. Las sombras acechan en cada rincón, pintando la madera, el suelo, el techo. Espero a que mis ojos se acostumbren a la oscuridad. Imagino a Wesley mirando hacia dentro, esperando el momento adecuado para atacar. Sostengo a Alaina cerca de mí y le indico la puerta trasera. No está a más de cuatro metros y medio, tan cerca que puedo imaginar el sol en nuestras caras. Creo que podemos cruzarlo en menos de unos segundos.

Levanto la mano para indicarle a Alaina que se prepare. Cuando nos movamos, tenemos que hacerlo rápido y sin parar. Tenemos que alejarnos lo más posible de Wesley. No tengo ni idea de qué haré

después, si conduciremos hasta estar a cientos de kilómetros de aquí o si nos dirigiremos a la ciudad, pero me preocuparé de eso en cuanto estemos a salvo. Este es nuestro momento. Es el momento de recuperar a mi hija y mi vida.

Respiro hondo, cuento hasta tres y echamos a correr, danzando alrededor de la mesa de la cocina, buscando el pomo de la puerta.

Alaina tropieza detrás de mí, soltando su agarre de mi mano, y luego se desploma sobre el suelo de madera, estrellándose contra el mueble de la cocina.

Me detengo, me agacho y la alcanzo. Ella me mira, con miedo y terror en los ojos. Respiro con dificultad, mi cuerpo tiembla. Alaina empieza a levantarse, pero es demasiado tarde. Si Wesley está aquí, ahora sabe exactamente dónde estamos. Miro hacia arriba, hacia el monstruo de sombras que llena la puerta, y la sangre se me hiela en las venas.

Él nos ha encontrado.

CAPÍTULO 55: PERSECUCIÓN

No espero a que Wesley se revele. Tomo a Alaina, la levanto y abro la puerta trasera en un solo movimiento ágil. Salimos corriendo, atravesamos el porche trasero y bajamos los escalones hasta el patio trasero. Las nubes se ciernen sobre nosotras, cubriéndolo todo de un gris oscuro. No miro atrás, pero puedo oír a Wesley que viene tras nosotras, sus pesadas botas sobre las tablas de madera, el ruido de sus pasos mientras baja los escalones.

—¡Mamá! Grita Alaina. Puedo sentir el terror que la embarga. Ya ha pasado por demasiado. Su joven mente no puede soportar mucho más.

—¡Sigue corriendo, cariño! Le respondo, pero mi voz tiembla. Él tiene ventaja sobre nosotros. Es mucho más grande, mucho más fuerte, pero no ganará. No puede ganar.

Nos acercamos a la línea de árboles y agradezco el consuelo de la oscuridad y la cobertura de las hojas. No detendrá a nuestro perseguidor, pero quizá lo ralentice. Aquí tenemos muchas más posibilidades. Somos más pequeñas y ágiles.

Las ramas nos golpean, las zarzas espinosas nos desgarran la ropa y la piel. El suelo es duro, como hormigón irregular. El agujero en mi pie me duele como un demonio, pero no puedo dejar que me distraiga. Tenemos que despistarlo de alguna manera.

Él avanza a toda velocidad por el bosque, golpeando las ramas y rompiéndolas mientras continúa su implacable persecución. No se detendrá hasta que nos tenga a las dos donde quiere. No puedo permitir que eso suceda. Acabo de reencontrar a mi preciosa hija.

Nada puede volver a separarnos. Ojalá Zack estuviera aquí. Él sabría qué hacer. Siempre fue el que tenía la cabeza fría y el pensamiento lógico. Él me centraba, era capaz de controlar mi comportamiento imprudente. Me doy cuenta de que es la primera vez que soy capaz de pensar en mí misma en pasado. Hasta ahora, no había pasado, solo este presente horrible y desgarrador.

—¡Mamá! Grita Alaina de nuevo. Nos está alcanzando.

Mi pulso se acelera, mis pulmones arden por el esfuerzo. No me atrevo a mirar por encima del hombro, no puedo mirar sus ojos negros y sin alma. Si lo hago, me quedaré paralizada por el terror. Solo tengo que seguir adelante, rezar por un milagro.

—No pasa nada, cariño, le digo. —No pasa nada.

Se empieza a formar un camino delante de nosotros. Los densos árboles se separan como una marea que se retira y el terreno comienza a aplanarse. Es un camino hecho por el hombre. Las malas hierbas sobresalen de la grava como dedos que se asoman de la tierra. Nos dirigimos a él, pensando que quizá nos lleve a un espacio público, una carretera, tal vez un parque. Nuestra mejor opción es llegar a algún lugar donde Wesley tenga demasiado miedo para enfrentarse a nosotras.

Alaina también lo ve y corre delante de mí; tiene la fuerza de la juventud de su lado. Me cuesta respirar, los pulmones están a punto de estallar. No sé cuánto tiempo podré aguantar.

El sendero serpentea a nuestra izquierda y sube por una pendiente. Alaina me empuja, sin darse cuenta de que mis piernas se están

convirtiendo en gelatina. La sigo, con las pantorrillas pidiendo clemencia.

—¡Vamos, vamos!

Es solo una pendiente poco pronunciada, pero podría ser una montaña. Las raíces duras sobresalen del suelo como gusanos gigantes. Salto por encima de ellas, pero cuando mi pie herido toca el suelo, el dolor es como si hubiera pisado brasas. Mi pierna casi se dobla, pero consigo mantenerla firme de alguna manera.

—¡Sierra! Grita una voz ruda de hombre. —¡Detente!

Lo ignoro, aparto de mi mente sus ridículas palabras. Ya no puede manipularme, no puede colarse en mi mente y controlarme como si fuera una marioneta de tamaño humano. Ya no ignoro quién soy ni quién era. Al menos esa parte de su engaño se ha desmoronado. Soy Sierra Medina, periodista de éxito, viuda de Zack Burton, hija de Henry Medina y madre amorosa de mi hija Alaina. Cualquier poder que él creía tener sobre mí se ha disuelto con el ácido de sus mentiras.

Coronamos la colina y miramos el sendero que desciende junto a un arroyo. Alaina ya está bajando la pendiente y yo la sigo, tratando de no tropezar con la tierra suelta. Una serie de pequeñas rocas grandes salpican nuestro camino, junto con un árbol caído que cruza el sendero justo en el punto donde el arroyo se desvía de nosotros. Alaina esquiva las rocas con ligereza, pero yo no tengo su agilidad. Las sorteo torpemente, golpeándome la rodilla con una y casi chocando de frente con otra.

Wesley está detrás de mí. Respira con dificultad. El suelo tiembla con el fuerte golpe de sus pies. Está solo unos segundos detrás de nosotros, casi lo suficientemente cerca como para alcanzarme y tirarme hacia atrás. Tengo que seguir corriendo, tengo que superar el dolor. Hay una salida para nosotros, pero no sé dónde está ni a qué distancia.

Alaina se acerca al árbol caído, pero se da cuenta antes que yo de que no tenemos tiempo para trepar por él. Perderíamos la preciosa ventaja que tenemos. En lugar de eso, se gira hacia la orilla, se detiene menos de medio segundo y, en un destello de pelo rubio y largas extremidades, se mete en el arroyo, chapoteando mientras rodea la punta del pino caído.

—¡Vamos! ¡Por aquí! Grita. —Hace frío, pero no es muy profundo.

No tengo más remedio que obedecer. Ya ha demostrado ser muy inteligente, así que no me detengo a considerar mis opciones. Ahora estoy en el agua con ella.

Ella ha subestimado mucho la temperatura. No hace frío, hace un frío que pela. Jadeo mientras agarro las ramas del árbol y sigo su línea, chapoteando en el agua tan rápido como puedo.

Llegamos al otro lado y nos acercamos a la orilla, pero no antes de oír a Wesley en el arroyo detrás de nosotros. Se ha dado cuenta de que Alaina tenía razón. El tronco del árbol era un obstáculo demasiado grande. Se oye un fuerte chapoteo y supongo que ha caído de bruces al agua. Me contengo la risa. Quizá esto sea el final. Quizá esto nos dé el tiempo que necesitamos para alejarnos de él.

Salimos a tierra firme y tomamos el camino. Llega a un lugar cercano al donde vi a Wesley dar una paliza al concejal. Estamos en Mystic Spring. La trágica comedia de la situación me deja un sabor amargo en la boca. Ahora estamos a campo abierto y diviso una carretera en la distancia. Empezamos a correr hacia ella, sintiendo cada gramo de la promesa de escape que nos ofrece. A pesar del dolor, creo que nunca he corrido tan rápido en mi vida. El viento me agita el pelo y siento una fuerza renovada en las piernas. Quizá podamos hacerlo. Solo quizá.

Entonces, mi pie herido golpea una roca afilada y el dolor que recorre mi pantorrilla y resuena en mis caderas me hace caer de bruces sobre la grava y el polvo. Soy un amasijo de brazos, piernas y frente arañada. Me quedo tumbada, tratando de recomponerme, buscando frenéticamente en el bosque alguna señal de nuestro perseguidor. Alaina me llama y oigo a Wesley detenerse a pocos metros de mi cuerpo tendido. Me doy la vuelta y espero encontrarme con el rostro del hombre que una vez me convenció de que estábamos casados.

Pero cuando levanto la vista, me doy cuenta de que no es Wesley quien nos ha estado persiguiendo. Es la persona que menos esperaba.

Allí, de pie sobre mí, con una pistola en la mano derecha y una mueca de disgusto pintada en sus finos labios, está el detective Brady Wilson.

CAPÍTULO 56: DISPARO

—Sabe, dice él,—por eso precisamente debería dejar de fumar.

Pateo hacia atrás, tratando de ponerme en pie, intentando alejarme de lo que percibo como un peligro, pero el dolor en el tobillo es aún peor que el del pie. Me doy cuenta de que me lo he torcido al caer. Si antes nuestras posibilidades de escapar eran escasas, ahora parecen casi imposibles.

—Es usted.

—Sí, soy yo, aunque debo decir que nuestra pequeña carrera por la selva casi me mata.

Lo miro, esperando ver algún cambio en su actitud. No sé qué pensar de que haya aparecido así. Miro su pistola y él debe darse cuenta, porque la vuelve a guardar en su funda. Me pregunto si es solo para intimidarme o si realmente nunca tuvo intención de usarla. Alaina está a mi lado, ayudándome a levantarme. Me pongo de pie, tratando de apoyar el peso en mi pierna buena. Mantengo mi cuerpo entre Alaina y el detective.

—¿Qué hace aquí? Le pregunto.

—Podría preguntarle lo mismo.

—He venido a recoger a mi hija.

—Sí, acabo de enterarme de ese pequeño detalle.

—Mamá, ¿quién es este? Pregunta Alaina. ¿Y por qué lleva un arma?

—Soy policía —responde Brady—. No he venido a hacerte daño. He venido a ayudar.

No sé si creerle o no. Todo esto parece demasiado coincidente para ser verdad.

—¿Cómo sabía dónde estábamos?

—No lo sabía, responde, levantando las manos. —Mire, tenía el presentimiento de que había algo en su historia de anoche que debía investigar.

Niego con la cabeza. —¿Qué parte?

—La parte en la que entró en la casa de su amiga y encontró sangre en las paredes.

Alaina tira de mi mano. —Mamá, ¿de qué está hablando?

—Yo no forcé la entrada, respondo. —La puerta estaba abierta.

—Claro, dice el detective, acercándose, pero lucho contra el impulso de salir corriendo. —En fin, fui a echar un vistazo, solo por precaución. A veces, en este trabajo, la mejor pista es la que literalmente te abofetea en la cara.

Reprimo mi deseo de lanzar un comentario sarcástico.

—Fui allí y, tal y como dijo, la casa estaba vacía y la puerta abierta. Sierra, vi los papeles esparcidos por el suelo de la oficina y la sangre en las paredes.

—Así que ahora sabe que no estoy loca.

—Nunca he dicho que lo estuviera.

—Pero eso es lo que me hizo sentir cuando le creí las mentiras de Mary Elizabeth.

Él asiente. —Sí, y lo siento. No debería haber dudado de usted así.

Lucho por contener las lágrimas. Es la primera vez que alguien se disculpa conmigo desde que comenzó toda esta locura. No estoy loca y no he estado imaginando cosas. Todo lo que me ha pasado ha sido real, y los culpables se han salido con la suya jugando a un juego enfermizo de distracción y desviación.

—¿Qué ha pasado? Pregunto.

—He pedido al equipo de CSI que acelerara algunas pruebas y, hace una hora, han vuelto con una coincidencia.

Adivino lo que va a decir incluso antes de que lo diga, pero cuando confirma la historia de Mary Elisabeth, se me revuelve el estómago.

—La sangre es de Kaiden Marshall, el enfermero que le atendió en el hospital.

Es como si acabara de perder a alguien importante para mí, alguien por quien incluso podría sentir algo, aunque ahora sé que estaba a sueldo de las dos personas que intentaron arruinarme la vida.

—Mary Elisabeth le disparó, digo. —Nos lo acaba de decir.

—Exacto, repite el detective. Se pasa los dedos por el paquete de Marlborough Reds que lleva en el bolsillo, luchando contra el impulso de llevarse uno a la boca y inhalar. —Y eso me lleva a la pintura del guardabarros trasero del coche destrozado del que le sacaron.

—¡Un coche destrozado! Grita Alaina a mi lado. Mamá, ¿has tenido algún accidente?

—Estoy bien, la tranquilizo. —Solo fue un pequeño incidente. Ya estoy casi recuperada.

—¿Casi? ¿Cómo que casi?

Aparté la mirada de ella, temerosa de que pudiera leer mis pensamientos.

—¿De dónde salió la pintura? Pregunto, cambiando de tema. —Ya me ha dicho que no era de la camioneta de Wesley, así que, si no fue él, ¿quién?

—La pintura era de una Toyota Tacoma marrón.

Pienso en lo que me acaba de decir. Ese vehículo, ese color. Busco en mi mente, que poco a poco se va recuperando. Vi esa camioneta no hace mucho, pero no recuerdo dónde. Entonces, una imagen aparece en mi mente: dos camionetas en Mystic Spring, una con el parachoques delantero dañado.

—Frank Duvall, digo. —Pero ¿por qué haría eso?

—Ya se lo he preguntado, dice el detective. —Parece que el concejal tiene una deuda muy grande que saldar con Wesley Coleman, tan grande que está dispuesto a cometer un asesinato para saldar cuentas.

Recuerdo la urgencia en el rostro del concejal, la desesperación. Sabía lo que me había hecho y también sabía lo que eso significaba para él. Ahora estaba en manos de Wesley, atado con una correa que nunca se rompería. Darme el número de teléfono de Barbara Rashford era su forma de expiar su culpa de alguna manera.

—Así que Wesley le pagó para que me sacara de la carretera.

Alaina se pone rígida a mi lado. Puedo sentir que todo esto es demasiado para su joven mente.

—Más o menos, dice el detective. En cualquier caso, su falso marido y yo tenemos que hablar.

—¿Falso marido? Dice Alaina. —Mamá, no lo entiendo.

Estoy encajando las piezas poco a poco, pero el problema es que sigo sin entender el motivo. ¿Por qué Wesley y Mary Elisabeth querían quitarme de en medio? Parece obvio que intentaron chantajearme secuestrando a mi hija, pero cuando eso falló, decidieron intentar algo más sustancioso y borrarme de la faz de la Tierra. Si estaban dispuestos a correr un riesgo tan inconcebible, debía de haber un beneficio enorme, algo tan grande que no podían quedarse de brazos cruzados y dejarlo escapar.

Estoy tan absorta en mis pensamientos que no me doy cuenta de que los árboles detrás de nosotros se abren y alguien sale al claro con los brazos extendidos. Alaina lo ve primero y me agarra, tirándome al suelo mientras el fuerte estruendo resuena en las colinas circundantes. La sangre salpica el suelo y miro hacia arriba para ver un agujero del tamaño de una moneda de diez centavos en el pecho del detective. Las luces de sus ojos se apagan casi al instante y su corpulento cuerpo se desploma al suelo, lanzando polvo y escombros sobre nuestros torsos tendidos.

Mientras la sangre brota de debajo de él, miro hacia arriba y veo las volutas de humo que salen de la pistola de Wesley Coleman.

CAPÍTULO 57: RENDICIÓN

—¡Mamá, vamos! —grita Alaina, y me ayuda a levantarme, arrastrándome por el camino.

Sigo en estado de shock. Brady está muerto. El detective que intentaba ayudarme está muerto. Wesley lo ha matado. Si es capaz de matar a un policía, ¿qué otros actos atroces es capaz de cometer?

Lo veo mientras me giro para correr por la pendiente que desciende rápidamente. Su rostro es puro odio teñido de la necesidad desesperada de acabar con todo. Tiene el aire inconfundible de alguien que sabe que las cosas se han salido de control, pero que también se da cuenta de que no tiene nada que perder. Si yo he sido el catalizador de todo esto, entonces también soy la causa. Me doy cuenta con una escalofriante sensación de fatalidad de que la única forma de que él encuentre algún tipo de paz es matándome de una vez por todas, y eso significa que también tendrá que matar a mi hija. Eso no va a pasar.

Mi pierna me grita que me detenga. Mi tobillo está hinchado casi al doble de su tamaño y estoy bastante segura de que el agujero de mi pie está empezando a infectarse. Tengo la pierna caliente y débil. No sé cuánto más podré correr, pero seguiré adelante hasta que mi cuerpo me falle. No se me ocurre ninguna otra opción.

—¿Estaban juntos en esto? Pregunta Alaina entre jadeos frenéticos. ¿La tía Mary y su novio?

Entonces me doy cuenta de que Alaina conocía a Mary Elisabeth y a Wesley. Claro, cómo no iba a conocerlos. Ahora lo recuerdo todo: las noches en que venían a mi casa a tomar algo, las preguntas sobre mi

padre, Wesley en el coche delante del colegio de Alaina cuando la recogía después de clase. El padre de Wesley estaba en el negocio inmobiliario con el mío, pero tenían algún tipo de desacuerdo, uno que Wesley estaba tratando de resolver en su propio beneficio. Llevan meses planeando esto, sea lo que sea *esto*. No se trata de un secuestro aleatorio seguido de un intento de asesinato. Ha sido cuidadosamente planeado y pensado.

—Supongo que sí, digo, tratando de mantener la compostura.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé, respondo, —pero supongo que pronto lo averiguaremos.

Se oye un fuerte estruendo y una bala sale disparada de un árbol a nuestra derecha. Miro hacia atrás y veo que Wesley está apuntando de nuevo. O está intentando dispararnos o está intentando asustarnos. En cualquier caso, no pienso quedarme aquí con ella para averiguarlo.

—Por aquí, digo, y nos metemos entre los arbustos, tratando de no ser un blanco fácil.

Otra bala impacta en una roca a nuestra izquierda, haciendo volar astillas de granito en todas direcciones. Tropiezo entre la maleza con mi hija agarrándose a mí para no caer. Me invade la desesperación al darme cuenta de que solo la estoy entorpeciendo.

—Vete, le digo. —No puedo seguirte el ritmo. Es a mí a quien quiere. Aléjate todo lo que puedas de aquí. Busco en mi bolsillo y encuentro el número de la oficina de Barbara Rashford. —Llama a esta señora. Ella sabrá cómo ayudarte.

Las lágrimas comienzan a brotar. Es como si estuviera fallándole a Alaina otra vez. Como si la estuviera perdiendo de nuevo. Es como si alguien estuviera metiendo la mano en mi alma y prendiéndole fuego.

—No te voy a dejar, dice ella.

—Tienes que hacerlo.

—No me importa. No lo haré.

Su valentía me deja sin palabras. Es muy joven, pero muy madura. Ha pasado por una experiencia terrible, pero no parece afectarla. Ella es la adulta aquí, la líder. Tiene a su padre en ella, en su porte, en los pequeños hoyuelos de sus mejillas, en la determinación de acero que hay detrás de su mirada.

—¡Voy a por ti, Sierra! Grita Wesley. —Y esta vez no fallaré.

Nos abrimos paso entre los árboles, bajamos por otra pendiente y volvemos a cruzar el arroyo. Aquí es mucho más profundo y el agua nos llega hasta las rodillas. Además, la corriente es muy fuerte. Por un momento, creo que voy a perder el equilibrio y que el agua me arrastrará, pero Alaina me sujeta.

—Solo un poco más, dice, pero es obvio que solo intenta animarme. Incluso si logramos llegar al otro lado, todavía tendremos que encontrar un lugar donde escondernos o alguien que nos ayude.

El frío se me mete en los huesos. La conmoción de ver cómo mataban al detective a sangre fría, sumada a la temperatura gélida del agua del manantial, hace que mi temperatura corporal baje en picado. Llego a la conclusión de que no podemos huir. Tenemos que luchar.

Subimos a trompicones por la orilla del río y nos adentramos en el bosque, pero ya no puedo correr más.

—Túmbate entre esos arbustos, le digo a Alaina. —No salgas, aunque me pase algo malo. No salgas bajo ningún concepto. ¿Me oyes?

—No, responde. —No me voy a mover de aquí.

—Alaina, soy tu madre y harás exactamente lo que te digo.

La severidad de mi voz me sorprende y también sorprende a mi hija. Se le llenan los ojos de lágrimas mientras se adentra en una zona densa de matorrales. Al poco tiempo, ya no puedo verla. Quizás sea mejor así. Ver su expresión de dolor es casi insoportable para mí.

Busco en la zona algo que pueda usar. Una piedra, un pedernal, quizá incluso algo de metal. Wesley se acerca rápidamente. Puedo ver la silueta de su enorme cuerpo vadeando el agua del manantial. También puedo sentir su ira, ver cómo abre y cierra la mano libre, cómo se tensan los músculos de su cuello. Está imaginando lo que hará cuando me alcance, probablemente visualizando la pistola en mi frente, su dedo apretando el gatillo.

Entonces lo veo. El extremo afilado de una rama rota, con la punta como una estaca medieval. Me agacho para recogerla y paso un dedo por el borde afilado. Su peso en mis manos me reconforta. Creo que podría servir.

Me escondo detrás de un árbol cuando él sale del agua, con la pistola en alto.

—No pensarías que un poco de agua iba a detenerme, ¿verdad, Supernova? Pensaba que a estas alturas ya me conocerías mejor. Al

fin y al cabo, estamos casados.

Siento sus pasos en el suelo y observo con horror cómo su brazo sobresale por detrás del árbol. No sabe que estoy aquí, todavía no, y eso significa que tengo ventaja. Aprieto la estaca entre las manos, aprieto los dientes y reúno todas las fuerzas que me quedan.

Me acerco a él y le dirijo la afilada rama hacia el pecho con la intención de clavársela. En el último momento, él levanta la vista y yo disfruto de la alarma en sus ojos y del pánico en su reacción. Intenta apartarse y eso basta para desviar mi objetivo. La punta le golpea en el hombro derecho y le desgarra la camisa. Le perfora la piel y se incrusta en el músculo y el tejido.

Grita enfurecido, casi dejando caer la pistola, pero consigue sujetarla. Al darme cuenta de que solo lo he herido, empiezo a retroceder, pero él se está recuperando, sacándose el arma improvisada del hombro y agarrando la pistola con manos temblorosas.

—Buen intento, sisea, con el rostro ahora deformado por la rabia. —Pero lo único que has conseguido es cabrearme.

Apunta con la pistola a mi cabeza y yo me preparo para lo inevitable.

CAPÍTULO 58: VENGANZA

—Sabes, lo he averiguado todo, digo, faroleando, pero intentando distraerlo por todos los medios.

—No sabes ni la mitad.

—Sé que te llevaste a mi hija, respondo. —¿Fue idea tuya o de Mary Elisabeth?

Sus párpados se mueven. Está pensando si responder. —Pensé que quitarte lo que más te importaba me daría ventaja.

—Pero no funcionó.

Exhala por la nariz. —Hubiera funcionado si tu amiga me hubiera dejado seguir adelante con lo que tenía planeado.

Sus palabras me sacuden hasta lo más profundo. Quiere decir que quería hacerle daño a mi hija.

—Pero, oh, no, ella dice que no puedo hacerle daño a la niña, que tenemos que cuidarla bien. Niega con la cabeza. —Y eso significaba que cualquier ventaja que teníamos era completamente inútil.

—Así que optaste por otro camino.

Se ríe. —Se podría decir así.

Miro hacia los arbustos y veo las coletas rubias de Alaina. Está a solo unos metros de mí, agachada detrás de unos arbustos. Rezo para que no la haya visto.

—Le pagaste a Frank Duvall para que me matara.

Levanta la cabeza de golpe, como si le hubiera dado una bofetada. —Ese hijo de puta me debía mucho dinero. Ya sabes, Frankie tiene una

adicción muy grave al juego. Le he dicho una y otra vez que busque ayuda.

La sangre brota de la herida del hombro, pero él parece no darse cuenta. Está tan absorto en el momento que apenas se da cuenta de que está sangrando.

—Así que le ofreciste borrar su deuda.

—No exactamente. Él iba a interceder por mí con los demás del comité, a ver si no podía conseguir que aprobaran este desarrollo, a pesar de que la única persona cuyo nombre aparece en la escritura no estaba particularmente feliz con ello.

Es la primera vez que menciona el proyecto Mystic Spring, la primera vez que insinúa que estaba sobornando a Duvall para que le regalara el lucrativo negocio. Le presiono para que me lo explique.

—¿A qué te refieres con "otra manera"?

—¿Sabes cuánto vale este terreno, Sierra? ¿Sabes cuánto dinero ha estado acumulando tu padre durante todos estos años? ¿Sabes lo rica que podrías haber sido si él hubiera aceptado venderle a mi padre cuando le hizo una oferta muy generosa?

Siento que la última pieza encaja en su lugar. Wesley no solo quería el contrato de urbanización, quería el terreno, el contrato, todo. Quería poder poner su propio precio, y la única forma de hacerlo era que yo aceptara venderle lo que mi padre me había dejado.

—Pero, ay, no, el viejo Henry Medina era demasiado terco para su propio bien. Cuando mi padre falleció, me propuse como misión en la vida conseguir lo que él no pudo.

—Pero entonces falleció mi padre, lo que significaba que tenías que lidiar conmigo. Supongo que pensaste que sería fácil, ¿verdad?

Su mano tiembla sobre la pistola. El dolor en el hombro empieza a afectar a su puntería.

—Lo intenté todo, dice. —Incluso me uní a tu mejor amiga para que me ayudara a convencerte.

Pienso en Mary Elisabeth tirada en el suelo, el charco de sangre alrededor de su cadáver sin vida. La engañó para que lo amara por una sola razón. Para hacerse con lo que yo tenía.

—Pasamos innumerables tardes contigo, ayudándote a superar la muerte de tu padre. Incluso organizamos una fiesta para animarte.

Pienso en las fotos de mi perfil en las redes sociales, en las que aparezco con Wesley y Mary Elisabeth a mi lado, bebiendo cócteles. Para eso era todo, para ayudar a crear algo que no era real.

—La manipulaste.

Se encoge de hombros. —Nunca dije que yo fuera un buen tipo. A veces hay que agitar un poco las cosas para que las gallinas pongan huevos.

Quiero atacarlo, arañarle la cara y los ojos. El mal brota de él como una enfermedad contagiosa.

—Y cuando eso no funcionó, me robaste a mi hija.

—Sí, pero aunque te dijimos lo que pasaría si ibas a la policía, si no hacías lo que te decíamos, decidiste tomar el asunto en tus propias manos.

Recuerdo la pistola en la guantera. Debía de saber quién estaba detrás del secuestro.

—Dejaste una pista, digo.

—Yo no. Ese imbécil de Marshall. Sabía que no debíamos haberlo metido en esto, pero Mary Elisabeth dijo que se le podía comprar, así que eso hicimos.

—Pero dejó algo atrás.

—La llave, dice con rencor. —La encontraste aquí, donde secuestramos a tu hija. Empezaste a investigar y, en poco tiempo, localizaste la cabaña.

Una tristeza indescriptible me corroe por dentro. Quiero creer que dejar la llave fue la forma que tuvo Kaiden de guiarme hasta mi hija, pero no lo sé. Ahora está muerto, junto con Mary Elisabeth, y yo estoy aquí, en medio de la nada, con una pistola apuntándome a la frente.

—Así que tuviste que actuar, digo. —Antes de que llevara a la policía directamente a tu puerta.

—No estaba planeado así, dice él, —pero ¿qué otra opción tenía? Nos habías descubierto, lo que significaba que solo me quedaba una carta. Duvall no quería hacerlo, pero le dejé muy claro lo que pasaría si no lo hacía.

—Excepto que yo no morí.

—Sabía que él lo arruinaría, dice, —así que lo seguí, vi cómo te disparaba, vi cómo tu coche daba tres vueltas de campana antes de quedarse parado al lado de la carretera.

—Podías haberme dejado allí para que muriera —digo—. ¿Qué te hizo sacarme de allí?

—Los malditos policías pasaron por allí, me vieron buscando señales de vida debajo del coche y me ayudaron a sacarte, dice. —No tuve más remedio que hacer de héroe.

Pienso en los cristales en mi pelo, el calor en mi cara, Wesley intentando agarrarme, pero con una mirada de desesperación y desprecio en los ojos. En ese momento no sabía si yo iba a contar a la policía lo que había pasado, así que se inventó una mentira.

—Les dijiste que eras mi marido.

—Así es. Los agentes que se hicieron cargo no te conocían y yo sabía que tardarían un tiempo en descubrir quién eras en realidad. Me mostré muy alterado, muy angustiado, fue una actuación digna de un Oscar. Se creyeron todo lo que les dije. Pensé que, con tu memoria borrada, podría conseguir que me firmaras los documentos. Joder, incluso hice unos papeles de matrimonio falsos y le pedí a un tipo de San Francisco que pasara por el Photoshop las fotos de la boda que te enseñé.

Ahora tiemblo de rabia ante la maldad de su plan. Me tenía atrapada en una red tan intrincada que estaba perdida, sola. Pensaba que estaba volviéndome loca, que mis sospechas de que él no era lo que parecía eran solo ideas descabelladas provocadas por mi creciente paranoia.

—Cabrón.

—Oye, dice encogiéndose de hombros. —Casi funciona. Todavía

podría funcionar.

Se me ocurre una idea. —Mi madre.

—Sí, claro, se burla. —Tu madre.

—Excepto que no lo es, ¿verdad?

Wesley se estremece como si le hubieran dado una bofetada. —Ella quería participar. Pensó que podría ayudar con la mentira. Algo sobre que las mujeres creen más a otras mujeres que a hombres desconocidos.

—No lo entiendo.

—Estaba destrozada cuando murió mi padre, culpaba a tu padre por no cederle la tierra cuando tuvo la oportunidad. Habían sido mejores amigos desde niños, socios en los negocios, pero tu viejo nunca supo ver el panorama general. La ambición de toda la vida de mi padre era desarrollar este valle, hacer que mi familia ganara el dinero que él creía que nos merecíamos.

—¿Evie es tu madre?

—Evie Coleman. La misma.

No puedo creer que no lo viera antes; la forma en que miraba a Wesley, la forma en que hablaba con cariño de él. He sido tan estúpida, tan ingenua.

—Sabes que voy a ir a la policía, ¿verdad? Digo, tratando de aparentar valentía. —No vas a salirte con la tuya.

Él suspira. —No vas a salir impune de esto, Sierra. Y tu pequeña tampoco. Se me revuelve el estómago cuando da un paso adelante y

grita entre los arbustos. —Te sugiero que te levantes, Alaina, a menos que quieras que le ponga una bala en la cara a tu madre.

—Se ha ido, digo desesperada. A estas alturas ya habrá llegado a la carretera y probablemente la habrá recogido algún transeúnte. Apuesto a que la policía está de camino mientras hablamos.

—No me tomes por tonto, Sierra, dice, apuntándome con la pistola. Alaina, tienes tres segundos y luego tu madre estará sacándose plomo de los dientes.

—¡No! Grito, pero Alaina ya se ha levantado. Tiene las manos en alto y mira nerviosa de Wesley a mí.

—Lo siento, mamá, dice, aunque la que tendría que decirlo soy yo. Todo esto es culpa mía.

—Lo siento, dice Wesley, —pero no puedo dejar que te salgas con la tuya. Lo sabes, ¿verdad?

—No, espera, digo. —Te cederé la propiedad. Puedes quedártela. No la quiero.

—Ya es demasiado tarde para eso, responde. —No sé si lo has visto, pero he disparado a un policía.

—Por favor, digo, con las manos extendidas. —Mátame si quieres, pero no a Alaina, no a mi niña. Las lágrimas corren por mis mejillas mientras abrazo a mi hija contra mí. No puede haber llegado a esto. No puede ser.

—Lo siento. Hay una certeza cruda en sus ojos. —No puedo dejar testigos.

Sostengo a Alaina, tratando de protegerla de él, pero es inútil. He fallado en lo único que se supone que debo ser capaz de hacer como madre, lo único que le prometí a Jake. Me preparo para el sonido del arma, para el impacto de la bala. Cierro los ojos.

Se oye un grito entre los árboles y miro hacia arriba cuando un hombre se abalanza sobre Wesley. Ruedan por el suelo en una maraña de extremidades. El arma se le cae a Wesley y rueda entre los arbustos. Wesley intenta defenderse del hombre, pero, aunque parece estar sangrando mucho, el desconocido se mantiene firme, golpeando a Wesley en la cara e intentando agarrarle por el cuello.

Alaina intenta apartarme, pero no puedo marcharme. Necesito saber qué está pasando. Wesley da una patada y tira al hombre al suelo, y ahora está encima de él, golpeándolo, pero ahora puedo ver que no es un desconocido. Grito. El hombre con el agujero en el pecho es Kaiden. Su piel está blanca, sus ojos no están del todo allí, pero está haciendo todo lo posible por salvarnos. El único problema es que Wesley es demasiado grande para él, demasiado fuerte. Va a perder. Veo cómo los puños llueven sobre Kaiden. Me quedo inmóvil, como una víctima indefensa. No puedo ser eso, no lo seré. Kaiden me mira a través de sus ojos ensangrentados y compartimos un momento de complicidad. Él no quería esto. Cometió errores. Salvarnos es su forma de enmendarlos. Ahora tengo que hacer algo por él.

El arma está fría en mis manos, la empuñadura parece la vaina de una espada.

La levanto, temblando mientras apunto. No tengo mucho tiempo. Tengo que actuar.

Con mi hija a mis espaldas y el peso de mi vida pasada ahora sobre mí, aprieto el gatillo.

EPÍLOGO

Lo que sucedió después es una nebulosa para mí.

La policía llegó poco después de que la llamáramos y acordonó ambos lugares. Yo me quedé allí, aturdida. No podía creer que hubiera matado a dos personas, una de ellas mi mejor amiga. No podía creer que Brady estuviera muerto. Lo había arriesgado todo para ayudarme y había pagado con su vida. Aunque al principio no confiaba en él, ahora me doy cuenta de que le debo mucho.

Kaiden fue trasladado al hospital. Le habían disparado en el pecho, pero, afortunadamente, la bala le había salido por el hombro. Había recibido una paliza brutal y había perdido mucha sangre, pero, por suerte, tuvo fuerzas para sobrevivir. Fui a visitarlo al hospital con Alaina todos los días. Le odiaba por lo que había hecho, pero también sentía pena por él. Lo habían manipulado para que se involucrara y, cuando intentó arreglar las cosas, Mary Elisabeth intentó matarlo. Recuerda haberla visitado en su casa, haberle dado la espalda y darse cuenta de que ella tenía una pistola. Recuerda el sonido del disparo y luego todo se volvió blanco. Despertó en el bosque, bajo un montón de tierra y hojas. Al parecer, Mary Elisabeth lo había dejado allí para deshacerse de él más tarde. Consiguió hacer un puente en un coche y conducir, ensangrentado y delirante, hasta su cabaña, pensando que si algo iba a pasar, pasaría allí. Siempre le estaré agradecida por haberlo hecho. Si hubiera tomado otra decisión, si hubiera ido directamente al hospital, Alaina y yo estaríamos muertas. Solo de pensarlo, se me entumece el cuerpo.

Me contó todo sobre las publicaciones en las redes sociales que Wesley le había obligado a crear para convencerme de mi vida anterior. Él había sido quien borró todo lo que había y añadió solo las fotos que Wesley y Mary Elisabeth habían preparado con tanto cuidado en la fiesta falsa. Incluso había bloqueado a todos mis antiguos contactos, haciendo que pareciera que había cambiado de número, para que la gente que me conocía no pudiera enviarme mensajes. Para todos, yo estaba fuera de la ciudad por un tiempo, en una especie de año sabático. Mary Elisabeth incluso había ayudado a perpetuar la mentira en la revista para la que ambas trabajábamos.

Cuando Kaiden se dio cuenta de lo que planeaban hacer con Alaina, supo que tenía que actuar. La visitaba con frecuencia y le llevaba comida, agua y mantas. Incluso le había traído libros para leer. Al principio pensé que era Mary Elisabeth quien había estado cuidando de mi hija, pero me equivoqué. Había sido Kaiden todo el tiempo. Publicó algunos mensajes ocultos en mi cuenta de redes sociales sin que ellos lo supieran para ayudarme a recordar: la foto de Mary Elisabeth y yo con mi verdadero padre, la imagen de mí en Mystic Spring, el vídeo en The Blind Pony. Sabía que si lo veía en el bar, eso me llevaría por un camino, aunque eso significara exponerlo como un mentiroso. Sabía que no podía decírmelo directamente, que si lo hacía lo matarían, pero hizo lo que pudo para llevarme a la verdad.

Semanas más tarde, estamos sentados en el jardín de una casa que ahora recuerdo, viendo cómo el sol comienza a ponerse en el horizonte. Alaina lleva un vestido azul claro de verano. Se parece mucho a su padre.

Kaiden todavía tiene el hombro vendado, pero ha recuperado algo de color. Estamos comiendo ensalada de pollo y bebiendo limonada casera. Por fin siento que mi vida se parece a lo que era antes, antes de que Wesley y mi mejor amiga decidieran borrar mi historia de mi mente.

—Me iré mañana, dice Kaiden.

—No tienes por qué hacerlo.

—Sí, tengo que hacerlo, responde.

Llevamos días debatiéndolo. La policía sabe que la cabaña de Redshoot pertenece a Kaiden, pero no tienen pruebas de que él tuviera nada que ver con lo que Wesley y Mary Elisabeth me hicieron. Kaiden quiere confesar, Alaina y yo no queremos que lo haga. Sospecho que lo hará de todos modos. Él es así. A pesar de todo, es un buen hombre.

Lo he perdonado. A Alaina también. De hecho, Alaina se aferra a Kaiden como si fuera un tío al que nunca supo que tenía. Nunca olvidará sus actos de bondad mientras estuvo prisionera. Por mi parte, me alegra que él esté aquí. Aquellos sentimientos que yo sospechaba tener han crecido desde aquel día fatídico en Mystic Spring. Tal vez algún día incluso florezcan. Me prometo no forzar nada. Soy una víctima de trauma, y eso significa que mis emociones siguen siendo un caos. Nos tomaremos nuestro tiempo.

—Cuando salga, volveremos a empezar, dice. —Nos presentaremos como es debido.

—Me gustaría. Sonrío.

Se levanta y se dirige a la cocina, llevando platos y cuencos vacíos. Lo miro mientras se aleja. Alaina se da cuenta de que lo estoy mirando y me da un codazo. No es tonta. Ve cosas en mí que ni yo mismo veo.

Pienso en el proyecto que estoy planeando en Mystic Spring en nombre de mi padre. La reserva natural que mencionó Max Cramer. Va a ser un lugar donde las familias puedan ir a contemplar las verdaderas maravillas de las colinas y aprender lo que significa ser californiano. Era exactamente lo que Wesley no quería que hiciera, utilizar la tierra para lo que la naturaleza la había destinado. Si consigo mi objetivo, permanecerá allí para siempre, como el legado eterno de mi padre.

No me doy cuenta de que hay alguien entre los árboles, observando cómo Alaina y yo compartimos una broma. En mi mente, los terrores de las últimas semanas han terminado. Nunca en mi vida me he equivocado tanto.

Ella grita mientras se abalanza sobre mí, con el brazo levantado por encima de su impecable peinado, la hoja brillando con el naranja quemado del sol que se pone lentamente. Huelo el inconfundible aroma de la lavanda y la flor de durazno. Empujo a Alaina mientras el cuchillo se clava en mi hombro y caigo al suelo con Evie Coleman encima de mí, con los ojos encendidos por el odio y la venganza.

Lucho contra ella, pero mi hombro arde por la puñalada. Le doy un golpe en la mano, haciendo volar el cuchillo, pero eso no impide que siga atacándome. Me agarra por el cuello y aprieta. Mi laringe se comprime y mi visión comienza a nublarse.

—¡Él solo quería lo que era suyo por derecho! Grita. —¡Lo que tu padre nos negó!

Intento zafarme, pero es mucho más fuerte de lo que parece. En sus ojos se ve claramente que no parará hasta que me haya exprimido la vida del cuerpo.

—¡Y tú lo mataste! ¡Mataste a mi dulce, dulce niño!

Intento decir que sí, que lo hice, pero solo porque iba a matar a mi hija, pero en ese momento ya apenas estoy consciente. Mis pulmones gritan por oxígeno, mi cerebro está tan hambriento que se ha convertido en un mero recipiente de pensamientos vacíos.

Alaina está detrás de Evie. Intento decirle que corra, que se aleje, pero no me sale nada. Sus coletas rubias se agitan con la brisa y me pregunto si estoy soñando otra vez, si he vuelto al coma y Alaina me está visitando en mi estado inconsciente.

Entonces veo el cuchillo en su mano y me doy cuenta de que mi hija ha dejado de ser una víctima y ha dejado de ver sufrir a su madre. Clava la hoja en la columna vertebral de Evie y los ojos de la mujer mayor se abren de par en par mientras su boca se retuerce en una mueca de agonía. La sangre brota de sus labios rojo rubí mientras cae de lado, con las manos como garras y el cuerpo sin vida.

Levanto la vista y veo a Kaiden corriendo desde la cocina, pero esto está bien. Estoy con Alaina y Alaina está conmigo. Nada volverá a cambiar eso jamás.